

Nota de la Fundación Carolina

Febrero 2019

La Fundación Carolina —entidad titular de los derechos de propiedad de las obras— ha considerado de interés poner a disposición de la sociedad, vía online, todos los títulos de la colección con el sello siglo XXI, editados y publicados por la institución entre los años 2005 y 2011. De este modo los libros pasan a ser de acceso abierto bajo una licencia Creative Commons:



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



CONSEJO EDITORIAL

Presidente:
Jesús Sebastián

Vocales:
Inés Alberdi, Julio Carabaña, Marta de la Cuesta,
Manuel Iglesia-Caruncho, Tomás Mallo, Mercedes Molina,
Eulalia Pérez Sedeño

Secretario:
Alfonso Gamó

IBEROAMÉRICA ANTE EL SIGLO XXI

ROSA CONDE Y ALFONSO GAMO (eds.)

JOSÉ SARAMAGO

SERGIO RAMÍREZ

BELISARIO BETANCUR

PATRICIA MARTÍNEZ BARRIOS

FELIPE GONZÁLEZ

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

ANDRÉS PASTRANA

CARLOS GAVIRIA

JOSÉ ANTONIO OCAMPO

FRANCISCO ROJAS

LEIRE PAJÍN

JAIME ABELLO

FRANCISCO LUZÓN

AMADEO PETITBÓ

FERNANDO ARAÚJO



España
México
Argentina

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento (ya sea gráfico, electrónico, óptico, químico, mecánico, fotocopia, etc.) y el almacenamiento o transmisión de sus contenidos en soportes magnéticos, sonoros, visuales o de cualquier otro tipo sin permiso expreso del editor.

Primera edición, julio de 2008

© FUNDACIÓN CAROLINA
Guzmán el Bueno, 133. Edificio Britannia
28003 Madrid
www.fundacioncarolina.es

En coedición con

SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.
Menéndez Pidal, 3 bis. 28036 Madrid
www.sigloxxieditores.com

© De los autores

Diseño de la cubierta: Miguel San José

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España

Printed and made in Spain

ISBN: 978-84-323-1364-6

Depósito legal: M. 7.939-2008

Fotocomposición e impresión: EFCA, S.A.

Parque Industrial «Las Monjas»
28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)

ÍNDICE

PRESENTACIÓN, <i>Rosa Conde</i> y <i>Alfonso Gamo</i>	VII
---	-----

PRIMERA PARTE

SOBRE LA IDENTIDAD IBEROAMERICANA

1. EL LADO OCULTO DE LA LUNA, <i>José Saramago</i>	3
2. CULTURA IBEROAMERICANA EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL: REFLEXIÓN INTELLECTUAL Y COMPROMISO POLÍTICO (Cuaderno de encargos), <i>Sergio Ramírez</i>	19
3. DEBATE, <i>José Saramago</i> y <i>Sergio Ramírez</i> , moderado por <i>Belisario Betancur</i>	35
4. EL PAPEL HISTÓRICO DE LA UNIVERSIDAD EN LA CONFORMACIÓN DE IBEROAMÉRICA, <i>Patricia Martínez Barrios</i>	51

SEGUNDA PARTE

IBEROAMÉRICA EN EL SIGLO XXI

5. EL FUTURO DE IBEROAMÉRICA EN EL SIGLO XXI, <i>Felipe González</i>	67
6. IBEROAMÉRICA: DEMOCRACIA Y DESARROLLO EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN, <i>Fernando Henrique Cardoso</i>	99

ÍNDICE

7. DEBATE, *Felipe González y Fernando Henrique Cardoso*,
moderado por *Andrés Pastrana*..... 135
8. RETOS Y OPORTUNIDADES EN IBEROAMÉRICA,
Carlos Gaviria 155

TERCERA PARTE

IBEROAMÉRICA, LOS RETOS DEL DESARROLLO

9. LA BÚSQUEDA DE UNA NUEVA AGENDA DE
DESARROLLO PARA AMÉRICA LATINA, *José Anto-
nio Ocampo* 171
10. LA INTEGRACIÓN REGIONAL: UN PROYECTO
POLÍTICO ESTRATÉGICO, *Francisco Rojas Aravena* ... 201
11. LA COOPERACIÓN ESPAÑOLA Y EL DESARRO-
LLO EN AMÉRICA LATINA, *Leire Pajín* 229
12. DEBATE, *José Antonio Ocampo, Leire Pajín y Francisco
Rojas*, moderado por *Jaime Abello* 237

CUARTA PARTE

IBEROAMÉRICA, EL PAPEL DEL SECTOR PRIVADO

13. ESTADO, SECTOR PRIVADO Y CLASES MEDIAS,
Francisco Luzón 261
14. VALORES, EMPRESA Y CRECIMIENTO, *Amadeo
Petitbó* 279

REFLEXIONES FINALES

15. UNA MIRADA AL FUTURO DE IBEROAMÉRICA,
Leire Pajín y Fernando Araújo 301

PRESENTACIÓN

ROSA CONDE Y ALFONSO GAMO *

En 2002, la Fundación Carolina puso en marcha el Programa de Becas Líder. El objetivo era reunir anualmente a los sesenta jóvenes universitarios iberoamericanos con mejores expedientes académicos e invitarlos a conocer la realidad actual de España y Portugal y, al tiempo, darles la oportunidad de establecer entre ellos complicidades, vínculos y afectos que permanecieran en el tiempo. En esta iniciativa, la Fundación contó desde el primer momento con el apoyo económico y el estímulo del Grupo Santander, al que más tarde se unieron las fundaciones Rafael del Pino y Calouste Gulbenkian. Año tras año, el colectivo de ex becarios Líder fue creciendo y, en 2007, las instituciones organizadoras pensamos que había llegado el momento de convocar a los participantes en todas las ediciones habidas hasta entonces y reunirlos en algún lugar de América Latina para intercambiar opiniones sobre el futuro posible de Iberoamérica con personalidades de primer orden y pertenecientes a ámbitos profesionales muy distintos y, por tanto, con visiones y experiencias personales dispares.

Y así iniciamos un proyecto que culminó con el encuentro celebrado en julio de ese año 2007. La ciudad elegida fue Cartagena de Indias, que, como suele recordar el ex presidente Andrés Pastrana, fue la puerta de entrada de Europa en Sudamérica y que bien puede considerarse como símbolo de lo que ha significado este programa en sus seis años de existencia. Para la elaboración de la agenda y del formato de la reunión partimos de una serie de ideas:

* Rosa Conde es la directora de la Fundación Carolina y Alfonso Gamo es responsable de Publicaciones de la Fundación.

una, se trataba de dar voz a todos, ponentes, becarios y representantes de instituciones organizadoras, y de ahí la decisión de combinar conferencias, almuerzos y cenas-coloquio y mesas redondas en las que los jóvenes líderes, que eran los verdaderos protagonistas del encuentro, pudieran exponer los proyectos llevados a cabo en ámbitos como la educación, el desarrollo, la configuración de redes o el crecimiento económico; dos, había que partir de qué se entiende por «identidad iberoamericana» y oír los diferentes puntos de vista sobre el tema, para intentar llegar, o no, a un punto de encuentro sobre lo que nos une y nos separa a nosotros, los iberoamericanos, y analizar después los retos y oportunidades de la Iberoamérica del siglo XXI; y tres, había que gozar de Cartagena, de sus gentes, de sus calles, de su música, de su gastronomía, de forma que, al dejarla, el sentimiento de pertenencia a un colectivo se afianzara y el recuerdo de la ciudad fuera un elemento más de complicidad y amistad. Creemos sinceramente que cumplimos los objetivos.

Para ello, contamos con cómplices de excepción. A todos, nuestro más sincero agradecimiento. A los ex presidentes Belisario Betancur, Fernando Henrique Cardoso y Felipe González; a intelectuales de la talla de José Saramago y Sergio Ramírez; a hombres y mujeres del ámbito empresarial, como Francisco Luzón y María del Pino; a personalidades del mundo de la academia como Patricia Martínez Barrios, José Antonio Ocampo, Francisco Rojas y Amadeo Petitbó, y a políticos en activo como Fernando Araújo, Carlos Gaviria y Leire Pajín, quien, como presidenta de la Junta Rectora de la Fundación Carolina, animó nuestro trabajo con su estímulo y apoyo.

Pero quizá, antes de adentrarnos en el libro, sea oportuno plantearnos una cuestión previa: ¿Qué es ser un líder?

El diccionario define *líder* como «la persona a la que un grupo sigue reconociéndola como jefe u orientadora», pero, más allá de las definiciones formales, a lo largo del encuentro de Cartagena fueron varias las reflexiones sobre las cualidades que deben acompañar a un líder y sobre las que creemos interesante recapitular, más allá del hecho de que, como señaló Felipe González, puede resultar paradójico, desde posiciones progresistas, hablar de Becas Líder ya que, no sin cierta ligereza, se establece la ecuación liderazgo igual a elitismo, elitismo igual a diferenciación injustificada.

Un hecho es cierto: hoy, como ayer, no hay acción colectiva, sea política, empresarial o de otro tipo, sin liderazgo, en el que, siempre y cuando es auténtico, hay un elemento personal derivado no del poder, sino de la autoridad. Y esa autoridad, y siguiendo de nuevo a Felipe González, es una suerte de cualidad moral, que produce adhesión como consecuencia de la capacidad de persuadir y convencer al otro, de la capacidad de diálogo y compromiso frente a la imposición coercitiva, de la capacidad de crear entornos favorables y de movilizar en aras de un proyecto común. En definitiva, el liderazgo es tener conciencia de qué valor añade el trabajo de uno al de los demás, sensibilidad para captar y hacerse cargo del estado de ánimo de la gente, impecabilidad en el trabajo y capacidad de compromiso.

El liderazgo, pues, no sólo se construye en circunstancias extraordinarias, sino en el trabajo diario y en las acciones cotidianas que mejoran nuestras sociedades y que contribuyen a hacer sociedades justas, libres, iguales y solidarias. Entendido así, el liderazgo es la mejor forma de realización del ser humano.

De esta manera llegamos a una segunda pregunta: ¿Cómo contribuyen los liderazgos al desarrollo?

Hoy, el liderazgo, en consonancia con los principios y valores recogidos en la Carta de Naciones Unidas y en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, no puede ir separado del compromiso con el desarrollo humano. Hoy en día, en América Latina, los liderazgos implican comprometerse con asuntos como la educación y la sanidad; con la consolidación de la democracia y la gobernabilidad; con un crecimiento económico que cree empleo y sirva para luchar contra la pobreza y la desigualdad; con una cohesión social que propicie la participación ciudadana; y con la sostenibilidad medioambiental. Además, este liderazgo hay que construirlo en la sociedad del conocimiento y ejercerlo en los contextos en los que cada uno desarrolla su actividad.

Éste es el liderazgo que quisimos impulsar con la celebración del I Encuentro Internacional de Becas Líder y que queremos consolidar con la futura Red Carolina: un liderazgo que se comprometa en la solución de las necesidades de las sociedades en las que vivimos, contribuya a afrontar los obstáculos y retos de la agenda iberoamericana y dé los pasos necesarios para tener sociedades más

cohesionadas. Un liderazgo que apueste por la sociedad del conocimiento, lo que exige humanizar las sociedades actuales, facilitando que todos los ciudadanos del mundo gocen de una igualdad de oportunidades en el ámbito de la educación. Sólo así las democracias que estamos construyendo tendrán sentido, ya que se podrá analizar la cantidad ingente de información que generamos con discernimiento y espíritu crítico.

En Iberoamérica tenemos un horizonte cercano: a un lado del Atlántico, la conmemoración de los Bicentenarios de las Independencias de las Repúblicas Latinoamericanas; y al otro, el de la Constitución de Cádiz. Bicentenarios de unos hechos que denotan, aquí y allá, lo que fue la lucha contra el absolutismo, por la libertad y el constitucionalismo, que supusieron en su momento un auténtico cambio histórico, y que ahora podrían ser elemento catalizador para que una generación de jóvenes de América Latina reflexione, se haga cargo de su propia historia y lidere un cambio no menos importante: cómo llevar a cabo las transformaciones necesarias para insertar con éxito a su región en el mundo y cómo avanzar en el desarrollo sostenible de sus respectivos países.

Para ello será necesario asumir de forma crítica y objetiva esos doscientos años de historia y comprometerse con el futuro, trabajando con esfuerzo para encontrar soluciones a los importantes retos que tenemos hoy, en Europa y en América Latina, ante la globalización y sus implicaciones.

En este marco, creemos que es preciso trabajar para que pueda establecerse un pacto social entre los distintos agentes. Un pacto que dé lugar a un nuevo modelo económico-social, que asegure el crecimiento y, al tiempo, la redistribución del excedente de la riqueza a través de la universalización de la educación, la sanidad y las pensiones, y que aborde situaciones específicas como las que plantea, por ejemplo, el fenómeno migratorio. Para ello, se requieren reformas institucionales que permitan ganar seguridad física y jurídica ante los desafíos globales existentes.

Son muchos los retos pero son también muchas las potencialidades de las sociedades iberoamericanas y en especial de su juventud. Y por ella apuesta la Fundación Carolina, por la creación de una potente red de jóvenes iberoamericanos, de ambos lados del Atlán-

tico, comprometidos con el desarrollo de sus sociedades y con el futuro de la región.

Queremos concluir como empezábamos, con palabras de reconocimiento y gratitud a todos los que nos acompañaron en aquellas jornadas. Nuestro más sincero agradecimiento, en primer lugar, al presidente de Colombia, Álvaro Uribe, por sus palabras de estímulo y apoyo a nuestro encuentro; al alcalde de Cartagena, Nicolás Curi Vergara; al embajador de España en Colombia, Carlos Gómez-Mújica; a la ministra de Educación de Colombia, Cecilia María Vélez; al administrador de la Fundación Gulbenkian, Eduardo Marçal Grilo, al ex presidente de Colombia, Andrés Pastrana, y a Íñigo Sáenz de Miera quien, junto a su equipo, ha dirigido e impulsado el Programa de Becas Líder durante todos estos años.

También estuvieron con nosotros José Juan Ruiz, del Grupo Santander; Alfons Martinell, director general de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, y Jaime Abello, director de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano. Y un recuerdo especial para esos colaboradores de a pie que, con su trabajo y esfuerzo, se ocuparon de la logística del encuentro: el personal de la Fundación Carolina Colombia, representada por su directora Adela Morales; el director del Centro de Formación de la Cooperación Española, José Piqueras y su equipo de colaboradores, y cómo no, el personal de la Fundación Carolina, tanto los que trabajaron desde Madrid como los que se trasladaron a Cartagena: Mercedes Alcover, Alfredo Moreno, Manuel Herrera, Eulalia Mestres, Raquel Martínez, Virginia Alba y Ainhoa Alzaga. Tenemos también presente el apoyo recibido por parte del personal de la Embajada de España y de la Cancillería de Colombia, y, por último, debemos mencionar también a los medios de comunicación, que dieron una magnífica cobertura informativa al Encuentro.

Gracias a su generoso esfuerzo pudimos celebrar con éxito ese Encuentro, y gracias a ellos podemos trasladar hoy su espíritu, a través de las ponencias y debates que nos dejan reflexiones y sentimientos, incertidumbres y anhelos, en palabras que, como dijo el poeta, están cargadas de futuro.

Madrid, julio de 2008

PRIMERA PARTE
SOBRE LA IDENTIDAD IBEROAMERICANA

1. EL LADO OCULTO DE LA LUNA

JOSÉ SARAMAGO*

¿Qué es la identidad iberoamericana? No lo sé. Y a lo mejor, nadie lo sabe. Por no saber, no sé ni siquiera qué es la identidad de un pueblo, así que voy a permitirme estas reflexiones en voz alta, sin papeles por delante, a ver si entre todos somos capaces de llegar a alguna conclusión.

Parece que identidad tiene que ver con idéntico, con igual, de modo que, en el supuesto de que exista una identidad iberoamericana, tendríamos que concluir que se registra una igualdad —identidad— entre lo que pasa en este continente ahora y, desde 1492, por ejemplo, con lo que pasaba y pasa en la península Ibérica, porque, de lo contrario, el término “iberoamericano” sería inadecuado y ahí habría que rendirse y reconocer, al menos yo lo hago, que no sé como llamar a esta parte del mundo. Porque le digo América Latina, le digo América del Sur, le digo, a veces, Iberoamérica, pero sé que siempre me está faltando algo. Sería bueno que tuviéramos aquí, ahora, un atlas, sobre todo un atlas hecho en Estados Unidos o en Inglaterra —que tienen sobre estos asuntos ideas propias, aunque no originales— para ver cómo resuelven la cuestión desde esa su perspectiva. Sería interesante.

Los portugueses que están entre nosotros no tienen ninguna duda, aunque yo sí pueda tenerlas, acerca del concepto identidad de un pueblo, porque identifican, sin mayores problemas, la identidad portuguesa. Nosotros, los portugueses, existimos como nación desde el siglo XII. Si en cada tiempo de un país, o de un pueblo, vivido por ese país o por ese pueblo, se pueden reconocer ras-

* Escritor y premio Nobel de Literatura 1998.

gos comunes que lo identifican con más o menos facilidad, ése es el caso portugués, de manera que podríamos concluir que hubo unas constantes que, precisamente por ser constantes, permanentes, unieron e identificaron en el transcurrir de los siglos. En el caso de Portugal, tanto en el siglo XII con el siglo XXI, podríamos decir que se da una cierta continuidad, una especie de continuidad que podríamos calificar de biológica. Nosotros somos, los de ahora que están aquí conmigo, la última marea de un movimiento del mar del tiempo que nos ha conducido hasta aquí, hasta el punto donde nos encontramos, como portugueses, como si no pudiéramos ser otra cosa. Sin embargo, no creo que esa cualidad —voy a utilizar cualidad como característica— del pueblo portugués sea reconocible en términos de identidad común a lo largo del tiempo pasado desde el siglo XII al siglo XXI. Hemos sido muchas cosas y algunas veces contrarias, algunas veces incluso en contradicción y en conflicto con lo que antes fuimos. Eso me sugiere que mejor que emplear el tiempo en discutir o debatir sobre la identidad de un pueblo o, simplemente, sobre la identidad de una persona, porque, al fin y al cabo, somos a la vez lo mismo y lo diferente, deberíamos fomentar una conciencia, una autoconciencia, que nos permita, de alguna forma, decir quién somos ahora, o cómo se nos puede llamar, o vernos a nosotros mismos en nuestro tiempo, teniendo en cuenta, por supuesto, y con el mayor rigor posible, todos los elementos del pasado. Todos.

Si aplicamos estos criterios a esta región a la que llaman Iberoamérica, entramos en una confusión total. Imaginemos que vamos por ahí preguntando a cada ciudadano colombiano que encontramos en la calle, o en la selva, en el interior o en la costa, si se siente iberoamericano: incluso aquellos que sobre el asunto creen tener algunas ideas se van a encontrar con todas las dificultades del mundo para decir qué es ser iberoamericano. Un campesino de Colombia se quedará en silencio, mirando al interlocutor con ojos de asombro, porque simplemente no sabrá de qué le están hablando.

Claro que en un conjunto de personas cultas, como es el caso de este foro, el concepto de identidad iberoamericana circula bien. Pero si cada uno de nosotros se detiene durante un minuto y piensa en lo que está diciendo, creo que quizá no lo viera tan claro, quizá

se sentaría tranquilamente a pensar para llegar, tal vez, a la conclusión de que, hasta ahora, ha sido, simplemente, una especie de paradigma. El hecho de afirmar que somos todos iberoamericanos parece resolver la cuestión, pero no, no resuelve nada, cubre apariencias, pero no entra en el fondo.

Habrà quien diga que utilizar el término América Latina es correcto porque se hablan unos idiomas, el castellano y el portugués, que proceden del latín. Está bien porque hubo un encuentro (otros han dicho, y con mucha más razón, un encontronazo) entre dos civilizaciones, entre dos culturas, las de allá y las de aquí, y así se justifica esa especie de corriente sanguínea que llegó y se implantó aquí, que venía con el soldado, con el misionero, con el colono, y que, simplemente, aquí fecundó: trajeron el germen de Europa, lo fecundaron y hoy decimos las culturas iberoamericanas creyendo que lo estamos diciendo todo.

Es cómodo, pero como tantas otras cosas cómodas en la vida, oculta, disfraza, una realidad que se contradice demasiado, cuando no choca de manera frontal con esta especie de señal mágica que nos convierte a todos en iberoamericanos, sin que se sepa verdaderamente qué es lo que eso significa.

Claro que si yo hiciera, por ejemplo, una antología de autores de la península Ibérica y de autores de estas partes del mundo, podría, sin ningún problema, titularla *Antología de poesía iberoamericana*. Es un rótulo que no ofende y que de alguna manera hace cómoda la comprensión de la propuesta que estaría contenida en esa antología. Pero esta simplificación no puede utilizarse con ligereza, no se puede decir identidad iberoamericana y seguir adelante como si todo hubiera quedado aclarado, porque no es así.

Solucionar el problema es ponernos de acuerdo acerca de vuestro nombre. Excluyo a los becarios de Portugal y a los de España que se encuentran aquí, porque aunque estén aquí, no son de aquí. Si esto es Iberoamérica, desde el Río Grande hasta la Patagonia, dan ganas de decir que valieron la pena estos 500 años de presencia, con los cambios que en cada momento esa presencia fue imponiendo, desde el dominio absoluto y total de las tierras y de las gentes que vivían antes de 1492, hasta los días de hoy. Y digo, irónicamente, claro, que parece que ha valido la pena porque

hemos conseguido, de alguna forma, ser universales, por lo menos en una parte importante del planeta, ya que hemos mantenido, no quiero decir derechos, pero al menos sí una presencia tan poderosa que hoy, sin ningún empacho por nuestra parte, imponemos a quienes han nacido en esta tierra, no sé si subrepticamente o como si fuera un mazo sobre sus cabezas, el nombre por el que han de ser conocidos, es decir, iberoamericanos...

Aunque dudo mucho, como he dicho antes, que alguien se sienta aquí verdaderamente iberoamericano. "Sentirse" así significaría que habría un equilibrio entre los dos conceptos, el ibero y el americano. Que al decir "soy iberoamericano" uno experimentaría un movimiento interior, una sensación igualitaria y pacífica, sería como constatar que sí señor, soy efectivamente cincuenta por ciento de una cosa, cincuenta por ciento de otra, todo está en orden, se respeta la idea de idéntico que se contiene en el concepto de identidad porque se es cincuenta por ciento ibero y cincuenta por ciento americano. Claro que ahora hay que preguntarse: americano ¿de dónde?, ¿americano de México?, ¿de Guatemala?, ¿de Venezuela? ¿de Perú?, ¿de Bolivia, de Uruguay, de Brasil?... Y si soy argentino u hondureño, ¿eso hace de mí un iberoamericano? No. No me lo creo, no me lo creo.

Si observamos bien, en esta expresión "iberoamericano" hay todavía una especie de eco colonialista, en el sentido de que cuando todos los países de aquí han conquistado su independencia, todavía tienen que resignarse, por lo visto, a que les llamen con el nombre de la potencia colonizadora.

Por supuesto, sería necio no reconocer que es muy importante la componente europea, que es absolutamente legítimo reclamar como propia esa identidad cultural, acrisolada durante siglos, y que es fundamental para el desarrollo cultural y económico. Pero creo que viviríais mucho más tranquilamente, o por lo menos con otro tipo de tranquilidad, si se abandonara, de una vez por todas, el nombre que os nombra, es decir, si dejamos de pensar en vosotros como iberoamericanos. Y si fuera posible, que borráramos este concepto, porque no ayuda a entender nada. Porque vosotros sois, así lo veo, simple y llanamente, americanos, a-me-ri-ca-nos.

Segunda cuestión: ¿americanos qué? Porque parece que el nombre "americano" está registrado, que pertenece a los de arriba,

según ellos, claro, y según han conseguido imponer. Pero esa dificultad es más aparente que real. Europa, que es mucho más pequeña que América, se dividía —por decirlo así, aunque no hubiera ninguna división, ninguna raya en el mapa ni en la tierra— en zonas, con toda flexibilidad nosotros hablábamos de Europa occidental, o de la Europa del este, de la Europa del norte, con sus ríos, sus civilizaciones más avanzadas en muchos casos, y la Europa del sur, que era todo lo contrario, que es Portugal, España, Italia, es Sicilia, es Córcega... todos mundos diferentes. Y la llamábamos la Europa del sur y esto nos orientaba. En un tiempo pasado, los países del este eran una especie de amenaza constante, pero bueno, aquí lo que importa es la geografía, ese peligro ahora no nos quita el sueño, otros hay, y peores...

Sin embargo, aquí se ha pretendido dar una apariencia de unidad o de unificación cultural que, a mi entender, no es razonable, no es real, es, simplemente, conceptual. Decir iberoamericano es como formular un deseo que en absoluto tienes la seguridad que vaya a concretarse. Decir iberoamericano es, por ejemplo, tener una llave que entra en todas las cerraduras pero que no abre ninguna puerta, que es el peor destino que puede tener una llave. Decir iberoamericano es llenarse la boca de aire y no matar el hambre, muerte, por cierto, que debería ser considerarse obligación moral de los estados y de las sociedades no permitir.

¿Cómo debería entonces —y pido perdón, no siendo más que un escritor, por estar hablando aquí de temas que, supuestamente, no son de mi especialidad—, cómo debería llamarse esta tierra donde ahora estamos y que nos acoge? José Martí, esa gran figura cubana, la llamaba Nuestra América. La América de todos, la vuestra, la llamaba Nuestra América, pero no podría ni imaginar que en las cartas, en los mapas, vaya a aparecer ese hermoso nombre, *Nuestra América*. El mundo diría que estáis más o menos locos, se preguntaría que eso cómo se dice, cómo se pronuncia, qué es lo que significa *Nuestra América*... ¿Cómo y por qué, y hasta dónde? José Martí era un poeta. En mi opinión, más pegada a la tierra, y ya con la experiencia de Martí, entre otros, esta región, desde el Río Grande hasta la Patagonia, debería llamarse sencillamente América del Sur. Y antes de responder a las objeciones que van a levantar, permítanme una

pequeña digresión: los norteamericanos no han tenido ninguna dificultad en resolver su problema. Aceptaron que su país era, sin duda, era Norte, como Norte es también Canadá, y también es América, aunque Canadá tuvo la discreción de elegir un nombre para su parte, y no apropiarse del todo... En fin, los norteamericanos se pusieron a sí mismos Estados Unidos de América y así se llaman y los llamamos, sin ningún complejo ni sentido de culpa. Pero sigo con la digresión: si pensamos que los primeros en colonizar lo que hoy es Estados Unidos fueron los ingleses, que transportaron modos, usos y lengua, si tenemos en cuenta, por otro lado, las excelentes relaciones que han existido y existen entre Inglaterra y Estados Unidos, parece que en buena lógica, o por lo menos siguiendo el ejemplo que en esta parte de América se pretende imponer, los norteamericanos debieron llamarse angloamericanos. Así quedaba clara su relación histórica con Inglaterra, al igual que se pretende que dejar claro en ese concepto de iberoamericano que os debéis a alguien, que vosotros mismos, sin el bastón del otro concepto que es ibero, no sois mucho o no sois completos.

En definitiva, y tomando la cuestión en el punto que la abandoné para hablar de Norteamérica: que, si no existen reluctancias en el mundo para llamar a la parte por el todo, ¿por qué tendría que haberlas para llamar América del Sur a la tierra que está al sur de Río Grande? Ya sé que hay que forzar conceptos geográficos, pero lo que propongo es una opción política: Sur como concepto distinto de Norte, Sur, sin exclusiones de culturas, sin resonancias coloniales, Sur como propuesta propia y hegemónica. Un Sur que englobaría también a la que hoy llamamos América Central y que, quien sabe, quizá con otra vinculación con los que le son afines, estaría más libre de las turbulencias a la que viene siendo sometida. No es necesario ni recordar la historia ni acontecimientos: demasiado presentes están, sabemos la consideración que como países independientes han merecido por parte de ciertos gobiernos del norte. Sí, patio trasero era uno, no el peor. En fin, la historia de la infamia se escribe cada día, desgraciadamente. Y ahora pienso en Irak, en los muertos, en la destrucción sistemática de ese país.

Volvamos a América, a Nuestra América, dejando a un lado esa otra que ciertos poderes quieren que sea líder mundial: por cierto,

tengo que confesarles que no me gusta nada que se les trate a ustedes, y que a este foro se le denomine “de líderes”: ¿se han planteado lo que es ir por la vida cargando sobre los hombros el fardo de ser líder? Supongo que será horrible. Hay conceptos mejores para soñar que éste del liderazgo que, como el carisma, es algo que se prepara usando las técnicas adecuadas. En el fondo hay algo de alquimia para llegar a ser líderes. Pregunto: ¿se puede nacer ya siendo líder? ¿Bush nació siendo líder mundial o el liderazgo se lo otorgaron otros y las circunstancias?

Creo que ustedes, universitarios de un lado y otro del Océano, deben de hacer sencillamente el trabajo para el que están, y bien, preparados. Si alguna cosa pueden reconocerse los unos a los otros y nosotros a quienes han realizado el curso es que han sido buenos estudiantes. Eso, sencillamente. Pero eso no basta para ser líder, llega para ser de provecho en la sociedad donde se ha de desarrollar la vida de madurez.

Me dan envidia: yo tuve una educación precaria en todos los sentidos, trabajé como cerrajero mecánico y soy premio Nobel de Literatura. Mi vida no ha sido fácil en ningún aspecto. Nacido en una aldea pobre, como seguramente algunos de los que están aquí, de países como Ecuador, Perú u Honduras, por ejemplo, con las mismas circunstancias, a base de esfuerzo, sin trazar metas que de mí no dependían, sin ánimo de liderazgo, que nunca lo he tenido, en absoluto me he sentido líder a ninguna edad, ni siquiera ahora, pero con la conciencia muy clara del valor del trabajo, he llegado hasta este foro, a dirigirles la palabra. Por supuesto, no estoy proponiéndoles mi ejemplo, lo que me gustaría es que no se tomaran demasiado en serio la etiqueta de líder que les ha convocado, y lo siento, Rosa, porque parece una crítica a la organización, pero es más profundo que eso y seguro que me entiendes. Supongo que nadie de los presentes irá ante la sociedad diciendo “Yo soy líder, soy becario líder”. No. Un sentimiento de pudor seguramente les impedirá decir, al menos en voz alta, una tontería como esa.

Iberoamérica: no sé si los gobiernos estarían dispuestos a cambiar el mapa, pero creo que sería un debate importante porque nos libraría, o les libraría a ustedes, de esa especie de tutela, que no es malintencionada, que seguramente no fue una estrategia de ningún

grupo de presión, pero que, al menos aparentemente, existe. Y a nadie, mayor de edad, le gusta ser tutelado. Ser americano es demasiado importante como para que haya que añadir el complemento “ibero”. No se necesita.

Y peor todavía decir latinoamericano, porque entonces entramos en un laberinto de definiciones y de conceptos que no acaba nunca y en el que nos vamos a encontrar hasta a la Iglesia católica, que es el único latín, no nos engañemos, que llegó a este continente y de qué manera... Claro que el portugués, el francés y el castellano, y tantas otras lenguas derivan del latín, pero ese antecedente es demasiado remoto, o quizá demasiado fácil, para definir lo que quiera que sea, país o persona.

“Latino” o “ibero”, en mi opinión, son conceptos que se imponen y que se presentan como una tutela, tutela invisible, si quieren, inconsciente por ambas partes, que no ha sido intencionada, podemos convenir, pero es lo que se desprende y miren que se desprende con mucha fuerza.

Mi propuesta no es una propuesta, es la conclusión necesaria de todo lo que he estado diciendo desde que me senté ante ustedes: esta tierra debería llamarse América del Sur y punto. Todo el mundo sabríamos que hablamos de una parte fundamental de un continente, que tiene otra parte, que está en el Norte, aunque ahí sí hay problemas, porque Canadá tendrá que resolver cómo se presenta ante el mundo, si no es Sur, si el Norte que se lo ha apropiado, abusivamente, una potencia. América del Sur como concepto, como continente, y todos sabríamos de qué estamos hablando. Por supuesto, luego vendría lo que, sobre todo, es importante: si eres colombiano, si eres mexicano o si eres guatemalteco, cada pueblo con su identidad propia, identidad que, ahora sí, está sujeta, como empecé diciendo, a todos los análisis, identidad que implica igualdad, que implica permanencia, que reclama lo que le identifica y que le hace ser una entidad reconocible en el mundo. Los países, como las personas, tienen carné de identidad, haber nacido en España, en Portugal o en Uruguay es un documento que te justifica, pero también te permite decir, con apoyo documental, que eres español o portugués o uruguayo, sin necesidad de recurrir ni a Europa ni a América.

Creo que deberían cambiar el nombre. Hagan como los chinos, no los de ahora, que la historia es otra. A los chinos, en el pasado, se les daba un nombre cuando nacían, pero cuando llegaban a una cierta edad, y si así lo querían, podían cambiar de nombre, y se lo cambiaban porque, efectivamente, el nombre que le pusieron no era suyo. Aquel nombre primero era, simplemente, el que les había sido otorgado, o impuesto. Qué hermoso ejemplo, casi apetece decir de justicia poética, esta tradición china. Amparada, supongo, por la ley... Creo que hay que aprender esa lección de los chinos, porque me parece, lo siento cuando miro este continente, que ha llegado la hora de que ustedes, a sí mismos, se cambien de nombre.

El otro lado de la luna, es el título de mi reflexión en voz alta. Hemos visto un lado, la parte siempre visible, el continente rico y contradictorio en que estamos y que, a mi entender, necesita un nombre distinto del que le ha sido dado. ¿Por qué? Porque está la parte oculta, la parte que no aparece al no ser denominada: ésa es la importancia capital del nombre, que puede mostrar pero también ocultar. Decir Iberoamérica es seguir ignorando la existencia de la cara oculta de este continente. Me perturba mucho este asunto, no saben cómo...

¿Dónde están los indios? ¿Los pueblos indígenas son también iberoamericanos? El guatemalteco que procede y se reivindica de una etnia anterior a la llegada de los pueblos ibéricos ¿es también iberoamericano? ¿Y por qué, en un encuentro en que, entre otras cosas, se habla de la identidad iberoamericana, no se habla también de las otras identidades que conforman el continente? ¿No tienen el mismo nivel cultural? ¿O será que no tienen el mismo nivel económico? No sé si hay aquí indios, indígenas con conciencia clara de serlo. No hablo del mestizaje, otro concepto que habría que revisar, que ha producido algunas salidas, no hablo de indios aculturados, con una situación económica razonable. No hablo de ellos, hablo de los millones de hombres y mujeres que han sido y son ignorados sistemáticamente. Incluso no entiendo que no se hable de los pueblos indígenas en este encuentro, que ni la palabra indio haya salido hasta ahora, pese a estar donde estamos, que no es Bruselas.

¿Cuántos millones de indios quedan? A veces digo, no con *autoritas*, sino con cierto espíritu romántico, mejor dicho, con el espíri-

tu característico del romanticismo, que los indios eran los dueños de la tierra. Cuando aquí llegó Colón y cuando a Brasil, a lo que después se llamó Brasil, llegó Pedro Álvares Cabral, encontraron gente y culturas, algunas de ellas muy avanzadas. Había idiomas, había literatura, aunque en algunos casos sólo se expresara oralmente, pero el cuento, aún no escrito, es ya una manifestación literaria.

¿Qué hemos hecho? ¿Qué hacemos? O mejor, ¿qué pueden hacer ustedes? Como ven, yo no puedo hacer nada más que preguntar. Sorprendido, asombrado, perplejo. ¿Por qué se olvida, se ignora, a los indios, a los indios de Colombia, que están aquí, al lado de esta sala, en la puerta? A los de Guatemala, que son el 50% de la población. A los de México, que son millones... ¿Qué harán con ellos, con esa gente? ¿Seguirán habitando la cara oculta de la luna?

Claro que la palabra mágica es integración. Pero integrar ¿cómo? porque la palabra mágica no es suficiente para producir magia. Y la integración, para ser auténtica, debe ser una inter-integración. Yo me integro en ti y tú te integras en mí, pero no es en esto en lo que pensamos cuando decimos "integración". Seamos sinceros: si aplicamos la palabra, y el concepto que la palabra encierra, a los indios de América, de esta América, me gustaría saber qué integración estarían dispuestas a conceder las clases privilegiadas y dominantes, qué parte de los indígenas iban a reclamar como propias. Me temo que ninguna, que integración significa que "ellos" se incorporen a los valores dominantes. O sea, apuesto que no habrá integración, y lo sabéis, en el sentido de inter-actuación, a los indios no les quedan más que dos alternativas: desaparecer y, por así decir, limpiar el terreno, que más o menos es la idea que tiene, por ejemplo, Israel con respecto a los palestinos, sencillamente espera que se acaben y está haciendo todo para que eso ocurra, o que adopten los modos y las maneras hegemónicas. De integración y de mestizaje, nada, simplemente drástica imposición, aunque sea hecha a través de sutiles maneras.

¿Por qué el indio se convirtió de dueño de la tierra en siervo de la tierra? ¿Cómo la tierra pasó de unas manos a otras? Sabemos que los norteamericanos para resolver eso encerraron a los pieles rojas en reservas.

Que es otra forma de acabar con el problema, que antes se me escapó. Aunque de alguna manera los indios de aquí, sus pueblos, donde ellos están, son reservas, reservas para obtener mano de obra barata, reservas para ser ignoradas. Para nosotros todavía viven en lo que llamamos Edad Media, aunque ellos tendrán otra visión, porque la apreciación del tiempo en esas cabezas, en esas inteligencias y en esas sensibilidades, seguramente es distinta de la nuestra. Para nosotros ellos creen que el tiempo está inmóvil, está detenido. Quizá están contando sus víctimas o preguntándose cómo ha sido esto posible, qué tsunami los despojó de todo, tantas veces y para tantos, no sólo de su identidad sino, incluso, de su propia autoestima.

Las preguntas que os dirijo, como estudiosos aventajados, son éstas: ¿cuántos millones de indios existen desde México hasta el sur del Sur? ¿Cuántos mapuches, por ejemplo, sean de Argentina, sean de Chile...? A los de Chile, parece que les queda menos del diez por ciento de su territorio histórico. El resto les ha sido robado por grandes multinacionales. Por ejemplo, tanto en Argentina como en Chile, Benetton es propietaria de territorios que son como países. Los indios han sido saqueados y, ahora, a los que protestan, se les aplica una ley antiterrorista aprobada en Chile. Hay personas que no pueden decir: «Esto es mío», y hay firmas, empresas, terratenientes que sí pueden afirmar, sin que les pase nada: «Esto ahora es mío». Y si alguien pretende restituir la propiedad de la tierra, diciendo: «No, no era tuyo y ya tampoco lo será», si dicen: «Me lo robaste, quiero que me lo devuelvan», éstos serán acusados de alterar el orden y recaerá sobre ellos el peso de la ley. No sobre los que se instalan en beneficio propio, con las leyes que ellos han declarado santas, o sea, las leyes del mercado.

Por supuesto, no propongo que ni las ciudades ni las regiones que fueron emblemáticas de los mapuches les sean devueltas a los descendientes, a los tataranietos de aquellos que vivían entonces aquí. No es eso, ni se trata de eso, porque no es posible. Sencillamente, lo que se debería hacer es buscar fórmulas de no dejarlos atrás y de no dar pretextos para situaciones terribles como las que viven, carnicerías tremendas contra los pobres, exterminios de pueblos sin que eso sea noticia. Porque el indio no es noticia. Uno abre un periódico cualquiera y una parte importante, aunque sea una

minoría, no forma parte de la realidad que los medios retratan. Es curioso que ahora que andamos preocupados con la protección de las minorías, incluso de las minorías políticas, y queremos que estén representadas en el parlamento para que la diversidad ideológica y política del país encuentre ahí su retrato, su radiografía, esta minoría mayoritaria que son los indios esté tan ausente de los medios. De los indios no se habla, salvo para un suceso que mal se explica. Y si no hablan ustedes, si no empiezan a hablar de los indios, se está haciendo algo muy grave, porque es considerar que una parte de la población no merece ni un esfuerzo para sacarla de la miseria, de la humillación a que ha sido empujada. Recordad que esos pueblos llevan cinco siglos de humillación. Les robaron sus idiomas, les robaron sus creencias, les robaron su tierra, les robaron sus dioses. Les robaron todo, todo, todo, todo. No tengamos ninguna ilusión: lo que ocurrió fue una extorsión, un robo montado con eficacia y acompañado de la imposición de una nueva religión que, casualmente, es una religión también de humillación, de negarse a sí mismo. Hay algo de maquiavélico en todo este proceso que ya lleva, se arrastra, quinientos años.

Y, por favor, como ya somos mayores, no repitamos algo que sabemos que no es cierto, no hubo ningún encuentro de civilizaciones, los indios de ninguna parte se metieron en sus barcos, en sus canoas para cruzar el Atlántico y, por una casualidad extraordinaria, encontrarse en su ruta a Colón o a Álvares Cabral. Aquí llegaron las naos o las carabelas que traían, entre otros, a dos personajes importantísimos: el fraile y el soldado. El fraile ponía el pie en tierra y decía: «Vuestros dioses son falsos. Yo traigo conmigo el verdadero Dios». Olvidad por un momento el imperdonable pecado de orgullo que es decir: «Yo traigo conmigo el verdadero Dios», y que ha tenido como resultado una aculturación violenta, en todos los aspectos, aunque es cierto que los guatemaltecos, por lo menos, en un viaje que hice vi que hacen de las iglesias un uso que no es canónico, porque se sientan en el suelo, encienden unas velas en el suelo, no le dan ninguna importancia al altar, o a lo que pasa allí arriba, y es en el suelo donde hacen sus rezos. No sé qué están rezando. Todo esto debería merecer un enorme respeto. Pero, decía, que llegaron el fraile y el soldado. Y cuando el fraile decía: «traigo al

verdadero Dios», el soldado ya estaba preparando el arma y enarbolando la bandera de conquista. Detrás, con menos aparato simbólico, estaba el recaudador y el mercader: ellos no se exponían, pero eran los que contaban los beneficios. ¿Dónde está el encuentro?

Ocurre que hay descendientes de aquellas primeras civilizaciones. Y ocurre que esos hombres y mujeres, dispersos e ignorados por los medios, pero con idiomas propios, con usos, con tradiciones, con ignorancia de cosas y con sabiduría de otras, pobres, humillados, muchas veces vencidos, otras no, esos hombres y mujeres también son americanos. Así lo ha querido la historia, pero son americanos invisibles o por lo menos así me lo parece y, desde luego, en este encuentro no han aparecido como sujetos de nada, ni de su presente ni de su destino. A mí me parece que hay que hacer algo, que no podemos ser habitantes de una especie de segundo país, porque se razona, entre nosotros, aquí, por lo que he oído, como si los becarios, y los invitados fuéramos de otra galaxia, como si todos los que estamos aquí fuéramos universitarios norteamericanos o europeos o de cualquier parte del mundo que no tiene una comunidad tan importante reducida a la condición de anécdota.

Se les ha olvidado el indio. Y eso es grave. Es grave porque, si se nos olvida una vez, podemos corregirlo, pero si se olvida una vez y dos veces y tres veces, porque los indios han sido olvidados todos los días que empezaron en el 1500, hasta el día de hoy, entonces la cosa va mal, muy mal, es como si no hubiéramos avanzado en derecho internacional, como si no se hubiera abolido la esclavitud, al menos legalmente.

Hace un tiempo que vengo diciendo, con algunas sonadas divergencias, que el futuro de América, de esta Nuestra América, o América del Sur, dependía mucho de la emergencia de los pueblos indígenas. De la emergencia de los pueblos, o sea, emerger desde el fondo y aparecer a la luz del sol. Porque una América que recuperase su identidad primera en la figura de esos indios, de esas personas, sería seguramente distinta. Porque puede ocurrir, y no es una acusación malvada, es una provocación, como mucho, que ciertas clases que se consideran hegemónicas, ciertos comportamientos “líderes”, no sean más que copias de formatos europeos o norteamericanos. Y no hay nada peor que ser copia de...

Está faltando el indio. A lo mejor les asombra lo que este señor mayor, europeo, desde lo alto de la tribuna está diciendo. Pues lo repito: está faltando el indio. Y esto es terrible, es como si una clase social, una clase social ya integrada, un sector de la clase media, por ejemplo, fuera, por razones inexplicables, excluido, segregado de la comunidad nacional. De producirse un hecho así enseguida se mostraría la protesta e indignación: «No puede ser», se diría. Y con toda la razón. Pero los indios están excluidos y segregados desde hace 500 años. Tenéis una oportunidad ahora, una doble oportunidad: ayudarlos a que se salven del exterminio, ayudarse a ustedes mismos a salvar su propia dignidad de ciudadanos que no transigen con la barbarie heredada. Quizá la aportación de esta gente, en las distintas edades o grados de desarrollo, con sus valores, algunos tan interesantes, puedan realmente cambiar América.

Porque América necesita ser América y no dirigir su mirada a los países de Europa o a Estados Unidos, que siendo América, tiene otra tradición y otros valores. Ustedes son otros, son distintos; no quieren ser idénticos a nadie más. La identidad de América del Sur tiene que pasar por la aportación, por una recuperación del otro, del indio. Aquí nunca se dijo que el mejor indio era el indio muerto, aunque se le matara. No reivindicamos al otro por una moda literaria, no es el indigenismo y todo eso lo que nos mueve. No, es el simple y urgente sentido de justicia y, quizá, la necesidad, que no sé si será compartida, de incorporar al otro a nuestras vidas.

Como personas puede ser que no se sienta esa necesidad, pero el continente americano del sur necesita esa sangre, necesita a esa gente para estar completo. No se olviden. Porque olvidarse una vez más de la cara que la luna ha querido ocultar sería una infamia y ya es hora de acabar con la infamia de cinco siglos de extorsión y de humillación.

Hay una escritora mexicana, Rosario Castellanos, que es imprescindible leer. En estos países de América del Sur no han faltado escritores que han mirado al indio, al indígena, aunque eso, en el fondo, no actuara como revulsivo porque la sociedad encuentra siempre antidotos para las personas, intelectuales en este caso, que dicen cosas molestas para la conciencia de cada país. Esta mujer, Rosario Castellanos, escribió libros interesantísimos. Era de una

familia rica, una de las grandes fortunas de Chiapas y de toda esa región oriental de México, pero ella, observadora, escribió un libro, una obra, sería mejor decir, en el que queda claro que la humillación a la que sometieron al indio, a lo largo del tiempo, ha sido una vergüenza. Hablo, por ejemplo, de “Ciudad Real”, un monumento literario y humanista, que recomiendo que lean. La gente de San Cristóbal, o sea, de Ciudad Real, vivía sin darse cuenta de lo que estaba pasando, creía que ese era el orden natural de las cosas, la voluntad del Dios de todos, pero, como siempre ocurre, cuando se es Dios de todos, se es más Dios de unos que de otros. Y era el Dios de los ricos, sobre todo y como siempre.

No quiero complicarle demasiado la vida a nadie, pero me gustaría que esta noche fuera para vosotros una noche de insomnio. Y me gustaría aún más que sobre el tema de la cuestión del nombre, que sea iberoamericano o no, en el fondo no tiene mucha importancia, aunque me parece que debe de merecer la atención de quienes aquí viven, me gustaría, decía, que se sienten juntos portugueses, españoles, hondureños, lo que sea, de todos los países que aquí están representados, para contestar a esta pregunta: «¿Qué es lo que nos ha pasado que hemos olvidado al indio?» y ojalá que se alcanzan algunas conclusiones. Y que ese debate se integre en la cotidianidad, ese debate o esa toma de conciencia, en la acción futura.

Quizá en el futuro, alguno de los líderes que hoy están en esta sala, aunque por el momento becarios, cuando llegue la ocasión, si llega, de ser realmente líderes políticos o empresarios, piense en esto que nos ocupa, que, desde luego, me ocupa.

Supongo que ustedes trabajan para ser dirigentes en los dos mundos del poder, para ser empresarios o políticos, que son las dos carreras que están abiertas. A los empresarios puede que no les importe mucho esta cosa del indio, ellos piensan con otros baremos, pero si se dirigen hacia la política, si efectivamente tienen un escaño en los parlamentos de cada país, háganme el favor de corregir este desatino, esta injusticia. Que no es una injusticia histórica, es un crimen histórico. La historia siempre la escriben los vencedores. Imaginen cómo sería la historia de América, de esta Nuestra América, escrita por los indígenas, por los indios ¿Cómo sería? Cinco siglos después quizá ya sea el momento de volver al

sentido común. O de imponerlo, frente a los intereses que no están llamados para ser árbitros de nada, después de haber sido parte abusiva de todo.

Es la hora de que veamos la luna en todo su esplendor. No la tapen, por favor.

2. CULTURA IBEROAMERICANA EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL: REFLEXIÓN INTELECTUAL Y COMPROMISO POLÍTICO (Cuaderno de encargos)

SERGIO RAMÍREZ*

Daniel Defoe, como José Saramago, comenzó tarde a escribir. Su primera novela, *Robinson Crusoe*, apareció en 1719, cuando tenía ya la edad de sesenta años, pero de allí en adelante quiso desquitarse del tiempo terco escribiendo con arrebatos hasta la hora misma de su muerte. Más allá de haber creado en Robinson uno de los personajes arquetípicos de la literatura de todos los tiempos, se propuso escribir, con pulso de viejo que ya venía de vuelta, historias que sonaran verídicas en los oídos y lo parecieran a los ojos, y para ello utilizó la precisión fría del notario que inventaría bienes en subasta, o del maestro de obras que anota en su bitácora los celamines de argamasa que precisa un arco de punto.

Pero su vida, no tan honrada, ni tan pacífica, viene a resultar tan asombrosa como sus libros. Cuando decide empezar a escribir, ya había conocido las glorias tan engañosas de la política —el cobijo de esa tersa sombra siempre perversa del poder— lo mismo que sus amargas decepciones. Y no sólo eso. Un panfleto que por inútil precaución no firmó, *El medio más rápido de acabar con los disidentes*, enderezado contra el teólogo de la iglesia anglicana Sacheverell, fue causa de que lo recluyeran en la temida prisión de Newgate donde no quiso desperdiciar el tiempo que dedicaba en zaherir a sus enemigos, y escribió otra sátira, el *Himno a la picota*.

Defoe se decepcionó, por fin, de aquellos que, más encumbrados que él, habían sacado ventaja de sus hojas irónicas o incendia-

* Escritor y ex vicepresidente del Gobierno de Nicaragua.

rias, en las que apuntaló causas políticas que una vez creyó suyas; y llegaron a tanto su melancolía y su disgusto, que sufrió un derrame cerebral, un accidente que no dañó, sin embargo, sus facultades mentales. Ya se ve que no. Logró sobreponerse a las dolencias físicas, y decidió que no haría otra cosa en adelante, sino escribir. Escribir en soledad, escondido de los ojos de sus muchos acreedores, porque murió endeudado hasta la coronilla.

¿Se puede, de verdad, mezclar estos dos oficios, que parecen ser tan ajenos y contradictorios, los de político y escritor? Al hacer yo mismo la pregunta, debo responder con mi propia vida. En un país como Nicaragua, como en cualquier otro de la América Latina, el peso de la acción pública se vuelve insoslayable en la vida de un adolescente, aunque ese adolescente quiera ser escritor. Cuando a los diecisiete años emprendí el viaje desde mi pueblo natal, Masatepe, de la mano de mi padre, hacia la ciudad de León para matricularme en la Escuela de Derecho, él, que venía de una familia de músicos pobres, se preparaba de alguna manera para entregarme a la vida pública. Quería que fuera abogado, y los abogados han sido tradicionalmente los que conducen la vida política, no sólo los litigios en los tribunales. Son los oradores, los tribunos, los ministros, los legisladores, los presidentes; y de alguna manera, intelectuales en la primera fila de los acontecimientos.

Pero era la Nicaragua de los Somoza, una familia impuesta en el poder por la intervención militar de los Estados Unidos, y que para entonces llevaba ya más de veinte años de mando. La idea que mi padre tenía de la política estaba ligada a la permanencia inmutable de aquella dinastía que, de acuerdo a las cuentas que él hacía, no tendría fin. Cuando yo llegué a la universidad, y me quedé allí solo, en un mundo nuevo, comencé a entender que la vida era diferente. Había agitación en las calles, bandadas de estudiantes se lanzaban a protestar casi todos los días contra la dictadura. Y ese mismo año de mi llegada a la universidad, a los pocos meses, la tarde del 23 de julio de 1959, un pelotón de soldados disparó contra nosotros. Nosotros, digo, porque pronto yo estaba ya en la calle protestando. Hubo, fruto de aquella brutalidad insensata, cuatro muertos, dos de ellos mis compañeros de banco en el aula, y más de sesenta heridos.

Era esa Nicaragua de los Somoza que mi padre asumía como natural, la que mi generación quería cambiar de raíz. Éramos, naturalmente, radicales. Ahora solemos olvidar que radical viene de raíz, y no quiere decir más que querer cambiar las cosas desde la raíz. Compromiso solía ser una palabra generosa. Hoy pasa, a veces, por una torpeza, o una falta de razón práctica. Un tributo de los nuevos tiempos a aquella vieja filosofía del liberalismo fundador decimonónico, de que cada quien debe cuidar su parte porque el todo se cuida solo.

Radicales para enfrentarse a un poder matrero, pero implacable, que el viejo Somoza, el fundador de la dinastía, había dejado en herencia a sus dos hijos, Luis y Anastasio, tras ser muerto a tiros en 1956 por un poeta de 26 años, Rigoberto López Pérez, precisamente en aquella ciudad de León donde yo me entrenaba como revolucionario, y como escritor.

Nací bajo el viejo Anastasio Somoza, fui a la universidad bajo el gobierno de su hijo mayor Luis Somoza Debayle. Me marché a un exilio voluntario cuando él estaba en el poder, y fui protagonista del derrocamiento del último de ellos, Anastasio Somoza Debayle, que ya preparaba el reinado de su hijo, Anastasio Somoza Portocarrero. Y el 20 de julio de 1979, veinte años después, entramos en triunfo a la Plaza de la Revolución en Managua. El último Somoza, el último marino, había huido, su ejército pretoriano se había desbandado. El poder había sido conquistado por una generación aguerrida, que no estaba dispuesta a hacer concesiones al pasado. A veces me inquieta el sólo pensar que pude haber nacido demasiado antes, o demasiado después, y haberme perdido así de participar en aquella vorágine que me cambió para siempre. «Fue el mejor de los tiempos, fue el peor de los tiempos; fue tiempo de sabiduría, fue tiempo de locura; fue una época de fe, fue una época de incredulidad; fue una temporada de fulgor, fue una temporada de tinieblas; fue la primavera de la esperanza, fue el invierno de la desesperación», como empieza diciendo Dickens en *Historia de dos ciudades*.

José Saramago ha dicho alguna vez que no cree en el papel del escritor como misionero de una causa, pero que de todos modos éste tiene deberes ciudadanos. Hace poco le escuché decir, en un encuentro celebrado en Santillana del Mar, y dedicado a su propia

obra y a la de Carlos Fuentes y Juan Goytisolo, que lo que se exige del escritor en cuanto a semejantes deberes, se parece al “cuaderno de encargos” en el que los albañiles llevan la cuenta de lo que deben hacer cada día. Julien Green, en el diario del último año de su vida, *Le grand large du soir* (1997-1998), se refiere a unas anotaciones del cuaderno de encargos de un restaurador suizo en 1873, comisionado para reparar un fresco en el techo de una iglesia de Boswil, en Aargau:

Modificar y barnizar el séptimo mandamiento: 3.45 francos.

Ensanchar el cielo y ajustar algunas estrellas, mejorar el fuego del infierno y darle al diablo un aspecto razonable: 3.86 francos.

Retroceder el fin del mundo, ya que se halla demasiado próximo: 4.48 francos.

Modificar los mandamientos, ensanchar el cielo y ajustar las estrellas, atizar las llamas del infierno, disfrazar al diablo con las vestiduras de pastor, retardar el fin del mundo. Ni más ni menos. Un cuaderno de encargos como el que también llevaba Voltaire. Cuando Voltaire fracasó en su quimera de reformar el poder monárquico, para que la razón terminara de brillar con todas sus luces —no en balde aquella debía ser la era de la razón total— se dedicó con fervor a la causa de la defensa de los ciudadanos, escribiendo la asombrosa cantidad de 18.000 cartas, publicadas muchos años después de su muerte en 89 volúmenes. En ellas combatía las injusticias, los abusos de poder, denunciaba las sentencias judiciales mal resueltas y las ejecuciones atroces de prisioneros; lo que hoy en día llamaríamos un *ombudsman*. Si fuera contemporáneo nuestro, Voltaire tendría un blog.

Esa experiencia compartida, la del intelectual y político, viene de muy atrás en la tradición de la vida pública de América Latina. Y alguna vez fue también una tradición europea. Francis Bacon fue Lord Canciller del rey Jaime I; John Milton, Secretario del Consejo de Estado durante el gobierno de Cronwell; preso tras la Restauración, Milton tuvo tiempo suficiente en la cárcel para dedicarse a terminar *El paraíso perdido*.

Y una tradición española. Don Benito Pérez Galdós no sólo demostró que le concernía la historia al escribir sus *Episodios Nacio-*

nales, sino la política viva, porque se adhirió al Partido Republicano, y pronunció discursos en contra de la monarquía y del clero desde su asiento de diputado de la coalición republicano-socialista; y aún más, creía en el poder regenerador de la literatura; así nos dice, hablando de su pieza teatral *Electra*:

En *Electra* puede decirse que he condensado la obra de mi vida, mi amor a la verdad, mi lucha contra la superstición y el fanatismo y la necesidad de que, olvidando nuestro desgraciado país las rutinas, convencionalismos y mentiras, que nos deshonran y envilecen ante el mundo civilizado, pueda realizarse la transformación de una España nueva que, apoyada en la ciencia y la justicia, pueda resistir las violencias de la fuerza bruta y las sugerencias insidiosas y malvadas sobre las conciencias.

Y don Manuel Azaña, escritor, orador, periodista, presidente de la República Española. Y también Rafael Alberti, diputado comunista ante las Cortes, para los tiempos de la transición hacia la democracia al final del franquismo; un símbolo político como Pablo Neruda, que fue también senador por el Partido Comunista de Chile, y candidato simbólico a la Presidencia.

El novelista André Malraux, que luchó del lado de la República en España, hombre de acción, fue el paradigma de eso que llamaríamos más tarde “el internacionalista”, un tanto en la tradición romántica de Stendhal, internacionalista también bajo las banderas napoleónicas en Europa, no importaba que Napoleón reprendiera a los oficiales de su ejército por dedicarse a la vana distracción de leer novelas en los campamentos, en lugar de aleccionarse en los libros de historia. Pero Malraux terminó congelado en la inmovilidad oficial que depara el poder; y vuelvo aquí al dicho de su amigo Julián Green, que lo describe solitario en los corredores sombríos y desiertos de su Ministerio de Cultura en el Palais Royal: «aquel que estuvo siempre por la acción, se hallaba ahora recluido en su pasado por su fidelidad a De Gaulle».

Los escritores de Estados Unidos, tan lejos del poder, y tan ajenos a la política, si alguna vez se presentan de candidatos, son vistos como rarezas excéntricas: Upton Sinclair, que había escrito *La Jungla*, perdió las elecciones porque su adversario, poco honesto como tantas veces en las campañas políticas, hacía que se leyera por la

radio párrafos de sus novelas donde sus personajes hablaban mal de la iglesia, de los partidos, y hasta de los *boy-scouts*. O Norman Mailer, derrotado como candidato a alcalde de Nueva York, o Gore Vidal, oveja negra de una familia de patricios, varias veces candidato perdedor a senador. Cuando hay en Estados Unidos un presidente que no desprecia a los escritores, ni los considera peligrosos, los reúne en la Casa Blanca en alguna velada singular, para darse un baño de intelecto. Pero los escritores jamás han sido “inquilinos de la Casa Blanca”, como se dice en la jerga política.

Pese a todo lo dicho, el general Lewis Wallace, perteneciente a la Union Army, y Gobernador del territorio de Nuevo México, fue quien escribió la popular novela *Ben Hur* a finales de los años setenta en el siglo pasado, no sé si para gloria de las armas, o de las letras.

Y siempre hubo en Alemania una filosofía secular detrás de la literatura, capaz de interpretar los grandes oleajes de la historia, y los sacudimientos que ese oleaje produce en el alma de los seres humanos. Como Goethe, por ejemplo. Nadie más alejado de la imagen del político que aturde con sus discursos, que Henrich Böll, un ermitaño rebelde al *establishment* político, un inconforme sin concesiones, enemigo hasta su muerte de toda manifestación terrenal de poder. ¿Pero Goethe? Goethe fue consejero secreto de Carlos Augusto, Duque de Weimar. Era un ducado pequeño, pero él perteneció al aparato de poder, y ahora hay quienes ponen en su cuenta no pocos abusos, como la venta de prisioneros a Inglaterra, ladronzuelos y vagabundos, para que sirvieran de mercenarios en la lucha contra los revolucionarios norteamericanos. Parece una calumnia, un chismorro que brota de los túneles de la historia, pero se han escrito libros sobre este Goethe tan desconocido, el consejero secreto, metido en las entrañas del poder, que siempre son oscuras.

Los escritores alemanes han tenido el poder singular, o la pretensión, de ser jueces de la historia de su país, o sus visionarios. Thomas Mann, exiliado en los años siniestros del nazismo, y Henrich Böll el profeta que guiaba a quienes volvían de las trincheras, a encontrarse con su destino en ruinas. Y Günter Grass, capaz de obligar a la sociedad alemana a mirarse en un espejo irritante que les devuelve el rostro que no quiere, “el Spateraufklärer”, como se

llama a sí mismo: el visionario tardío, el último apóstol de una era falta de razón, que ahora se sacude, con algo desdén, el lodo que salpica su uniforme de miembros de las Waffen-SS, que vistió de adolescente.

Por vivir en las entrañas del poder, o a su sombra, siempre se paga un precio. Bacon fue juzgado bajo la acusación de enriquecimiento ilícito, y despojado de su cargo de Lord Canciller; Milton tuvo que defender públicamente las acciones más infames de Cromwell, incluyendo las masacres de Irlanda. Fue *whig*, y fue *tory*, balanceándose en el trapecio de izquierda a derecha. Y también fue agente secreto al servicio de la causa de la unificación de Escocia con Inglaterra, como lo había sido Christopher Marlowe, quien, para el tiempo en que murió asesinado en una reyerta de cantina, figuraba inscrito en la planilla de Sir Francis Walsingham, jefe de los servicios de espionaje de Isabel I. Espía, como el poeta William Wordsworth, a su tiempo admirador de la Revolución Francesa, y más tarde comprometido en misiones de espionaje en Alemania.

En América Latina, la acción política, sobre todo aquella que se propone una voluntad transformadora, ha comprometido a los intelectuales desde los tiempos de las luchas por la independencia, y ese papel nunca ha dejado de tener congruencia. Pienso en Antonio José de Irisarri, el criollo guatemalteco que escribió novelas satíricas como la *Historia del perinclito Epaminondas del Cauca por el bachiller Hilario de Altagumea*, un aventurero radical, y conspirador de oficio, que fue canciller del gobierno del general Bernardo O'Higgins en Chile, y luego prófugo tras ser condenado a muerte, por lo que regresó a la Centroamérica olvidada, desde entonces un traspatio de ruidos confusos.

Pero pienso, sobre todo, en Domingo Faustino Sarmiento, presidente de Argentina, que desde una visión política y a la vez literaria, hombre de poder y hombre de letras, creó a través de su novela *Facundo* el mito de civilización y barbarie en América, una dualidad que todavía nos aturde.

Facundo Quiroga, caudillo de La Rioja, capitán de montoneras, personaje de la novela, es el gaucho, el habitante de las pampas ya diezmado que se disuelve en la leyenda, pero mestizo cercano y concreto, un mestizo salvaje. Y la barbarie que representa Facundo

debe ser sustituida por el ideal civilizador de inspiración europea. Es la visión de John Fenimore Cooper en *El último mohicano*, el choque de indios contra europeos donde estos últimos resultan triunfantes porque son los mejor dotados, en la más pura línea del darwinismo social. El progreso civilizador americano pasaba necesariamente por esta dilucidación; y la raza vencedora del salvaje era europea, ni siquiera mestiza, en los Estados Unidos y en Argentina.

Pero el intelectual que es hombre de acción en América, tiene necesariamente una visión ecuménica desde los tiempos de la independencia, como es el caso de Baltasar Bustos, el personaje de la novela *La campaña* de Carlos Fuentes. Es el hombre ilustrado que peleará toda las guerras de la independencia de uno a otro confín, desde Buenos Aires, a Santiago, a Lima, a Caracas, a Veracruz, siempre en busca de Simón Bolívar, el mítico libertador, y en busca también de una mujer, Ofelia Salamanca, quien, en la gran alegoría de la escritura de Fuentes, seguirá siendo la América nunca encontrada, la libertad que huye y se multiplica en espejismos, y que, como doña Bárbara, seguirá siendo el espacio rural sin conquistar. Otra vez, el viejo dilema entre civilización y barbarie planteado por Sarmiento.

Si los escritores cargamos en América Latina con la pasión de la vida pública, es porque la vida pública tiene entre nosotros una calidad insoslayable. Apartarse de ella sería dejar una oquedad sin fin en el paisaje. No es la vida privada encarnando la historia de las naciones, como pensaba Balzac, sino la vida pública metiéndose en todos los intersticios de la vida privada. Los escritores llegan a convertirse en cronistas iluminados de la historia, y también en jueces implacables de la historia, compuesta al mismo tiempo de episodios inagotables que nunca dejarán de ser un depósito de materiales para el novelista, hazañas y episodios olvidados, personajes de extraña singularidad, injusticias sin fondo. Es al novelista a quien toca exhumarlos para volverlos a la vida.

La pasión crítica. El escritor apasionado de los hechos de la vida pública, pendiente de la suerte de las naciones y de quienes las habitan, pendiente de la opresión, y de los desmanes del poder arbitrario; una pasión que anduvo a caballo por los caminos de la inde-

pendencia cuando los próceres eran filósofos y eran letrados que cargaban *La Nueva Eloísa* en sus alforjas de campaña, y leían a Tocqueville en los altos de la marcha, muchos de ellos luego caudillos que olvidaron sus letras y sus sueños libertarios porque el poder no quiere estorbos de conciencia, aún cuando se trate de ejecutar el progreso.

Los próceres que se subieron a los caballos lo eran todo a la vez, como buenos enciclopedistas. Eran una conjunción y resumen de oficios: estrategias militares, filósofos iluministas, ideólogos liberales, doctrinarios masones, juristas imaginativos, legisladores osados, tribunos de salón y oradores de barricada, periodistas de hojas panfletarias, curas rebeldes a los cánones a veces, a veces terratenientes arruinados, a veces comerciantes encandilados por la libertad de comercio, a veces aristócratas en rebeldía. Escribían, además de proclamas, odas y sonetos. Son el todo creador, antes de que cada parte ciudadana reclame su especificidad y el todo se descomponga en sus partes insidiosas, y los actores revolucionarios se enfrenten entre ellos mismos en inquinas y disensiones, y de las quimeras magníficas de unidad se pase a las burdas fragmentaciones de territorios independientes.

Eran jóvenes díscolos y radicales, hijos de obras prohibidas, filosofía y novelas, que entraban de contrabando escondidas en barriles de harina, y porque se trataba de ejemplares tan escasos había quienes las copiaban a mano en los mismos libros en cuarto mayor forrados con lona marinera, donde transcribían también su correspondencia y llevaban sus cuentas, y aún la lista de la ropa sucia a entregar a las lavanderas. Hijos, por tanto, de ideas que causaban estragos y eran vistas como disolventes, enemigas de la monarquía absoluta y de la fe guardada por el Santo Tribunal del Santo Oficio, que sustentaba a la monarquía. Ideas acusadas de foráneas, con lo que se quería hacer ver que no tenían relación con la realidad interna que hasta entonces nadie perturbaba. Ideas liberales, subversoras del poder de la aristocracia terrateniente y del clero dueño de los privilegios del régimen de propiedad de manos muertas, un término éste que parece inofensivo por inerte, pero que implicaba la acumulación de un inmenso poder económico por parte de la jerarquía eclesial. Y la francmasonería, donde militaban los sediciosos,

era una internacional de conspiradores, una hermandad clandestina. Ideas, en fin, exóticas.

Ideas trasplantadas a América con todo y los símbolos que las encarnaban. Véase sino el gorro frigio de los *sans-coulotte* de las barricadas de la Revolución Francesa, que quedó extraviado en los escudos de armas de las nuevas repúblicas, desde Argentina hasta Nicaragua, ya metido en el nuevo paisaje, porque en el escudo de Nicaragua el gorro frigio fue sembrado en un palo encima de la cordillera de cinco volcanes, como sobre una barricada, uno por cada pobre e indefensa nueva nación centroamericana. El gorro frigio rojo sangre, como después la hoz y el martillo. Y los aires tropicales se llenaron, ya se sabe, de los acordes de los himnos nacionales republicanos que copiaban en sus acordes marciales a La Marsellesa.

Yo me reconozco en la calidad doble del intelectual que imagina y también piensa, que inventa y a la vez predica, que no pone freno a la creación, pero tampoco a la calidad ética de su escritura, una calidad que viene desde aquellos intelectuales ilustrados de la época de la independencia, que también eran escritores y filósofos, y que tanto tuvieron que ver con las ideas que engendraron las luchas libertarias. El escritor que como Voltaire, o como Saramago, o como Fuentes, no deja nunca de estar pendiente de los temas ciudadanos, o el escritor como ciudadano que siempre está obligado a denunciar las situaciones de injusticia, porque para eso se lleva su cuaderno de encargos.

Esto quiere decir, que de no tratarse de una revolución dispuesta a sacudir desde sus cimientos una sociedad injusta, como la que ocurrió en Nicaragua, y dispuesta a derribar un poder obscuro y sanguinario, nunca me hubiera sentido atraído por la política.

Una revolución, que es un momento de llamado a filas, cuando muchos dejan sus oficios habituales, abandonan los escenarios de la vida común y pasan a otro distinto, e inesperado, que cambia para siempre sus vidas, y las marca. El gran poeta nicaragüense Salomón de la Selva, que peleó en la I Guerra Mundial bajo la bandera de Inglaterra, lo dice mejor en «Vergüenza», uno de sus poemas del libro *El soldado desconocido*:

*Éste era zapatero,
 éste hacía barriles,
 y aquél servía de mozo
 en un hotel de puerto...
 Todos han dicho lo que eran antes de ser soldados;
 ¿Y yo?
 ¿Yo qué sería que ya no lo recuerdo?
 ¿Poeta? ¡No! Decirlo
 me daría vergüenza.*

Mi experiencia en la revolución fue una experiencia insustituible. Pero al fin y al cabo, una experiencia de poder. Otros escritores tuvieron menos fortuna con el poder, cuando lo buscaron. A Rómulo Gallegos, electo presidente de Venezuela en 1948, por el prestigio de haber escrito *Doña Bárbara*, lo derrocaron a los nueve meses los militares de polainas lustradas que parecían salidos de las páginas de *Canaima*, para los tiempos en que barbarie y jungla eran sinónimos en la literatura. Gallegos pretendía aplicar desde el poder un proyecto de reforma de la sociedad venezolana, tan rural y cerril todavía, como el que Santos Luzardo, el personaje de *Doña Bárbara*, quería aplicar en el mundo feudal de los llanos ganaderos del Apure. Pero a los militares no les bastó con derrocar a un escritor ilustre. Pocos años después, el dictador general Marcos Pérez Jiménez, uno de los golpistas, encargó a Camilo José Cela, de paso por Caracas, para que escribiera, bajo remuneración, una contraparte de *Doña Bárbara*. De ese encargo salió una novela llena de falsos venezolanismos que se llamó *La catira*.

Es el mismo proyecto de instituciones modernas y democracia representativa que el escritor don Juan Bosch quiso que apareciera como por arte de magia en la República Dominicana, al ser electo Presidente de manera abrumadora en 1962, tras la caída de la feroz dictadura del generalísimo Rafael Leónidas Trujillo, y también a los nueve meses fue derrocado por los militares trujillistas que allí estaban todavía, porque eran demasiado reales para las artes de la magia democrática de Bosch.

Ya se sabe también que a Mario Vargas Llosa lo derrotó en unas elecciones presidenciales un personaje que parece salido de las pá-

ginas de *La casa verde*, como aquel inmigrante japonés Fushía que enfermo de lepra viaja en una balsa por el río Marañón, en lo hondo de la Amazonía, para ir a morir al pudridero de la isla de San Pablo. Se trata, como pueden ver, de novelistas que resultan atrapados en los hilos de su propia imaginación. Pero Fujimori, el otro inmigrante japonés que llegó a Presidente del Perú, dio paso a un personaje aún más atractivo, Vladimiro Montesinos, todopoderoso jefe de los servicios secretos que guardaba miles de cintas de vídeo donde aparecía él mismo corrompiendo jueces, magistrados, diputados, empresarios, periodistas, militares, siempre un sobre lleno de dinero en su mano mientras las cámaras secretas trabajaban. Allí hay otra novela esperando, *La cueva de Montesinos*.

Vivimos aún en América Latina una realidad rural, un mundo anacrónico que es contemporáneo y a la vez cercano; y esa dimensión, desolada y esplendorosa, se expresa necesariamente en la imaginación; de lo rural nace eso que tanto se ha llamado realismo mágico. Y lo rural, envuelto en su vieja aura sorprendente, nos persigue aun dentro de las grandes ciudades, como México, São Paulo, Buenos Aires o Caracas. Y el lenguaje latinoamericano de los libros es todavía, en mucho, el lenguaje elíptico de los cronistas de Indias, un lenguaje fruto del asombro frente a lo desconocido que por primera vez se ve, y se toca.

Hay una ambición de volver a contar la historia, o reinventarla, o corregirla. Y para hablar de los asuntos de la vida privada, amor, celos, inquinas, traiciones, ambiciones, aun del adulterio, los pasamos siempre por el tamiz de la vida pública, que es su escenario de fondo; es la historia con minúsculas dentro de la Historia con mayúscula.

Eva Perón, la actriz provinciana que termina en la cumbre del poder, y que se encarna como mito en su propio cadáver, es el personaje de un mundo subyacente, que es de todas maneras rural aunque brille con fulgores urbanos, tal como lo describe Tomás Eloy Martínez en su novela *Evita*. E igual ocurre con Isabel Perón, la bailarina de cabaret que llega a ser Presidenta de Argentina, y tiene por consejero a un brujo que tira las cartas del tarot cada mañana para aconsejar las decisiones de Estado, y que dispone de su propio escuadrón de la muerte para eliminar a los enemi-

gos señalados por la cábala. Bien podrían ser personajes del Caribe, propios de las consabidas repúblicas bananeras. Y son, en todo caso, personajes de nuestra vida política, y la ficción sólo los copia.

Todo es anacrónico pero contemporáneo, y por lo tanto, real. Sucede, o puede suceder, tanto en Buenos Aires como en Managua, donde el viejo Somoza mandaba en los años cincuenta que falsificaran los votos para robarse las elecciones de Miss Nicaragua a favor de su candidata, que a lo mejor era su amante, y en su zoológico doméstico hacía convivir a los prisioneros políticos en jaulas vecinas a las de los leones africanos y las panteras. O en Honduras, donde el dictador Tiburcio Carías había hecho instalar en los sótanos del palacio presidencial una silla eléctrica de voltaje moderado, suficiente para chamuscar las carnes de un prisionero bajo tortura, sin electrocutarlo. Entre nosotros, las dimensiones del poder continúan siendo fantasmagóricas, o esperpénticas, como gustaba a Don Ramón del Valle Inclán.

No hay que olvidar, tampoco, que muchas veces la Historia contada por los novelistas viene a resultar más definitiva que la contada por los historiadores. El alcalde de Ciénaga, en el departamento de Magdalena, al inaugurar un modesto obelisco en el sitio de la masacre de los trabajadores bananeros ocurrida en 1928, frente a la antigua estación del ferrocarril, episodio que pasó a las páginas de *Cien años de soledad*, recordó en su discurso a las tres mil víctimas de ese día, un número que sólo está en la novela, en boca de José Arcadio Segundo, y que seguramente nunca llegó a ser tan grande. Pero ahora es una cifra oficial de la Historia.

Haber pasado por la vida pública supone una marca indeleble para un escritor que se aventura más allá de la imaginación y busca alterar la realidad desde los hechos, que es, de todos modos, otra manera de imaginar. Alterar la historia haciéndola, no sólo contándola. Cuando se me pregunta qué me ha dejado el ejercicio de la política para la literatura, suelo responder que nada. La política, desde el gobierno, se vuelve un asunto de trámites, de agendas, de juegos protocolarios; y sobre todo, de mucha distancia con la gente. Aun en una revolución, los que gobiernan, por la fuerza de la rutina, y de los espacios congelados que crea el poder, van alejándose

de la gente y de la realidad circundante. Los filtros palaciegos, las intermediaciones burocráticas, los informes, las cifras, terminan siendo la realidad.

Pero la repuesta es diferente si se refiere al poder. Hay tres temas que son fuente y razón del oficio del escritor, y que están en el título de uno de los libros de cuentos de Horacio Quiroga: el amor, la locura y la muerte; asuntos que Gabriel García Márquez reduce sólo a dos, el amor y la muerte, pero que yo prefiero aumentar a cuatro: el amor, la locura, la muerte y el poder.

El poder termina modificando la vida de quien lo ejerce, y de los que están colocados bajo su dominio. Es un paisaje circundante que no puede pasar inadvertido, un juego con dados cargados. La gente común, queriéndolo o no, vive dentro de una atmósfera que al cambiar, cambia sus propias vidas, sobre todo cuando los cambios son abruptos, y las vidas se convierten en manos de las viejas Parcas, armadas de poder, en eso que tan simplemente se ha dado en llamar juguetes del destino. El efecto del poder sobre las vidas privadas, he allí la fascinación.

Pero hay otra fascinación en el hecho de ser parte de esa máquina capaz de alterar la vida de las gentes, y poder contarlo luego, contar la manera en que se mueven sus bielas y funcionan sus poleas y engranajes. El raro privilegio de vivir, como testigo y protagonista, en la entraña del poder y conocer desde dentro su sistema digestivo. Y además de que el poder de una revolución tiene atributos de cataclismo, de todas maneras es el mismo poder de siempre, el mismo de hace por lo menos diez mil años, con sus reglas ciegas, sus juegos, sus seducciones, su sensualidad, su erótica, vicios, liviandades, miserias y secretos.

Noam Chomsky, uno de los estadounidenses más lúcidos de este siglo, dice que a pesar de que el ser humano ha venido desarrollando su capacidad científica y tecnológica —sus respuestas frente a la naturaleza y su dominio sobre ella— en cambio sus pasiones y sus debilidades son las mismas de siempre, las mismas de miles de años atrás. Es por lo que Esquilo, y Sófocles, suenan tan frescos a nuestros oídos. Y sobre todo, cuando en sus dramas nos hablan de las luchas de poder, parece que fueran contemporáneos nuestros, viviendo en Lima, en México, en Bogotá o en Managua.

El poder comienza a deteriorar los ideales que le dieron aliento desde el mismo día en que se asume. Es un ser viviente, y responde a las leyes de la vida, como todo lo que nace, crece y muere. Los ideales, íntegros al principio en toda su virtud romántica, dice Boris Pasternak en *Doctor Zhivago*, ya pierden algo cuando se transforman en leyes; y cuando esas leyes se aplican, ya pierden mucho más de aquella virtud primigenia. Es la manera en que como escritor he visto el poder, como un fascinante proceso que impulsa, deslumbra, discrimina, y luego enfrenta, y divide. Del otro lado está la búsqueda del consenso, que equilibra y armoniza, y crea la estabilidad democrática; pero una revolución hecha por jóvenes, y nunca hay revoluciones hechas por viejos, difícilmente busca consensos, sobre todo cuando el proyecto transformador se base en el presupuesto de la totalidad. Cambiarlo todo, alterarlo todo.

He aquí la gran contradicción. Una revolución fraguada en su momento, en base a los elementos históricos del momento, en un escenario determinado, y hecha por jóvenes que privilegian los ideales y desprecian los castigos inclementes de la realidad, y que convierten la ideología en una virtud sin fisuras, es necesariamente un proceso radical. No hay, por lo tanto, revoluciones moderadas. Eso haría que las revoluciones nacieran viejas, y ya sería un contrasentido. Es la hora de incendiar el universo, acelerar el cataclismo, magma y lava derretida brotando de la tierra abierta en llamas. Pero el poder, incommovible como es, cumple sus reglas. Y el poder pensado para siempre, eso que llamamos entonces proyecto histórico, viene a resultar un imposible. Una paradoja en la que uno consume su propia vida.

La política militante es una experiencia de mi vida de escritor. Habrá quienes han tenido una experiencia de escritor en su vida de políticos. Y seguramente por eso de que el escritor ha dominado en mi vida, nunca fui ese animal político del que he oído hablar, que cae y se levanta como si nada, y vuelve a empezar como si nada, la piel de lagarto resistente al filo de cualquier cuchillo. Esos son los que tienen madera de caudillos. En América Latina los caudillos siguen siendo una realidad persistente porque, quiero repetirlo, nuestra cultura sigue teniendo un hondo sustrato rural.

De la política me queda, como a Voltaire, el gusto por el oficio de hombre público, el que siempre quiere opinar mientras haya

problemas sobre los que opinar, el espíritu crítico que nunca habrá de alejarme del debate. Pero también me queda el gusto por la tolerancia, y la desilusión de las ideas eternas y los credos inviolables, de las verdades para siempre. Me queda el gusto ciudadano, de que habla Saramago.

Y me queda, para siempre, la fe en las utopías. Creo que la sociedad perfecta no es posible, pero nunca dejaré de creer que la justicia, la equidad, y la compasión son posibles. Que los más pobres tienen derecho a vivir con dignidad, y a sentarse en el banquete de la civilización, a participar del desarrollo tecnológico, y del bienestar, que son dones de toda la humanidad. Esa es la utopía, que volverá triunfante algún día, cuando el péndulo que anda lejos, regrese de su viaje hacia la oscuridad, y el desamparo.

Las torres de la ciudad del sol brillan siempre a lo lejos. Y por mucha que sea la distancia, uno tiene que verlas siempre como si pudiera tocarlas con la mano. Imaginar, que es una forma de acercarse a la utopía.

3. DEBATE

JOSÉ SARAMAGO Y SERGIO RAMÍREZ

PRESENTA Y MODERA EL DEBATE BELISARIO BETANCUR*

Buenas noches, soy Belisario Betancur, miembro del Patronato de la Fundación Carolina que dirige sabiamente Rosa Conde, y Presidente del Patronato de la Fundación Carolina en Colombia, y me ha sido confiada una tarea absolutamente inútil que es moderar un diálogo entre dos personalidades muy moderadas, que son el maestro Saramago y el maestro Sergio Ramírez.

No se trata de hacer la presentación de José Saramago, a quien todos y todas conocen, ni hacer la presentación de Sergio Ramírez, también conocido en todo el continente y en Europa. Además, ayer y hoy hemos tenido oportunidad de escucharlos. Esa oportunidad a mí se me ha dado con mayor amplitud, porque hace tres semanas estuve en un coloquio que se realizó en Santillana del Mar, en Cantabria, un día sobre Carlos Fuentes y otro día sobre Juan Goytisolo y el tercer día sobre José Saramago. Allí estaban el maestro José Saramago y la andaluza Pilar del Río, de quien el maestro Saramago aclaraba hoy que no es solamente su traductora, sino primero que todo es su esposa y después su traductora, y ella también escritora, aunque lo soslaya, aunque lo disimula. En Santillana del Mar, escuchamos una tarde al maestro José Saramago que nos advirtió: «Lean este fin de semana el periódico *La Repubblica* de Roma, porque he dado un reportaje y en ese reportaje hago algunas afirmaciones de carácter político que van a resultar un tanto... polemizantes». Esas declaraciones las vimos en el periódico *La Repubblica* y retengo lo que Saramago nos dijo y lo que le dijo a ese diario. En

* Ex presidente del Gobierno de Colombia.

síntesis, era algo así como «no hay nada tan estúpido en este momento en materia de ideas políticas como las izquierdas».

Sergio Ramírez por otra parte, con *Adiós muchachos* —el libro en el cual narra sus actividades en la revolución sandinista en Nicaragua— cuando dejó la actividad guerrillera y la actividad del gobierno con los sandinistas, desde entonces se reencontró consigo mismo en tanto que escritor. Había abandonado la poesía desde la propia Universidad, en donde enamoró a su esposa, Tulita, con unos poemas que dejó clausurados en la ventana, a pesar de que la ventana suscita como apertura, Sergio clausuró la poesía en la revista *La Ventana*, sobre la base, dice, que le gusta escribir poesía, pero que no tenía aptitudes, ni conoce la técnica, ni domina la técnica, aunque no es así. Pero desde entonces, Sergio en sus obras y en reportajes, sobre todo uno que concedió hace uno o dos años al periodista Carlos Powell, viene haciendo declaraciones en el sentido de que él es un revolucionario en vacaciones o desengañado.

Quiero que el maestro José Saramago nos hable esta noche del contenido de sus declaraciones a *La Repubblica* de Roma, declaraciones que por otra parte ha reiterado esta semana en Bogotá a distintos medios de comunicación y en una brillantísima conferencia que estaba haciendo reventar, haciendo estallar el teatro municipal en Bogotá y que después Sergio nos diga algunas palabras sobre su melancolía revolucionaria, o su desuetud revolucionaria o su obsolescencia revolucionaria... en fin, Sergio escoge la palabra, porque tiene un lenguaje precioso de novelista y de escritor público.

OSÉ SARAMAGO

Respecto a la estupidez de la izquierda, el Partido Socialista en Portugal presentó, si no me equivoco, cinco candidatos. Si esto no es una grave señal de estupidez, no sé cómo llamarlo. Porque si fuera un accidente, la gente estaba distraída y no se dio cuenta de lo que podía ocurrir, bueno, se admite. Pero es que se repite en el caso francés, que yo recuerde, por lo menos en estos últimos veinte años, esto sistemáticamente se repitió. Y más o menos en todas partes, la izquierda tiene una especie de vértigo, una especie de tentación continua e ininterrumpida para la fragmentación, para la división; y la derecha aprovecha y se presenta en bloque. Claro

que, en el caso de Francia estaba el señor Le Pen que parecía ser un competidor del señor Sarkozy, pero finalmente no lo era y, cuando se llegó a la segunda vuelta, Le Pen dijo a sus colegas que votaran por Sarkozy.

En tiempos más felices que estos, nosotros, la gente de izquierda pensábamos que la derecha era estúpida, lo afirmábamos con una convicción total. Lo que significaba que nosotros éramos los listos, los inteligentes, los sabios. Y en esa ilusión o en esa falsa convicción, que no sabíamos que era falsa, pero que en todo caso era una convicción, estábamos hasta que hemos sido conscientes de que la izquierda ha perdido la oportunidad de gobernar.

Y, por otra parte, hay que saber de qué estamos hablando cuando decimos izquierda. El partido socialista es... bueno yo no sé, el Partido Socialista de Portugal está haciendo una política económica neoliberal feroz, mantiene su programa socialista, claro, no le hace ningún caso, la bandera es igual, los símbolos son iguales, pero todo cambió. Y hay un talento de anestesista en los políticos que, de repente, poco a poco, convierte una situación en otra situación y la gente no se ha dado cuenta de cómo ocurrió eso. Ya no quiero hablar del caso de China, que si lo miramos y si no vemos a nadie y no escuchamos nada, pues seguiremos diciendo que es un país comunista y no lo es, es un país capitalista, de los tiempos en que el capitalismo era la fuerza de trabajo de la gente. Eso es lo que están haciendo. Entonces, no sabemos donde está la izquierda porque económicamente todo el mundo hace una política neoliberal, con matices, pero de ahí no pueden salir, y con eso a veces digo con mucha gracia, los gobiernos democráticos se convirtieron en comisarios políticos del poder económico. Suena mal, pero es cierto.

Y eso me llevó a decir, en un rasgo de sinceridad, que en estos momentos yo no veía en política nada más estúpido que la izquierda o las izquierdas. Luego he hecho un poco de humor sobre la idea de que sólo se puede gobernar desde el centro y, por tanto, la izquierda corre urgentemente en dirección al centro, sin darse cuenta que se está acercando a la derecha evidentemente. Tenemos esos partidos *compósitos*, a los que llamamos centro-izquierda, centro-derecha, claro que ésas son clasificaciones que no son compro-

bables y que pueden engañar a los más ingenuos, porque si soy de izquierdas, y tengo un gobierno de centro-izquierda, siempre puedo decir, pues estamos en el centro pero todavía izquierda. ¿Cómo izquierda? No, no, la izquierda ya acabó.

Parece que estas declaraciones escandalizaron a todo el mundo. Nos habíamos habituado a ser los mejores, sólo con la ingrata acoplación del mundo, pero yo me mantengo. No voy ahora a decir: "No, no, hay matices, hay una izquierda más inteligente que otra". No, en este momento, en la práctica política y en la cotidiana, en las perspectivas sobre el trabajo, la izquierda no tiene ideas. Porque la derecha puede gobernar sin ideas, no las necesita, nunca las necesitó. Pero la izquierda, no. La izquierda necesita ideas y ¿dónde están las ideas? ¿Dónde está el cuerpo doctrinario sobre el cual se puede debatir, discutir, organizar? No hay, no existe. ¿Resucitar el marxismo? Se podría, pero se necesitan ideas incluso para eso. Si eso es realmente viable.

Aprovecho para decir aquí que hubo otra respuesta a esa entrevista en la que me preguntaban, en términos generales, qué era lo que pensaba de Cuba y la situación en Cuba, que es una pregunta que siempre vuelve, y sobre el Oriente Próximo. Sobre Cuba dije que seguramente habría una transición que me gustaría que fuera algo muy debatido entre todos los cubanos, los de fuera y los de dentro y que se llegara a consensos. Una respuesta que no comprometía a nadie y que era evidentemente la respuesta necesaria.

Sobre el Medio Oriente, me atreví un poco más. No hice ningún comentario sobre la situación en el Medio Oriente, un comentario general, sin nada de análisis. No era el caso, era una respuesta para una pregunta de un periódico, era una entrevista hecha por e-mail y me limité a una aclaración, en que decía: «Espero poder vivir el día en que los americanos y políticos israelíes responsables del genocidio que está siendo víctima el pueblo palestino, desde hace sesenta años, sean llevados a un tribunal internacional».

Curiosamente, no hubo reacción. Yo, para Israel, un motivo excelente de réplica. Siempre vienen a decirme que soy antisemita, que no sé qué. Es divertido. Pero ante una cosa como ésta, no, no hubo ninguna reacción que yo sepa. Está ahí Fabio Rodríguez Amaya, mi querido y joven amigo, que él podría repetirlo de forma

que se oiga mejor. Efectivamente, esto hay que decirlo. Porque es un genocidio —sí, hablo así, como el que no quiere la cosa—, pero hay a quien le parece un genocidio, aunque quizás no lo sea, pero que alguien haya osado decir que esos señores han de ser llevados a juicio ante un tribunal internacional es importante, y tengo el privilegio de decir que soy el primero. No ha tenido efectos, pero los tendrá, les aseguro que los habrá.

BELISARIO BETANCUR

Sergio Ramírez, ¿usted participa de las mismas motivaciones, de las mismas melancolías? ¿O son razones diferentes las que a usted, en un reportaje, dice que lo hicieron retirarse a tiempo de la política?

SERGIO RAMÍREZ

Creo que hay distintas maneras de ver a la izquierda desde la izquierda. No se necesita convertirse en un desertor hacia la derecha para plantear posiciones críticas con la izquierda. Creo que el principal problema de la izquierda es con la democracia. Me parece que la izquierda debe aceptar la responsabilidad de haber adquirido la mala fama de ser enemiga o adversaria de la democracia, en el pasado. O que izquierda o transformación social y sistema democrático eran incompatibles y que, entonces, el sistema que se basa en el derecho de elegir y el ejercicio democrático de las instituciones basado en el respeto a las libertades públicas era incompatible con la idea de izquierda. Me parece que ése es el primer pecado capital que es necesario reconocer.

Hoy en día en América Latina hay distintos modelos de los que podríamos llamar gobiernos de izquierda. Sin embargo, tenemos que anotar una novedad. Ninguno de los modelos que podríamos calificar de izquierdas, dentro de una amplia gama, que no puede haber ninguna homogeneidad, no proviene más que del ejercicio del voto popular. Y tenemos, por lo tanto, una familia muy diversa de gobiernos de izquierda en América Latina, instalados gracias al ejercicio de la democracia. Pero me parece que eso quizás no sea suficiente, sino que el ejercicio constante de la democracia para los gobiernos electos es lo que debe caracterizar también la identidad democrática con la izquierda. Y quiero hablar de identidad demo-

crática, porque me parece que lo contrario de eso, la identidad autoritaria, alejaría a la izquierda de su propia identidad.

Pero antes de hablar de esto, de la identidad democrática o de la identidad autoritaria, quisiera hablar de otras características que a mí, desde mi posición de principio, me parecen incompatibles con la izquierda. La corrupción, por ejemplo, desde el poder. La manipulación de los recursos del Estado para favorecer políticamente a un gobierno de turno, o la manipulación de los recursos del Estado, los negociados, en base al poder político, para acrecentar o crear fortunas personales.

O el autoritarismo, es decir, el ejercicio del poder alejado de la institucionalidad democrática y del respeto de las libertades públicas. Los atentados contra los medios de comunicación, sean de izquierdas o de derechas, me parece que nos alejan de los principios de la izquierda. Y considero que el populismo tampoco es un valor de la izquierda.

Porque el autoritarismo, el populismo, la corrupción, pueden darse dentro de gobiernos de derechas o dentro de gobiernos de izquierda y por lo tanto, desde la perspectiva ética, los vería más bien como anticaracterísticas de lo que yo entiendo como izquierda.

Bueno, pero al fin y al cabo, en estos tiempos de crisis ¿qué es ser de izquierdas? Me parece que este es un asunto que sólo se puede definir por cuestiones de principio. Siempre me gusta referirme a una lectura, para mí fundamental, de un libro que recomiendo leer a los que quieran entender el problema entre izquierda y derecha, que se llama, precisamente *Izquierda y derecha*, del pensador italiano, Norberto Bobbio, donde él va a definir izquierda por un asunto de estricta filosofía y quisiera resumir en unas pocas palabras o frases lo que Bobbio dice. Bobbio afirma que identificarse con izquierda es un asunto de sensibilidad, y que la identidad de izquierda depende de esto que vamos a llamar sensibilidad, tener sensibilidad. Tener sensibilidad, dice Bobbio, no para que los pobres desaparezcan del mundo de la noche a la mañana a través de un proyecto total, sino para que la gente con menos oportunidades tenga cada vez más oportunidades.

Esa me parece que es una definición sensata y sensible de la izquierda, pero por mi parte agregaría algo que para mí es impres-

cindible, para identificarme a mí mismo como una persona de izquierda y es mi creencia en las utopías. El Diccionario de la Real Academia define la utopía de una manera para mí muy simple y dice que utopía es lo que no es posible hoy, pero no quita que pueda ser posible mañana. Entonces creer en la utopía es alentar esa sensibilidad por un cambio posible, por un mundo distinto, por un mundo más justo. Mientras yo crea eso, creo que habrá izquierda y que no tiene necesariamente que identificarse con proyectos de poder que sospechosamente se alejan del asunto de los principios.

BELISARIO BETANCUR

Tengo la impresión de que ese debate sobre izquierda y derecha está obsoleto. No por hacer la broma, por expresarlo con la broma de aquel que decía que izquierda y derecha son la misma cosa porque media vuelta a la izquierda y media vuelta a la derecha, se llega al mismo lugar. Entonces media vuelta a la izquierda es lo mismo que media vuelta a la derecha, con la diferencia de que son exactamente lo contrario. Esta mañana, por ejemplo, le oí una declaración a Felipe González que me parecía estar oyendo a Santo Tomás de Aquino. Se hablaba de la *potestas* y la *autoritas*, y le faltó solamente hablar de la Suma Teológica. Pero creo que Sergio empezó poniéndole unos dardos a José y al final le puso no dardos, sino banderillas, cuando le habló de la utopía ¿no es así, José?

JOSÉ SARAMAGO

Bueno, bueno... No soy Norberto Bobbio, pero hace tiempo que inventé para mí mismo lo que es ser de izquierdas, o qué es de izquierdas, diciendo que ser de izquierdas es un estado de espíritu, sencillamente. Sensibilidad, seguramente. Pero creo que, de una forma más amplia, es un estado de espíritu. Y de ahí no te quitan, no te arrancan, o sí. Pero cuando esto ocurre ya no se es de izquierda, aunque por ejemplo estés en un gobierno de izquierda: pero estás en un gobierno supuestamente de izquierda, pero la izquierda se acabó en ti, porque el estado de espíritu en que tú entraste aquí, ya no lo tienes.

Algunas ideas ahora sobre la utopía. Hace pocos años me permití decir que si pudiera borraría de los diccionarios y de la conciencia y

la mente de las personas, la palabra, el concepto de utopía. Afirmé que creer en utopías ha hecho un daño terrible, por ejemplo, a la clase obrera. Y lo expliqué y lo justifiqué. Si uno inventa o adora una utopía, esa utopía le está diciendo que aquello que no puede tener hoy o ser hoy, puede que lo sea mañana, un mañana que no es mañana, porque siempre es un mañana remoto.

A mí lo que me asombra es que uno se crea que los que estén en este mundo después, a los cien años, cuando ninguno de nosotros esté vivo, que la gente de entonces va a regresar a cumplir, a concretar nuestra utopía. Mi pregunta es ésta: ¿por qué esperamos que personas que están en un mundo distinto, pasados cien años, imagine, en un mundo totalmente distinto, van a aceptar para sí la responsabilidad de concretar en la práctica, en los hechos, una utopía de cien años atrás? Nos daría inmensa satisfacción, pero probablemente a ellos no, porque, o tienen otra utopía, quizás completamente distinta de la nuestra, o incluso puede que no tengan ninguna. Pero bueno, es imposible creer que el futuro se encargará de realizar las utopías de hoy. No. No puede ser. Claro que nosotros hablamos de utopía, se habla también de esperanza. Esperanza es una forma menos comprometida, es una cosa cotidiana tener esperanza.

Ahora, tomar en serio la utopía como soporte de una formación política, de una estrategia o de lo que sea, con perdón, Sergio, me parece un poco osado. Porque el futuro se encargará de decir no. Nosotros que estamos en el año 3007, lo sentimos mucho, pero vuestra utopía no nos interesa nada. No se adecua a las circunstancias sociales, tecnológicas, filosóficas en que estamos viviendo, no tienen nada que ver con nosotros. Y casualmente, incluso, ya llegamos a la solución de que no vale la pena tener utopías. Esto es lo que creo.

BELISARIO BETANCUR

Sergio, el maestro Saramago le dio ahí un izquierdazo, un gancho de izquierda. ¿Quiere agregar algo? Adelante.

SERGIO RAMÍREZ

Lo que no se admite son *uppercuts* de derecha. Sí, viendo la utopía en el sentido que la critica Saramago, estoy absolutamente de

acuerdo con él. Las utopías vistas como objetos flotando en el espacio y que se van a realizar por sí mismas, eso es como sentarse a la vera del camino a esperar que las transformaciones se den por sí mismas. No, yo hablo de las utopías activas. De las utopías por las cuales uno lucha, para que la sociedad se transforme y mis objetivos de futuro los pongo por delante, pero comprometo hasta mi vida por hacer que esas utopías sean posibles. Las utopías pasivas serían como un cuadro colgado en la pared frente a la cual no tendría el más mínimo compromiso.

Creo que la utopía que teníamos en los años setenta en América Latina, de que no existieran más dictaduras militares, es una utopía que se ha cumplido. No hay más dictaduras militares, ése es un avance para las sociedades de América Latina. Se acabaron los golpes de Estado, las dictaduras militares basadas en la idea de la seguridad nacional, que era una entelequia que causó miles de muertos y desaparecidos en América Latina.

Hasta hace 50 años en algunos países no existía el voto femenino, es una cosa muy reciente y hay miles de mujeres que se comprometieron a luchar por la utopía del voto femenino y eso es algo que hoy no se discute, es una realidad de hoy. Claro que habrá cada día más utopías en la vida de los seres humanos. Pero no se trata de promover utopías pasivas, sino utopías por las cuales uno se pueda comprometer y luchar. Ésa es mi idea de la utopía.

BELISARIO BETANCUR

Utopías regresivas... a ver José.

JOSÉ SARAMAGO

Con todo esto que ha dicho Sergio ahora, y que dice con una convicción profunda, a mí me parece que el concepto utopía no hace ninguna falta. Si tú estás luchando por los derechos que te pertenecen y sabes lo que está mal e intentas cambiarlo, no creo que pueda hablarse de utopía. Alguna vez oí decir o leí que la lucha por el voto femenino era una utopía. Las mujeres han hecho el trabajo duro, y como ellas son mucho más sensatas que nosotros, creo que la palabra utopía no apareció nunca en sus debates. Era algo que era necesario conquistar y lo conquistaron.

Ahora bien, puesta la cuestión y para armonizar puntos de vista que parecen divergentes y opuestos y que no lo son, suelo terminar esta discusión sobre la utopía con una frase que ustedes van a entender. La verdadera utopía se llama mañana. Se llama mañana y es el trabajo y el hoy cambiará el mañana. Eso sí. Y tenemos la suerte de realizar utopías cada veinticuatro horas. Pero no la llamemos utopía porque no vale la pena. Y todo el mundo que está aquí es muy inteligente y sabe de lo que estamos hablando. Pero yo sé que en la clase obrera, en Portugal, la palabra utopía se transformó en una especie de tópicos que parece que sirve para todo. No la necesitamos. Necesitamos tener ideas claras y trabajar para el mañana. Y mañana trabajaremos para el pasado mañana. Y así nos ponemos de acuerdo Sergio y yo.

BELISARIO BETANCUR

Antes de que se pongan de acuerdo el maestro Saramago y el maestro Sergio Ramírez, quiero hacer el reconocimiento de que la sagacidad de Rosa Conde ha hecho que en este patio haya un gran saber acumulado, más de 200 becarios, los profesores que nos acompañan, y esta mesa es una especie de supersíntesis de ese saber acumulado que hay en el patio. Porque en esta mesa, imagínense, está Fernando Henrique Cardoso, ex presidente del Brasil, está Andrés Pastrana, ex presidente de Colombia, pues ya sabemos de Sergio Ramírez, ex vicepresidente de Nicaragua, y del maestro Saramago, maestro entre los maestros, y del representante del museo Gulbenkian de Lisboa, una de las maravillas que se pueden encontrar en estas materias, y a mi derecha el doctor Carlos Gaviria, presidente del Polo Democrático, candidato presidencial del Polo Democrático Colombiano, y mi admirado amigo, el ex presidente Felipe González, quien esta mañana nos hizo una breve pero sustanciosa exposición. ¿Por qué no nos dices algo, Felipe, al respecto?

FELIPE GONZÁLEZ

Bien, vamos a ver... Sobre izquierda y derecha suelo hacer una broma. Cada vez que oigo a alguien decir que ya no hay ni izquierda ni derecha, sé que me está hablando alguien de derechas. Suele ocurrir.

Segunda aproximación: Creo que en eso hay un acuerdo de fondo. En el caso de Sergio Ramírez y José Saramago, los dos expresan que la izquierda es un sentimiento, o una sensibilidad, si quieren. Añadiría algo que perturba mucho: sin embargo la autocalificación de izquierda no define el sentimiento o la sensibilidad de izquierda, es simplemente una clasificación. Conozco gente que milita en el conservadurismo con mentalidad de izquierda. Por tanto, si fuera una sensibilidad, hay algunos que se rotulan a sí mismos mal. Dicen que son de izquierda pero ni tienen sentimientos de izquierda, ni mucho menos prácticas de izquierda, así que no hacen aquello que probablemente defina a la izquierda que es un impulso igualitario y solidario y no sé cuantas cosas más.

Ahí podríamos despejar algunas de las incógnitas, las utopías o no. Introduzco un matiz que probablemente aproxime, y no quiero ser muy ecléctico, más bien provocativo. Porque ahora estamos viviendo, lo que Fernando Henríque dice en privado y que yo digo en público, una oleada de utopías regresivas en el continente. Por tanto, en contradicción con las utopías, estas últimas son de las no realizadas y probablemente no realizables y algunas son tan regresivas que nos sitúan en el siglo XIX.

No estoy haciendo ningún retrato robot pero por ahí hay algunos caudillismos, con base en el voto, por la reacción de amplios sectores populares frustrados por los sucesivos fracasos que se vienen produciendo en la redistribución del ingreso en épocas de crecimiento o en épocas de no crecimiento. Esas utopías regresivas nos llevan a veces hasta personalidades que ni siquiera son del siglo XX, de las utopías liquidadas en el siglo XX, sino en el siglo XIX, caudillos con una cierta mentalidad rural, que ahora tienen la enorme complejidad de tener una manguera de petróleo en la mano. Todavía en el siglo XIX, ese caudillismo ruralista, medio de uniforme y medio finquero, tenía su riesgo y hubo mucho sufrimiento, pero la manguera de petróleo no estaba disponible. Creo que vivimos una oleada de eso.

A mí lo que me ha inquietado siempre es que la definición que hacía Saramago sobre el trabajo de mañana, para mañana hacer el de pasado, en contra de las utopías largoplacistas o finalistas, me hace pensar en un par de aproximaciones que tal vez hagan comprender este fenómeno.

Las utopías que me inquietaban, hasta lo que se llamó *el final del siglo corto*, según Eric Hobsbawm, hasta esta crisis del muro de Berlín y del hundimiento del modelo comunista, las utopías que en política me resultan peligrosas son las totalizadoras, las que nos ponen delante un horizonte con respuestas totales para llegar a un supuesto paraíso que nunca es terrenal. Ésas me inquietan, porque suelen ser excluyentes y suelen provocar en la izquierda ese sentimiento sectario, divisionista permanente.

Antes estábamos conversando y decíamos: las mayorías son por definición contradictorias y la izquierda difícilmente tiene vocación mayoritaria, porque no quiere asumir las contradicciones normales de las mayorías, por tanto, tienden a pelear en sectores. Pero la definición que hacía José Saramago es la que a veces he utilizado de lo que entiendo que es el socialismo democrático. Es la única forma de socialismo que entiendo, por cierto. Ligado al concepto de la identidad democrática, desde siempre. Y por eso milité siempre dentro de la izquierda del socialismo democrático.

El socialismo democrático en realidad es un camino, no es una meta. Si uno lo define como una meta —que sería la utopía totalizadora— se convierte en una religión, que en definitiva fue aquello a lo que condujo el modelo comunista, con enormes sacrificios humanos en función de una meta imaginaria, más religiosa que política. Eso es lo que me inquieta del planteamiento de la utopía, no digo ya de la regresiva que nos divierte en esta fase, sino de las utopías totalizadoras que son excluyentes.

El socialismo democrático es realmente un camino y el gran problema de la izquierda, el gran problema, agudizado por la caída del Muro de Berlín y por la crisis de los modelos de referencia, más que tener o no normas, es tener claro que los objetivos importan más que los instrumentos. Y el problema es que nos casamos sistemáticamente con los instrumentos, aunque nos alejen de los objetivos.

Éste es el gran problema. Una falta de capacidad de adaptar la convicción respecto de los objetivos que se persiguen, a la flexibilidad de los instrumentos para alcanzarlos, así que nos hemos casado hace mucho tiempo con la nacionalización de la economía, como un factor de igualdad, aunque la nacionalización de la economía, en muchos casos, nos haya conducido a repartir miseria y no bienestar.

Porque nos casábamos con el instrumento, no con la finalidad última, no con el objetivo.

Ésta es la diferencia que veo entre la definición de una utopía como algo que no es real, pero que es posible. Si me lo pone a mucho plazo me inquieta mucho porque ya me voy volviendo mayor e impaciente, si me dicen que eso se va a conseguir dentro de un siglo, tampoco me interesa.

Pero también he vivido algo que me complace con todas sus contradicciones. He vivido la experiencia de un país que no ha creído en sí mismo y que se transforma en 25 años, porque llega a creer en sus propias posibilidades. Y eso me estimula. Obviamente, vamos a tener problemas y cuando lo ve por dentro lo ve con más dificultades. Pero no cabe duda de que si uno vive la experiencia de un cuarto de siglo en un país como España, que probablemente ha conocido el cuarto de siglo mejor en los últimos tres o cuatro siglos, pues dice: “hay cosas que son posible”. Llena de contradicciones. Claro. Sin duda, llena de contradicciones. Pero como decía un paisano mío cuando le preguntaban: “Compadre, ¿cómo está tu mujer?”. “¿Comparada con quién?” —contestaba—. Pues yo comparo estos 25 años con los últimos tres o cuatro siglos, y no me parecen mal, en cuanto al resultado. Lo que pasa es que parte de la definición de la izquierda debería ser la rebeldía con uno mismo, antes de la rebeldía frente a los otros. El no conformarse me parece una actitud de izquierdas. El no conformarse. Por tanto no me conformo con los 25 años, creo que tenemos muchos desafíos por delante.

JOSÉ SARAMAGO

Hace algunos años, en una entrevista en París en un programa de televisión, me preguntaban por qué en estos tiempos seguía siendo comunista. Y yo, que nunca me había planteado explicar o justificar algo tan aberrante, en ese momento me salió la respuesta perfecta: «Mire usted, es una cuestión hormonal. No tengo la culpa, nací con una hormona que me lleva... es decir, incluso si el comunismo o la idea de una sociedad comunista no existiera, tendría que inventarla yo, por culpa o a causa de la hormona». El entrevistador se rió y dijo, «Bueno, si es una cuestión hormonal... Pero, ¿cómo explicaría...?». Muy fácil, hay algo en mí que me hace crecer la bar-

ba, no puedo hacer nada contra eso. Tengo que afeitarme todos los días porque no me gusta ser barbudo o ser barbado, y también hay una hormona a la que no doy ningún nombre... ahora mismo hubiera dicho un estado de espíritu. Evidentemente es un estado de espíritu, porque no es una forma de ver las cosas o de entender las cosas, es simplemente un estado de espíritu. No puedes ser otra cosa sino eso que eres. Y puedes divertirte dando como explicación que tienes una hormona, e intentar otras cosas, nada más. Sobre todo no consigo verme a mí mismo con una mentalidad capitalista. Entonces la hormona se revuelve y yo lo pasaría mal.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Bueno a lo mejor debería callarme porque he escuchado aquí tantas cosas tan profundas. Pero, en verdad, cuando se habla de izquierda hay muchos presupuestos. Aquí se ha mencionado a Bobbio. Bobbio nunca se ha olvidado de mencionar un ideal de justicia y de igualdad. No es solamente una sensibilidad, no es solamente la democracia, sino igualmente es un ideal de justicia y de igualdad. ¿Y quién me dice que eso es discrepante del ideal que se seguía en el siglo XVIII, de los demócratas del siglo XVIII? También querían igualdad, también querían igualdad de oportunidades.

Lo que viene en el siglo XIX, cuando nace la idea de comunismo, o más bien de socialismo, son otras cosas y nosotros estamos muy apartados de esas otras cosas. Es que había además una herencia —por lo menos en la tradición marxista—, la herencia del humanismo, de la creencia en el hombre, de una visión de futuro, de progreso, de esperanza, una visión positiva, hacia adelante, no regresiva, no hacia atrás.

Pero no sólo había esa dimensión en el pensamiento de la izquierda, había otra: había que reorganizar las formas de organización de la producción. No hay visión comunista o de izquierda clásica que no tenga una relación con una propuesta de reorganización de la forma de producción. De ahí la afirmación correcta de Saramago, que él no se conforma con el capitalismo. De eso se trataba, no conformarse con el capitalismo y había una idea de que sería posible y mejor, otra forma de organización de la producción.

Después, están los caminos... hay varios, unos son totalitarios, otros son de izquierda democrática, hay muchos. Ahora, lo que pasa en el desacuerdo y desconcierto en que vivimos, en este momento de mi generación, de los más antiguos, es que mucho de lo que se dijo en el siglo XVIII, XIX y mitad del siglo XX, desapareció del horizonte histórico. ¿Quién plantea hoy el control colectivo de los medios de producción? En ese sentido tiene razón Saramago. ¿En dónde hay un gobierno que proponga tal objetivo? En ninguna parte. Desapareció del horizonte histórico. Eso es un hecho histórico. ¿Significa eso que no se puede ser de izquierdas? No. Significa que no se puede en aquel horizonte histórico. O sea, la idea de que sería posible organizar la producción, con la voluntad de que el control colectivo de los bienes de producción pudiera cambiar el mundo y generar más felicidad, eso desapareció.

Entonces tenemos que buscar otras construcciones, lo que yo llamo de utopía viable, que es otra contradicción en los términos. Pero hay que buscar algún horizonte de algo mejor y, en ese horizonte algo de mejor para los pueblos, no se puede pensar que se va a alcanzar primero reorganizar la producción capitalista, porque no se ve cómo organizarla, los intentos de organización fracasaron. ¿Significa eso que esa organización en sí misma va a generar el bienestar para la mayoría? No, no lo significa. Aumenta la pobreza en muchas partes, depende de la acción del gobierno, de las gentes, y hay otra dimensión que no es en sí del siglo XIX tampoco, que es la sociedad civil, que es mucho más activa hoy día y que son formas de acción que saltan por encima de los aparatos partidarios y que no tienen mucha vinculación directa con la idea, también de comienzos del siglo XX, de que por intermedio del Estado se cambie la sociedad.

No, ahora la gente quiere cambiar directamente; cambió el modo de relación entre las personas, la gente se relaciona por internet, ya no se ven físicamente. Pero sí se relacionan y se generan ideas y son ideas que pueden llevar adelante transformaciones.

Así que pienso que sí, que hay un pensamiento, en ese sentido, de izquierda, que no está ya vinculado a la izquierda histórica y eso hay que decirlo con claridad para que no se engañe a la gente. Nadie está proponiendo la vuelta a ese pasado. Y los que a veces no

aclaran eso y se piensan que están proponiendo algo para el futuro, van al pasado, son los regresivos. Lo que yo menciono siempre y Felipe también. Es verdad.

Pondré un ejemplo muy sencillo. En mi tierra, hay un movimiento importante, se llama *Los sin tierra*, por la reforma agraria. Muy bien, es una utopía regresiva. ¿Por qué? Porque el mundo actual no puede estar ya basado en la unidad familiar. ¿Significa eso que no debe existir unidad de producción familiar agrícola? No. Pero ya no es el eje la unidad de producción agrícola. E incluso, para mi sorpresa, el líder de esa organización hizo una declaración hace quince días, donde dijo: «No, el modelo que proponemos nosotros no funciona más». ¿Por qué no funciona? Entonces es una utopía regresiva. Pero la gente no tiene el coraje moral de decir claramente que eso no funciona. Como tampoco tiene el coraje de decir, cuando hay una abundancia de recursos en el Gobierno, que se hace la distribución directa de la renta. Eso tampoco va a funcionar a largo plazo y la gente se engaña como si eso fuera una solución “de izquierdas”.

Creo que sí, que hay otro trabajo de construcción intelectual que permite una división clara entre lo que es de izquierdas y lo que es de derechas, y no haya intermediarios. Y se debe mantener viva, pero totalmente ya apartada de las utopías regresivas.

BELISARIO BETANCUR

Muchas gracias a todos, a José Saramago, a Sergio Ramírez, a Felipe González y Fernando Henrique Cardoso... gracias, maestros.

4. EL PAPEL HISTÓRICO DE LA UNIVERSIDAD EN LA CONFORMACIÓN DE IBEROAMÉRICA

PATRICIA MARTÍNEZ BARRIOS*

Quiero comenzar mi intervención haciendo llegar a todos y cada uno de ustedes un cariñoso y caluroso abrazo caribe. Soy cartagenera y me gustaría empezar mi intervención dedicándole a mi ciudad nativa, a Cartagena de Indias, un poema de un poeta cartagenero llamado Luis Carlos López. Esta ciudad tiene un monumento dedicado a esta poesía; es el monumento a los zapatos viejos, que ustedes encuentran ubicado en la parte de atrás del cerro San Felipe. Y debo decirles que todos los invitados a nuestra ciudad tienen como visita obligatoria estos zapatos viejos porque cuentan un poquito de ese cariño que le tenemos a Cartagena. El poema que les voy a recitar se llama «*A mi ciudad nativa*». Y dice así:

*Noble rincón de mis abuelos:
nada como evocar, cruzando callejuelas,
los tiempos de la cruz y de la espada,
del ahumado candil y las pajuelas...*

*Pues ya pasó, ciudad amurallada,
tu edad de folletín... Las carabelas
se fueron para siempre de tu rada...
¡Ya no viene el aceite en botijuelas!*

* Rectora de la Universidad Tecnológica de Bolívar, Colombia.

*Fuiste heroica en los años coloniales,
cuando tus hijos, águilas caudales,
no eran una caterva de vancejos.*

*Mas hoy, plena de rancio desaliño,
bien puedes inspirar ese cariño
que uno le tiene a sus zapatos viejos.*

La primera parte de mi intervención se titula: *Múltiples respuestas para múltiples preguntas.*

Comencemos por el primer término, el término identidad, que en la mañana de hoy nos recordaba su definición el escritor Saraguro y que ahora yo les traigo textualmente citado del Diccionario de la Real Academia Española, que define identidad como: «Cualidad de idéntico. Conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás. Conciencia que una persona tiene de ser ella misma y distinta a las demás».

Iberoamérica, por otro lado, es un término usado para referirnos concretamente a la comunidad de naciones conformadas por todos aquellos Estados o naciones que están geográficamente ubicados en la península ibérica y los países de América del Sur cuya tradición, desde la conquista, se fue construyendo a partir del legado de España y Portugal en nuestros territorios y cuyas lenguas oficiales reconocemos como el español y el portugués. En un rico texto sobre políticas y roles de intercambio y cooperación cultural en el ámbito iberoamericano, preparado por la Universidad Federal de Bahía y publicado por el Convenio Andrés Bello en el libro *Siete cátedras para la integración*, se dice: «En su descripción más tradicional, los pueblos iberoamericanos serían los pueblos de lengua española y portuguesa de América Latina y Europa. Esta tradición considera que hay un espacio común entre los países de la península ibérica y sus colonias en América Latina, dada la convergencia entre la historia de esas naciones y el estrecho relacionamiento que les envolviera a lo largo de los últimos 500 años».

Según Jorge Lozoya, anterior secretario general de la Secretaría de Cooperación Iberoamericana, lo iberoamericano está asentado en una realidad humana: somos todos los habitantes de las dieci-

nueve repúblicas latinoamericanas, más España y Portugal, que, repito, compartimos una herencia humana, una herencia social, y un perfil orgánico común. Geográficamente, entonces, Iberoamérica somos los diecinueve países latinoamericanos, que conformamos el ámbito iberoamericano, o veinte si sumamos a Puerto Rico, más los dos europeos de España y Portugal. Me refiero a Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, El Salvador, Ecuador, España, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal, Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

Habiendo presentado estos dos conceptos de identidad e Iberoamérica, preguntémosnos ahora si ha tenido la universidad, como institución social educativa, el papel histórico en la conformación de Iberoamérica, esto es, en la formación de ese conjunto de rasgos propios que nos caracterizan frente a los demás como una colectividad de países con tradición europea ibérica y sus lenguas, el español y el portugués. Nos preguntamos también si ha tenido la universidad un papel en la construcción de ese espacio cultural común. Si la respuesta es positiva, nos preguntaremos también cuál ha sido el papel histórico de la universidad como institución de formación, de investigación y servicio social, en la conformación de una identidad iberoamericana. Al tiempo que les pregunto esto, creo que cada uno se puede hacer la pregunta; todos han pasado por una universidad, pueden preguntarse si, en todo ese proceso o experiencia educativa que ustedes han tenido, el hecho de pasar por una universidad de alguna manera ha contribuido en algo a concebir ese espacio común iberoamericano como lo estamos entendiendo. Y cómo ha influido la universidad en la construcción de esta herencia humana, herencia social y perfil orgánico común, de la que nos hablaba anteriormente el secretario de la Secretaría de Cooperación Iberoamericana. Les confieso que yo he tenido una dificultad inmensa para responder estas preguntas.

Como podrán imaginar, más aun después de la intervención del escritor Saramago, porque en el caso de la historia de nuestras universidades en América, como el discurrir mismo de nuestras naciones, ha estado signada por múltiples encuentros y desencuentros, algunos conflictivos, que no nos permiten ver esta relación entre

universidad y construcción del espacio iberoamericano de manera clara y menos monolítica, destacándose tres períodos en la historia.

Un primer período que podíamos llamar la génesis de esta relación y de construcción de este espacio, una etapa de dependencia del viejo mundo; una segunda etapa que se inicia aproximadamente en el siglo XVII que podríamos llamar de independencia, en el siglo XVIII, siglo XIX; y una nueva etapa que estamos construyendo desde la última década del siglo pasado, que esperamos sea la marca de este nuevo milenio y es lo que yo llamaría un período de interdependencia o de reconocernos también en nuestras diferencias, al igual que nos identificamos como iguales, que es lo que voy a tratar de desarrollar a continuación.

Por tanto, ante todas las preguntas anteriores se impone una respuesta doble: sí, la universidad ha tenido un papel; y también no, ya que muchas veces la universidad no ha tenido un papel preponderante. Pero cuando contestamos positivamente, entendiendo que la actuación universitaria sí ha contribuido a forjar la identidad iberoamericana, no cubrimos toda la realidad, porque también cuando respondemos negativamente, en la misma negación estamos poniendo de relieve que, de alguna manera, la universidad, aún oponiéndose, ha cincelado la identidad.

Escuchemos la voz de la historia. La existencia de instituciones educativas en el nuevo mundo propició la transferencia de un legado que hoy identificamos como iberoamericano, aun cuando, para el caso de la América hispana, ello tuvo un desarrollo bastante diferente del de la América portuguesa, como veremos posteriormente. Pero ambas tradiciones, tanto la española como la portuguesa, se enriquecieron conjuntamente, a partir del tronco europeo con las vetas indígenas y vetas africanas también, como escuchábamos en la mañana de hoy.

España coloniza con todo su aparato educativo, incluidas sus universidades, y logra una penetración cultural profunda en todo el nuevo territorio. Coloniza con todas sus instituciones políticas, sociales, económicas, militares y con la universidad escolástica proveniente de Alcalá y de Salamanca; coloniza con sus grandes autores, coloniza con Calderón, con Lope de Vega, con Cervantes, con Santa Teresa; coloniza con San Juan de la Cruz, con su pintura, su escul-

tura, con la contrarreforma católica. Como muestra, buena es Cartagena de Indias, nuestro corralito de piedra, con toda su arquitectura civil y religiosa de los siglos XVI, XVII y XVIII, nuestro barrio de Getsemaní, el convento de la Popa y todo el sistema de defensa de la ciudad, nuestras murallas, nuestros castillos que, como el San Felipe de Barajas, son dignos exponentes de la mejor ingeniería de la época.

En aquellos territorios ocupados por España en América, la universidad jugó un papel histórico, transmitiendo una lengua y transmitiendo una tradición, entendida como el cúmulo de conocimientos y valores de una época a través de un proceso educativo intencional. Descubierta el Nuevo Mundo por Cristóbal Colón, en 1492, sus tierras vírgenes demostraron con presteza, primero en el sur y muy poco después en el septentrión de América, ser tierras fértiles para la semilla universitaria.

Otros autores han resaltado que el movimiento fue de doble vía, no sólo de España hacia América, sino de ésta hacia aquélla. Hacia España y sus dominios europeos iban las producciones escolásticas de Ciudad de México, la poesía, los tratados de medicina, los productos de las tierras de América para salvar la hambruna en Europa, como fue la papa, el maíz, como nos lo describe tan magistralmente Carlos Fuentes en su libro *Terra Nostra* o también nuestro autor colombiano Germán Arciniegas en una obra magistral, titulada *América*. Octavio Paz, en su discurso al recibir el Premio Nobel de Literatura en 1990, titulado *La búsqueda del presente*, nos habla sobre el poder de la lengua en cuanto a factor determinante en la transmisión de conocimientos y valores. Dice Octavio Paz:

Las lenguas son realidades más vastas que las entidades políticas e históricas que llamamos naciones. Y un ejemplo de esto son las lenguas europeas que hablamos en América. Las lenguas nacen y crecen en un suelo, las alimenta una historia común. Arrancadas de su suelo natal y de su tradición propia, plantadas en un mundo desconocido y por nombrar, las lenguas europeas arraigaron en las tierras nuevas, crecieron con las sociedades americanas y se transformaron. Son la misma planta y una planta distinta.

Las lenguas, españolas y portuguesas entonces, podemos decir que fueron un vehículo que alimentó nuestra historia común. Tal

vez abusando de la metáfora de Octavio Paz, así podemos decir también que sean nuestras universidades. Nuestras universidades, como nuestras lenguas, nacieron en España y luego fueron plantadas en nuestros lares, crecieron con sus sociedades y con ellas se transformaron. Pasemos a escuchar entonces, de la voz ancestral de la historia, a la conducción intencional por la educación.

En todo este proceso que venimos narrando, nos preguntamos si nos encontramos ante un aprendizaje espontáneo de estas nuevas culturas, por la invasión de nuevos conocimientos y proceder es o ante un acto educativo intencional, mediado por la escuela y la universidad. Sobre la intención educativa y su impacto en la formación de las sociedades, el padre Alfonso Borrero Cabal, director de un seminario permanente sobre universidad, un sacerdote jesuita que falleció hace algunos meses, nos dice:

Acontece que las tradiciones educativas son tenaces, aun sin tener en cuenta una maquinaria institucional como las universidades, porque lo educativo es, por sí mismo, insistente tradición. Individuos y generaciones siempre han querido reasumir el pasado histórico, verterlo en el presente y pretéritos, producir la amalgama que destila la fisonomía del futuro. Es el anhelo de hombres y civilizaciones que tuvieron que proyectarse en la totalidad del tiempo y el espacio, lo intentan, lo procuran y en gran parte lo logran, mediante la transmisión del elemento educativo. Educar ha sido siempre, reiterémoslo, tradición que transita incansable, de manos en manos de generaciones sucesivas.

Ésta es la lección que aprendimos todos los educadores de las universidades colombianas.

Se deduce entonces, de la anterior cita, que España, a través de sus escuelas, colegios y universidades, y a través de su vehículo educativo y educador por naturaleza, la lengua, fue como condujo intencionalmente la colonización y, por tanto, estudiando a la universidad es como conocemos la identidad que transmitía España a los pueblos de América. A través de sus universidades, los modeló conscientemente, a través de sus universidades formó a las elites y a través de las universidades cinceló, con el esquema escolástico y renacentista, en el *trivium* y el *quadrivium*, en el Renacimiento español, en sus instituciones jurídicas y religiosas.

Pasemos a ver entonces cómo se desarrolló esta universidad en territorio americano. La universidad hispanoamericana o iberoamericana nació en el período colonial bajo los auspicios de la Corona española y el Papado. Es necesario adentrarse en las razones que motivaron estos hechos y enmarcar el nacimiento de la universidad hispanoamericana en el surgimiento de un sistema educativo de ultramar, precedido por las misiones evangelizadoras, las escuelas primarias y los colegios secundarios. La universidad respondió. El naciente grupo dirigente americano demandaba la existencia de centros de estudios superiores, ya que de lo contrario hubieran debido desplazarse hasta las grandes universidades europeas.

Las primeras universidades en la América hispana fueron la Universidad de Santo Domingo, creada por la orden de los dominicos en 1538; la de México creada por los franciscanos en 1551, y la de San Marcos, en Lima, Perú, creada en 1551 también, por iniciativa de la municipalidad de Lima. Todas ellas concebidas como expansión de la universidad peninsular y, como dije antes, especialmente inspiradas en las Universidades de Salamanca y de Alcalá de Henares.

Por la relación estrecha entre el Estado español y la Iglesia católica, fueron los sacerdotes, los misioneros y sobre todo las órdenes religiosas, los encargados de crear en América el hecho educativo. Las primeras reformas universitarias que se establecieron en el Nuevo Mundo seguían las directrices del humanismo renacentista. El planteamiento simple que hicieron los hombres del Renacimiento, los encargados de completar en América la obra colonizadora, la diversidad que aquí sirvió fue, en consecuencia, la diversidad renacentista. Con el descubrimiento del Nuevo Mundo se abrió para los hombres del Renacimiento un nuevo campo de acción que fue el de trasladar a América la civilización europea. Según Águeda María Rodríguez, otra reconocida estudiosa de la universidad, ésta fue la época de oro de Salamanca. A su calor, incluso van surgiendo las grandes empresas españolas que se constituyen en los puntales más gloriosos de la cultura patria: aparición de la primera gramática de nuestra lengua, elaborada por uno de sus maestros, Antonio de Nebrija, en 1492; protección científica al descubrimiento de América, difusión de la imprenta; nacionalización del Renacimiento, la gran

epopeya del Renacimiento acá en América, y todo el legado universitario que nos llegó.

El impacto de la conquista y las condiciones singulares de la colonización es innegable. Dejaron su impronta de dependencia en la cultura e implementaron desde entonces un valor, un sistema de valores dependiente, del cual América Latina no ha logrado emanciparse totalmente, según palabras del profesor Antonio José Rivadeneira.

Para no volverlo interminable me dejo siglos de historia en el tintero, resaltando que la política educativa española dejó tremendas huellas en todos los aspectos y matices de la cultura hispanoamericana, que no me detengo a detallar, sino que únicamente quiero utilizar para destacar una característica de este primer período: la dependencia. Durante los siglos subsiguientes, los siglos XVII, XVIII, XIX y XX, la universidad de los territorios de la América conquistada, colonizada por España, va adquiriendo una estructura híbrida, fruto de la incorporación de nuevas corrientes de pensamiento y modelos universitarios. Se incorpora el modelo francés, el alemán, el anglosajón, el norteamericano, traduciéndose en un conglomerado de escuelas profesionales y de nada más. Nunca, repito, nunca, comparables al legado que, a través de la lengua y de las culturas renacentistas, tatuaron el alma de nuestra Iberoamérica hasta nuestros días. Las universidades en América se nacionalizan después de la independencia, aspirando a encontrar su propia identidad, que termina siendo tan fragmentada como las naciones que las albergan, distanciándose de todos los ideales integracionistas de nuestros padres libertadores. Es decir, sigue la dependencia de las nuevas potencias europeas y luego los Estados Unidos, y se van volviendo menos universidad y más profesionalizantes, menos aumento del conocimiento y más transmisión de técnicas, hasta llegar a no resolver ningún problema vital.

EL CASO DE LOS PORTUGUESES

El caso de Portugal en los territorios ocupados en América fue bien distinto. Los portugueses marcaron un territorio, transmitieron una lengua, pero no trasladaron sus universidades a territorio americano sino bien entrado el siglo XIX. Las historias de la América hispana y de la América portuguesa se van definiendo a partir de los territorios ocupados y a partir de las lenguas pero, como podemos observar, son muy distintas hasta el siglo XX. Ésta es nuestra visión: la española y la portuguesa en territorio americano se forjaron de manera separada, a su propio ritmo y a su propio rumbo, pero se reencontraron a partir de la segunda mitad del siglo XX. En la pasada cincuentena, las tradiciones, hasta entonces dispersas, se funden gracias a la voluntad política y los intereses comunes de hispanoamericanos y brasileros y se dirigen a la convergencia por la necesidad de un espacio de encuentro en el mundo globalizado. Surge la entelequia de Iberoamérica, como utopía común de españoles, portugueses y americanos, en educación, ciencia y cultura, un espacio para construir una nueva unidad en la diversidad que supere las relaciones de desencuentros históricos de tantos siglos.

A diferencia de los españoles, la Corte portuguesa no creó —como les había dicho antes— universidades en territorios brasileros. Consideraba la Corona que era más conveniente para la unidad del reino que las personas de América se trasladaran a estudiar a Portugal. Apenas se permitió en Brasil la creación de escuelas de educación básica dirigidas por las comunidades religiosas para la enseñanza de la religión y los conocimientos generales y de instituciones castrenses para la instrucción militar. No es hasta que la Corte portuguesa se trasladó a Brasil, huyendo de la invasión napoleónica de la península ibérica, cuando se crean las primeras instituciones de educación superior, como grandes escuelas de estilo napoleónico, para formar la dirigencia local. Se llevan a cabo en esta época misiones de científicos y artistas franceses, se funda la Universidad del Paraná en 1912, la Universidad de Río de Janeiro en 1922, la de São Paulo en 1934, la de Brasil en 1935.

A pesar de las diferencias en tiempos y modos, tanto la tradición universitaria de impronta española como la proveniente de Portugal acabarían convergiendo en la dependencia, en el calco de modelos, en la imitación tanto que el Brasil sólo destacaría en los años posteriores a la Segunda Gran Guerra por ser la cuna de los grandes teóricos contra la dependencia, congregados alrededor de la teoría de la dependencia: Helio Jaguaribe, Enzo Faletto y el ex presidente del Brasil, Fernando Henrique Cardoso.

Pasemos de la dependencia a la independencia. Y cito ahora a Leopoldo Zea, filósofo mexicano en los años sesenta:

Las disyuntivas se expresan de diversas formas: civilización o barbarie, republicanismo o catolicismo, progreso o retroceso, pero todas ellas asemejanse al arquetipo del nuevo hombre que va implícito en la disyuntiva, negación del pasado y con el pasado; negación de la cultura heredada de la colonia, para ser otra distinta de lo que se ha sido. A la emancipación política de las metrópolis ibéricas, ha de seguir la emancipación mental, esto es, el deshacerse de todo pasado, de los hábitos y costumbres que alejaron a los latinoamericanos de la verdadera humanidad, de la verdadera cultura, que les hicieron caer en la infrahumanidad. ¿Cómo superar la dependencia? De pronto se encuentra relacionada, como la vida de las personas, con el proceso que conduce de la niñez a la adultez. La conquista de las colonias fue la niñez. Los siglos XIX y XX, la adolescencia. Y el presente siglo, que es el siglo de todos ustedes esperamos que sea el siglo de la madurez, sin dependencia pero sin abandonar lo adquirido en las primeras etapas. Creo que vamos por ese camino. Han sido muchas las batallas libradas y los dolores experimentados para que todos nuestros pueblos de América, se sientan síntesis del legado ibérico, sí, pero reconociéndose distintos.

Ya nos lo decía también nuestro Nobel, Gabriel García Márquez al recibir el premio en 1982:

Pues si estas dificultades nos entorpecen a nosotros, que somos de su esencia, no es difícil entender que los talentos racionales de este lado del mundo —refiriéndose a Europa—, extasiados en la contemplación de sus propias culturas, se hayan quedado sin un método válido para interpretar-nos. Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son igua-

les para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios.

Adentrémonos, ahora sí, en el momento presente, en el cual vislumbramos el nacimiento de una universidad madura que contribuye a que pasemos en América de la dependencia y la independencia a la interdependencia. Para poder concretar y profundizar la universidad madura del siglo que comienza, es también necesario como en el pasado, fijar un modelo y hacer una política educativa consciente. Creo que estamos en el camino, que lo estamos haciendo bien y que el modelo está ya bastante configurado. La voluntad política para iniciar un nuevo modelo de universidad, madura y no dependiente, es también ya una realidad en Iberoamérica.

Leopoldo Zea, desde los años noventa, es el gran impulsor de una filosofía americana; es uno de los protagonistas de este reencontro, con motivo de los 500 años del descubrimiento de América. Me atrevo a pensar al igual que Leopoldo Zea que, como respuesta a estos duelos latinoamericanos por tener una voz en el concierto de las naciones, una voz propia, se gesta el nuevo esfuerzo de la XVII Cumbre de los Jefes de Estado Iberoamericanos que constituye un espacio político, económico, cultural y social, cuya máxima expresión es la Conferencia Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, siempre con la presencia de invitados permanentes de la ONU, UNESCO, OEA, el BID, la CEPAL y que vienen sosteniendo reuniones anuales desde 1991. Estas cumbres de Jefes de Estado son muestras fehacientes de que los gobernantes de Iberoamérica están más interesados por constituir un espacio de integración mucho más fuerte, desde la última década del siglo XX y más aún ahora en los albores del siglo XXI. Por ello, las universidades de Iberoamérica tenemos ahora, mucho más que en los siglos anteriores, un papel histórico sin igual.

Entre las cumbres, se destacan para nuestros propósitos, la de Guadalajara, de 1991, que creó el Espacio Iberoamericano de Educación Superior para fomentar el intercambio en la comunicación interinstitucional de educación superior y el otorgamiento de becas.

También la de Madrid de 1992; la Cumbre Iberoamericana de Ciencia y Tecnología de Sevilla de 1992 también, cuya declaración establece el papel central de la generación y aplicación del conocimiento, la cooperación científica en la mejora de la calidad de vida, la cooperación científica y tecnológica con el factor de integración iberoamericana, el reconocimiento del programa iberoamericano de ciencia y tecnología para el desarrollo, exponente a través de estos centros de las relaciones entre universidades, grupos y centros de investigación y el desarrollo tecnológico de empresas en los diferentes países.

El escenario actual de cooperación de los países de América y España y Portugal, apalancado con esta voluntad política de nuestros gobernantes, propendiendo por esa integración o el creciente número de organismos de cooperación existentes y las alianzas públicas y privadas para promover dicha integración.

Cuando uno hace el balance de lo que fue el pasado Congreso Mundial de la Lengua, con participación activa de los países de habla hispana, cuando uno observa la presencia de tantos jóvenes de las universidades iberoamericanas presentes en este encuentro, aprovechando tantas oportunidades que se han abierto de intercambio, de movilidad académica y científica, creo que estamos simplemente enumerando realidades, muestra fehaciente de que, efectivamente, el espacio iberoamericano es un espacio en construcción y un espacio que ya no es una entelequia sino una realidad cautivante, y que las universidades están allegando un papel importante en la definición, conformación y promoción de este espacio común, hoy no un espacio dependiente, sino un espacio interdependiente.

Quiero destacar, para ir finalizando, el papel preponderante de una serie de instituciones que tejen pacientemente las nuevas relaciones universitarias iberoamericanas, contribuyendo a dar relevancia al nuevo papel histórico de la universidad, en la sociedad del conocimiento: La Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI), el Convenio Andrés Bello, la Asociación Universitaria Iberoamericana de Posgrados (AIP), la Red Iberoamericana de Agencias de Acreditación de la Calidad de la Educación Superior, la Cooperación América Latina y el Cari-

be/Unión Europea, Educación Superior (ALCUE), la Red Universitaria para la Evaluación de la Calidad Académica (RUECA), la Asociación Iberoamericana de Educación Superior a Distancia, la Red de Indicadores de Ciencia y Tecnología o el Consejo Universitario Iberoamericano, la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB), creada en 2003, la Comunidad Iberoamericana de Sistemas de Conocimiento, y vale la pena mencionar aquí también la Red Universia, promovida por el Banco Santander y hoy conformada por un millar de universidades de todos nuestros países de Iberoamérica, con más de dos millones de visitantes anuales. Por supuesto, hay que mencionar a la Fundación Carolina, y a la Agencia Española de Cooperación, entre otros.

En síntesis, este esfuerzo de tantas organizaciones, tantas universidades detrás de las cuales hay miles de personas, se traduce en cifras y datos de la información estadística sobre evolución de movilidad académica y científica en nuestros países, que muestran que se ha multiplicado por diez en los últimos ocho años y nos dan cuenta del espacio universitario iberoamericano que estamos construyendo.

De 1996 al 2006, los estudiantes de Centro y Sudamérica en España y Portugal, de acuerdo con los datos de la coordinación universitaria europea, han aumentado en un 372%, pasando de 2.100 estudiantes a más de 8.000 y los estudiantes de doctorados han crecido un 476%.

En conclusión, y ya con esto termino, la enumeración anterior y toda esta relación han tratado de resumir 500 años de historia universitaria en América, una visión limitada e incompleta indudablemente, pero que nos señala sin embargo un rumbo. La universidad del siglo XXI, apoyada en las tecnologías y los medios de comunicación e información, gracias a la articulación de roles de aprendizaje y colaboración, es, hoy como ayer, la organización líder. En ella descansa no solamente la creación, transmisión y reproducción del conocimiento, sino el reconocimiento consciente. Estamos tomando conciencia, y ésta es la tarea fundamental de la universidad, de un territorio en la relación global-local que condiciona la globalización. La universidad es el espacio de diálogo de las historias y las culturas, el espacio del reencuentro y la síntesis.

Iberoamérica debe ser, a diferencia de otras zonas del mundo, la tierra y la zona del respeto mutuo, del reconocimiento de la grandeza de nuestras tradiciones comunes, del crecimiento humano y social, del entendimiento político y económico. Son los profesores y estudiantes los que, desde las aulas, desde las cafeterías, desde los espacios comunes, deben enriquecer y fortalecer estas nuevas generaciones. Ahora, a través de internet, de satélites y bases de datos, de libros electrónicos o impresos, de encuentros en el cariño, la comprensión, podemos darle la forma que queramos a nuestra Iberoamérica, a nuestras universidades, ciudades y regiones. El desafío es nuestro y es de todos ustedes.

SEGUNDA PARTE
IBEROAMÉRICA EN EL SIGLO XXI

5. EL FUTURO DE IBEROAMÉRICA EN EL SIGLO XXI

FELIPE GONZÁLEZ*

En primer lugar, quiero advertirles que no les voy a hablar de lo que hice, sino de lo que queda por hacer. Me parece mucho más interesante. En segundo lugar, decirles que es difícil soportar las presentaciones porque siempre son muy amables, pero cuando dicen de uno: “No necesita presentación” siempre pienso: “Porque es impresentable”. Todos los que somos presentados soportamos la misma historia.

Verán, yo les voy a ofrecer un menú de cuatro platos y ustedes se van sirviendo en el debate, que es lo que me parece que va a tener más interés, porque me permite captar por dónde van sus preocupaciones y, además, aprender. Ustedes deciden por dónde van a querer conducir el debate. Parte de las cosas que les voy a decir vienen del debate de ayer, de las palabras de José Saramago o de Sergio Ramírez, y de otras cosas que se han dicho.

Por ejemplo, ahora perturba mucho hablar de becas líder o de liderazgo que parece una cosa muy elitista, y ya les dije ayer lo que pensaba. No contradice la opinión de Saramago. Yo nunca había pensado en el liderazgo. Es más, la única referencia que voy a hacer al pasado es que mi compromiso con la política fue un compromiso de rebeldía moral. No pertenecía a una familia política, ni mis padres, ni mis hijos tampoco tienen esa mala herencia, o sea, que ni antes ni después he pertenecido a una familia política, pero me repugnaba la dictadura y la limitación de las libertades y me rebelaba contra esa dictadura. Y esa rebelión interna, que en realidad es una rebelión moral, me llevó a la pelea política contra la dictadura de Franco.

* Ex presidente del Gobierno español.

A partir de ahí, uno se tenía que ubicar. Sigo pensando, como decíamos anoche, que ser de izquierdas es en parte un sentimiento o, si se quiere, una sensibilidad, pero obviamente ser de izquierdas es más cosas. Creo que sigue habiendo diferencias entre la izquierda y la derecha, y no digo en favor de la derecha o de la izquierda. En eso soy un demócrata a tiempo completo. Pero, repito, lo que me llevó a la política fue una rebeldía moral. No me gustaba vivir bajo una dictadura, no me gustaba pasar la frontera de Francia y sentirme libre cuando estaba allí y sentirme oprimido cuando volvía. Y ello me llevó a optar, en la pelea contra la dictadura, por los grupos que eran compatibles con mi manera de ser, pero que estaban de verdad contra la dictadura. Y no todos estaban contra la dictadura. Había mucha gente que estaba bastante conforme, porque, de no ser así, sería incomprensible que Franco hubiera gobernado durante cuatro décadas y que se hubiera muerto en la cama. Por tanto, me fui ubicando entre la gente que creía que tenía el mismo impulso, aunque no las mismas razones, para luchar por la recuperación de las libertades.

Y desde entonces, desde que recuperamos las libertades, siempre tuve un pie en el estribo para bajarme de ese autobús de la política y de la lucha por el poder. Desde el principio. Digamos que las primeras elecciones, hace treinta años, nos fueron muy bien, la vez que mejor nos había ido en la historia centenaria de mi partido, en las pocas experiencias de libertad como fue por ejemplo la República. Estas elecciones fueron el 15 de junio de 1977, ahora, como he dicho, ha hecho treinta años. Y en agosto de ese mismo año, yo me quise ir. El 2 de agosto, cuando estábamos preparando el texto constitucional, propuse que hiciéramos un congreso del partido para pasar el relevo y que siguieran otros, porque habíamos cumplido el compromiso que teníamos antes de la muerte de Franco, compromiso que explicitamos en un congreso que celebramos en 1974, todavía en el exilio, el Congreso de Suresnes, en las afueras de París. Bueno, pues en 1977, el horizonte que teníamos de programas, de aspiraciones, era el de intentar conquistar un espacio de libertad democrática, con elecciones libres y también propusimos una constitución. Fue la primera vez que me quise ir, como me quise ir otras veces y sólo me fui unos veinte años después, cuando todavía tenía

54 ó 55 años. Algunos empezaron a no creer que me quería ir, que era un truco para tener más poder y para condicionar más las voluntades del partido. Es decir, “Si no se hace esto, me voy...”, pero... bueno, esto son ya cosas del pasado.

A mí nunca se me había ocurrido, como les dije ayer, pensar en esto del liderazgo. Creo que a casi nadie que hace una tarea humana. Por ejemplo, hay pocos políticos que hayan llegado a presidentes de sus países habiendo estudiado estrictamente Ciencias Políticas. Tal vez sea una excepción Kennedy, que parece que era alumno de esa licenciatura. Las Ciencias Políticas forman analistas, pero no forman políticos. El poder es algo completamente distinto de lo que se estudia en los libros. Por tanto, nunca había pensado en esa historia del liderazgo. No obstante, me han preguntado en varias ocasiones en qué consiste eso. Recuerdo una, hará unos dos años, cuando Bill Clinton, Fernando Henrique Cardoso, Václav Havel y yo estábamos en Praga y la señora que conducía el debate nos sorprendió a los cuatro en un escenario como el de hoy diciendo: «Bueno, ustedes han ejercido el poder, han ejercido el liderazgo, ¿nos pueden decir en qué consiste eso?».

Yo tenía la ventaja de que lo había pensado, lo había reflexionado, y los demás tuvieron más o menos que improvisar. Fue muy divertido tratar de buscar las claves, por lo menos conceptuales, de en qué consiste eso del liderazgo cuando se ejerce el poder. He tenido tiempo de hacerlo, de hacer la reflexión sobre varios puntos, algunos de los cuales ha destacado Rosa Conde en su presentación. Y ésta será la primera de las reflexiones que les ofreceré.

La segunda, que es la medular, es el desafío de lo que llamo el desarrollo en América Latina. Desarrollo no es crecimiento, o no es sólo crecimiento. Por tanto hablo de desarrollo a tiempo completo. Hablo del desafío pendiente del desarrollo en América Latina, incluso en un momento de bonanza y de esperanza desde el punto de vista económico como el que estamos viviendo.

El tercer punto es un divertimento para continuar la reflexión de ayer sobre izquierda y derecha, y el cuarto punto es algo que me viene preocupando en los últimos años, lo mismo que me preocupaba el impacto de la globalización, de la revolución tecnológica que induce a la globalización, la caída del Muro de Berlín y al

cambio de los paradigmas de la sociedad en la que vivimos. El impacto de todo ello en el pensamiento, en la acción, en el proyecto político progresista, o de izquierdas, que es la tribu a la que pertenezco.

Así que sobre los cuatro puntos les haré sendas reflexiones. Trataré de no ser muy largo, para que tengamos tiempo para el debate.

En primer lugar sobre el liderazgo. Decía Rosa Conde algunas de las características; les añadiré otras, pero serán breves. Cuando digo que hay que tener conciencia de qué oferta se es y qué valor se añade a los demás, esto vale para todo, no estoy hablando sólo de política. Les ruego, además, que superen esa limitación de que uno quiere siempre ser prisionero de la imagen: el político tiene que hablar de política y no de literatura, y el hombre de la literatura hablar de literatura. Yo trato de romper eso. Por eso para mí es un placer oír hablar a Sergio Ramírez o a Saramago de cosas y de cuestiones que son políticas. Y no me importa nada hablar de literatura, más bien me apasiona hablar de literatura. Por tanto, no fijen lo que les voy a decir sólo desde la perspectiva política.

La conciencia de qué oferta se es y qué valor se añade a los demás hace que uno sea dueño de su propia vida, sea emprendedor de su propia vida. Cuando hablo de añadir valor, siempre recupero a Machado, aunque Borges, un día que hablaba con él de Antonio Machado, me dijo: «Sí, ese poeta menor...». Y me fastidió la vida. Porque para mí había sido muy importante y Borges tenía una capacidad infinita de “mala uva”. Era un ser humano maravilloso, pero tenía una capacidad infinita de destrozarse cualquier ilusión. Recupero a Machado para decirles que, cuando hablo de añadir valor, no sólo estoy hablando, ni siquiera preferentemente, en términos económicos. Machado lo expresaba de una manera a mi juicio insuperable: «Todo necio confunde valor y precio». Por tanto, no estoy hablando del valor que se añade en términos puramente económicos, que es una parte importante del valor pero que no es la única, hasta el punto de que, en el lenguaje coloquial, decimos que las cosas que más valor tienen no tienen precio. Y resulta ser verdad para todos los seres humanos.

Primero: conciencia de qué oferta se es y qué valor se añade a los demás. Esa conciencia puede ser subconsciente. Sergio Ramírez

y Saramago tienen una clara conciencia de qué oferta son y qué valor añaden a los demás. Puede que no lo digan, pero tienen una clara conciencia... puede que incluso disfruten siendo esa oferta, pero eso vale exactamente lo mismo para ser ingeniero aeronáutico que creador literario o camarero. En una sociedad donde el empleo es tan frágil, quien tiene conciencia de oferta es mucho más difícil de sustituir, porque sabe qué valor añade a los demás en cualquiera de los trabajos que hace. Y, si lo sustituyen, tienen un espacio enorme para volver a ocuparse, porque tienen conciencia del valor que añade.

Rosa Conde ha hablado de algunas características del liderazgo y yo las voy a desdramatizar, para no darles tanta importancia. Creo que la característica fundamental de un ser humano que dirige grupos humanos, o que influye en el proceso de toma de decisiones vitales para los demás, es tener capacidad para hacerse cargo del estado de ánimo de los otros. Había un chileno fantástico, que debió ser Premio Nobel, en este caso no de literatura, pero que era un neurólogo muy, muy bueno, que decía que ésa era la característica que diferenciaba al primate superior del resto de los primates. Mi única preocupación es que, si ello es cierto, entonces en la vida política no hay muchos primates superiores, porque hay muchos políticos que no se hacen cargo del estado de ánimo de la gente, incluso algunos la pueden llevar a una guerra, aunque el 96% se muestre en contra. Primero, por tanto, hacerse cargo del estado de ánimo de la gente.

Segundo, tener la capacidad —después diré por qué— para que si ese estado de ánimo es bueno, se pueda mejorar y, si es malo, cambiarlo. Si no, es imposible cambiar. El motor del cambio social, económico, político o cultural es el cambio en las actitudes humanas, es la conciencia de uno mismo, individual —iba a decir colectiva, si es que hay una conciencia colectiva—, la recuperación de una autoestima y un impulso que nos lleva a cubrir objetivos. Por tanto, hay que tener capacidad para cambiarlo. ¿Cómo se tendría esa capacidad? Lo he pensado muchas veces. Los únicos que tienen esa capacidad no se encuentran sólo en el ámbito político; hay líderes en el narcotráfico, verdaderos líderes, que se hacen cargo del estado de ánimo de la gente. Es un liderazgo dirigido al mal, pero liderazgo al fin, porque son capaces de cambiar ese estado de ánimo.

La tercera característica, y que influye sobre la segunda, es cambiar el estado de ánimo, lo que Rosa Conde llamaba un compromiso fuerte. Un compromiso fuerte con las cosas en que uno cree y que trata de conseguir, y que es más fuerte cuanto menos mercenario es. Lo repetiré. Todos tenemos que vivir de algo, todos tenemos que vivir de un sueldo, o de un ingreso, o de un beneficio por las cosas que hacemos. Pero el compromiso es mucho más creíble cuanto menos carácter mercenario tenga. Hay muy buenos mercenarios. Hay tipos que son fantásticos en su profesión y que están dispuestos a poner su magnífica cualificación al servicio del que más pague. Eso es lo que llamo un compromiso mercenario. “¿Contra quién hay que disparar? ¿Contra aquel o contra aquel?”. En México se cuenta la broma de que, cuando los mexicanos iban al consulado español a apuntarse en las listas de voluntarios para ir a la guerra civil después de producirse la rebelión franquista, y les preguntaban: “Pero usted, ¿con quién está? ¿Con la República o con Franco, con la rebelión militar?”, contestaban: “No, a mí eso me da igual, yo voy a matar gachupines. De uno u otro bando, eso a mí me es indiferente”.

Por tanto, compromiso fuerte y no mercenario. Es lo único que de verdad convence a la gente. Y les voy a decir que es inocultable. Hay eso que se llama el lenguaje corporal. A quien no cree en lo que dice se le nota en la cara. O por lo menos se le nota pronto. Durante un rato puede pasar inadvertido.

Para cambiar los estados de ánimo de la gente es imposible que no se tenga el instrumento de un compromiso fuerte y no mercenario. Rosa Conde ha hablado de la impecabilidad. Como es algo que se entiende en sí mismo, no insistiré. Creo que el trabajo tiene que ser impecable, entre otras cosas porque lo que uno hace, lo hace como proyección hacia los demás, y los fallos de impecabilidad son una falta de respeto a los demás. Y esa falta de respeto disminuye el nivel del liderazgo, la capacidad de convencerlos y de dirigirlos.

Pero vivimos en la sociedad que vivimos, en la sociedad de la red, que tiene sus inconvenientes y sus ventajas, como todos los cambios tecnológicos profundos. Desde siempre, para liderar, sea un grupo musical o un equipo deportivo, además hay que tener ca-

pacidad para coordinar equipos humanos. Es decir, la actividad solitaria y aislada, casi monacal, no impacta en términos de movilización de seres humanos. En política eso es evidente. Por tanto, hay que tener capacidad de coordinar equipos humanos y ser conscientes de que en la sociedad que vivimos, y por primera vez, aunque los políticos creamos lo contrario, no es verdad que la información es poder.

Los políticos y los empresarios lo creen, pero por primera vez podríamos decir que la información, en la sociedad de la red, se ha democratizado. Porque está disponible, porque la información es un bien mostrenco, es como el aire. Hay información de todo lo que pasa. De todo, sin excepción. Y toda está en la red. El problema, el desafío, es cómo procesamos esa información para darle consistencia y coherencia respecto de los objetivos que tratamos de conseguir. No se trata, pues, de disponer de la información sino de disponer de la capacidad de coordinar la información para cumplir objetivos. Y eso no es una característica del que tiene poder. Eso lo puede tener cualquier muchacho o cualquier muchacha que sea capaz de acceder a la información y que tenga inteligencia para procesarla bien. Y eso obligaría a los líderes, en cualquier grupo humano y por seguir hablando en la terminología de líder, a hacer un ejercicio de humildad y a contar con esa horizontalidad sin la cual se puede estar equivocando todo el tiempo. Una excursión en la que no me quiero meter.

Japón lleva en crisis desde el año 1990. Como tiene tanto ahorro acumulado, no pasa nada. En los años ochenta, pensábamos que Japón iba a comprar todo Manhattan, los japoneses habían comprado una parte de Australia y eran un ejército organizado —hablo en términos económico-comerciales o industrial-económico-comerciales— que iban ocupando espacios en el mundo. Eran imparables. Y todo el mundo andaba preocupado por Japón. Ahora, y por razones semejantes, están preocupados por China. Los japoneses funcionaban, como funcionan las sociedades orientales, de manera jerárquica. Y en Japón a ningún subordinado se le ocurre tener una idea brillante que no se le haya ocurrido a su jefe. Porque está muerto. Nadie puede tener una idea brillante si no está en el lugar adecuado para tenerla.

En la sociedad en que vivimos, la característica fundamental de un coordinador de equipos humanos es ser capaz de aprovechar todas las ideas brillantes del capital humano disponible. Por tanto, la coordinación se ha hecho mucho más rica y más compleja. Pero la política, y lamento decirlo, está muy retrasada respecto de las percepciones sobre estos nuevos fenómenos que está induciendo el cambio civilizatorio. Y como está muy retrasada, los políticos todavía creen que reteniendo información son más poderosos que los demás. Y los muchachos de 15 ó 16 años se meten en la base de datos del servicio de inteligencia americano o del MI-5 y saben lo que los otros creen que pueden mantener oculto durante todo el tiempo. El cambio de *chip* no se ha producido. En mi generación, desde luego no. Seguimos estando en la inteligencia analógica y muchos de estos muchachos y muchachas están en la inteligencia digital. Para pasar a la inteligencia digital, incluso para marcar los números del telefonito móvil, tenemos que traducir igual que cuando tenemos que hablar en una lengua que no es la nuestra, y en la nueva civilización los chavales ya van directamente a expresarse en la inteligencia digital.

Aquí les lanzo una primera reflexión: la horizontalidad de las relaciones humanas es cada vez mayor en la sociedad de la red. En términos castellanos se diría que el “nadie es más que nadie” es cada vez más verdad. Lo que ahora habría que conseguir es que todo el mundo fuera teniendo unas oportunidades razonablemente iguales para demostrar que nadie es más que nadie. Ésa es la gran revolución democrática pendiente en esta sociedad.

Segundo, el tema nuclear de la conferencia: ¿Qué pasa con el desarrollo de la América Latina? Trataré también de hacerlo de manera breve y no demasiado solemne.

Cada vez que me invitan en América Latina o en la parte sur de América, desde Río Grande a la Patagonia, a hablar de crecimiento económico y equidad, me pongo realmente nervioso. Porque ha cuajado. Si fuera verdad lo que decía Carlos Marx de que la ideología dominante es la ideología de la clase dominante, entonces Castro no sería marxista. Si eso fuera verdad, nos han colocado un producto averiado. Porque la izquierda es la que más insiste en la equidad. Porque la izquierda quiere tener una razón

ética o moral para luchar contra la injusticia y perdemos una ventaja inmensa.

El problema del crecimiento económico y de la equidad es una trampa saducea. Es un modelo. Lo que unos y otros a veces llaman el modelo neoliberal en realidad consiste fundamentalmente en eso y de alguna forma hay que romperlo. Porque no hay un solo modelo; hay muchos. Si Estados Unidos fuera neoliberal, no tendría el nivel de deuda que tiene. Pero ellos son pragmáticos para ellos mismos e ideológicos para los demás. Ningún país de América Latina podría tener un desequilibrio presupuestario como el de Estados Unidos, pues se le caerían encima con toda la fuerza. Pero Estados Unidos sí se puede permitir el desequilibrio presupuestario que quiera. Y los chinos quedarse con un tercio de su deuda para tomar posiciones. Para que vean cuán rápidamente está cambiando el mundo.

El crecimiento económico planteado en términos de equidad. El crecimiento económico parece un problema técnico que se debe resolver de acuerdo con unos parámetros técnicos y la equidad no es un problema técnico, es un problema moral. Es un problema ético. Por tanto, cuando uno discute sobre el crecimiento económico y sus condiciones se encuentra con la teoría liberal, o neoliberal, perdón, de la acumulación necesaria del ahorro y del capital para que el proceso productivo no se interrumpa.

Cuando se discute de crecimiento, se está hablando de un problema técnico, y, cuando se discute de la desigualdad en el reparto de la renta, se está hablando de un problema moral. Y a moral, nadie le gana a nadie. Créanme. Esto es una discusión que no tiene fin. Por eso algunas veces, hablando con los empresarios chilenos —que son los más ideológicos que he encontrado en el continente porque, estando de acuerdo con el gobierno de Lagos, con el de Bachelet ahora y con el anterior, siempre estaban con la derecha y votaban a la derecha, por eso son los más ideológicos— yo les decía a esos empresarios: «Me propongo hablar de crecimiento económico y de equidad. Lo de la equidad se lo voy a dejar al Papa, que probablemente va a tener más fuerza que yo para convencerlos de que hay que ser justos y equitativos para combatir la pobreza y los males de la tierra. Voy a hablar del crecimiento económico y de

redistribución del ingreso, como un modelo económico más eficiente, no sólo moralmente superior. Podemos discutirlo en términos morales, pero no perdamos tiempo».

Es obvio que es moralmente superior redistribuir el ingreso que acumular el ingreso y que haya una desigualdad relativa creciente. Ésta es la región más desigual del mundo. No es la más pobre, ni con mucho. Es la más desigual. Muchos confunden pobreza y desigualdad. No es la más pobre, repito, es la más desigual. Ahí sí debería decir que yo, que como todos los políticos he sido muy criticado en la política económica que he hecho, he querido crear las condiciones del crecimiento en la economía.

Nunca lo entendió Julio Anguita, el líder comunista en España. No entendió que, creando las condiciones de crecimiento en la economía, también creaba las condiciones de la redistribución directa e indirecta del ingreso que producía el crecimiento. ¿Por qué? Lo diré con filosofía china. Porque creo que uno de los errores de aproximación de la izquierda era que había que redistribuir la riqueza, es decir, había que repartir el árbol que tiene frutos para todos. Y lo cierto es que, si repartes el árbol, lo repartes de una vez y, después, repartes miseria. El árbol no se puede repartir. Lo que hay que repartir es el fruto del árbol y, además, hacerlo bien. En economía, mi experiencia es que un crecimiento económico dinámico con redistribución del ingreso fortalece el crecimiento, fortalece el mercado y da una mejor dimensión a las empresas.

Claro, aquí hay una discusión sobre el gran tema de cómo se optimiza el beneficio. Pues, depende. La optimización del beneficio no tiene una sola respuesta. Si es la optimización del beneficio a corto plazo, es obvio que las condiciones son distintas de lo que podría ser un beneficio óptimo desde el punto de vista empresarial a medio y largo plazo. Si no tienes empresas fuertes, si no tienes empresas potentes, con mercados potentes, no tienes dimensión suficiente para mantener unas tasas de beneficio razonable que sean las óptimas, con redistribución del interés.

He discutido mucho sobre este tema, y no he querido discutirlo en términos morales porque me he encontrado con gente, a la que respeto, muy religiosa, del Opus, que están más preocupados que yo por la pobreza, pero que lo único que hacen es plantearlo como

un problema ético, que también lo es, pero sin cambiar el modelo económico. Y desde un punto de vista de la justicia social, para no seguir hablando de la equidad, es incompatible que haya un crecimiento de la economía que tenga efectos de verdad sin redistribución del ingreso.

Mi problema es que esta discusión no la tengo con la derecha. La tengo también con la izquierda, que no quiere hablar de cohesión social o de redistribución del ingreso y que a veces cree que la redistribución es de la riqueza y no del ingreso, como si la riqueza fuese una foto fija. La broma que hago a veces a la izquierda es: la izquierda no sabe cómo se crea la riqueza, pero sabe cómo se redistribuye. La derecha sabe cómo se crea la riqueza, pero siempre se le olvida redistribuir el excedente. Y así andamos mal. Andamos mal porque, cuando crece la desigualdad, en nuestros países la gente tiene derecho a buscar alternativas que le den satisfacción, aunque sean alternativas de utopía regresiva. Tienen derecho porque están hartos.

En el hecho de gobernar hay dos aspectos fundamentales. Ya que estamos en democracia, el culto a la democracia, como decía ayer Sergio Ramírez, es un elemento esencial. Los gobiernos tienen una legitimidad, una legitimación de origen, que son los votos, pero también tienen que tener una legitimación de ejercicio. Al final, la gente lo que quiere saber es cuáles son los resultados. Se olvidan de —o se vuelven contra— los dirigentes a los que votaron, porque la legitimidad de origen que les dieron no se transformó en una legitimidad de ejercicio para cambiar la realidad con el instrumento de poder que habían puesto en sus manos a través del voto.

La gente dice: “La democracia ha fracasado en América Latina”. No, no, no. Lo que sucede es que la democracia no garantiza el buen gobierno; garantiza que podemos echar al gobierno que no nos guste. Que no es la misma cosa. Y sólo a largo plazo garantiza el buen gobierno. Les diré que es por razones egoístas, porque a los políticos tampoco nos gusta que nos echen. Y si hacemos mal gobierno nos van a echar. De ahí que tratemos de mejorar nuestra prestación para que no nos echen o no echen a nuestros partidos. Ésa es la ventaja, la virtualidad de la democracia a medio y largo plazo; pero garantizar, no garantiza el buen

gobierno. La democracia no es responsable, y sí lo es el fracaso de la legitimidad de ejercicio.

De ahí que, si yo tuviera que enfocar el futuro de América Latina en un momento de bonanza como éste, en el que lo que toca es hablar bien, diré que América Latina va bien, que está creciendo bien. Algunos países crecen al 8%, otros al 5%, otros al 8,5%. Parte de la bonanza de América Latina es fruto de una gestión macroeconómica razonable, y otra parte viene inducida por factores externos. Si los líderes políticos fuéramos capaces de decir a la gente lo que está pasando, de decirle: “Oiga usted, 3 puntos de producto bruto en el crecimiento de mi país se deben a que el petróleo, el cobre o lo que sea ha subido mucho en los mercados internacionales porque ha aumentado la demanda. No a que yo esté haciendo una revolución en el aparato de producción de mi país para ganar eficiencia y para mejorar sus resultados”.

Hablar de eso en épocas de bonanza es más complicado y, sobre todo, es más complicado para los líderes políticos. El líder político que está viendo crecer a su país al 8% dice: “Ya lo hice, ya estoy feliz”. No importa que 3 ó 4 puntos se deban a la coyuntura internacional y a la bonanza del precio en las materias primas que, por cierto, está para quedarse. Puede haber dientes de sierra, pero la relaciones de intercambio en el mundo, que han sido siempre negativas para las materias primas durante toda la era industrial, van a cambiar, porque lo único cuyo coste no se puede aproximar a cero por unidad de producto es la elaboración de las materias primas de cualquier tipo. Una tonelada de cobre se podrá sacar con mayor eficiencia, lo mismo que un barril de petróleo, pero su coste nunca se aproximará a cero, como se puede aproximar el del teléfono móvil o el de todo aquello que depende de esta revolución tecnológica como subproducto o como producto directo de la revolución tecnológica.

La bonanza va a durar y es una bendición que sea así, pero siempre que América Latina comprenda que de un mayor precio de las materias primas en los mercados internacionales no va a surgir un desarrollo económico social equilibrado para el futuro. Quiero decir que si América Latina no se inserta en esta especie de revolución económica global, en este esquema de la globalización, sabien-

do qué valor puede añadir, las materias primas le permitirán vivir mejor, pero dependiente en el futuro. Y creo que muchos países o algunos países se están descuidando. Claro que con la implosión del petróleo y los precios del petróleo... pero los precios del petróleo están hoy más baratos que cuando yo llegué al gobierno. Lo repito por si alguien no entiende bien lo que digo: el precio del petróleo en valor constante de la moneda está todavía un 25% más barato que el que pagábamos los que teníamos la responsabilidad de gobernar en el año 83. Está todo el mundo asustado con los precios del petróleo, pero, sin embargo, todavía está, en términos relativos, más barato que entonces.

Si esto es así, ¿qué desafíos tiene América Latina desde el punto de vista socioeconómico? Crecer con redistribución del ingreso. Y no se está produciendo suficientemente. Subvencionar no es redistribuir el ingreso. Ésa es una mala técnica de redistribución del ingreso, porque no es sostenible a plazo, y hay muchos que creen que repartiendo no sólo se compran voluntades sino que se redistribuye el ingreso. Pero la redistribución tiene que impactar sobre el aparato productivo, para que ese aparato productivo siga creciendo y generando riqueza. Y se puede hacer directa o indirectamente.

Miren: la redistribución del ingreso vía salario va a tener limitaciones por la competencia sur-sur. Parte de las cosas que se producen en América Latina se producen en el sudeste asiático y con costes salariales que son la tercera parte. Por tanto, la competencia ahora no es sólo norte-sur, que es el desequilibrio histórico, sino que hay uno sur-sur, bastante más complicado.

Pero la redistribución del ingreso no sólo es directa, es también indirecta. La mejora salarial en España durante la época en que tuve responsabilidades de gobierno no era tan importante como la universalización de los servicios de salud y de educación, además de la mejora de las pensiones. Eso no sólo redistribuye indirectamente ingresos, sino que no es un gasto social, como se viene insistiendo. Mejorar la salud o mejorar la educación hay que dejar de considerarlo un gasto social, un gasto corriente. Ciertamente es también un gasto social, pero es, sobre todo, una inversión para insertar a nuestros países en la economía global. Si se considera una inversión, será menos doloroso que si se considera una pura política pasiva de

gasto social. Así que, hay que redistribuir el ingreso y mejorar la cualificación de los seres humanos en salud y en educación.

Hace un rato, leía en un diario: «Hay mil niños que mueren al día en América Latina por lo que, en la terminología cursi de los organismos internacionales, se llama “enfermedades evitables”». No: mueren porque son pobres. Mil niños diarios. ¿Cómo por “enfermedades evitables”? Mueren porque no les llega la asistencia, porque viven aislados. Mil niños diarios, trescientos sesenta y cinco mil cada año. La cifra se puede reducir a la mitad, con coste que se aproxima a cero, en cuatro años. Hay multitud de técnicas.

Porque es un problema de falta de comunicación. La red y las comunicaciones vienen en nuestra ayuda, es decir, la revolución de las comunicaciones, si la sabemos utilizar, debería servirnos para eso, y ello con un coste muy bajo. Por tanto, redistribución directa e indirecta del ingreso, con salud, con educación, con alguna protección en la vejez, con las pensiones. Por la edad que tengo, cada vez me preocupa más la protección de la vejez. Por lo menos el respeto a los viejos.

Y eso está descuidado. Hay distintos modelos. Pero, en América Latina, el acceso a la educación no ha mejorado sustancialmente en los últimos 25 ó 30 años. Había modelos educativos que no eran muy aceptados, pero que daban más igualdad de oportunidades. Pondré un ejemplo que me golpea. El número de estudiantes de la mayor universidad de América Latina, que es la Autónoma de México, es igual que el que conocí cuando llegué al gobierno hace veinticinco años. Lo digo por ver en panorama este tipo de cosas.

Y además, hay dos cosas en las que quiero insistir en cuanto a los problemas instrumentales para el desarrollo en América Latina. Hay un problema de seguridad física y jurídica. Y es doloroso que les recuerde una cosa. Cuando desaparecieron las dictaduras, en lo que ha sido una magnífica oleada en América Latina, no podíamos decir que mejoraran las prestaciones en el capítulo de los derechos humanos. En el sentido amplio. Claro que los gobiernos eran más respetuosos con los derechos humanos, pero es muy duro decir lo que voy a decir, pero he vivido en una dictadura, y Franco sí era un dictador en serio, mucho más en serio que las dictaduras del Cono

Sur, desde el punto de vista de la eficacia de la máquina de reprimir y, si quieren, de matar. Mucho más. No lo quiero recordar porque parece que ahora no se puede hablar de la memoria histórica. En España hay una ley de la memoria histórica y no sé si la memoria histórica se recupera por ley. Yo nunca hubiera hecho una ley. Más bien creo que no, porque la técnica legislativa no se ha sofisticado tanto. Pero, en todo caso, sí he comprobado que la dictadura empieza con una fortísima represión hasta que se implanta. Pero que, una vez se ha implantado, administra el terror que produce y puede llegar a ser, sobre todo en su última etapa, una “dictablanda” con rebrotes. La dictadura administra el terror porque la gente no se mueve, está asustada, salvo en las revoluciones, las revueltas.

Entonces, cuando se produce un cambio a la democracia, y como tenemos ese temor a confundir el ejercicio de la autoridad con autoritarismo y nadie quiere ser acusado de autoritario después de vivir periodos dictatoriales, descuidamos la prioridad de la seguridad que es hermana siamesa de la libertad para la mayoría de los ciudadanos. ¿Por qué digo para la mayoría? Porque quien puede tener un ejército de hombres que lo protegen a lo mejor se siente libre, incómodamente libre. Yo tengo protección desde hace 30 años, o casi 30 años. Me siento libre, pero no es muy cómodo pasar los 365 días del año sin poder tener un espacio de privacidad, o como quieran ustedes llamarlo. Sin embargo, para la mayoría de los ciudadanos ni siquiera existe esa posibilidad.

Por tanto, la seguridad, dar seguridad física y jurídica a los ciudadanos, que es la justificación del nacimiento del Estado moderno, es la prioridad número uno. Y hay pocos recursos para lo que digo, y ya con esto termino este primer punto.

Y lo segundo que habría que ir consiguiendo —y las nuevas tecnologías nos ayudan mucho a ello— es tener administraciones públicas eficientes y transparentes, o transparentes y eficientes. No carguemos la mano en un lado o en otro. Hay muchas burocracias que ponen muchos obstáculos ante iniciativas nuevas. La media para crear una nueva actividad emprendedora, la media de días necesarios, de semanas, de meses necesarios, es infinitamente superior en el continente en el que estamos que la que te exige Australia, o Nueva Zelanda, u Holanda. Infinitamente superior.

Cuando uno quiere hacer algo y crear empleo en América Latina, cuando alguien dice: “Quiero crear una empresa y contratar a veinte trabajadores”, tiene que superar una carrera de obstáculos de 20 meses. Cada vez que uno quiere resolver un problema con la Administración —en España todavía ocurre, pero hemos ganado algo de eficiencia—, el funcionario, el burócrata, la persona que trabaja para la Administración, la impresión que da es que te hace el favor de resolverte el problema. No se ha creado la conciencia clara de que es un servidor público, al que se le paga para que te resuelva el problema. Por tanto, los ciudadanos van capitidisminuidos a pedir un favor al tipo de la ventanilla, que te hace volver catorce veces, y que tiene un sueldo normalmente para toda la vida por prestarte ese servicio. Y todos los obstáculos que te ponen son superables, previo pago de su importe.

Y así funciona una parte de la corrupción a la que se han referido aquí en varias ocasiones y que es una lacra de dos dimensiones. La dimensión del mal uso del dinero público, el uso para fines privados o partidarios, en muchos casos para fines privados, o sea, con una finalidad privada. Pero, con ser esto gravísimo, por mucho dinero que los corruptos roben, a lo mejor en todo un periodo roban el 0,3% del producto bruto del país. Les voy a decir una cosa brutal, pero les ruego que la piensen en serio: cuando prima el interés privado sobre el interés general, los proyectos de los que se saca el dinero para enriquecerse no están normalmente al servicio del interés general, sino al servicio del interés particular. Por tanto, no es sólo que se hayan llevado 0,3 puntos del producto bruto, sino que han sometido los intereses generales a sus *coimas*, a sus corruptos intereses particulares. Y eso produce mucho más daño al país que el dinero que se han llevado, porque es estructural.

Quiero que lo comprendan en esa doble dimensión, porque en Japón había un sistema de reparto casi institucionalizado durante muchos años, pero entendían que eso no podía alterar los intereses generales y tuvieron mucho éxito, durante mucho tiempo, hasta el año 90, pero no se dieron cuenta que el cambio que se estaba produciendo era un cambio cultural y que las sociedades jerárquicas tenían menos posibilidades que las horizontales de luchar en estos mercados abiertos.

Legislaciones electorales que parecen pensadas para que los países no sean gobernables. Hay que hacer esa reflexión, pero en muchos países. Legislaciones electorales que condenan a los gobiernos a la debilidad y/o a la *transa*, que dicen en México, por razones que siempre son odiosas. Por lo tanto, uno tiene que plantearse que la democracia es un sistema perfectible.

Antes les decía que el tercer punto que iba a tocar era izquierdas y derechas, así que ahí voy a ir al galope. Miren, realmente vivimos una época de desconcierto. Y es fruto del impacto simultáneo de dos fenómenos, por lo menos. El fenómeno de la caída del Muro de Berlín, que interactúa con el del cambio tecnológico galopante, con el de la revolución tecnológica galopante. En muchas ocasiones discutí con Gorbachov si la revolución tecnológica no fue uno de los elementos clave que indujo al hundimiento del modelo soviético. Había otros intereses, sin duda, pero creo que la gerontocracia soviética se descuidó y no estuvo atenta a lo que estaba pasando con la revolución tecnológica. Es más, con la crisis del petróleo de los años noventa, de los ochenta, creyeron que, teniendo esa potencia petrolera (en la que ahora también cree Putin), serían una primera potencia mundial. Y que esto de la revolución de la información, esta historia de la red, eran pavadas de esos occidentales que se dedicaban a tonterías y no a la física, no a la ciencia básica y no al petróleo. Creo que eso indujo parte del hundimiento estrepitoso de la Unión Soviética. Porque ha habido muchos imperios poderosos que se han caído, pero, en menos tiempo que éste, ninguno en la historia desde los egipcios para acá. Ninguno se ha desfondado en menos tiempo.

Tenemos así que ha habido un cambio de paradigmas que desconcierta a la izquierda y a la derecha, aunque la derecha lo disimula mucho mejor que la izquierda. Y uno de los cambios de paradigma es que, desaparecido el enemigo de referencia —por cierto, autoexcluyente, porque era un enemigo del sistema, lo que José Saramago venía llamando el capitalismo— uno se encuentra que, cuando mira al frente, lo que se refleja en el espejo es su propio fracaso, sus propias dificultades, sus propias contradicciones. No encuentra en la contraparte el modelo amenazante comunista. Ése desapareció. Ahora encuentra sus propias contradicciones. Y en un sistema de-

mocrático de economía de mercado, o si quieren, capitalista, es más difícil gestionar las contradicciones sin enemigo de referencia que gestionarlas con un enemigo de referencia. No nos va muy bien, decían, pero la amenaza comunista es mucho peor. Y mucha gente lo creía y vivía de ese cuento.

Ahora ya no hay amenaza comunista y las otras son un poquito menos creíbles. Se inventa el conflicto de civilizaciones y, por lo menos desde Solimán el Magnífico, ninguno de los conflictos que ha habido en los últimos cuatro siglos ha sido entre civilizaciones. Han sido todos intracivilizatorios, y las dos guerras mundiales del siglo xx no fueron entre el mundo islámico y el mundo judeocristiano como le llamamos ahora. De todas maneras, hemos estado dos mil años matando judíos y ahora somos judeocristianos, desde la segunda guerra mundial para acá. Pero bueno, entre el mundo judeocristiano y el mundo musulmán no ha habido conflicto. Ha habido guerras de conquista y de dominio colonial, pero conflictos, no. Probablemente los hubo con el imperio turco, por eso hablo de esa época. Todos han sido conflictos internos. El conflicto capitalismo-comunismo, incluso en la guerra fría, es un subproducto de Occidente. Esto ha cambiado y era un subproducto que simplificaba la complejidad del mundo, y ahora el mundo se parece más a como era. Incluso con todos los cambios de la revolución tecnológica.

Se ha producido, pues, un cambio copernicano. Muy serio y muy rápido. Y la derecha se encuentra con responsabilidades nuevas, pero lo disimula, entre otras cosas porque en el *mix* que todo ser humano tiene en su cabeza —también los partidos políticos, las fuerzas políticas— entre defensa de intereses y defensa de ideas o de ideales, la derecha es más pragmática y sabe manejar la defensa de los intereses mejor que la izquierda, a la que le da vergüenza decir que defiende intereses. La derecha es más pragmática y nos lleva un poco de ventaja, y por eso se desespera José Saramago con la izquierda francesa y Sarkozy y todas estas cosas que nos pasan. Que nos pasan porque estamos desconcertados, porque no sabemos cómo responder. Es verdad que tenemos algunas herencias pesadas, pero también es verdad que los otros tienen más herencias pesadas que nosotros, pero les va *de madre*, que dicen por estas tierras.

Por tanto, la izquierda tiene que aprender a crear riqueza, o a saber cómo se crea riqueza y a estimularlo, y tiene que seguir con su vocación de redistribuir el ingreso. La izquierda tiene que ser capaz de ser leal a los objetivos que definen sus ideales y ser versátil en los instrumentos para conseguir esos objetivos. Por ende, su matrimonio no es con los instrumentos sino con los objetivos. Y a veces sustituimos el matrimonio de los objetivos por el matrimonio de los instrumentos y nos equivocamos. Aquí estamos en algunos casos regresando hacia experiencias que ya están suficientemente demostradas como experiencias fracasadas.

Siempre he sido un reformista, e incluso un pragmático, en el sentido griego del término, de quien no se conforma con que sus ideas no se transformen en realidades, es decir, que no sólo quiero vivir de las ideas sino plasmarlas en la realidad. Y creo además que soy reformista, porque el ritmo del cambio tiene que ser humano y, cuando proponemos ritmos que no son humanos, que son las revoluciones como decía Malraux en la parte más malvada de su vida, provocamos un día de fuego y cincuenta años de humo.

Así que yo prefiero el ritmo de la reforma y no me molesta decirlo. Y es evidente que, cuando uno habla, tiene más autoridad —*autoritas*, diría Belisario Betancur— si ha podido ofrecer algunos resultados, que si no los ha podido ofrecer. Es difícil que la gente escuche a un empresario que ha fracasado veinte veces y que sigue fracasando. Lo lógico es que escuche a uno exitoso.

Última advertencia que es el cuarto punto. Uno de los desafíos más graves que va a vivir la humanidad es la crisis de oferta en materia energética. El crecimiento de la demanda es muy fuerte. China y la India se están incorporando al crecimiento, que es tanto como incorporar a la segunda parte de la humanidad. Empleo las palabras en el sentido estricto y he dicho “al crecimiento”, porque todavía tienen algunos problemas para que ese crecimiento sea desarrollo, pero China e India se están incorporando al crecimiento. Y el impacto sobre la demanda en materia energética no puede ser satisfecho por la oferta disponible y previsible en los próximos años.

¿Por qué llamo la atención sobre eso? Porque el mundo vivirá un conflicto creciente por el reparto de la energía disponible. Y cuando alguien dice, de manera que parece banal y que es la filo-

sofía popular: “No, en Oriente Medio está ocurriendo lo que está ocurriendo, y en Irak ocurre lo que ocurre, porque hay petróleo”. ¿Tiene razón la gente o no tiene razón? Pues si uno analiza la crisis de oferta en materia energética, tiene bastante razón. No sólo por Irak, sino por esa línea de fractura civilizatoria, esa sí, que es Oriente Medio, entre el mundo musulmán, árabe y no árabe, entre las antiguas repúblicas soviéticas algunas de las cuales caminan hacia la reforma islamista, con gran terror de los poderes centrales de la antigua Unión Soviética.

Es de línea de fractura civilizatoria de donde nos van a venir una buena parte de los conflictos y que colocan a América Latina en una situación curiosa. América Latina perdió relevancia, por cierto igual que Europa, a partir del 11 de septiembre. Y probablemente su pérdida de relevancia debería ser aprovechada para ser relevante en este mundo globalizado. Como no somos una amenaza, pueden no prestarnos atención, pero a veces es más conveniente que no nos presten mucha atención y que podamos hacer lo que tenemos que hacer, añadiendo valor a nuestro proyecto vital.

Los que estáis aquí no sé a qué os vais a dedicar. Me da igual. Cada uno a lo que quiera, pero de todas las cosas que digo, que algunas han sido muy políticas, os ruego que retengáis que sólo los compromisos fuertes y poco mercenarios hacen feliz a la gente. Parece una tontería porque la gente cree que la felicidad la da el éxito en no sé qué cosa, y hay muchos jóvenes que pasan de estas cosas y pasan hasta de pasar. Lo que les digo, lo que les pido, es que se comprometan en serio con aquello en lo que crean; lo que les hago es una apelación no a que se sacrifiquen, que es lo que está en la filosofía cristiana, sino a que vivan plenamente, a que se realicen y, por tanto, a que sean felices. Y sin compromiso la gente no se realiza y no es feliz. Se vive la vida muy rápidamente; a los 40 años empiezan a salir las canas y uno tiene conciencia de que perdió el tiempo y no sabe dónde ubicarse. Y sabe que ya no es tan joven como para vivir eligiendo caminos. ¡Avanti!

* * *

COLOQUIO

Pregunta

Señor Felipe González, le quería pedir que nos cuente, desde su punto de vista, cómo cree usted que se puede disminuir la desigualdad cuando nosotros tenemos sistemas de gobierno local de periodos bastante cortos, en los cuales muchas veces sucede que se impone, precisamente como lo mencionó, el interés privado o el interés particular sobre el general, y muchas veces vemos que se gastan o derrochan millones y millones de dólares en proyectos que no tienen ninguna trayectoria de desarrollo para una ciudad, para un país o para un pueblo. ¿Cómo hacer entonces, desde nuestros gobiernos locales, para que estos ingresos que se dan al gobierno se redistribuyan mejor y se dediquen a inversiones que sean en verdad soluciones para todas las personas, no solamente para unos pocos, y que no se pierdan en proyectos que hace un alcalde y que luego viene otro alcalde y los derrumba, porque no está de acuerdo con lo que decía el anterior? Yo creo que hay muchos de nosotros que vivimos esa situación. Se hacen proyectos, se tumban; luego viene otro alcalde, los quita; y nunca tenemos de verdad un desarrollo real en nuestras ciudades, caso por ejemplo de Cartagena. Hasta hay desarrollos que están pendientes desde hace muchos años. En Medellín también.

FELIPE GONZÁLEZ

He entendido bien la preocupación. Vamos a ver. Antes olvidé decir que uno de los problemas que hoy no existe en el mundo es el de si hay o no dinero. Dónde está el dinero es otro problema. Es decir, en el mundo hay un excedente de ahorro brutal. Sólo en los países del Golfo Pérsico hay un excedente de ahorro que supera los 900.000 millones de dólares, sólo del diferencial del precio del petróleo de los cuatro o cinco últimos años. Por tanto, el excedente de ahorro es muy fuerte.

Normalmente el dinero no está en el sector público, no está en los gobiernos, que suelen estar endeudados. Entonces, la habilidad que habría que tener, la responsabilidad, desde la política, es ser

capaces, con el poder regulatorio, de atraer parte del dinero disponible, que, insisto, no está en el sector público, hacia proyectos relevantes para el desarrollo económico social. Y ese poder regulatorio es capacidad de dar seguridad a los procesos de inversión y de generación de empleo. Olvidé decir antes que sin duda alguna el primer factor de redistribución que existe del ingreso es el empleo. El que no tiene trabajo no está realmente participando en la redistribución del ingreso, incluso cuando lo subvencionan. Insistiré en eso. Tiene alguna platita pero no está participando en la redistribución del ingreso.

Lo que olvidé decir, lo menciono ahora. Los gobiernos locales —locales o nacionales— a veces tienen limitaciones constitucionales para repetir o no repetir. Y los gobiernos tienen —y éste no es un problema de esta región sino del mundo— una vocación excesivamente adanista, de Adán y Eva. No sé por qué el que llega al gobierno cree que todo lo que hace no se hizo nunca. Cree que va a inventar la república de nuevo. Y hasta le cambia el nombre, la bandera, el caballo: “Estoy haciendo lo que nunca hizo nadie. Y, para colmo, soy tan adanista que, si el otro hizo algo, yo haré lo contrario”. ¡Pues estamos arreglados porque la política es continuidad! Ahora bien, ¿cómo reaccionar frente a eso?, ¿cómo se ejerce el control de los poderes públicos?

La primera manera de ejercer el control es votando. Cuando fracasa la legitimidad de ejercicio hay que echar a la gente y poner a gente nueva. La segunda es a través de los medios de comunicación, que cuanto más serios, más críticos y más transparentes sean, mejor. No siempre es así. Parece que a los políticos, a toda la gente pública, les interesa mucho quedar bien con los periodistas y nunca dicen nada de los periodistas. Bueno, pues no tenemos la mejor prensa del mundo, ni los mejores medios del mundo. Tenemos una prensa bastante disparatada, bastante demagógica, bastante fuera de razón. Pero, aún así, los medios son garantía de libertades, incluso cuando no funcionan bien. Por tanto, ahí hay otro mecanismo.

Pero a la gente como vosotros, los jóvenes, ¿qué os puedo decir? Si no os gusta un gobierno, votad a otro. Hay que bajarlo del carro y votar a otro. Y si el otro tampoco os gusta, y si no os gusta vuestro país, o vuestra ciudad o lo que sea, porque no la han gover-

nado bien ni los de hoy, ni los de ayer, ni los de anteayer, gobernada la vosotros. Presentaros y pelead. La democracia es eso. No vale sólo quejarse de que no funciona. Hay que esforzarse como ciudadano para que funcione, con exigencia y, cuando fracasa, hay que comprometerse para que funcione de verdad.

Hay dos cosas que me cuesta trabajo aceptar: una es la resignación, que siempre conduce al cinismo, al “cada uno que la libre como pueda”. Y la otra es la rebeldía con los otros, pero no con uno mismo. Cuando uno se plantea: “¿He hecho lo suficiente para acabar con esta situación o no, o simplemente pienso que no me toca?”, que es lo que piensa la mayoría de los jóvenes. “A mí no me toca, esto que lo arreglen los políticos y yo me dedicaré siempre a criticar a los políticos”. Los síndromes son igual en todas partes.

Lo que más me preocupa en América Latina no es sólo ese adinismo de pensar que la gente se inventa a cada rato la república nueva, y algunos hasta un hombre nuevo, sin tener en cuenta el peso de la historia que normalmente a veces nos viene encima. Ésa es la razón por la que he hablado siempre de la reforma. La historia nos persigue. Por eso normalmente los líderes que no conocen la historia, no conocen tampoco a dónde van. Los que no saben de dónde vienen, no son capaces de saber hacia dónde van. No son capaces de anticipar el futuro de acuerdo con los parámetros de la cultura y de la historia a la que pertenecen.

Las prioridades tienen que estar en los programas de los políticos. Si ven a un político con ochenta o cien prioridades, no se lo crean. Por definición, las prioridades son dos o tres; sino, no son prioridades. Claro que hay que hacer ochenta cosas, o cien, pero las prioridades son dos o tres. Y para los países también.

Pregunta

Usted habló esta mañana acerca de la importancia de la horizontalidad y sobre cómo las sociedades jerarquizadas tenían menos posibilidades de desarrollarse que las horizontales, habló también sobre las transferencias y los subsidios... ¿podría ampliarnos estas ideas?

FELIPE GONZÁLEZ

Sí, la reflexión es consistente y me parece que parte del problema va por ahí. Vamos a ver. Hay subsidios de la Unión Europea para la agricultura europea. El impacto, en términos de crecimiento y desarrollo de los subsidios, es mínimo, por no decir negativo. Lo digo en serio, aunque mantengan la agricultura. Lo que usted dice que ha impactado en el desarrollo de España, y menos en el de Portugal aunque recibe cuatro veces más fondos, son los fondos estructurales, que no son subsidios. Los fondos estructurales, que permiten inversiones en infraestructuras cofinanciadas por la Unión Europea, con transferencia de fondos, eso sí ha tenido un impacto en el desarrollo. Pero son fondos estructurales para inversiones en infraestructuras básicamente que cambian la realidad física y capitalizan físicamente al país.

De todas maneras quiero decirle: yo debería presumir de haber conseguido los fondos estructurales para España, porque es la verdad. Los conseguí para España y fue beneficiosa esa negociación también para Portugal. Pero debo decirle que nosotros recibíamos un punto del producto bruto de transferencia neta de la Unión Europea. Portugal recibía cuatro y algo de transferencia neta. ¿El impacto en España de un punto de producto bruto ha sido o tenía que ser, milagrosamente, mucho más importante que el impacto de cuatro puntos de producto bruto en Portugal? No, no es posible. Si en España ha tenido un impacto glorioso un punto de producto bruto, en Portugal tendría que haberlo tenido mucho más. Ha tenido impacto, pero menos que en España. Por tanto, los problemas no han sido problemas de transferencias o no de fondos, sino, en algunos casos, incluso de modelos, precio que se pagó en Portugal por la revolución, media destrucción del aparato productivo, volverlo a arrancar, etc., por tanto, eran modelos distintos.

Lo que quería decirle, respecto a los subsidios, es que estoy en contra de los subsidios en general. Si no hubiera subsidios a la agricultura europea, que ya no es agricultura sino jardinería en la mayoría de los casos, no se mantendría a la gente sobre el territorio, y probablemente desaparecería también la jardinería. Hay algo de eso, que es chocante para el agricultor tradicional, que no quiere

que lo traten como a un jardinero, que es otra especialidad, otra dedicación. Pero no habría gente en los pueblos, no se fijarían al territorio...

Hay problemas de esa naturaleza que tratan de resolverse porque los mecanismos de protección de Estados Unidos, de Canadá y de Australia son más fuertes que los de la Unión Europea, pero más inteligentes. La Unión Europea, que en la época en que yo estaba produjo bastantes cambios para la disminución sustancial de los subsidios, perdió entre 1988 y 1992 el 25% del mercado agroalimentario mundial en una reforma que hicimos de la política agrícola común, bajando los fondos. Ese 25% de mercado perdido por la Unión Europea pasó íntegramente a tres países: Estados Unidos, Canadá y Australia. Ningún país de los que llamaban y llamamos en esa terminología cursi *emergentes* se aprovechó de ello.

Pero yo quería llevarlos al siguiente razonamiento. En algún momento lo he hablado con Lula. Miren, yo creo que un subsidio se puede considerar una bolsa de comida, o el dinero equivalente a una bolsa de comida, una ración alimenticia. Cuando alguien se muere de hambre hay un problema moral: darle de comer. Y darle de comer no impacta sobre el desarrollo; impacta sobre el que de otra forma se moriría de hambre, pero no sobre el desarrollo. Eso lo tenemos que tener muy claro y hay que hacerlo porque no queda más remedio. Si no quieren que la gente muera de hambre, le tienen que dar, en muchos casos, una bolsa de comida, sabiendo que eso no es una respuesta para el desarrollo, lo mismo que en general no lo es ese tipo de subsidios.

Sigo con Brasil en el debate, para tener un punto de referencia. La titularidad de las favelas sí produce un impacto sobre el desarrollo, pues cuando alguien es propietario, aunque sea de cuatro latas, se hace responsable a perpetuidad de derechos y de obligaciones que no tenía, aunque nadie lo hubiera sacado de allí nunca.

Lo mismo ocurre con el instrumento de los microcréditos. Cuando uno presta dinero para un microcrédito, está creando ciudadanía, insertando a la gente en un esquema de derechos y de obligaciones que es lo que define la ciudadanía. Y es el primer escalón sobre el cual se puede ir construyendo el desarrollo porque inserta a los que no son ciudadanos porque no viven en el sistema,

sino en la marginalidad. No porque vaya a tener un impacto fundamental en el crecimiento o en el desarrollo, sino porque incluye a ciudadanos que no han estado nunca incluidos. Ésa es la importancia de la técnica del microcrédito. Hay de todo, hay todos los modelos, pero básicamente lo que importa, lo que hay detrás del microcrédito, que no es una subvención, es eso.

Las relaciones comerciales en el mundo han sido, durante toda la era industrial, desequilibradas en favor de los países industrializados, y en contra de los países productores de materias primas, de todo tipo de materias primas, también las agroalimentarias. Eso está cambiando y no por la desaparición o no de los subsidios, sino porque Brasil va a vender etanol a Europa, en una relación nortesur o sur-norte, que no era previsible hace veinte años. Y no porque Europa no siga dando subsidios, sino porque tiene un problema brutal de dependencia energética y un problema de contaminación que, cuanto más nivel de renta tienen los países, más preocupación tienen, desde el punto de vista de las grandes mayorías, no hablo de las élites, por los problemas ambientales. Eso lo discuto a veces con los ambientalistas. Quien tiene que luchar por sobrevivir día a día tiene dificultad para que lo convenza Al Gore, porque no está tan preocupado por lo que va a ocurrir dentro de cincuenta años, sino por si puede dar de comer a sus hijos mañana. Y este problema hay que entenderlo y, naturalmente, en las sociedades con alto nivel de renta y con una buena redistribución del ingreso, la gente se puede preocupar incluso de la estética medioambiental.

Recuerdo una vez que estuve en un debate en el Parlamento sueco, hace ya muchos años, con mi buen amigo Olof Palme, en el que me irritó el debate y se lo dije a él, con quien tenía mucha confianza. Dos horas de debate en el Parlamento discutiendo sobre la altura del césped en los parques públicos, por estética medioambiental, con la cantidad de gente que se muere de hambre. A mí me parece que el modelo sueco está tocando techo, le dije honradamente. Y mira que ellos eran solidarios y siguen siendo solidarios con el mundo, más que ningún otro. Pero dos horas de debate parlamentario sobre la altura del césped me pareció un lujo insostenible en el mundo en que estamos viviendo, por muy estética medioambientalista que sea el asunto.

Entonces, ¿cuál es la buena noticia? Independientemente del resultado de la Ronda de Doha, las relaciones de intercambio entre países productores de materias primas agroalimentarias y los otros países, los productores de nuevas tecnologías con tradición industrial, están cambiando estructuralmente y para siempre.

¿Quién me decía ayer que un kilo de carne de res argentina vale más que un kilo de auto Audi? Por primera vez un kilo de res vale más que el kilo de Audi. Por tanto, ya no se vende la res al precio que te ponen, ni se compra el Audi al precio que te imponen.

Esto está cambiando. Ustedes, que son jóvenes, mírenlo con perspectiva, critiquen a la Unión Europea, critiquen a Estados Unidos y a Canadá. Hace unos cuantos años, llegué a Moscú, y visité a un empresario español que había creado allí una inmensa industria. Los del Santander que los conocen a todos saben de quién estoy hablando. Fui a verlo por curiosidad. Tenía una enorme producción de cerdos. Le dije: «¿De dónde vienen los cerdos?». Me respondió: «De Estados Unidos en el 95%». Digo: «No, espera, ¿me estás diciendo que compras los cerdos en Estados Unidos? ¿Y por qué no en Polonia o en Dinamarca?».

Bueno, pues ese empresario traía los cerdos a Rusia desde Estados Unidos. «Pero ¿cómo es posible? Si tenéis Polonia en la frontera y tienen una gran producción, el 30% de la población, todavía en aquel momento, el 23%, el 24% de la población en la agricultura, etcétera», le dije al empresario español. Y me respondió: «Los americanos nos ponen el cerdo en la fábrica, en la industria, al precio de subasta de la granja de Ohio». Añadí: «Bueno, vale, no me expliques más». Al precio de subasta de la granja. Y os aseguro que no los echan al mar para que vayan nadando hasta Moscú. Tiene un coste muy elevado llevar a los cerdos desde Estados Unidos hasta Moscú. Por tanto, están subvencionando costes a todo meter y nunca se pueden meter con el gobierno de Estados Unidos, porque no lo hace. Lo hacen los gobiernos de los Estados, que pagan todos los insumos, que dan créditos para la maquinaria, para todo tipo de cosas. Pero bueno, es así.

¿Qué es lo que va a permanecer? Hay que estar vigilantes. El cambio en las relaciones entre productores de materias primas en países emergentes y países altamente industrializados o las nuevas

tecnologías no sólo están cambiando por eso, sino porque, con la inserción de China y la India, los alemanes están importando ingenieros de *software* e informáticos hindúes. El gran país de la ingeniería en el siglo XIX y en el siglo XX tiene déficit de ingenieros de *software* y está importando ingeniería. Y lo tiene que hacer porque han vivido un poquito distraídos respecto de lo que significaba esta revolución tecnológica. Les pido que no se distraigan. Las relaciones de intercambio están cambiando, pero hay una cosa que va a permanecer: toda relación internacional produce una resultante en términos de poder relativo.

Por tanto, los países grandes, poderosos, van a tratar de recomponer siempre las relaciones de fuerza en su favor. Los países pequeños también, y entre los pequeños del sur y los grandes del sur, también. O sea, que cada país va a luchar por sus intereses. Es la primera obligación, por la que lo votan a uno, respecto del vecino remoto o del vecino próximo. Lo que me preocupa es que no anticipemos por dónde va a ir esta corriente, por eso hablé un momento de energía. Me da pena que América Latina tenga energía disponible para su desarrollo y para ser relevante internacionalmente. Energía no renovable y renovable. Por tanto, es en materia energética donde nos vamos a jugar una parte del futuro, donde América Latina va a ser muy relevante. Pero como todavía no lo sabemos, pues somos poco relevantes. O somos relevantes a trozos; uno que amenaza con el petróleo o con no sé qué, pero que vive del petróleo y no puede seguir amenazando con el petróleo, porque es una relación de interdependencia.

No me preocupa que lo que ocurrió en la era industrial se perpetúe ahora. Prefiero que Doha vaya bien y que se vayan quitando subsidios agrícolas. Y, además, les ruego que piensen, pero que piensen con cifras en la mano. Porque a los gobernantes de América Latina les digo que sigan insistiendo en que las relaciones de intercambio son injustas, en que la agricultura está subvencionada y en que hay que abrir el comercio de manera igualitaria... que sigan insistiendo, pero no todo por igual. Lo de los tratados de libre comercio todo por igual no es verdad, porque en otras cosas tienen los otros ventajas que no tienen los países en desarrollo y no va a ser todo por igual. Imagínense que fueran relaciones de intercambio

por igual en toda la industria farmacéutica. Bueno, pues tendrían las consecuencias que tienen.

Por tanto, sigan insistiendo en eso, pero analicen qué impacto tiene en el crecimiento de los países de América Latina el producto agrario o agroalimentario. No vaya a ser que un desarme arancelario total para los grandes países consumidores del mundo impactara en medio punto de producto bruto en los países emergentes que tienen capacidad agrícola y ganadera. Si es medio punto de producto bruto, bien está que se resuelva, pero no responsabilicemos a los problemas del desarrollo del medio punto del producto bruto. Y no estoy dando una cifra gratuita. En los países de América Latina, el que no hubiera ninguna barrera arancelaria en la Unión Europea para agroalimentación no supondría más de medio punto de producto bruto.

¿Esto quiere decir que no habría dificultades? Colombia está viviendo el hecho de que no se firme el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos. Tratan de mezclarlo con otras cuestiones, pero la verdad es que Estados Unidos no lo firma porque los electos locales, gobernadores y senadores locales, tienen miedo de la competencia de Colombia en una serie de líneas de productos, que no van a arruinar a Estados Unidos, pero pueden arruinar las próximas elecciones a unos pocos candidatos republicanos y demócratas. ¿Cómo lo ocultan? Como no es elegante decir que no les gusta importar zumos o importar otros productos colombianos, lo argumentan diciendo que hay problemas de derechos humanos. Es el debate confuso en el que estamos viviendo.

Pregunta

Quería preguntarle si quisiera compartir con nosotros cuál fue el momento más crítico de su presidencia, el momento en que dijo: “Con esto no sé si puedo”.

FELIPE GONZÁLEZ

Cuando convoqué el referéndum de la OTAN. Y lo gané, pero, incluso habiéndolo ganado, fue el mayor error que he cometido en mi gobierno. ¿Por qué? Dos semanas antes de que se celebrara el referéndum, íbamos perdiéndolo 2 a 1. Y lo ganamos. De hecho, todos

los analistas, incluida la derecha española, viendo ese resultado, decían que había sido una estrategia muy inteligente y muy malvada para descabalar a la derecha ante la opinión pública internacional durante una serie de años. Que había sido una maniobra inteligente.

Es mentira. No había nada de eso, era un error. Haberse comprometido a hacer un referéndum nos llevaba a esas responsabilidades que tenemos los gobernantes (Andrés, Fernando Henrique, Belisario...). Tenemos compromisos que pueden ser resueltos con la sola firma de un decreto. Y después tenemos compromisos de mejorar el empleo, mejorar más cosas que se prolongan a lo largo del tiempo. Pero ese compromiso de convocar o no una consulta, que estaba en el programa electoral, dependía sólo de que yo firmara o no. El mismo compromiso tenía mi amigo Papandreu en Grecia y se le olvidó todo el rato. Primero decía: «Es que el Presidente de la República no va a estar de acuerdo». Después quitaron al Presidente de la República que no estaba de acuerdo, lo sustituyeron por uno que era íntimo amigo suyo, pero a Papandreu se le siguió olvidando.

No soy muy partidario de los referendos. Creo que hay que hacer muy pocas consultas porque la democracia representativa y la democracia directa conviven mal. Y una buena parte de las consultas populares que están muy de moda ahora porque uno parece más demócrata cuando hace consultas populares, lo que suponen, como supuso eso en mi caso, es intentar descargar la responsabilidad que es de uno, para cargársela a la gente. Y eso no está bien, porque a uno lo eligen, e incluso le pagan, para que tome decisiones a veces desagradables y, cuando toma una decisión que no le gusta a la gente o que es desagradable, se ha ganado el derecho a criticarte, como es natural. Pero cuando transfieres la responsabilidad a la gente, le creas un problema mayor.

Yo tuve un colaborador en Moncloa que era un tipo listo que se atrevía a decirme cosas. Una de las más inteligentes y más malvadas que me decía era: «Oye Presidente, las cosas están tan mal que ya parece el año que viene». Es una buena preparación psicológica. Uno suele estar rodeado de aduladores y, aunque la cosa esté hundiéndose, te dicen: «Esto va bien, esto va bien, Presidente, esto va bien». ¿Pero qué iba a ir bien?... ¡esto va hecho un desastre! Y este

colaborador aunque las cosas fueran bien, decía: «Esto va tan mal que ya parece el año que viene».

Bueno, hicimos el referéndum sobre la OTAN, ese disparate que ganamos transfiriendo la responsabilidad a los ciudadanos de que tuvieran que decidir en consulta popular si querían o no pertenecer a un pacto militar, es decir, si querían ir o no a la guerra. ¡A quién se le ocurre hacer un referéndum sobre si querían o no ir a la guerra! Bueno, pues cometí ese disparate y lo pasé muy mal, porque sabía que era un error y una responsabilidad. No para mí, sino para mi país. Si lo hubiera perdido, me hubiera ido. No entiendo a los gobernantes (y conozco a algunos y son amigos) que hacen un referéndum consultivo, lo pierden y se quedan. Hay que ser muy *caradura*. “Usted lo pierde y usted se va”. “No, es que es consultivo, no es obligatorio”. ¡Hombre!, legalmente no, pero moralmente...

Por tanto, dije que me iba, y probablemente por eso lo gané, pero me acusaron de extorsionar a los ciudadanos, de no darles libertad para votar. Sí, claro, libertad plena, pero también votan la permanencia o no en el paquete, como es natural, porque yo no quería una trampa.

Este colaborador me dijo lo siguiente. Quiero que comprendan el intríngulis de esto que trato de explicarles. Me dijo: «No, es que nos estamos equivocando en la pregunta». Le digo: «¿Y cuál es la pregunta que se te ocurre?». «Lo que había que preguntarle a los españoles es: ¿Quiere usted que España se quede en la OTAN con su voto en contra?». Entonces hubiéramos sacado el 90% de los votos. Y yo estoy de acuerdo con él porque la gente sabía que nos teníamos que quedar, pero quería que el marrón se lo tragara aquel que habían puesto ellos porque era el gobernante y no tener que ir a la urna a decir: “Que sí, que ahora quiero estar en la OTAN, que quiero quedarme aquí”. La gente sufrió enormemente para evitar que nos estrelláramos, para ejercer una responsabilidad que no era suya. Y el que los metió en ese lío fui yo.

6. IBEROAMÉRICA: DEMOCRACIA Y DESARROLLO EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO*

Quiero aprovechar, en primer lugar, esta oportunidad para reafirmar que, en verdad, ese sentimiento que tenemos hoy día en Latinoamérica de amistad entre nuestros pueblos, de pertenencia a una comunidad es algo muy valioso. Ayer, Saramago discutía sobre la izquierda, y luego creo que fue Sergio Ramírez quien mencionaba que es un sentimiento, que es una afinidad electiva. Y eso es nuevo en nuestra región.

Aun el mismo concepto de América Latina es algo muy novedoso. El que lo inventó fue un colombiano, Torres de Caicedo, quien en 1865 propuso por primera vez una especie de tratado de integración o de libre comercio para América Latina. Pero entonces no se usaba la expresión. Esa expresión la utilizaron después los franceses, pero con su mirada también imperial, para contrarrestar un poco a España y poner una traba a Estados Unidos. Luego, más tarde, los americanos empezaron ya con su *Latin America*, pero eso fue mucho después. Y para quien es brasileño —aquí hay varios— la noción de pertenencia a algo más amplio que Brasil es complicada. Es tan grande Brasil, que uno mira y mira y no ve nada más.

Me di cuenta también de que tenía más de una dimensión de pertenencia, cuando, todavía joven, estudiaba en París. Por razones de la influencia europea, en lugares como México, Brasil o Argentina la influencia francesa era entonces dominante. Me refiero a cincuenta años atrás, y yo pertenezco a una generación cuyo idioma normal, aparte del propio, es el francés. Todavía hoy me siento más

* Ex presidente de Brasil.

cómo si hablo en francés que si hablo en castellano o inglés. Y sin embargo, cuando estaba en Francia, caí en la cuenta de que todos mis amigos eran uruguayos, argentinos, principalmente, algunos chilenos, algún mexicano, y entonces empecé a darme cuenta de que hay algo más que el idioma. Existe la diferencia entre el español y el portugués, pero el francés para mí no suponía ninguna diferencia más chocante, y, sin embargo, me sentía más cómodo con mis compañeros latinoamericanos.

Hay algo que trasciende. Hoy día es algo muy natural, y es lo que nos hace solidarios cuando hay momentos de dificultad. Recuerdo que en una ocasión, siendo Presidente, quería venir a Colombia —entonces era Samper el Presidente— y el Ministerio de Asuntos Exteriores de Brasil no estaba muy contento con la idea. Yo insistí y vine hasta Cartagena, a caminar por las calles con él. Era un momento difícil y había todavía el asunto de la certificación de los americanos. Yo protestaba siempre contra esa certificación, Brasil no estaba en eso. Creo que la vida política y la vida humana —lo dijo también Felipe González— se hacen con gestos y estos gestos tienen que venir de la convicción, de una fundamentación moral y un sentimiento. No son solamente razonamientos.

Por eso me es muy placentero estar acá y escucharlo a usted y al Presidente Pastrana, y verlos a todos ustedes celebrando estas Becas Líder que realmente constituyen una red importante y que, poco a poco, van ampliando ese sentimiento de pertenencia no sólo a Latinoamérica sino a Iberoamérica. Y creo que eso también es un valor: el sentimiento de pertenecer a algo más que solamente el país o la región y sentirnos miembros de una misma comunidad transatlántica cuando saltamos el Atlántico.

Alguna vez dije en broma que Brasil —México también, pero Brasil más especialmente— es quizás el único país colonial que se ha convertido en la capital del imperio, porque Napoleón nos rindió un favor: invadió Portugal. Invadió primero España, luego Portugal, y la Corona portuguesa se trasladó a Brasil. Era el año 1808 o por ahí. El rey de Portugal se quedó muchos años en Brasil y, después, el regente fue proclamado rey en Río. Entonces Río era la capital del imperio. Sus hijos fueron nuestros emperadores, son

Habsburgo, son Borbones, son Braganza... Así pues, Brasil tiene una vinculación con Europa. Pero eso desapareció y la única solución —que me perdonen los compañeros portugueses— sería entrar en guerra con Portugal, perderla, y entonces seríamos parte de la Comunidad Europea. Pero, si no llegamos a tal punto, es mejor que tengamos una vinculación cultural más fuerte que nos permita compartir muchos sentimientos y muchos problemas pero, también, muchas soluciones.

Dicho esto, el tema que me pidieron que desarrollara en mi intervención es sobre los efectos de la globalización y las situaciones económicas y políticas de América Latina. Si me permiten haré un poco de historia, casi personal e intelectual también. En los años sesenta, como en otras partes de la región, hubo un golpe militar en Brasil. Entonces allí estaban los militares en el Gobierno, yo era profesor en la Universidad de São Paulo y había hecho mi tesis de doctorado. En Brasil existe un sistema alemán de libre docencia y estaba a punto de presentarme para ganar la cátedra. Pero se produjo el golpe y, a raíz del golpe, sufrí persecución. Me llegó una orden de prisión porque estaba en contra del golpe y tuve que irme de mi país, tuve que exilarme de Brasil. Me fui a Chile, donde viví muchos años; después me fui a Europa. Pero en Chile fui a trabajar en la Comisión Económica para la América Latina, la CEPAL, que en aquel entonces era, y es, una institución de gran trascendencia, porque allí se formó por primera vez un pensamiento originario latinoamericano.

Un economista argentino que entonces era el líder de la institución, Raúl Prebisch, formuló lo que se llamaba, y todavía se llama, la *teoría centro-periferia*, que trataba de explicarnos y de explicar al mundo por qué no había un desarrollo más fuerte en nuestra región. Y la razón era que había un intercambio desigual porque exportábamos materias primas e importábamos productos industrializados. Por las teorías ricardianas, con los progresos técnicos y los productos manufacturados debía de haber una especie de homogenización, los precios deberían caer, y eso se compensaría con la especialidad específica de cada región.

Los que son economistas —y yo no lo soy— se acordarán de la discusión de Ricardo sobre Portugal e Inglaterra. Debería de aplicarse lo mismo. Pero no pasaba eso. De hecho, se ampliaba lo que

llamábamos entonces “la brecha” entre los países industrializados y los países exportadores de productos minerales y alimentos, las materias primas. Prebisch trató de explicar por qué sucedía eso. Y dijo: «Lo que pasa es que la teoría ricardiana no está funcionando porque, en los países ricos, los sindicatos se han organizado, el Estado también se ha organizado y eso hace que, como los grados de productividad que se alcanzan en la producción industrial se quedan ahí, bajo el concepto de sueldos, mejora la vida de la gente y de los impuestos para mejorar el conjunto de la economía nacional». La razón, por tanto, es político-económica y no puramente económica, y si nosotros, en América Latina, quisiéramos alguna vez tener una relación más igualitaria, tendríamos que industrializarnos. Y sería importante industrializarnos porque eso nos agregaría valor e intensificaría la productividad. Pero, como no tenemos capitales suficientes, son necesarias dos cosas: una, atraer capitales externos; dos, hacer que una parte importante de los impuestos sea utilizada en inversión, de forma que nuestras economías se vuelvan economías también industrializadas.

Era ésa la teoría de la CEPAL, que estaba basada en números muy consistentes del economista austríaco Hans Walter Singer, de Naciones Unidas, que realizó un largo informe sobre las relaciones de precios. Y aquí ocurría todo lo contrario de lo que dijo esta mañana Felipe González, y que es verdad. Ahora se ha producido una inversión de esa situación. Ahora, los productos primarios suben de precio y los productos manufacturados no. Ha habido una inversión a favor de América Latina, de las regiones productoras. Pero, en los años sesenta, no era así y, además, estábamos en crisis. En esa época había quienes creían que aquí llegaríamos hasta el estancamiento, que no había posibilidad de progreso en la periferia del sistema capitalista, que había centro y periferia, y toda la visión estaba enfocada desde ese ángulo.

Esta escuela de la CEPAL produjo un efecto enorme en la región, incluso porque muchos de los economistas que llegaron, algunos de Colombia, de Venezuela, de Brasil, de Chile, de México, de todas partes, crearon quizás la primera burocracia transnacional dado que se conocieron unos a otros en la CEPAL y luego fueron ministros de Planificación, ministros de Finanzas... Se constituyó

una red de gente que tenía un pensamiento más o menos uniforme, no totalmente, pero sí con una cierta tendencia uniforme y un pensamiento originario de acá.

Cuando me asomé a la CEPAL, empecé a tener varias discusiones con Prebisch, con Celso Furtado, que era entonces el gran economista brasileño, con Aníbal Pinto, chileno, con Ahumada y con varios otros más. Y escribí este libro al que el presidente Pastora hizo referencia, que se llama *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Realmente en este libro estaba haciendo una especie de informe a Prebisch y, como sociólogo, trataba de poner énfasis en el hecho de que no se puede calificar a la periferia como una cosa homogénea, no se la puede considerar de manera uniforme.

Esta periferia, esos países subdesarrollados, tiene cada uno su propia historia. Y tienen vínculos distintos con el centro. Algunos de aquellos países han sido enclaves —los llamábamos así— minerales, por ejemplo Bolivia, donde hubo producción de estaño. O enclaves bananeros. Y, normalmente, en esos enclaves el capital era extranjero: el capital llegaba al enclave, se hacía la producción localmente, se reclutaban trabajadores para el enclave, ahí, también localmente, pero se vendía en el exterior y el lucro quedaba en los circuitos del exterior. El resto de la economía podía beneficiarse marginalmente, porque el Estado local conseguía impuestos y eso creaba una clase media, una capa media de funcionarios, pero ésa era la estructura.

En otros países fue distinto porque las clases locales lograron explotar la economía agrícola, ya sea porque tenían esclavitud, indígena o negra, ya sea porque buscaban emigración, y se creaba una capa empresarial. Eso pasó en Argentina, pasó en Brasil, pasó en varios países aunque de distinta manera, pero de forma muy notable en Argentina y en Brasil, y un poco en México, donde había lo que yo entonces llamaba —nunca más volví a usar esa expresión— una burguesía nacional. Algunos de esos países de la periferia no la tenían porque eran enclaves, o sea, porque la innovación venía de afuera, mientras que en otros países, aún cuando trabajaban en el campo o en la producción minera, aunque más bien en el campo, en la producción de ganado, de café..., sí se creó un espíritu empre-

sarial y muy a menudo estos países lograron iniciar también un proceso de manufactura.

Cuando se desencadenó la Primera Guerra Mundial, ese proceso se amplió porque hubo una especie de gran protección natural, cesaron los intercambios comerciales y, entonces, la producción local tuvo espacio. En la Segunda Guerra Mundial, el *boom* fue enorme. También empezaron a producirse textiles. Por tanto, no se puede hablar de la periferia como de algo homogéneo. No se puede mirar a América Latina y decir: “Esto es América Latina”.

Sí lo es culturalmente. No está todavía en el centro de decisión, pero hay formas distintas de vinculación, de integración...y si uno no estudia la historia y la formación de esas estructuras, es decir, si no hay un análisis histórico estructural, los comentarios que se puedan hacer son muy superficiales, porque se hace una valoración de conjunto que no explica nada. Es preciso mirar con más detenimiento cada situación específica, analizarla y ver qué posibilidades tiene de crecimiento.

En ese mismo libro —les recuerdo que esto sucedía en los años sesenta—, nosotros empezamos a decir: «Ahora estamos viviendo otro momento, hay una nueva fase que llamamos de la internalización y de los mercados internos». La expresión es mala y es incorrecta. ¿Por qué? Porque la verdad es que en los años sesenta lo que estábamos tratando nosotros de estudiar y de entender era otra cosa. Era la globalización, sólo que no lo sabíamos, que nadie lo sabía.

La expresión “multinacional” no existía, fue creada en el año 1971 por un americano llamado Reynolds. Entonces les llamábamos *the trust*, cárteles.

Paso a darles un ejemplo más vivo: cuando Brasil, a finales de los años treinta, ya iniciada la Segunda Guerra Mundial, trató de crear una siderurgia, el Gobierno de Vargas, que en esa época era dictador y tenía ideas bastante parafascistas, hizo un juego y trató de convencer a los americanos de que sería buen negocio hacer una inversión en acero en Brasil. Los norteamericanos, la United States Steel Corporation, decidieron no hacerla. Dijeron: «Ustedes son buenos clientes para nuestras exportaciones, pero no constituyen un mercado que valga la pena para crear una industria allí». Enton-

ces Vargas buscó en Alemania a los Krupp. Hizo el juego de que iba a apoyar a Alemania en la guerra y, con este juego, logró que Roosevelt llegara a un acuerdo con Brasil y Roosevelt hizo un préstamo al Gobierno de Brasil y el Eximbank acordó un préstamo e hicimos un acuerdo. Hicimos también un acuerdo con los aliados, y las bases del nordeste del Brasil fueron importantes para la invasión de Europa. Brasil envió veinticinco mil hombres a luchar en Italia. De ahí resultó la primera industria siderúrgica brasileña, que quedó en manos del Gobierno porque los norteamericanos no aceptaron realizar la inversión; y luego los capitales, los capitalistas brasileños, tampoco quisieron. Quedó una gran empresa estatal que creció, fue privatizada y es una gran empresa. Pero ésa era la actitud, la gente no quería.

En los años sesenta ya fue distinto. Ya en los años cincuenta hubo una oleada de apertura de capitales y hubo inversiones —en el periodo de Juscelino Kubitschek y del presidente Frondizi en la Argentina— y entonces la apertura fue mayor, hubo mucha inversión extranjera y empezamos a producir autos y navíos, barcos y, en fin, una enorme cantidad de cosas.

Cuando vimos eso, nos dijimos que algo estaba cambiando, porque, antes, la masa de sustentación de los países de nuestra región era la exportación. Cuando se empezó a producir coches, nos dijeron: «Ustedes hagan coches para el mercado interno» y esto provocó una especie de vinculación del interés del capital de afuera con el crecimiento del mercado interno.

Esto es muy fácil de decir hoy día porque toda la gente sabe que es así, pero en ese momento no. En aquel entonces, en los años sesenta, la idea era que si un país quería desarrollarse, tenía que romper los vínculos con lo que se llamaba el imperialismo y el latifundio. Ésta era la teoría de los partidos comunistas y que la CEPAL, de alguna manera, aceptaba, no en esos términos, pero sí. Hay que romper los vínculos.

Y había razones, porque los capitales foráneos no estaban muy interesados en un desarrollo hacia dentro, y lo que subrayábamos nosotros era que no habría un desarrollo que fuera capaz de atender las necesidades de los pueblos si no había también un desarrollo del mercado interno. En consecuencia, se tenía una visión muy

restrictiva en cuanto a la acción del capital extranjero porque no nos parecía que tuviera dinamismo. En ese libro tratamos de decir: “¡Ojo!, algo está cambiando”.

Realmente, estábamos tanteando, sin entender muy bien que era un primer momento de una expansión distinta del sistema capitalista, que ya no se basaba solamente en sus relaciones con las periferias, en la importación de materias primas, sino que empezaba a haber una inversión y empezaba a haber lo que en los años ochenta y noventa se puso claramente de manifiesto: una dispersión del sistema productivo por todo el mundo. Por detrás de esa dispersión se encuentran procesos tecnológicos.

Hubo cambios tecnológicos profundos, el más impactante, el más profundo de todos es internet, pero también la rapidez de los medios de comunicación, de un modo tal que hoy día las oficinas centrales de una empresa pueden estar en Miami o en Madrid, en São Paulo o en Shanghai, da lo mismo, y también el control de todo el sistema hoy día probablemente va a involucrar a alguien en India, a alguien en Brasil también a causa de internet.

O sea, ha cambiado el sistema, el modo de producir. Es una pena que no esté Saramago en estos momentos acá, porque eso supone un cambio de paradigma. Si Marx estuviera vivo trataría de explicarnos mejor cómo funciona ese sistema. ¿Es capitalista? Sí, pero de otro tipo. Porque ya no está basado en los mismos presupuestos del pasado. Hay otros presupuestos. Y hay interconexiones mucho más fuertes que nunca. ¿Significa eso que ya no existen diferencias entre países centrales y países periféricos? No ¿Por qué? Porque las dos grandes palancas del modelo de la globalización son el desarrollo tecnológico y los capitales financieros. Lo que llamamos globalización es la mezcla de esto. Es esto. Desde que nació, el sistema capitalista tuvo una vocación de expansión. Nosotros somos fruto de la expansión del capitalismo comercial. Eso es lo que hizo que España y Portugal, entre comillas, “descubrieran la América”.

¿Por qué se estaba expandiendo el capitalismo comercial? Siempre hubo eso, pero ahora es otra forma de expansión, basada en otras tecnologías. Lo novedoso no es que exista un mercado internacional, siempre lo hubo. Lo novedoso es que la producción tam-

bién se dispersa globalmente, planetariamente, y que el control puede ser más variable y que se tienen tecnologías que son muy cambiantes y que conllevan transformación de las relaciones de producción. Uso la expresión marxista: el sistema productivo transforma las relaciones de producción, es decir, transforma el sistema de clases. Todo lo que se escribió en el pasado tiene que ser readaptado, porque hubo un cambio de paradigma, no mental, real, en el modo de producción. El mental viene después y viene siempre con retraso.

Cuando yo me refería ayer —y a Felipe González le gusta mucho ese término— a las *utopías regresivas*, me refiero a los que no se dan cuenta de que el mundo ha cambiado, siguen teniendo como ideal lo que fue el pasado y piensan que ser progresista es imponer al futuro el pasado. No. Hay que ver en qué términos se va a discutir ahora el interés nacional, el interés popular... cualquier cosa, pero en los nuevos términos.

Justamente con el cambio de la forma de organización de la producción hubo también un cambio político importante, a lo mejor vinculado: la caída del Muro de Berlín, simbólicamente, o sea, el fracaso de la Unión Soviética. A lo mejor vinculado, ¿por qué? Por la razón que Felipe González también mencionó: porque quizás el liderazgo soviético no se percató de los cambios que estaban ocurriendo.

Les cuento una anécdota. Yo estuve en Moscú, antes de la caída del régimen, en una reunión en la dacha del primer ministro de la Unión Soviética, que todavía era Gorbachov, con varios dirigentes económicos europeos. Yo era senador en Brasil y quien en aquel momento era el alcalde de Lyon organizó una reunión en Moscú para discutir los cambios que se estaban produciendo. Estuve dos o tres días ahí; estaban Angelli, que era un gran dirigente de la FIAT, y varias personas importantes. Yo no tenía la menor importancia, era un senador brasileño desconocido y no sabían quién era. Me pasé todo el tiempo apuntando lo que escuchaba. Un señor que era el jefe del gran banco de la Unión Soviética nos contó lo siguiente: que a él recibir informaciones de Crimea, donde tenía su agencia, le llevaba uno o dos meses, porque las informaciones venían por camión, de Crimea a Moscú. En ese tiempo, en los días que estuve en

la dacha del primer ministro, había gente de importancia y necesitaba el teléfono. Bueno, pues no había cómo hablar. Yo quería hablar con el embajador de Brasil en Moscú. Imposible. Hasta que llamaron a la gente del ejército para crear una línea especial. En definitiva, alguna relación hay entre la ruina del régimen y la incapacidad de absorción de las nuevas tecnologías de comunicación, etc., etc. Sin duda, hay alguna relación.

Pero, de hecho, lo que se produjo realmente fue un estallido general que cambió todo. Este cambio general, que desorganizó muchas cosas, desorganizó desde luego los modelos mentales, porque, para bien o para mal, hasta los años ochenta todas las políticas tenían dos lados siempre. Incluso la defensa del régimen militar por Estados Unidos estaba basada en la idea de que los militares siempre serían una barrera contra el avance del comunismo. Lo hicieron con Allende, lo hacían con todos, con Goulart, en Brasil, con todos. Había esa bipolaridad, que desapareció de pronto, no exactamente de pronto, pero desapareció. Pero no solamente eso.

Al final de ese proceso de bipolarización quedó una cierta inquietud y la idea de que, a lo mejor, ahora íbamos a tener un predominio absoluto de una sola potencia, de Estados Unidos. Se hablaba de la "pax americana". Duró diez años esa ilusión. ¿Por qué? Porque, de hecho, el mundo que se creó como consecuencia de la globalización no fue el mundo del predominio de un solo país. Es un mundo mucho más complejo. No me refiero a China. Hay mucho más que eso. Europa se ha constituido. Bien o mal, Europa es una realidad insospechada y casi imposible cuando existía la bipolaridad. Imposible. Europa tenía que estar sometida al interés general de defensa del capitalismo y, por ende, de Estados Unidos. Y la OTAN, de la que se ha hablado esta mañana, es eso: organizar las tropas para quedarnos ahí, indefensos. Todo eso perdió sentido y Europa se constituyó como otra posibilidad de poder. Luego hemos descubierto más cosas, por ejemplo que quizás Rusia, que se desarticuló totalmente, se está rearticulando. Y va a ser un factor de poder. Tiene petróleo, tiene gas, va a tener influencia en Asia Central y en Oriente Medio. Puede tener relaciones con China, puede tener relaciones con Venezuela, imagínense. Es decir, hay otros factores de poder.

En la ilusión americana de su *pax*, de su dominio, de su predominio en el mundo, con Bush, inventaron la cuestión de la guerra preventiva. Inventaron la cuestión del *regime change*, o sea, vamos a occidentalizar el mundo. Esto duró dos años de ilusión y muchos años de sufrimiento para el liderazgo americano, sufrimiento que sigue, porque Estados Unidos no sabe qué hacer con Irak. Y tiene ahí Pakistán, y tiene Irán, y tiene no sé cuántas cosas más. O sea, el mundo llamado occidental tuvo que reconocer que no va a ser la matriz del mundo. Se hace necesario una especie de nuevo pacto global.

Y, en su delirio, los gobiernos norteamericanos han disminuido el poder de la única institución que se ha creado, en aras a tener un foro mundial, que es Naciones Unidas. Desprestigiaron Naciones Unidas y se quedaron sin nada. Y ahora están ahí, todavía hoy, o ayer o anteayer, y estarán mañana, en la televisión. Los americanos no saben qué hacer. Si salen de Irak es una tragedia; si se quedan otra tragedia. No es como en Vietnam, porque en Vietnam tenían con quién negociar, tenían el otro lado. En Irak no tienen. Y no saben qué van a hacer con Irán. Irán ¿va a tener o no la bomba atómica? ¿Es eso un riesgo o no lo es? En fin, un lío tremendo.

Pero ¿por qué me refiero a eso? Porque, desde un punto de vista global, la primera consecuencia de la llamada globalización, después de derrumbarse la bipolaridad, es que para los países de América Latina se abren nuevas perspectivas. Popularmente la gente cree que la globalización vino para destruirnos. Es una visión equivocada; puede que sí, puede que no. Pero, realmente, por lo menos disminuyó la fuerza relativa de un solo país. Y amplió oportunidades de negociación con varios países. América Latina tiene hoy mucha más capacidad de la que ha tenido jamás, o algunos países por lo menos tienen más capacidad de la que han tenido nunca de tener peso en el mundo. Primero, porque se empezó a vislumbrar un cierto desarrollo económico; segundo, porque también se ha democratizado, y, tercero, porque el mundo permite que nuevos actores entren en escena, con la condición de que esos nuevos actores tengan un liderazgo y una conciencia de la situación que les permita efectivamente tener un rol en este nuevo escenario mundial global que está abierto y sabe Dios lo que va a pasar. Eso no significa que

yo sea optimista ni pesimista, porque hay incógnitas. No se sabe cómo se va a negociar en los próximos cincuenta años.

Y de eso se trata. ¿Qué haremos en los próximos cincuenta años, como planeta, como globo? ¿Vamos a tener la capacidad de un acuerdo global en el cual más países tengan presencia y fuerza? ¿Tendremos la capacidad efectiva de crear nuevas condiciones para el medio ambiente? La cuestión de la energía, que se ha mencionado esta mañana, ¿vamos a solucionarla de alguna forma? ¿Tendremos capacidad de afrontar el tema desde el punto de vista colectivo?

Y, curiosamente, el primer hombre que tuvo la sensación, la sensibilidad de que el mundo había cambiado y que había que hacer algo fue Gorbachov. No sólo porque Gorbachov suicidó a Rusia como potencia, lo cual no sería ni bueno ni malo para ellos, sino que hizo más que eso. Él se dio cuenta, siendo el jefe del poder comunista, de que la teoría de clases en las naciones no era suficiente para hacer frente al peligro atómico y al medio ambiente. Esas cuestiones dejaron de ser nacionales. Ningún país gana si se empieza una guerra atómica, porque los vientos van a distribuir las consecuencias negativas, nefastas, por todos lados y ningún país en solitario será capaz de contener la tendencia del efecto invernadero porque eso requiere un esfuerzo colectivo.

Es como si Marx renaciera y dijera: «Señores, hay una humanidad». Marx decía que la humanidad era un concepto ideológico, una mentira, porque había clases. Decía que solamente habría una humanidad cuando la clase obrera fuera capaz de generalizar su condición de tal para el mundo. Porque sólo siendo todos iguales habría humanidad. Gorbachov descubrió que, antes de que eso ocurriera, era necesario darnos cuenta de que existe una humanidad y que hay que pensar en temas más elevados, no solamente desde mi país, de mi clase, de mi interés, porque, si pienso solamente así, a la larga puedo seguir existiendo, pero puedo no existir más.

Ésta es la famosa discusión de los siglos XX y XIX: civilización o barbarie. Estamos en eso. Irak es barbarie. El efecto invernadero es barbarie. ¿Tendremos la capacidad de convertir todo eso en civilización? ¿En humanidad, en solidaridad, en cohesión, en capacidad

de amor al prójimo? ¡Quién sabe! En consecuencia, no estoy aquí pintando un cuadro de color de rosa. Estoy diciendo que las condiciones son otras, el desafío es de otra naturaleza, ya no es un desafío local, no es nacional, no es de una clase. Es de todos. Y estamos muy lejos de tener la capacidad de resolverlo.

Dejemos un poco al margen esta visión que es quizás demasiado ambiciosa y vayamos al tema nuestro, el de América Latina frente a la globalización. La globalización impulsa a la América Latina a dos desafíos fundamentalmente, con varias consecuencias.

El primero es qué hacer para insertarnos o no en el comercio internacional competitivo. Porque, si hay globalización, la posibilidad que un país tiene hoy de aislarse es muy pequeña. Puede hacerlo, pero sufre consecuencias inmediatas. Los que están aislados, Corea del Norte o Cuba, hasta cierto punto no lo están porque lo deseen, sino porque no tienen alternativa. Todos los demás están tratando de ver si es posible participar de alguna manera del flujo de intercambio internacional. Pero para eso es necesario "ser capaz de". O sea, no basta desear; es necesario tener competencia técnica, tener recursos. Y los países no tienen condiciones iguales.

Si me limito a nuestra región, ¿qué pasa? Algunos países lograron, a despecho de todo, vincularse a las nuevas olas más modernizadoras, más dinámicas, del comercio internacional. No son muchos, algunos lo lograron y ese logro no se consigue solamente, como en el pasado, cuando nuestra riqueza era básicamente natural y de mano de obra y queríamos industrializar. Seguimos queriendo industrializar. Seguimos teniendo mano de obra, algunos tienen recursos naturales, pero algunos países han logrado insertarse competitivamente a nivel global y sacar ventajas sin tener todas las condiciones.

El caso más notable es Chile. Porque este país descubrió que si fuera capaz de dominar ciertos circuitos de comercialización, ciertas tecnologías y darse cuenta de la logística, de la infraestructura y de tener en cuenta que el mundo actual requiere puntualidad, respeto al contrato, transparencia, se puede avanzar. Chile popularizó el salmón. Esta mañana comí salmón acá, salmón chileno. No es tan bueno como el original, pero, de todas maneras, el salmón, que era algo sofisticado para los más ricos, hoy en día ya no lo es. ¿Por qué? Porque los chilenos reinventaron el salmón y lo exportan. Hacen

más. Exportan ostras a París, lo que parece una tontería. Pero, para producir ostras y tenerlas veinticuatro horas después en el mercado de París se requiere alta capacidad humana, de eficiencia, de organización, etc. Descubrieron que es posible con las frutas compensar entre el verano de una parte y el invierno de la otra. Y exportan fruta. Si uno mira la estructura de la economía chilena, desde el lado prusiano, digámoslo así, del siglo pasado, del siglo XIX, dirá: “Pero eso no es nada”. No, eso es mucho. Este país ha logrado avanzar mucho, fruto de esta capacidad que tuvo en lo económico de sacar provecho, de la capacidad de entender cómo son las cadenas de producción, de intercomunicación y de ubicarse con el resto de la gente, positivamente.

Algunos otros países lo lograron de muy diversas formas. Sólo me voy a referir a dos: México y Brasil. En forma distinta. ¿Por qué? Porque México tenía ya desde antes una industria muy vinculada a Estados Unidos, la maquila, que la gente miraba con cierto desprecio, porque es maquila. Hoy día se darán cuenta de que la maquila no es algo tan despreciable, porque en el mundo todo es maquila. La gente, además, hace el diseño acá y manda producir en China y vende en Estados Unidos y en Europa. En la industria del calzado, en Brasil, que está mal ahora, en este momento, los más espabilados están produciendo el calzado en China. El diseño es brasileño, la mano de obra es china, los *trailer* son brasileños, los que compran son europeos o americanos. ¿Tiene esto problemas? El desempleo existe en el país en función de eso, pero tiene ventajas desde el punto de vista económico. México ya tenía algo de maquila y tomó la decisión, que la gente puede criticar a su antojo, de que puede integrarse en NAFTA, el gran mercado del norte. México, de alguna manera, está vinculado internacionalmente, y tiene ahí sus circuitos de producción asegurados —bueno, asegurados mientras el circuito de producción funcione—. Eso produjo una serie de consecuencias. Probablemente el 85% o más de la exportación mexicana va a Estados Unidos. Pero, para bien o para mal, de esta manera México se ha integrado. Y tuvo consecuencias también en lo que se refiere a la renta. Ha aumentado mucho la renta interna doméstica mexicana. Y tuvo más consecuencias.

En el caso de Brasil este proceso fue un poco distinto. Porque, aunque queramos, no podemos, estamos lejos de EE UU, lejos de Europa. En nuestro caso, tenemos otros desafíos. Y, bien o mal, también hemos logrado algo. O sea, si uno mira la exportación brasileña, Brasil exporta hoy día unos 140.000 millones de dólares. El 60% de manufactura, lo cual es algo considerable. Básicamente exporta manufactura a América Latina y a EE UU. Lo demás va a otra parte.

Si uno mira cómo se organiza el comercio exterior de Brasil comprueba que Brasil exporta un 20% a Estados Unidos, otro tanto a Europa, un poco más a América Latina y lo demás a Asia. O sea, bien distribuido. A los brasileños les gusta decir que somos *global traders*, que tenemos que negociar con toda la gente. Y tenemos que hacerlo así necesariamente por el tamaño del país y por la lejanía de otros mercados consumidores —repito, no estamos cerca de Estados Unidos ni de Europa—, tenemos siempre que tener un polo doméstico más fuerte. Existe un sector empresarial que tiene un gran vigor y, así como los chilenos tuvieron la capacidad de darse cuenta de ciertas innovaciones, también en el caso brasileño sucede. Sucede en la agricultura más que en la industria. En veinte años se va a ver que hubo una enorme transformación, pero realmente brutal. ¿Por qué? Porque tuvimos —y eso desde siempre, no sólo ahora, por más que se haya acentuado mucho— la capacidad de entender que la agricultura moderna requiere investigación científica, tecnología y alta calidad. El desarrollo cafetalero en Brasil se basó en una entidad que se llama Instituto Agronómico de Campinas, de una ciudad de São Paulo. Como todo. Si uno va a ver el cacao, igual, es la misma institución. Y hay una empresa que se llama EMBRAPA que es del Gobierno. Esta empresa tiene más de mil doctores y se dedica solamente a la agricultura. O sea, a desarrollar nuevos cultivos, nuevas semillas.

Cuando yo era estudiante se decía que era una pena que Brasil, que es un país tan grande, tuviera una franja de tierra para la producción tan pequeña, porque había un terreno enorme, la sabana, que era inútil para la producción. Hoy día toda la producción está en la sabana. Porque la EMBRAPA desarrolló allí la soja, el maíz, el ganado. Todo está en la sabana. El azúcar todavía no, pero también. En fin, hay un desarrollo científico y tecnológico.

Para adentrarse con más fuerza en el mundo actual, los países tienen que tener un desarrollo científico y tecnológico. Puede que compren tecnología, puede que la adapten, pero también tienen que desarrollarla. Tomemos el caso de la industria. No teníamos producción de petróleo, no éramos autosuficientes en petróleo. Teníamos muy poco petróleo. Hoy día Brasil es autosuficiente en petróleo. ¿Por qué? Porque descubrimos que el petróleo brasileño no estaba en la tierra sino en el agua, y no en aguas rasas, sino en aguas profundas, a dos o tres mil metros bajo el nivel del agua. Y se desarrolló una tecnología de perforación para sacar petróleo en aguas profundas y se creó un laboratorio tecnológico que es muy fuerte en esa área.

No quiero darles más ejemplos, no es necesario. Lo que les estoy diciendo es que ciertos países tienen la capacidad científica y tecnológica, tienen universidades, etc... Como ejemplo les diré que, cuando saqué mi doctorado en la Universidad de São Paulo —soy profesor, ahora soy emérito de esa Universidad—, salió mi foto en la prensa, en el principal diario de São Paulo, con mi traje de doctor. Porque era raro. Hoy día formamos trece mil al año, más que Canadá, más que Italia. Trece mil doctores. Y eso se va a ver, porque en cada país de la región está pasando algo semejante. En los que tienen más posibilidades de integración.

Si observan los datos sobre la producción científica, que he consultado recientemente, la producción brasileña crece enormemente y hay indicadores de eso en las revistas internacionales. Pero también la de México, la de Chile, de Colombia, también la de Uruguay, en forma desigual, pero, para realmente no quedar al margen, es necesario que exista un capital social humano. Bueno, lo logramos algunos países, otros no. Venezuela tiene ventaja, tiene petróleo. Cuando hay petróleo, y mientras esté al precio que está, va adelante, con un riesgo que también ha señalado Felipe González. Si Venezuela no hace una diversificación de su fondo productivo va a perder una oportunidad histórica, porque se va a quedar encajonada en la producción del petróleo y no va a hacer la gran transformación que puede hacer.

Ahora está la segunda parte de la cuestión. ¿Te van a dejar desarrollar esa capacidad? En los años setenta Brasil tenía un régimen

militar y la economía crecía al 7% de promedio anual. Esos datos que he mencionado estaban ya embrionariamente ahí. Y en ciertos sectores los militares actuaron correctamente desde el punto de vista técnico. Por ejemplo, en telecomunicaciones avanzaron bastante. En otros no, pero en algunos, sí. Muy bien. ¿Qué pasaba con la sociedad? Una tragedia. Los sueldos disminuían relativamente. La tasa de mortalidad infantil aumentaba. El acceso a la escuela no se había ampliado. Escribí un trabajo en el año 1975 sobre São Paulo, que es la zona más dinámica del país, que se titulaba *São Paulo: Crecimiento y pobreza*. Fue un trabajo que hice para el cardenal Pablo Arns, que era muy dinámico y estaba contra los militares. Y era para la *Pastoral Obrera* y para demostrar lo que estaba pasando ahí.

Con la democracia todo eso ha cambiado. Ha cambiado con la democratización de nuestra región, que vino a consecuencia del final de la guerra fría y de los movimientos internos nuestros. Todos los países se han democratizado. La primera consecuencia es una presión masiva de la gente, que quiere más. Algunos países han sido capaces, simultáneamente, de tener democracia, elecciones, libertad, libertad de prensa, un Estado de Derecho, más o menos, y la capacidad de ofrecer servicios. Otros no la tuvieron tanto. Pero el nuevo líder, el nuevo gobernante, quiéralo o no, está forzado a afrontar ciertas cuestiones, porque la demanda social es muy fuerte.

Les voy a dar un ejemplo de la reforma agraria. Se ha hablado siempre de reforma agraria en Brasil. Toda la vida. Es importante. Existe el campesino sin tierra y hay un movimiento social importante. Siempre fui muy partidario de la reforma agraria. Cuando fui senador hice un proyecto de reforma agraria. Llego a la presidencia y está en marcha un proceso muy fuerte en favor de la reforma agraria. Bueno, se hizo muy poco. Solamente los militares empezaron, pero después se hizo muy poco, porque vino la inflación en los años ochenta, luego la crisis del petróleo, el endeudamiento del Gobierno... Se hizo muy poco. Yo no tenía alternativa. Quisiéralo o no, tenía que hacer la reforma agraria. La presión de los movimientos de los sin tierra, de la sociedad, fue muy grande... Y la clase media creyó que, o bien se hacía la reforma agraria o Brasil no iba a avanzar. Es mentira. Brasil estaba avanzando. La gran transformación no fue

la reforma agraria, fue la agrícola que mencioné aquí. Pero no es mentira en el otro sentido: había demanda social y había que dar trabajo a la gente, darles alguna ocupación. Fue una forma de distribución de riqueza.

El presidente Lula continuó. La primera vez que me encontré con él fue en Bolivia, después de que fuera elegido presidente. Estábamos los dos solos y le digo: «¿Qué crees tú que debemos hacer con la reforma agraria, Lula?». Y Lula me dijo: «Creo que ya se hizo mucho». «Yo también lo creo, pero tú no vas a poder hacer otra cosa que seguir haciéndola», le contesté. Siguió haciéndola. Porque ahora ya no es la gente que realmente va a trabajar en la tierra, ahora es el momento político, el coste muy alto, no hay evaluación. Con esto no quiero restar importancia a la reforma agraria. Quiero explicarles que, cuando hay democracia, los gobiernos están obligados a hacer ciertas cosas por demanda de la sociedad. Tuvimos que enfrentar un problema y eso en todas partes de la región, acá también. Tuvimos que dar acceso a la educación elemental. Tengo la satisfacción de decir que en mi Gobierno fue posible acceder de forma universal a la enseñanza primaria. No era así. Piensen en los afrodescendientes; no tenían acceso, hoy día lo tienen. Ahora hay otros problemas, la secundaria...

De todas maneras a lo que voy es a lo siguiente: con la democratización, América Latina tuvo simultáneamente que reorganizarse para lograr abrirse al mercado internacional y para atender a las demandas de su población. Eso no es fácil. Eso produjo temblores de tierra por todos lados. Y el resultado depende de la respuesta de los liderazgos.

Cuando uno mira superficialmente, dice: «Vino la globalización, eso va a involucrar el Consenso de Washington, hay que terminar con la inflación, hay que privatizar». Algunos países harán una cosa, otros harán otras. Cuando estaba en el Gobierno, alguien me habló de concierto, yo no sabía lo que era eso. Después conocí al autor. Y me acusaban de estar siguiendo consignas de Washington. No. Lo que pasa es que, con la nueva condición de funcionamiento del mundo, ya no hay más espacio para la inflación. A mí me tocó acabar con ella; lo logré, antes de ser presidente, seguí el esfuerzo. No es fácil la inflación. Ningún país hoy en día tiene. Noten que no hay.

La privatización no es una decisión ideológica, es una necesidad en ciertos casos. Algunos países han actuado realmente como neoliberales. Argentina es un buen ejemplo y no solamente durante el Gobierno Menem. Antes también lo hicieron con Martínez de Hoz. Siempre digo que los economistas argentinos creen en las teorías; los brasileños, no. Entonces, uno pone en el Gobierno a un presidente, un economista, que es muy liberal, y no va a hacer nada. Es muy distinto de la previsión. Los argentinos creen y hacen. ¿Qué hicieron? Empequeñecer el Estado. Hicieron las privatizaciones. ¿Cómo lo hicieron? Toda la telecomunicación, por ejemplo: pasaron el monopolio estatal a manos privadas. ¿Cuál es la ventaja? Ninguna. Deshicieron, desarticularon los instrumentos de Gobierno, del Estado, para actuar en la economía.

No fue eso lo que hizo México, no fue lo que hizo Brasil, no fue lo que hizo Chile, no fue lo que hizo Perú, no fue lo que hizo Colombia. No hicimos eso. Y en Brasil, el Banco de Brasil es del Gobierno; Petrobras es una empresa estatal. Nunca acepté privatizar Petrobras, lo que sí forcé fue otra cosa: estatal o no, tiene que funcionar de acuerdo con las reglas del mercado. O sea, no puede haber ingerencia política y el precio no puede estar fijado por la presión política, sino que, por definición, tiene que ser así, en aras al interés de todos. Pero puede estar en manos del Gobierno. En Chile no han privatizado el cobre. O sea, es muy distinta la evolución, la pauta de transformación en cada país. El caso argentino fue fatal, la caída final de De la Rúa y la sucesiva pérdida de control de los presidentes, hasta que vino Kichner.

En fin, a lo que voy es a que la globalización produce un efecto grande, pero sus consecuencias son variables de acuerdo con la capacidad que los países tengan de utilizar sus recursos, de darse cuenta de lo que es nuevo y de organizarse para hacer frente a ello, y que sus gobiernos tengan la capacidad de decir sí a unas cosas y no a otras, en función del interés nacional. Y si se va a privatizar, hay que crear una agencia reguladora, no se puede dejar la cosa salvaje. Y no es necesario privatizarlo todo: si no es necesario, no voy a privatizar. Depende.

Yo privaticé las telecomunicaciones en Brasil. ¿Por qué? Porque no tenía los recursos fiscales para hacer frente al desafío tecnológi-

co, porque el país estaba endeudado y porque la crisis del petróleo más la inflación pueden transformar los Estados, no solamente Brasil, de inversores líquidos en deudores líquidos. Netos. Entonces no tienen plata. Al contrario, acuden al mercado a sacar plata.

¿Cómo se consigue el crecimiento, que es interactivo? Si no se hubiera hecho lo que hicimos, Brasil no estaría hoy donde está. Doy un solo dato: en el año 1997 —privatizamos en el 98—, teníamos 800.000 teléfonos celulares. Hoy día tenemos 120, 140 millones, en siete años. Pero, ¿lo entregamos solamente a una empresa? No. En cada área del país hay tres o cuatro por ley, para hacer la competencia, para que el precio realmente pueda disminuir. O sea, se trata de no pasar del monopolio público al monopolio privado. El Estado, el Gobierno, tiene que existir.

Creo que se ha dibujado acá una posibilidad en esta dirección, hay muchas. Pero hay una por lo menos, de un ajuste, de una adaptación a las nuevas condiciones, que sea creativa. Hay que aceptar las reglas del juego, sí, hasta cierto punto. Hay que mantener ese equilibrio, lo que es más complicado.

Tomemos un caso que es dramático, Bolivia. Bolivia es un país que tiene una población que se declara indígena de más del 60%. Esta gente nunca tuvo acceso al poder. Nunca. Hace cinco años, el Congreso de Bolivia no tenía un solo indígena. Bueno, hoy día tiene un presidente indígena. ¿Por qué? Porque hubo la democratización, no sólo democracia, sino la democratización, la gente quiere poder y eligen un presidente. Y tiene una tradición cultural complicada, no solamente en Bolivia, también en México, parte en Perú, parte en Guatemala. Es un problema más complicado que solamente se resuelve con la integración en los mercados y en la política. La cultura también existe. No es fácil de solucionar esto.

Evo Morales tiene sobre él el peso de la historia. No sé si tendrá capacidad de dominar la historia o si será aplastado por la historia. Y por sus primeros gestos, yo los entiendo, creo que quizás su respuesta en el terreno económico es una respuesta a la antigua. Es como si fuera posible utilizar la nacionalización hoy día como se hizo en el pasado. Temo que la consecuencia de lo que pasó con Petrobras y otras empresas más pueda significar la falta de inver-

sión en Bolivia, y eso en el plazo de diez años es malo para Bolivia, es malo para Brasil también, y lo es para la integración. Pero cuando hizo la expropiación, Evo Morales dio una respuesta de los años sesenta a un problema que es actual. Evo quiere más para su pueblo. Negociar mejor y poner precios mejores. Obligar a que los brasileños también hagan la petroquímica allí, en Bolivia. Eso sí sería la respuesta actual a las demandas de Bolivia. Pero tiene la necesidad de hacer algo. Hay que entenderlo.

Desgraciadamente, los que lo orientan parece que tienen una visión regresiva porque ese tipo de respuesta no se va a corresponder a más largo plazo. Y observen que Brasil ha actuado con Bolivia con cuidado, la gente en el país critica mucho a Lula, yo no. Porque entiendo el cuidado que él tuvo, por su tradición, por su trayectoria histórica, por solidaridad con el pueblo boliviano. Pero sí lo critico por no haber actuado más duramente antes de que Morales hubiera hecho lo que hizo. Y permitió que esta visión antiglobalización apareciera como una solución.

Hay países en los cuales las ideologías antiglobalizadoras van a tener mucha fuerza y quien representa esta ideología es el presidente, mi querido amigo el presidente Hugo Chávez, porque él es la voz de eso. Él es antiamericano y antiglobalización. Eso tiene fuerza, principalmente para los países que no ven un horizonte. Eso tiene fuerza y tendrá más fuerza si el precio del petróleo sigue alto y si Chávez tiene la sabiduría de cambiar internamente Venezuela. Si no la tiene... no lo juzgo, hay que ver con el tiempo. Pero, si no la tiene, fracasará históricamente. Tendrá éxito popular y fracaso histórico. Si él es capaz de diversificar la producción de Venezuela y de entender que el mundo cambió y que Venezuela tiene una fuerza enorme para tener una inserción positiva, entonces la historia, como diría Castro, lo absolverá.

Sin embargo, hay que entender que hay muchos países en la situación de Ecuador, de Paraguay, que están sin horizonte, porque este mundo globalizado es cruel. Puedo decir que Chile, México, Colombia, o incluso Perú, son países que tienen oportunidades de liderazgo y tienen visión para avanzar; otros no tienen tantas posibilidades, porque no tienen los recursos necesarios para adaptarse a esa nueva situación.

En todo ello hay riesgo para la democracia. La democracia es siempre una planta frágil, pero no creo que ésa sea la preocupación más grande. La preocupación más grande es cómo solventar los problemas de base, que son los sociales, los económicos y los democráticos, y que, si no los solventas, tampoco va a tener cómo mantenerse de una manera estable.

Me parece que me he excedido en mi intervención, pero quiero concluir diciendo lo siguiente: por lo que respecta a la democracia, nosotros aquí, en la región, hoy en día tenemos toda la arquitectura democrática, pero no tenemos todavía el alma, el corazón de la democracia. Son cosas muy complicadas, la respuesta más fácil, más conveniente, más habitual es decirles: miren ustedes, los de la América Latina son países que vienen del mundo ibérico, tienen la tradición ibérica, no vienen de la tradición germánica, del puritanismo, del calvinismo sobre el que Weber tanto habló respecto a la cuestión de la capacidad de ahorro; ustedes no tienen sentimientos de individualismo, ustedes no valoran a los que vencen en la vida, ustedes siempre miran por el colectivo y para ustedes es el Estado quien representa el colectivo, y ustedes siempre tienen esa tradición de confundir entre el patrimonio público y privado, ustedes son patrimonialistas, y todo eso. O sea, damos una respuesta culturalista que nos conviene y no solamente a nosotros, en el mundo ibérico también hasta nos tiene rezagados frente a los gremios anglosajones. Bueno, pues será verdad.

En 2006, Jorge Cañizares-Esguerra escribió un libro interesante, se llama algo así como *Los puritanos conquistadores* y hace comparaciones entre el siglo XVI, XVII y XVIII entre la visión ibérica y la visión anglosajona. Es muy curioso porque realmente las diferencias se crearon después. En aquel entonces, la modernidad que era la ciencia, el espíritu secular, no era ni de unos ni de otros. Es mucho más complicado. Hubo una especie de deconstrucción en cuanto nosotros ibéricos, iberoamericanos, valorando más el mundo anglosajón. Creo que quizás tengamos que poner un poco de sal en la cosa, porque en parte es cierto que realmente nunca nos ha gustado mucho la competencia, la cuestión del individuo; es cierto que siempre tuvimos demasiada confusión entre familia y Estado, entre propiedad privada y propiedad pública, pero eso no explica todo.

Porque cuando se mira detenidamente y se ven bien las cosas, no es exactamente así. Tampoco los puritanos son ya constructores de futuro como se cree en la literatura más vulgar sobre eso, ni los ibéricos están vinculados al pasado.

Leí un libro sobre Portugal, muy cruel y muy interesante, titulado *La decadencia de Portugal* y referido a la decadencia desde siglo XVI en adelante. Son tres volúmenes, y solo leí un volumen, el del siglo XIX. Ahí me encontré a los grandes novelistas portugueses, Antero de Quental, Eça de Queiroz, Guerra Junqueiro, todos ellos hablaban de Portugal. Y decían: «Portugal no va para adelante porque la Inquisición aquí pesó mucho, porque el espíritu moderno no entró, no tenemos espíritu científico, todos quieren ser funcionarios públicos, y acá hay una corrupción bárbara». Es lo mismo que se dice hoy de Brasil, ¿verdad?: que no va para adelante porque hay mucha corrupción, todos quieren ser funcionarios públicos, todavía no tenemos el mismo espíritu de competencia que tienen los anglosajones, somos un pueblo de origen católico y eso es malo... La verdad es que Portugal hoy en día ha pegado el salto, por no hablar de España, sobre la que se decía lo mismo y España hoy, ¡por Dios!, hasta los bancos ingleses, lo cual es peligrosísimo, y el fútbol brasileño pierden siempre ante los españoles. Pero la verdad es que España está hoy totalmente integrada.

No es verdad, pues, que por el peso de nuestra tradición cultural no tengamos capacidad de avanzar más en la democracia. Son cuentos. Lo que pasa es que se necesita creer más. ¿Por qué digo que tenemos la arquitectura de la democracia pero no el corazón? Porque no creemos que la regla de la ley sea válida para todos. Todavía hay mucha impunidad, todavía existe en gran medida la creencia de que a los amigos, todo, y a los enemigos, la ley. Lo que es el alma de la democracia, la idea de igualdad, por lo menos frente a la ley, todavía no está enraizada acá. Pero no es por nuestro pasado, sino por nuestro presente, porque no luchamos con convicción, como decía Felipe, a favor de lo que creemos.

Ésa es la tarea que les toca a ustedes que son jóvenes. En ciertos países creo que la cuestión económica ya está más o menos en marcha. En ese aspecto no soy tan pesimista. Creo que las instituciones empiezan a existir. Pero faltan valores, falta cultura cívica, falta creer. Y esto

es necesario. Es necesario no absorber de los anglosajones el individualismo posesivo, la creencia de que el individuo vale por todo, sino que otra cosa es el individualismo responsable, el individuo que se siente él mismo tocado por la pobreza, por el atraso, por la falta de democracia, por la concertación económica y él se siente comprometido. De ahí se genera una cohesión, no se genera apenas una acción individual. Pero sí que el individuo se comprometa y que no se quede mirando y criticando al Gobierno, y pidiendo que el Gobierno haga todo. Falta todavía que la sociedad civil sea más vibrante, tenga más energía. Falta más creencia. Eso es lo que nos hace falta ahora.

Puede parecer ridículo que un sociólogo que ha sido presidente dos veces hable como un predicador, pero creo que necesitamos *pregar*, que necesitamos volver a creer en nosotros mismos y creo que ya demostramos que hemos cambiado muchas cosas en nuestra región. Tenemos la obligación, como consecuencia de una dimensión ética, de cambiar más. Y no tenemos que estar sin ver las cosas, porque se sea de izquierdas o de derechas. ¿Qué izquierda o qué derecha?, ¿por qué ciertas personas acá son de izquierdas?, ¿por qué son “anti”?, ¿por qué están a favor del Estado? Eso nunca fue izquierda en la vida. Es otra cosa, otra condición. Felipe González dijo: «Los griegos hablaban de la felicidad de las gentes». Y esa felicidad depende de condiciones materiales, pero no solamente. Depende de condiciones morales, de condiciones de cohesión. De una enorme cantidad de otras dimensiones.

No debemos perdernos en las peleas de un momento de la historia que ya pasó. “El corto siglo xx”, como lo llamaba Hobsbawm, terminó en los años ochenta. Estamos en otro siglo y no tenemos que pelear por banderas que fueron del pasado, sino pelear por lo que creemos ahora y mirar al futuro con más confianza.

* * *

COLOQUIO

Pregunta

Tengo tres preguntas para el señor Cardoso: ¿Considera realmente que hay un plan de desarrollo a largo plazo, sustentable, en los paí-

ses de América Latina? Segunda: En caso negativo, ¿cuáles serían las medidas principales que ustedes, ambos, lanzarían hoy en Latinoamérica para ese plan de desarrollo a largo plazo? Y tercera y última: ¿creen que las potencias dominantes mundiales permitirían que América Latina se desarrolle si se consolida este plan a largo plazo?

FERNANDO H. CARDOSO

No sé, tengo un poco de preocupación sobre la oportunidad del plan. Creo que las sociedades actuales son sociedades —como ya se mencionó acá— que ya no son verticales, no son jerárquicas; son sociedades en las que la gente se vincula independientemente de sus posiciones. Internet permitió una dinamización de la sociabilidad mucho más fuerte y la expresión de la voluntad no pasa por los canales tradicionales. Creo que en ese tipo de sociedad es difícil imaginarse que exista un centro que tome la decisión y que pueda influenciar a largo plazo. La sociedad funciona más bien por intermedio de *tipping points*, lo que quiere decir que hay que cambiar ciertos puntos que tienen consecuencias sobre otros puntos. Y esos puntos se modifican no solamente por un centro, sino que son simultáneamente cambiados y cambiantes. Es como si fuera un sistema integrado de computadoras y que uno afecta al otro. Es así como cambian las sociedades modernas.

Le voy a dar un ejemplo sencillo que me ha impresionado mucho. Yo era profesor en Nanterre, en Francia, en el año 1968 cuando se produjo la famosa revolución de Nanterre, de Francia, de mayo, con Cohn Bendit, que era alumno mío. En dos o tres días hubo una especie de temblor de tierra en Francia. De Gaulle tuvo que ir a Alemania a buscar apoyo de los paracaidistas, porque si no iba, realmente perdería el poder... ¿Cómo pasó aquello? A partir de casi nada. Una reivindicación pequeña, allá en Nanterre, de los estudiantes. Yo venía de Chile y aquí estábamos hartos de Guevara, lucha de clases, el imperialismo..., en las clases todo el tiempo era eso. Y en Francia no había nada de eso, nada, cero. Nadie hacía referencia a obreros, revolución, nada. De pronto estalla la revolución pero de las emociones, de la cultura. La gran reivindicación en Nanterre era la siguiente: los jóvenes tenían dormitorios ahí. Las mujeres podían,

si querían, ir al dormitorio de los hombres, pero no viceversa, bajo el pretexto —o la verdad— de que los hombres podían imponerse. Entonces, la reivindicación era por la igualdad sexual: el chico va al cuarto de la chica y viceversa. Por eso casi cayó De Gaulle, una especie de cortocircuito. No voy a dar los detalles...

Eso pasa en varios momentos en la sociedad moderna. Un algo que empieza aquí, muy lejos del centro de decisiones y va a tener consecuencias mucho más adelante. Todo el tiempo. El desarrollo es mucho más complicado que lo era antes, donde el Estado o lo que sea, una empresa, un conjunto de empresas, podía muy bien determinar lo que iba a hacer. Aquí hay que buscar la cultura, hay que hacer de alguna manera que la gente absorba, acepte las condiciones necesarias.

¿Cuáles son las condiciones necesarias?, su segunda pregunta. Creo que Felipe González mencionó algunas. En el caso nuestro, tenemos aquí un cuello de botella. ¿Cuál es este cuello de botella? Los límites de la economía, en general, ya están aquí marchando, pero tenemos un problema de infraestructura física, de carreteras, telecomunicaciones, energía. Es un problema serio. Cuando hicimos MERCOSUR y cuando nos dimos cuenta que la cosa no estaba muy bien en los acuerdos comerciales, hice hincapié en las infraestructuras físicas. Firmé un acuerdo con Chávez y hoy día la electricidad del norte de Brasil viene de El Guri, de Venezuela. Hice un acuerdo con Bolivia y el gas viene de Bolivia. Otro acuerdo con Argentina y ahora, estos días, mandamos nosotros desde Brasil a Argentina. Los chilenos lo hicieron también.

Pero en eso hay que avanzar más, pero no va a prosperar si las instituciones no son sólidas, porque entonces pasa lo que pasó con Bolivia, se puede romper, porque eso viene junto. Hoy día no se puede hacer infraestructura solamente con capital privado. Es necesario que el Gobierno aporte algo, además del diseño, hay que dar una señal de que se está comprometido. Creo que ahí hay un problema serio y el Banco Interamericano y el Banco Mundial, que no están financiando infraestructuras por miles de razones, van a tener que volver a financiarlas y es una decisión seria. Luego otra es educación y salud; y además, ciencia y tecnología; y el mantenimiento de las instituciones... eso es lo que va a producir desarrollo.

Si se tiene infraestructura, educación, salud, desarrollo científico y las instituciones funcionan, lo que yo les decía, si el alma está puesta en el Estado de Derecho, no solamente la ley, sino que funciona, eso va adelante. No se va a lograr con una decisión de Gobierno, se va a lograr cuando la sociedad se percate, toda la gente, el empresario, el sindicalista, el cura, el diputado, el conjunto. Y tienen que buscar una especie de formación de un cierto consenso. Eso pasó en España y pasó en Chile.

En Brasil ocurrió de una manera muy curiosa, porque los dos partidos polares en Brasil no son quizás los más representativos numéricamente. Son el PT de Lula y el PSDB, mi partido. Nos peleamos a muerte, pero en la práctica Lula no cambió nada. ¿Por qué? Porque la sociedad ha apoyado un cierto estilo de acción. Cambió algunas cosas, aunque creo que debe de cambiar más. Si yo fuera presidente otra vez, cambiaría más cosas, digo en líneas generales. Entonces pasó una cosa curiosa, que en la pelea mantuvimos una formación de un cierto consenso. En México no lo hay todavía. En México se dividió casi mitad, mitad. La mitad-mitad de Brasil es falsa porque las dos mitades van a hacer lo mismo. En México, no sé, hay otras ideas. En Chile lograron cierto consenso.

Pero la sociedad moderna para avanzar requiere eso y eso no se hace del día a la noche. Hay que formar una construcción de consensos y consenso no significa la inexistencia de conflictos. ¿Cuáles son las líneas que permiten, a despecho del conflicto, un vector que avance? Los cambios son más complicados hoy día de lo que lo fueron en el pasado.

Pregunta

Soy de Brasil, soy bióloga y trabajo en medio ambiente. Mi pregunta tiene que ver con la globalización y el medio ambiente en general. Mi pregunta es: ¿Se puede en la sociedad globalizada contener los factores de producción para que el medio ambiente se pueda preservar, sin que haya que cargar con los efectos del calentamiento global? Gracias.

FERNANDO H. CARDOSO

Veamos... la polución, la tala de bosques, el medio ambiente, etc. ¿Qué pasa? El primer encuentro internacional sobre eso fue en el año 1972, en Estocolmo. En aquel entonces yo trabajaba muy cerca de los suecos. Allí se encuentra la fundación Dag Hammarskjöld en la universidad sueca de Uppsala, yo tenía mucha vinculación con esta gente de allí y estábamos tratando de discutir cosas de desarrollo. Fue en esta fundación donde se inventó el término *ecodesarrollo*. Fueron un polaco francés, Ignacio Sacks, y un nórdico quienes lo inventaron. Brasil participó en la reunión. Un ministro —que no voy a mencionar porque no vale la pena— llegó a ir con la siguiente posición: «¡Que sea bendita la polución!». ¿Por qué? Porque creía que la industrialización requiere polución y que las ideas medioambientalistas eran sencillamente maniobras del imperialismo para impedir (era el Gobierno militar, aclaro) el crecimiento de los países subdesarrollados. Era ésa la actitud. Ésos son disfraces, en verdad, ellos que quieren ensuciar el mundo, ellos que lo limpien y nosotros vamos a seguir ensuciando. China estuvo en eso hasta muy recién, India también, y hasta cierto punto, Brasil.

Pero en el año 1992 hubo una conferencia en Río, en la que por primera vez se planteó con más claridad cuáles eran los desafíos para el medio ambiente. Luego hicimos el Acuerdo de Kyoto. Ustedes no se imaginan cómo fue de difícil. Hablé con Clinton por teléfono innumerables veces, porque Clinton trataba de convencer a los norteamericanos de que había que hacer algo. Y me pedía que yo convenciera a los brasileños de que no mantuvieran la posición de que “ustedes ensuciaron, entonces limpien; nosotros no”.

Pero logramos algo. La propuesta fue brasileña, incluso esa cuestión del CO₂, el gas carbónico, ese mercado que se creó y todo lo demás. Solamente ahora la mayoría de los países firmó el acuerdo. Es insuficiente. Pero, ¿qué está pasando ahora? Las empresas americanas —el Gobierno norteamericano no ha firmado el Acuerdo de Kyoto, porque Bush es un desastre en esta materia, y en otras también— están actuando por cuenta propia. Algunas ciudades americanas están actuando, Nueva York, California, o sea, en la sociedad actual, cada vez más gente está tomando conciencia, dando-

se cuenta de que no puede seguir así. Eso no es suficiente, se requiere un acuerdo de gobierno, pero no está mal tratar de forzar un poco la última opinión del G-8 para llegar a algunos compromisos de disminución de los grados de polución. Tendremos que avanzar más, pero creo que sí que vamos a avanzar.

Estuve recién en una reunión en Brasil, en la Fundación Getulio Vargas, sobre actuación en el medio ambiente, sobre lo que se está haciendo en las fábricas de cemento en Brasil para disminuir la polución, y me quedé muy impresionado. Hay mucho avance y hay también la conciencia, en el caso brasileño, de que nosotros en esta materia tenemos una responsabilidad histórica porque tenemos las dos llaves: una, la producción de energía renovable, porque la tecnología es nuestra, bioetanol. No es la producción la clave, sino la tecnología de la refinería. En Brasil los altos hornos van con etanol, hace mucho. Entonces tiene solución. No se va a solucionar todo porque el etanol no va a producir electricidad, es más complicado.

Pero tenemos otra cosa que es la Amazonía, y no solamente Brasil, ustedes acá también. O sea, tenemos la enorme responsabilidad del mantenimiento del bosque. Mi tesis en Brasil, ahora, es radical. Corte cero de árboles. Cero. No se puede aceptar que se destruya la ribera amazónica. Y eso no puede ser imposición desde fuera, porque no va a funcionar. Tiene que ser voluntad nuestra, porque es importante ¿para quién? Para nosotros. El 75% más o menos de la polución brasileña, ¿saben de dónde viene? De la quema de árboles; no es por la producción industrial. En Estados Unidos, sí; en China, sí; pero no en Brasil. Esto tiene una enorme ventaja. Siento que Brasil no esté más fuerte, gritando a favor de una posición ecológica, porque nos es beneficiosa. Nosotros no somos grandes contaminadores, salvo porque quemamos. Y nada justifica quemar.

Creo que hay que tomar posiciones más fuertes, más duras, pero hay también que expandir cómo está aumentando el grado de información y de conciencia. Miren lo que hizo Gore. Gore sólo hizo una cosa enorme que fue su película. Eso no va a solucionar, pero va avanzando.

Pregunta

Hablando de la democracia, usted dijo que nosotros tenemos la arquitectura de la democracia, pero aun nos falta la fe en aquélla. Entonces le pregunto, ¿cómo tiene usted esa fe? En un contexto en el que vemos cada vez más corrupción, la compra de votos en el Congreso Nacional para que se aprueben leyes en el interés del Gobierno, la contratación de empresas, las acusaciones mutuas de corrupción, que la policía investiga ¿llegan a la justicia?... Creo que es una impunidad completa lo que se ve en este momento en Brasil, y creo que la gente comparte eso con los demás países de América Latina, entonces querría preguntarle, ¿cómo tiene esa fe en la democracia en el contexto en el que vivimos?, ¿cómo cree en esa democracia?, ¿cómo cree en ese avance, en la situación política en la que vivimos en Brasil?

FERNANDO H. CARDOSO

La pregunta que usted me formula es la siguiente: ¿Cómo cree en la democracia si lo que se ve en lo cotidiano es la impunidad, la corrupción, corrupción en el área del Congreso, corrupción en la policía, corrupción en los políticos que tienen cada vez menos prestigio en la sociedad?

Eso es verdad. Pero, si no existiera la democracia ¿qué pasaría? ¿No existiría la corrupción? ¿O se hablaría menos sobre ella? No estoy defendiendo ni diciendo que no hubo un cierto aumento de la corrupción, pero cuando hay libertad, todo eso sale a flote. Aparece a la luz pública y entonces la gente se indigna. Lo grave es perder la indignación; cuando la gente deja de tener indignación es grave. El peligro en Brasil es éste, es que hay poca reacción del pueblo. No son los políticos solamente los responsables. Es el mismo pueblo. En otros momentos, siempre hubo corrupción. Algunos casos llegaron a conocimiento público, algunos provocaron reacción. Hubo presidentes que sufrieron *impeachment* por la corrupción.

No sé si hay más o hay menos, tal vez hay más, tal vez depende de cuál es la dimensión que se está midiendo. Como usted dijo, no es exclusivo de Brasil; hay otros países que también tienen. Pero lo que sí me preocupa de Brasil no es la corrupción (bueno, por amor

de Dios, no crean que voy a defender la corrupción), es la falta de indignación de la gente. La sociedad está un poco anestesiada.

Entiendo que por dos razones fundamentalmente. Una porque la situación económica está bien. Y otra porque finalmente quien llegó al poder viene de la clase obrera. Entonces eso son factores que disminuyen el ímpetu de estar más en contra de lo que está pasando, pero no explican todo; creo que hay una cierta irresponsabilidad. Sólo hay una solución: seguir indignados y criticando, criticando. Y la prensa libre. Creo que la prensa ha desempeñado y sigue desempeñando un papel importante. Porque no está callada, aun cuando los políticos llegaron a sus acuerdos, ella denuncia los acuerdos.

Pero no se puede dejar que de ahí derive una situación así: no hay solución. Si creen ustedes que no hay solución, viene tarde o temprano la dictadura, o una solución carismática, o un salvador de la patria. Y eso no lo va a solucionar.

Si usted conociera, que a lo mejor conoce, la historia de Estados Unidos, y conociera lo que pasó en las municipalidades americanas en los años veinte o treinta, la corrupción era generalizada, no sé si no será también en los otros mandos hoy día, pero era generalizada la corrupción, hasta que se empezó a tomar medidas y a controlar, y a controlar, y a controlar.

Hoy, en Brasil, los sistemas de control están aumentando también. No existía ningún sistema. Existía el Tribunal de Cuentas, pero ahora hay un ministerio que se ocupa de eso. Los congresistas brasileños no sufrieron ningún juicio, ¿por qué? Porque para iniciar un juicio en contra de un congresista era necesario que el Congreso diera su permiso. Eso cambió cuando la presidencia de la Cámara lo invirtió. Ahora empieza el juicio y solamente se detiene si el Congreso manifiesta que se termina el juicio. Por eso hay tantos juicios. Hubo un progreso y no un retroceso en ese aspecto. No hay que perder el horizonte de lo que se está construyendo. No hay solamente o mañana, a más largo plazo. Si sigue habiendo más denuncia, más crítica, va a mejorar, tiene que mejorar y no hay otra solución.

Lo que sí me preocupa, es que recién en Brasil eligieron a personas que no podemos nombrarlos, ustedes saben, que son ladrones

reconocidos. Quien tuvo la mayor votación del país es un hombre que debía estar en la cárcel, y tuvo la mayor votación. ¿Saben lo que significa la mayor votación en un país como Brasil? 700.000 votos para un diputado. 700.000 personas votaron a favor de una persona que recién salió, por un tiempo breve, de la cárcel y que está más que acosado. Y votaron por él. Eso sí me preocupa. En la cultura política, la cultura cívica, es más fácil decir: «Ustedes, políticos». Y yo digo con tranquilidad que me considero un profesor mucho más que un político. Pero, ¿por qué no decimos «nosotros, pueblo»? No estamos haciendo lo que debemos, no estamos asumiendo también la responsabilidad en el momento de votar. O en el momento de protestar. Porque eso hay que decirlo más en el país.

Pregunta

Buenas noches, soy brasileño también, de modo que voy a formular las preguntas en portugués, ¿de acuerdo? Bueno, comienzo preguntando: ¿Qué hay hoy de la cuestión de la dependencia? ¿Cuánto hemos avanzado ya en el proceso de globalización? ¿Qué es lo que ha cambiado en eso, en lo que ya tiene de literatura? ¿Cuáles son las novedades? Y, ya dentro de ese contexto, ¿qué es lo que en Brasil, y tal vez en América Latina, está correcto o está errado en ese camino?

La segunda cuestión es: ¿Cuáles son, a su juicio, los errores del Gobierno de Lula? ¿Cuáles enumeraría usted como errores principales?

Y la tercera... puede responder simplemente con un sí o un no... Después de haber pasado usted por el Gobierno, ¿existen cosas que son imposibles de hacer? Esta pregunta puede que haya surgido con la experiencia de un gobierno de izquierdas en Brasil y por una tasa de interés que no todo el mundo esperaba que se mantuviese en los niveles en que se mantuvo. En fin, la pregunta es: ¿hay cosas que son imposibles de hacer?

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

No es fácil, no es fácil. Me pregunta tres cosas. Primero la cuestión de la dependencia. Punto dos, cuáles habrían sido los errores principales del Gobierno del presidente Lula, y punto tres si es verdad que hay fuerzas que son tan poderosas que impiden que los gobier-

nantes, aun cuando han sido elegidos para hacer una cosa, la hagan.

Bueno, primera cuestión. Ya mencioné aquí que hubo un cambio en las formas de dependencia. ¿Cuál fue el cambio? Que básicamente hoy día las claves de la globalización están en manos de la capacidad de producción de nuevas tecnologías y de disponibilidad de control del sistema financiero que tengan los países. Ésos son los puntos clave.

¿Es posible cambiar eso? Diría que en el pasado teníamos nosotros, yo incluso y otros que he mencionado, por no hablar de Rosa Luxemburgo, Celso Furtado, José Serra, todos, una visión más estática. Creíamos que es una estructura, eso no cambia. Para cambiar hay que romper la estructura. O sea, romper el capitalismo; era ésa la idea. Hoy día, cuando uno mira qué es lo que pasa, ve que hay lo que llaman las economías de los BRIC: Brasil, Rusia, India, China. Son países que están al borde de desplazarse de una situación de periferia hacia el centro. Al borde no se han desplazado. Pero hoy día no puedo decir que China depende de EE UU. Depende tanto como EE UU de China. Si los chinos dicen: «No compro más sus papeles del tesoro», se acabó la economía americana. Y no es una cuestión militar. Militarmente, probablemente nadie tiene tanta fuerza como EE UU, pero económicamente, sí. China es un país todavía subdesarrollado, en promedio. Pero sí tiene unas palancas suficientes como para hacerse presente. Brasil tiene menos que China, pero tiene más hoy que tuvo antes. Tiene más palancas hoy de las que tenía hace veinte años o hace cuarenta años. Muchas más. ¿Por qué? Por las razones que ya han salido aquí, que hemos logrado transformaciones internas, porque ahora con la presión energética tenemos una buena posibilidad, o sea, es más dinámica la cuestión. No es que desaparezca la relación de dependencia, no son interdependientes no más. Hay diferencias, y hay otros países que no tienen ninguna, y que ya mencioné. ¿Qué va a hacer un presidente de Bolivia sino gritar? Porque él no tiene cómo hacer frente a los desafíos. Es muy desigual la situación, pero no es tan estática como cuando nosotros juzgábamos en el pasado. Hay cambios en esa situación porque hubo cambios en la situación global y porque hubo la posibilidad también de que los países se adueñaran más de los sistemas tecnológicos.

La cuestión financiera es muy complicada. En el caso brasileño es curioso el sistema financiero, porque si uno mira los bancos por los depósitos, la mitad están en manos del Estado, 25% de bancos brasileños, y 25% de bancos extranjeros. O sea, bien equilibrada la cosa. Si uno mira a otro país de la región, no es así. La capacidad local de dominar las entidades financieras es mucho más pequeña que la brasileña. Lo que se mueve en un solo día en el mundo es brutal. Pero es diferente, es distinto. Creo que muchos países no se han percatado de que hay que mirar con mucho cuidado la cuestión del sistema financiero y la reglamentación, o sea, el Banco Central.

En cuanto al presidente Lula, creo que no sería muy elegante que aquí en el exterior, hiciera comentarios sobre los errores del presidente Lula, prefiero hablar de lo que ha sido correcto a mi modo de ver.

Creo que el mantenimiento, en líneas generales, de las políticas macroeconómicas fue positivo. El resultado ahí está: la tasa de interés está cayendo, la tasa de crecimiento se está ampliando, y creo que eso fue una cosa positiva. Lula, por su trayectoria, daba la impresión de que iba a hacer lo contrario. Los mercados penalizaron mucho a Brasil, y a mí, en 2002. Fue un desastre, todos decían: “Si Lula gana va a hacer no sé qué”. No lo hizo. Tuvo el sentido común de ajustarse. También creo que, en la cuestión social, pese a que encontró los programas que ya estaban hechos, aprovechó el buen momento para ampliarlos. No estoy en contra, no puedo estarlo. Creo que, ahí me refiero a lo que dijo Felipe, la ampliación de los programas de concesión directa de renta no reemplaza la necesidad de empleo. En ese aspecto creo que el Gobierno fue tan activo como en la distribución. Pero no creo que se haya equivocado. Y de lo demás no quiero hablar, no quiero hacer críticas.

La tercera cuestión, que va junto con lo de Lula, es si uno puede hacer todo lo que le da la gana. No. No puede. Nadie lo puede hacer. Ningún presidente electo, no electo, porque la estructura de dominación de la sociedad no está dada sólo por el sistema político. Está el sistema social, las creencias, las religiones, el sistema económico... Todo eso, pesa. Ningún gobernante puede, aunque sea un dictador, imponer su voluntad. No hay tal cosa.

¿Dónde está la sabiduría del gobernante? Creo que la sabiduría del gobernante está en hacer posible lo que es necesario. La política para mí no es el arte de lo posible, es el arte de hacer lo necesario posible. Tiene que jugar con distintas opiniones, presiones, grupos de interés, y tener una directriz, una vertiente y ver si está avanzando o no. No se hace todo.

Pero la pregunta verdadera es: ¿mejoró o no?, ¿dónde mejoró?, ¿en qué dimensiones?, ¿en comparación con qué? Creo que hay que comparar y no de forma simplista. En el caso de Brasil, por ejemplo, comparar con el pasado no vale la pena, porque el tema es mejorar lo que hacían ellos. El tema es siempre mejorar. Y ojalá continuemos. Porque está bien, es mejor que se mejore. Pero hay que comparar con los competidores nuestros. Estamos haciéndolo tan bien como tales y cuales en educación, en ciencia y tecnología, en salud, en ahorro público, en no sé cuántos. Y ahí hay que comparar con lo de los competidores, con China, con India, con Rusia, con Corea. Tenemos que mirarnos ahí, en esta comparación. En algunos casos somos mejores, en otros peores. En democracia estamos mejor, en otras cuestiones estamos peor. Pero es más complicado.

Y creo, refiriéndome a Lula, que nunca le hice esta crítica: «Ah, pero llegó ahí, dijo una cosa e hizo otra». Es verdad. Y nunca dio una explicación de por qué cambió. Es verdad. Pero entiendo por qué cambió. Cambió porque se percató de que había que cambiar. Si no, no gobernaría. Puedo criticarlo, pero no quiero hacerlo aquí. Sólo creo que es exagerado al hacer ciertas alianzas que no necesitaba. Pero, a partir de ese juicio, no quiero entrar en detalles. Seguramente pensó en relaciones futuras y el enemigo futuro somos nosotros, no los bandidos con los que se alió. Se alió con bandidos y nos dejó al margen... es el juego, no es un pecado mortal, pongámoslo así, es el juego político. Creo que hay que juzgar con un poco más de complejidad, incluso en defensa propia.

7. DEBATE

FELIPE GONZÁLEZ Y FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

PRESENTA Y MODERA EL DEBATE ANDRÉS PASTRANA*

Muchos son los temas que todavía quedan sobre la mesa y sobre los que ahora podemos tener un intercambio de opiniones. ¿Qué va a pasar con el tema energético? Lo planteaba el presidente Cardoso esta tarde y lo planteaba también en la mañana; pronto tendremos un documento sobre el tema de las energías renovables, de las energías no renovables, sobre la importancia que tiene para esta zona del mundo, para nuestros países.

También el tema de la educación, de la revolución tecnológica, de la revolución digital es importante y en esta región vamos a tener que sentarnos a pensar sobre el *gap*, la brecha, que se está generando entre la escuela pública y la escuela privada. ¿Cómo vamos a hacer para que nuestros niños, nuestros jóvenes, que viven en las áreas más marginadas de nuestros países, tengan la posibilidad de tener acceso a un computador, o que tengan la posibilidad de tener acceso a la red? Se van a tener que hacer inversiones importantes para que podamos dar a esos niños la posibilidad de, hablando en términos de carreras de caballos, partir todos del mismo marcador. Porque lo cierto es que mientras muchos de nuestros hijos tienen la posibilidad de sentarse frente a un computador, hay muchos niños de esta región que no tienen esa posibilidad de acceder a él y a la información que puede proporcionar.

También —lo planteaba hoy el presidente Cardoso— está el tema de la institucionalidad. La democracia va de la mano de la ins-

* Ex presidente del Gobierno en Colombia.

titucionalidad. Y en muchos países de nuestro continente estamos viendo cómo el tema institucional pierde día a día relevancia.

Nos preocupa también, como se dice aquí en Colombia, “el manejo de las formas democráticas”. Lo explico un poco. Hoy tenemos en la región líderes que están accediendo al poder y que, inmediatamente, comienzan a activar una serie de sectores para su propio beneficio. Empiezan a trabajar en cómo y de qué forma pueden conseguir el poder electoral; en el ámbito de la justicia para evitar cualquier intervención que pueda presentarse frente a actos de corrupción de sus gobiernos; en el terreno de los medios de comunicación, viendo cómo y de qué forma pueden intervenir a través del otorgamiento de licencias, de la cancelación de licencias o la entrega del espacio para nuevas frecuencias de radio y de televisión.

Hoy algunos de los jóvenes se preguntaban qué vamos a hacer con quienes actualmente están en el poder y están utilizando la “democracia” —entre comillas— para mantenerse en ella. Se preguntaban qué podemos hacer quienes, desde el otro lado, estamos buscando alternativas para llegar con ciertas garantías a fortalecer o buscar una verdadera democracia en esta región.

Creo que esta noche serán muchos los temas que se planteen. Por ello, considero que lo mejor es dejar que sean los becarios los que hagan las preguntas. Para agilizar el coloquio, vamos a dejar que hagan dos, tres o cuatro preguntas, y después Felipe González y Fernando Henrique Cardoso pueden dar su respuesta. De esa manera sacamos el mayor provecho de estas dos grandes figuras que nos están acompañando en la noche de hoy.

Primera pregunta

Hoy en la mañana me quedé con una pregunta sobre la redistribución de la riqueza. Nosotros sabemos que la brecha entre ricos y pobres está creciendo cada día más. Y en base a eso está surgiendo un nuevo dilema. El dilema es entre si debemos combatir la pobreza o debemos combatir el excesivo, digamos, acaparamiento de la riqueza en pocas manos. Esto se está generando debido a que hay un grupo de personas que cada vez tiene más poder adquisitivo, mientras que otro grupo de personas, los pobres, cada vez son más pobres, valga la redundancia.

Mi pregunta es: ¿Debemos combatir este excesivo control de la riqueza por un grupo de personas o realmente debemos basarnos en lo que viene a ser el combate de la pobreza?

Segunda pregunta

Me gustaría hacer una pregunta sobre el control de los políticos. ¿Creen ustedes que eso es fundamental en la democracia? José María Maravall, que fue ministro en España, ha escrito un libro llamado *El control de los políticos*, en el que afirma que la democracia electoral sufre el problema de la manipulación por parte de los políticos. ¿Por qué? Porque los políticos tienen poder, prestigio, dinero. Por eso resulta necesario controlarlos y solamente las elecciones no consiguen hacerlo. Bueno, la pregunta es: ¿Cómo hacer reformas políticas concretas, dado que corresponde promoverlas a los mismos políticos? ¿Cómo recontractar la política? ¿Cómo recontractar la democracia?

Tercera pregunta

En realidad, tengo dos preguntas. Una está asociada a lo que comentaba el presidente González respecto a los mercados de la energía. Es bastante relevante el tema planteado por usted, pero se está dejando de lado el mercado del agua, que es un tema que va a cobrar una importancia gravitante en los próximos años, si no se convierte en el más importante, y me gustaría conocer su opinión sobre los conflictos respecto al uso del agua, consumo humano, energía, etcétera.

Y otra pregunta para el presidente Cardoso: ¿Qué hacer para detener el péndulo político que hay en Latinoamérica, donde los cambios políticos entre derechas e izquierdas son tan bruscos que generan demasiados costos sociales? Esto no se ve en democracias más avanzadas como en Estados Unidos o quizás Inglaterra, donde el cambio del conservadurismo hacia posiciones más demócratas es mucho más suave.

Cuarta pregunta

En realidad esta pregunta es más para el presidente Cardoso, pero quizás los dos ex presidentes, como líderes de procesos de integra-

ción, me la pueden responder. De uno a diez, ¿qué puntuación le ponen a MERCOSUR y por qué?

Quinta pregunta

Un asunto que me ha desconcertado un poquito es si somos Iberoamérica o Latinoamérica o Indoamérica o América del Sur, cuando creo que en realidad deberíamos preguntarnos cómo llegar a la gente y hacer que la gente de estos pueblos se sienta unida, se sienta identificada, no por un nombre, no por una palabra, sino por el sentimiento. He escuchado con algo de tristeza al maestro Saramago mencionando cosas como que llevamos 500 años de humillación, que tenemos que sacar el indio que llevamos dentro, que si hemos tenido 500 años de maltrato y demás, y veo con mucho dolor que mi presidente Evo Morales —con el cual disiento ahora mucho más de lo que disentía cuando fueron las elecciones— usa el mismo discurso para, en lugar de crear unidad en el país de Bolivia, crear confrontación y de esta manera llegar a esos círculos de poder.

Entonces, mi pregunta a ustedes, señores presidentes, es: ¿No es hora de mirar hacia adelante y dejar los discursos retrógrados? ¿No es hora de proponer políticas modernas para abrir Bolivia y cada uno de nuestros países al mundo?

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Primero creo que fue el mismo presidente Pastrana quien planteó unos temas que merecen alguna reflexión. Creo que fue muy buena la idea de que no hubiera un diálogo, porque sería un monólogo, ya que yo iba a repetir lo que dijera Felipe, así que es un monólogo y la voz de él es más fuerte que la mía.

En lo que hace a la cuestión de la educación, que es un tema clave, creo que, por el contrario, las nuevas tecnologías, la red y la computadora son una enorme oportunidad que tenemos para dar un salto.

Me acuerdo que en una ocasión viajé a la frontera de la selva amazónica de Brasil para celebrar el comienzo de un programa de utilización de computadoras en la escuela. Era emocionante ver cómo los niños de ahí hablaban con niños del sur de Brasil y de Estados Unidos. La distancia cultural es casi igual entre el sur de Bra-

sil y Estados Unidos que entre la región selvática y el resto de Brasil. Y en poco tiempo esta gente puede tener acceso a las bibliotecas del mundo, o a algunas por lo menos. Así que hay una enorme oportunidad. Y la velocidad de utilización, de acceso a nuevas tecnologías que existe hoy en varios países de nuestra región es muy grande. En el caso nuestro, hay un programa que desgraciadamente no se ha puesto todavía en marcha, pero hay plata para ello, y que consiste en que las compañías de teléfono pagan un impuesto específico para la extensión educacional. Eso tiene mucho impacto y va a producir un gran cambio.

Me acuerdo que cuando empecé a hacer encuestas sociológicas en los comienzos de los años cincuenta hice una sobre relaciones raciales en el Brasil. Para empezar, mis profesores de estadística no sabían hacer escalas valorativas ya que era una cosa novedosa. Tuve que leer unos libros complicadísimos, tratar de entender por mí mismo... Y luego no había ningún equipo para utilizar los datos, así que tuve que ir a la Facultad de Medicina, al departamento de administración, porque en aquel entonces había que perforar unas tarjetas e ir a una máquina para obtener los resultados de cada respuesta, que se apuntaban a mano. Pero muchos años después, en los años sesenta, era profesor en Francia, y llegó un compañero mío también para hacer investigación y le sucedió lo mismo que a mí en Brasil. Y esto para mí fue ayer.

El cambio es, pues, enorme. La capacidad que hoy tiene la gente de aprender, de manipular, de informarse, es muy grande. Así que eso hay que mirarlo de otro modo: si los gobiernos actúan y si la sociedad actúa, en conjunto eso no será suficiente porque la enseñanza es un proceso muchísimo más complicado que poseer una máquina, porque ahí nunca se va a producir una relación de pasión, de guía. Lo mismo que yo voy a hacer con la convicción política. Lo mío es la enseñanza. Si uno no tiene la llama, si uno no está convencido de que es importante dialogar con el estudiante, no pasa nada, tenga la máquina que tenga.

He tenido muchas sorpresas. Más tarde, en los años setenta, fui como profesor a Cambridge, en Inglaterra. Era profesor en São Paulo, pero estaba en el exilio. Y cuando llegué a Cambridge me di cuenta de que allí no tenían muchos más recursos que mi universi-

dad. Y ni siquiera el sueldo era más alto. Sin embargo, Cambridge tenía una cantidad de Premios Nobel que ¡por Dios! Era una maravilla. Y era porque allí había una pasión por el conocimiento. Lo que nos falta es un poco más de pasión, y eso tiene mucho que ver en América Latina.

Tomen el caso del sudeste de Asia, que ha dado un salto enorme. La familia juega un papel fundamental en el sudeste asiático y aquí pasa al revés, porque a menudo los hijos fueron a la escuela y el padre no, y eso es un problema. No tenemos el apoyo de la cultura doméstica para seguir adelante. Entonces hay problemas, hay dificultades, pero creo que se puede avanzar.

En cuanto a los otros temas que han sido uno, el de la institucionalidad, alguien ha preguntado otra vez aquí sobre la creación del sistema electoral. No quiero desanimarles, pero acabo de leer una biografía del segundo emperador de Brasil que se llamó Pedro II y que el pobre gobernó durante 49 años. Ese señor era demócrata, al final de la vida dijo que él quería ser profesor y prefería ser presidente de la República que emperador. Y lo echaron de todas maneras del Gobierno; mi abuelo fue uno de los que lo echó. Leyendo esa biografía, constato que se reproduce ahí una discusión sobre sistemas electorales. Y me ha causado pesar, porque estaba escribiendo ahora en Brasil sobre la necesidad de cambiar el sistema electoral, exactamente lo mismo que pasó en el segundo imperio, que hubo que cambiar la forma de elección a causa de la corrupción, porque la clase política no respondía a los anhelos de la sociedad.

Es verdad que hay que hacer cambios electorales, no cabe ninguna duda. Y es verdad lo que dijo el joven que preguntó, porque, en efecto, se trata de conseguir en cierta forma la cuadratura del círculo, ya que los que han de introducir las reformas son los mismos beneficiarios, son los mismos parlamentarios. Los cambios se producen cuando hay crisis. Hemos perdido la oportunidad en varias ocasiones, porque hubo crisis y no fuimos capaces de hacer un diseño institucional más sofisticado. Cada país tiene un sistema distinto. Todos ellos son muy difíciles, pero creo que el caso de Brasil es uno de los peores, porque tiene una votación proporcional uninominal. Es un desastre. Resulta que el Congreso no tiene práctica-

mente vinculación con la sociedad. Pero hay que seguir insistiendo, no hay otro modo. Felipe dijo esta mañana que no existen los milagros. Hay que insistir, intentar cambiar, cambiar, cambiar. Creo que ésa es la cuestión sobre la institucionalidad.

Me preguntan también qué nota le doy a MERCOSUR. Pero ya no soy profesor, estoy jubilado, y no puedo dar notas. Lo que sí puede decir es que MERCOSUR es algo que se estancó a mitad de camino y nunca nos hemos comprometido otra vez en la forma necesaria, o sea, ninguno de los países involucrados se apartó de la idea de soberanía. No hay una entidad supragubernamental. Cuando hay una crisis, los presidentes la resuelven por teléfono. No puede ser un sistema que funcione sólo a través de los presidentes. Las burocracias gubernamentales de los distintos países nunca han aceptado la idea de integración.

Les cuento una pequeña anécdota. Estaba en Uruguay, país vecino, excelentes relaciones. Ya saben cómo son las visitas presidenciales, homenaje por aquí, conferencia por allá... Hice nueve discursos en un solo día. Pero estaba feliz. Este mismo día, un burócrata del Banco Central de Brasil tomó una decisión que hería profundamente los intereses de Uruguay. ¿Por cuánto? Por 20 millones de dólares, que para Brasil no es nada. ¿Por qué? Porque a ese burócrata jamás se le pasó por la cabeza que había un problema de relación, de integración, que Uruguay era miembro de MERCOSUR, que yo estaba allá.

Por mi parte, hago un seguimiento de las relaciones exteriores, un seguimiento de los ministerios de Finanzas; lo demás, nada. No existe. Hubo progresos. ¿En qué sentido? Por lo menos en dos o tres. Uno, los empresarios: hay más flujo de comercio, ha aumentado mucho en el MERCOSUR, alrededor de cuatro o cinco veces, algo realmente muy impresionante. Dos, en las redes culturales, universidades y personas. Tres, el pueblo mismo, hay mucha más gente de Brasil que va a Argentina y viceversa, Uruguay, Paraguay, y hay un poco más de sentimiento de pertenencia a la misma región, eso es positivo. Estoy muy a favor de que se lleve adelante el proceso de integración de la región, y que se haga más a fondo.

¿Qué es lo que nos ha faltado? Además de lo que mencioné, que realmente no hubo una voluntad política de integración, faltó también entender que la integración económica no puede basarse sola-

mente en tratados de comercio. Porque en el comercio se pelea, es difícil la convergencia, y por ello es complicado. Habría que avanzar mucho más en la producción. Y utilizar el espacio geográfico como si fuera uno solo y distribuir la producción en el espacio geográfico. No ha sido lo que ha ocurrido. Hubo una inmensa concentración de inversiones en Brasil, justamente después de la estabilización; después que logramos parar la inflación, hemos recibido inversiones extranjeras por no menos de doscientos mil millones de dólares. Solamente China está por delante de Brasil. Así pues, la base productiva brasileña ha cambiado mucho: los autos, los aviones... y la calidad global. Eso no ha ocurrido en los demás países. No ocurrió en Argentina, por ejemplo. Ahora viene la reacción: el gobierno de Argentina trata de elevar los aranceles para protegerse de la industria brasileña. Es una equivocación, tienen que ir hacia adelante, no hacia atrás, buscar nichos nuevos de producción.

En cierto momento traté de ver si podía haber diversificaciones en la industria del auto, en el sur de Brasil. ¿Por qué? Porque Córdoba, en Argentina, tiene componentes de coches y podría hacerse una vinculación efectiva. Pero en las elecciones provinciales ganó un gobernador que era de un partido en la oposición y no permitió que la Ford se desplazara hacia el sur, sino únicamente la General Motors. Nunca logré que los empresarios brasileños entendieran que en Paraguay la energía es barata. Dímos incluso alguna ayuda para que se desplazaran a Paraguay, pero no fueron.

Y ahora tiene lugar un proceso que me preocupa. Hay mucha compra de empresas argentinas por parte de capitales brasileños. Yo hubiera preferido otra cosa: fusiones de capitales y no compra de capital, porque, a la larga, va a producir reacciones en contra y no de integración. Sigo siendo partidario de una integración, creo que el mundo necesita más integración y no solamente regional. No se trata de crear una fortaleza contra los demás. Se trata de ayudar, de dar un paso adelante para llegar a una integración más amplia. No veo cómo puede ser posible de otra forma en el mundo actual. Incluso en un mercado grande como es el brasileño, es insuficiente. La escala que se requiere hoy es de otra magnitud.

Respecto a lo que dije de las crisis de autocrítica, debo decir que soy responsable de esto, no estoy criticando a una persona, a un go-

bierno; es una situación más amplia. Pero, a pesar de esa crítica, sigo siendo muy partidario de retomar, en el momento oportuno, el proceso de integración y ampliarlo. Con cuidado porque hay una cosa que me parece muy importante en MERCOSUR. Se llama la cláusula democrática. Gracias a esta cláusula hemos podido actuar con firmeza en Paraguay. Por lo menos dos veces hemos logrado impedir un golpe de Estado, porque teníamos la cláusula democrática que es muy importante y especialmente ahora cuando más países y más grandes se van a sumar a MERCOSUR. Pero soy partidario de MERCOSUR.

FELIPE GONZÁLEZ

Vamos a ver. No es verdad que haya más pobreza en América Latina, hay más desigualdad, no más pobreza. Corregid ese error de perspectiva. Éste no es un continente maldito por la pobreza, sino por la desigualdad. Si no se tiene claro eso, difícilmente vamos a combatir el problema seriamente. La desigualdad, sin duda, es la consecuencia de una excesiva concentración de la riqueza.

Aprendí una cosa de Olof Palme. Me parecía, por decirlo de alguna forma, un aristócrata de la inteligencia, probablemente demasiado aristócrata de la inteligencia para que lo entendieran bien los suecos. A pesar de que gobernó muchos años. Y Olof Palme decía esas cosas que siempre chocan, porque lo ponen a uno a pensar. Decía: «No, no, si a mí no me preocupa que haya ricos en Suecia. Lo que me preocupa es que siga habiendo pobres. Mi tarea como gobernante no es saber cuán ricos tienen que ser los ricos, sino cuán pobres tienen que dejar de ser los pobres para igualar las oportunidades».

Ésta es la guía. Y esta mañana hablaba de algo que es menos teórico y más práctico. ¿Qué modelo de crecimiento con generación de empleo y con redistribución del ingreso somos capaces de implantar en América Latina para que sea más eficiente, con resultados económicos para todos y más igualitario? Es decir, un modelo que mejore la igualdad de oportunidades y que de verdad mejore ese combate que a veces se convierte en medio religioso, que es el combate a la pobreza.

Tengo para mí que la tarea no es muy difícil. Lo que no es posible es pensar que se hace de un día para otro, pero no es muy difícil. Por eso insisto en que habría que encontrar la masa crítica de ideas y de acciones concretas para poner en marcha un modelo que no sea el contramodelo de esto que alguien llamaba “los bandazos del péndulo”, de una parte a otra. Es típico de países en desarrollo, emergentes, etc. Los países centrales lo son, entre otras cosas, porque han conseguido un área de consenso muy sólida, que no se discute entre las distintas alternativas políticas. Y esa área de consenso le da continuidad a las políticas de Estado, a las institucionales.

No digo que todos los países hayan llegado a eso. Se ha dicho que hay que intentar las reformas, y aprovechar las crisis para intentar las reformas... Italia es un modelo de crisis de la República que trata de hacer una reforma en la crisis. Pero los italianos, que son muy buenos conceptualizando y mucho menos buenos ejecutando los conceptos, se han inventado una cosa preciosa, un régimen nuevo, que es la *transitocracia*. Que ellos creen que es nuevo porque lo han aplicado ahora a la política, pero en realidad es de Lampedusa, sigue siendo la misma historia de siempre: es cambiarlo todo para que nada cambie. Y eso ha pasado en Italia desde la crisis del 90: todo ha cambiado, pero nada ha cambiado. Es como mágico, sigue siendo exactamente lo mismo que era. Y han intentado hacer todos los cambios imaginables.

Primera cuestión, pues, la de la pobreza. Para combatir la pobreza no hay que destruir la riqueza, sino buscar mecanismos de redistribución del ingreso. Y esos mecanismos de redistribución del ingreso no sólo son mecanismos fiscales, ni siquiera, en algunos casos, son sustancialmente fiscales. Se tiene mucho más éxito cuando hay un marco regulatorio de previsibilidad y de exigencia de respeto a unas reglas de juego previsibles, para que los agentes económicos actúen como van a actuar siempre, con el criterio de optimizar el beneficio, pero con una perspectiva de largo plazo y de fortalecimiento del modelo.

Ganar mucho dinero en poco tiempo es mucho menos rentable e interesante para las inversiones que tratan de quedarse, que no son capitales *golondrina*, que van y vienen, mucho más interesante

que ganar mucho en poco plazo. El dinero especulativo, el dinero caliente, los cambios en los marcos regulatorios, la imprevisibilidad, que en América Latina no sé por qué se llama la discrecionalidad. Siempre combato eso, porque no tiene ningún sentido. Lo que aquí se llama discrecionalidad normalmente es arbitrariedad, que no es lo mismo. Es bella la palabra discrecionalidad y no hay un solo gobierno que no tenga que tener un margen de discrecionalidad en su actuación dentro de la norma. Lo que no tiene que tener es ningún margen de arbitrariedad.

Por tanto, respecto a la pobreza, hay que discutir, profundizar y aplicar un modelo. Hay que repartir o redistribuir ingresos; hay excedente de lo que crea la riqueza y que se siga produciendo riqueza. No se trata de disminuir la capacidad de crear riqueza, sino de estimularla y de tener los mecanismos de redistribución directa e indirecta que explicaba esta mañana.

Efectivamente José María Maravall fue ministro de mi Gobierno. Hizo la reforma educativa. Es de la "tribu" de Fernando Henrique Cardoso entre otros, la de los sociólogos. Una tribu peligrosa, pues se dedica más bien a analizar lo que hacemos los otros. Pero él lo analizó durante un tiempo, dio clases en la universidad y después lo tuvo que poner en práctica, y eso es un buen fastidio. Es mejor no haberlo escrito antes y tenerlo que poner en práctica después, porque, en ese caso, uno tiene la contradicción con sus propios libros, con sus propias reflexiones y sus propios análisis.

En el control de la política están pasando muchas cosas. Una que todavía no se admite en América Latina es la crisis del Estado-nación por el impacto de eso que llamamos la globalización. Han cambiado las reglas de juego. El Estado-nación es una construcción que va a durar mucho. Cuando hablo de crisis, no hablo de crisis terminal, porque no hay ningún modelo sustitutivo. Por tanto, no estoy hablando de que va a desaparecer el Estado-nación, sino que tiene que reconfigurarse, reestructurarse, readaptarse a las nuevas circunstancias, entre otras cosas para que tenga éxito el MERCOSUR. Para que sepamos que, para tener soberanía ahora, hay que compartirla y tener las sinergias necesarias para sumar lo que hay que sumar y competir en este mundo de una economía global y de una competencia también de poderes globales. Cada país indivi-

dualmente, por muy grande que sea, como Brasil, va a pesar mucho menos que si hace políticas integradas regionalmente.

En el control de la política hay que tener en cuenta que hoy es más posible que lo fue nunca. Por tanto, no deberíamos ser pesimistas. Deberíamos utilizar los instrumentos que tenemos para controlar la acción de la política, instrumentos que hoy son infinitamente mayores, más accesibles e iba a decir más sofisticados, pero no es verdad, no son más sofisticados. Es más fácil educar a través de internet que la capacidad de abstracción que había que tener para aprender el abecedario y a leer y a escribir en la educación tradicional. Porque la educación a través de internet nos retrotrae a los iconos, que son más identificables para un niño —por eso los niños acceden con tanta facilidad a una computadora— que el maestro diciendo que la “p” con la “a” es “pa” y “pa” y otra “pa”, es “papá”. Es una lata porque es un nivel de abstracción que a los niños les cuesta trabajo vencer. Pero, claro, un iconito que ponga al papá con el niño de la mano, eso es papá, eso es evidente.

Creo que ahora hay más facilidad para el control de la política. Es verdad que la política como actividad, igual que el Estado-nación, ha sido impactada por el cambio profundo y rápido que supone la revolución tecnológica y la globalización de la economía. Todo ello ha hecho que se rompa el modelo del Estado-nación, que estaba dentro de los límites del mercado identificable del siglo XIX y de una buena parte del siglo XX. Y esto en el marco de una economía abierta y un mundo financiero que es una especie de casino financiero global —que me perdonen los banqueros—, donde las transacciones son 24 horas sobre 24 horas en todos los mercados de valores del mundo. Un mercado financiero en el que se mueven, en términos españoles, que no tienen una traducción idéntica en América Latina, unos mil quinientos o mil seiscientos billones de dólares en términos latinos, un billón cuatrocientos mil millones de dólares cada día, el equivalente a tres años del producto bruto de África en un año. Y ¿cómo es posible que uno piense que el Estado-nación clásico va a tener la más mínima capacidad de controlar esos flujos de capital que se mueven por el mundo? No puede. Cuando lo controlamos o tratamos de controlarlo es para empeorar la eficiencia en el funcionamiento de la economía, en lugar de hacer reglas que sean transparentes.

¿Por qué hoy es más fácil que nunca el control de la política? Deberíamos exigir no que hubiera oficinas presupuestarias, sino que hubiera un software a disposición de los parlamentarios, de los periodistas y de los ciudadanos, donde figuraran los ingresos presupuestarios y la ejecución del gasto presupuestario, día por día. Es fácil tenerlo, está disponible. Hay que utilizarlo críticamente. La gente con veinticinco años puede manejar eso y puede enterarse de dónde están los fallos, dónde están los defectos de ejecución del presupuesto, por no llamarles corrupciones o corruptelas. Aunque no quieran los gobiernos, el nivel de transparencia ha aumentado, porque la información disponible es hoy mucho mayor que nunca. No la sabemos utilizar.

Respecto a los partidos políticos, como la política está en crisis, los partidos políticos también están en crisis. En crisis de endogamia porque viven mirando hacia adentro de los propios partidos políticos y no mirando al cambio social vertiginoso que se está produciendo. Pero van a seguir siendo imprescindibles en la democracia representativa. Y hay que cambiarlos. No recuperar desde la juventud los vicios viejos de los partidos, sino cambiarlos. No entrar a pelear dentro de los aparatos en las condenadas peleas de escalera, de “quítate tú para que me ponga yo”, sino para hacer una interlocución con los ciudadanos. Ahora es posible un liderazgo de comunicación y de contacto con los ciudadanos que impacte sobre la estructura de los partidos. Practíquenlo. No partidos que transmitan lo que pensamos los ciudadanos, eso está más crudo, sino militantes políticos comprometidos, que hagan que los ciudadanos contaminen a los partidos de exigencia. De exigencia de transparencia, de un nuevo dinamismo.

Y paso a otro tema. Es cierto que, junto al problema de la energía, hay un problema del agua. Les diré una *boutade*, que a lo mejor no lo es tanto. Hay un problema de agua gravísimo, pero, como me dice un amigo ingeniero, cuatro quintas partes de este planeta son agua, entonces no tenemos un problema de agua, tenemos un problema de tecnología. Tengo la impresión de que se trata de una de esas verdades de Perogrullo que se abrirán camino. Ya tenemos empresas, claro, transformando el agua. No falta agua, falta agua potable, agua saludable y falta tecnología para usar bien el agua disponi-

ble. Y ahora que se está deshelando el Polo Norte nos va a llegar el agua hasta las orejas, aunque no la podamos beber.

Eso es lo que quiero que comprendan. ¿Por qué, siendo jóvenes, no ponen imaginación y creatividad para defenderse de esa amenaza, que podría no serlo, si hay la tecnología suficiente para que haya agua disponible para todo el mundo? No sólo un uso correcto del agua. ¿Por qué no hacerlo?

En eso, la excesiva estatalización de la política ha producido efectos perversos. Sabemos que hay mucha gente que no dispone de agua potable, sabemos que no tenemos recursos públicos para hacer lo necesario para que haya agua potable, pero no toleramos, por principio, que haya acciones privadas de potabilización del agua. Por tanto, la gente sigue sin tener agua potable y nosotros defendiendo nuestros principios de que esto tienen que ser políticas públicas. Y así andamos. Y la gente sigue muriéndose de enfermedades perfectamente evitables porque el agua no está potabilizada. En el mundo hay ahorro de sobra para hacer inversiones en potabilización que, para no hacerlas depredadoras y que se puedan pagar, tienen que ser concesiones a cien años. ¿Y qué importa si la gente bebe agua potable a un precio asequible? ¿Por qué no cambiamos el *chip*? Se lo digo sobre todo a la gente de izquierdas. Pues no. Eso tienen que ser políticas públicas. Cada vez que lo digo, tengo una disputa; pero la gente sigue sin agua potable. Y nosotros muy a gusto con nuestros principios, porque los que los pregonamos bebemos agua potable. Y nuestros hijos también. Pero los que no la beben que se fastidien, porque les vamos a aplicar nuestros principios, pero no les vamos a dar agua. Me preocupa el problema del agua, pero me preocupa más que no nos pongamos a trabajar para resolverlo.

Respecto a lo que se ha dicho del péndulo, insisto —insisto incluso por Brasil, soy así de impertinente— en que tiene que haber un consenso básico entre las alternativas previsibles en la política brasileña, peruana, mexicana, española. Los países son fuertes porque deciden, primero, cuáles son las cosas de comer y, después, como los buenos padres de familia, deciden que con las cosas de comer no se juega, que hay mucho terreno para pelearse, pero que hay elementos básicos en los que la pelea es autodestructiva, para

todos los que están en la pelea y para el país. Como la pelea que tenemos en España ahora sobre la política antiterrorista. Es un disparate. Nunca pasó y ahora está pasando.

Son elementos básicos de cohesión del país. Y no hay países que perduren establemente y que avancen en el desarrollo si no tienen áreas básicas de consenso. Que se lo pregunten a los norteamericanos, a los ingleses, a los alemanes. Ellos lo tienen claro. Y por eso tuvieron éxito. Y hay que ponerse a la tarea, que no es fácil. ¿Cuándo hace uno el consenso? Cuando gana podría estar más dispuesto, pero, claro, tiene que hacerlo con el que ha perdido. Y cuando se pierde, ¿es fácil hacer un consenso si, en parte, uno perdió porque el que ganó no le dejó hacer lo que después le pide ayuda para hacer? Así es la política en todas partes, en Brasil también.

Se ha preguntado sobre la integración en MERCOSUR, que a mí me interesa mucho. Participé en ella en los inicios y preparé el primer acuerdo interregional de la Unión Europea cuando era presidente de turno, hace ya muchos años. Pero ya estaba en marcha el MERCOSUR. Y en el año 1997, en Montevideo, en una reunión como ésta, con otro tipo de gente —no eran jóvenes, me hubieran entendido mejor de lo que lo hicieron— empezamos a hablar de los problemas de institucionalidad del MERCOSUR, no de burocratización, sino de institucionalidad.

Para explicarlo, simplemente les diré que es como un sistema eléctrico complejo que funciona sin fusibles, que cuando hay una crisis se va entera la instalación. No salta un fusible, sino que la instalación entera se pone en crisis. Es un sistema cuyo arbitraje sólo depende de la buena fe y de la buena intención de los presidentes. Es un sistema que no puede funcionar. Ni siquiera hubo la previsión de un choque monetario, como cuando Brasil se vio obligado, o mejor, cuando este señor que está a mi lado, Fernando Henrique Cardoso, se vio obligado a devaluar. Y tres meses antes los argentinos decían: “No, no va a devaluar. Menem y Cardoso han dicho que no va a haber devaluación”, como si uno anunciara que va a devaluar con cuatro meses de anticipación.

La gente no puede creerse esto. La responsabilidad política te exige que anuncies la devaluación veinticuatro horas después de haberla hecho. No la puedes anticipar y mucho menos cuatro meses.

Y todavía menos con elecciones por delante. Era absolutamente claro que eso iba a ocurrir. No había ningún mecanismo, como lo hay en la integración europea, de corrección automática de esas devaluaciones que se pueden considerar competitivas aunque sean inevitables. Y como no había mecanismos de corrección, entró en crisis el MERCOSUR. ¡Qué remedio! Si la moneda brasileña pierde el 30 o 40% de su valor respecto de aquel amarre con el dólar de Argentina, que terminó estallando, naturalmente, en la gravísima crisis argentina.

Hay otra cosa que quiero decir en defensa de los pequeños países: si se desea una integración regional, hay que ser especialmente respetuoso y cuidadoso con los países pequeños. Si los grandes se lo guisan y se lo comen, no hay integración regional. Lo más delicado de la construcción europea siempre ha sido cómo tratar al BENELUX. Y es que Luxemburgo, donde entre otras cosas está el Tribunal Europeo, tiene 350.000 habitantes, que caben en cualquier pueblito de cualquier lado. Y todo el BENELUX es el 5% de Alemania.

Todo eso es, de nuevo, institucionalidad, institucionalidad, institucionalidad. Y a pesar de todos los grandes avances que se han producido, a pesar de todo, como consecuencia del MERCOSUR —Fernando Henrique no ha citado uno que me parece especialmente significativo y querido— por primera vez en la historia de dos siglos, ha cambiado la estrategia de defensa de los países fundamentales de la región. Cuesta trabajo creer que los que más en serio se han tomado el MERCOSUR son los militares, pero es así. Los países ya no están funcionando con el carácter del enemigo de referencia y están cambiando las estrategias militares. Para vosotros, que casi todos habéis nacido después de los regímenes militares, no significa mucho. Pero creedme si os digo que, para los que hemos vivido esa situación, es extraordinariamente importante que a nadie se le pase por la cabeza, ni en Brasil, ni en la Argentina, ni en Chile, ni en Uruguay, aunque no esté en el MERCOSUR, que el enemigo no es el vecino y que sus fuerzas de defensa no están preparadas para el ataque del otro.

Una última reflexión sobre la brecha digital que era lo que sugería el presidente Pastrana. Vamos a ver. La gran ventaja es que los costes de las nuevas tecnologías por unidad de producto se aproxi-

man dramáticamente a cero. Es decir, que la digitalización es barata en términos relativos. Es mucho más barato incorporarse a la sociedad digital, a la revolución tecnológica, que incorporarse a la sociedad industrial. Es posible pasar de la sociedad agraria, sin un desarrollo industrial, a la sociedad del conocimiento, y es más fácil que pasar de la sociedad agraria a la sociedad industrial. Por tanto, hay una oportunidad.

La revolución que hoy conocemos como revolución tecnológica es una revolución de comunicación entre los seres humanos y la igualdad de oportunidades depende de la capacidad de comunicarse de los seres humanos. Los que no tienen igualdad de oportunidades son los que están incomunicados y hoy la comunicación es más posible que nunca. Ni siquiera hay que tender una línea de cables atravesando valles y montañas. Es perfectamente posible conectar hasta a la gente más apartada para la educación, para la salud y para el progreso. Más posible que nunca y más barato que nunca. Y está en vuestras manos, no pidáis permiso. No en manos de la gente de mi generación que no entiende lo que estoy diciendo, pero vosotros, sí. Está en vuestras manos. Es la revolución más importante para igualar las oportunidades que el mundo ha vivido nunca. Que Osama Bin Laden o los narcotraficantes aprovechen bien lo que esto supone es nuestra culpa. Y que no lo aprovechemos nosotros para mejorar la educación y la salud es nuestra responsabilidad. Y una responsabilidad bien apasionante.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Solamente una última intervención para confirmar lo que dijo Felipe González en cuanto a la cuestión militar. En el sur de Brasil, que tiene frontera con Argentina, había un solo puente. ¿Por qué? Para impedir la entrada de las tropas enemigas. Y el ejército brasileño se concentraba en el sur. Bueno, eso se acabó, y ahora cada pueblo pide un puente, y se están construyendo puentes, y el ejército se está desplazando hasta otras regiones y no con funciones bélicas, sino más bien para reprimir el contrabando en la zona amazónica. Las cosas han cambiado y la visión que tenemos en MERCOSUR hace la relación mucho más fraterna, mucho más igualitaria.

Y con esto, para concluir, respondo a la cuestión sobre Bolivia. Creo que no cabe ninguna duda de que hay que poner al margen cualquier visión prejuiciada sobre Bolivia o sobre cualquier otro país. Creo que, como mencioné, la elección de Evo Morales fue un hito histórico. ¿Por qué? Porque es importante que el representante de grupos indígenas llegara al poder. Eso no significa que yo coincida con los puntos de vista de Evo Morales, pero, históricamente, sí es importante. Por ello, le cabe a él la enorme responsabilidad de encaminar las soluciones bolivianas de un modo adecuado. ¿Qué quiero decir con adecuado? Desde luego, tiene que buscar que se respete a Bolivia, eso es indudable, es normal. Es obligación del jefe de Estado generar confianza y asumir el estado de ánimo —como dijo Felipe González el otro día— de la población.

La población boliviana tiene esta voluntad de afirmación; he sido testigo en Bolivia, en 2003, en una cumbre iberoamericana. Ya no era presidente pero participé en la cumbre por otra razón y fui testigo de que Mesa, que entonces era el presidente —hacía 15 días que estaba en el Gobierno como consecuencia de un golpe que cambió el presidente—, autorizó a un representante de los movimientos indígenas para que hablara a los jefes de Estado. Y ese representante de los movimientos indígenas, como usted, con un sombrero, más parecido a los brasileños que a los bolivianos, pero que de todos modos se veía que no pertenecía a la élite blanca, como se dice en Brasil, ese señor dijo unas cosas muy duras a todos los jefes de Estado, incluso a los reyes de España. Y empezó a acusar a los españoles de invasores, de no sé qué cosas más, y luego, enseguida, empezó a hacer sus reivindicaciones. Fue muy interesante. Porque algunas reivindicaciones eran de lo más normales, pero otras me llamaron la atención. Entre las muchas reivindicaciones, hizo una respecto a la vuelta a los sistemas de mita, de forma de control de la tierra y de la propiedad. Y la otra era el matrimonio homosexual. ¡Qué mezcolanza tan rara! Pero eso no es solamente una cosa rara, es el mundo actual. Seguramente el grupo al que pertenecía tenía relación con las ONG internacionales y él también llevaba palabras que eran palabras de otra naturaleza. O sea, no se puede encarar esa cuestión como un puro fenómeno de regresismo, de vuelta al pasado. Lo es en parte, pero en parte es una voluntad

de superación. Y a veces falta el lenguaje político para expresar de una manera adecuada el sentimiento que hay.

Mencioné esta mañana que asistí de cerca a la revolución de mayo en Francia. Allí pasó algo semejante. Veía a los franceses en mayo del 68 haciendo grandes manifestaciones, alumnos míos en Nanterre y otros más, miles, centenares de miles de personas con las banderas negras del anarquismo y cantando por las calles de París *La Internacional*, que comienza diciendo “Parados o hambrientos de la tierra”, o algo así. “Arriba los pueblos del mundo”, y sigue: “los hambrientos y la tierra”. Y en París todos eran burgueses, todos pertenecían a la burguesía francesa y tenían la bandera anarquista y sus reivindicaciones eran culturales, existenciales, pero no tenían un lenguaje, ni signos para expresar sus sentimientos.

Algo parecido pasa en Bolivia. Y hay que entenderlo. No hay que decir: “Bueno, están atrasados”. No, no, no. Es más complicado que eso. Y creo que la responsabilidad que tiene el liderazgo boliviano actual es cómo hacer que ese sentimiento, que es positivo, consiga afianzar la confianza nacional en sí mismos y se traduzca de un modo tal que el pueblo de Bolivia llegue a ganar a medio y largo plazo. Y no va a ganar sin que pase lo que varias veces mencionó González: sin inversión productiva, sin empleo, sin disminución de la desigualdad, como consecuencia de más escuelas, de la universalización del acceso a los sistemas de salud... O sea, hay que pasar del discurso retórico a prácticas concretas. Y esas prácticas concretas existen. No hay que inventar otra vez la rueda y no hay que impedir que esas prácticas funcionen en aras de un discurso retórico, llamado “izquierda” o llamado “indigenista”. Es más complicado. Es así como veo lo de Bolivia, y creo que todos los demás países de la región y de otras partes deben ser solidarios en el intento de que los bolivianos encuentran el buen camino. Y encontrar el buen camino no es estar todos de acuerdo.

Por eso mencioné que, cuando se produjo la nacionalización del gas, ¿por qué no se exigió de Brasil inversión en la petroquímica? Como hicimos con Paraguay con la cuestión de la electricidad, ¿por qué no pedir a Brasil que haga una inversión en la petroquímica ya? Eso sería mucho más positivo para Bolivia que sencillamente expo-

piar Petrobras sin que vaya a pasar nada. Si el precio sube, ya no se compra y Bolivia pierde. En definitiva, esas cuestiones hay que traducirlas en términos prácticos y progresistas, que permitan avanzar y no sólo para que las buenas conciencias se queden tranquilas, a través de una retórica muy radical y vehemente.

8. RETOS Y OPORTUNIDADES EN IBEROAMÉRICA

CARLOS GAVIRIA*

En primer lugar quiero agradecer a la Fundación Carolina, al Banco de Santander, a las entidades organizadoras de este evento, por invitarme a compartir con ustedes algunas reflexiones.

Como se darán cuenta, voy a hacer una declaración un tanto insólita, dentro de estos coloquios, en el sentido de que yo fundamentalmente lo que he sido es maestro, profesor universitario; soy muy nuevo en la política y quiero compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la utopía que justamente ayer tocaban el maestro Saramago, Sergio Ramírez y Felipe González.

El tema que se me ha propuesto es *El reto de Colombia y de Latinoamérica en los próximos años*. Y, a mi juicio, esto tiene que ver bastante con la utopía. Comparto totalmente las reservas del maestro Saramago frente a la utopía tal como se ha entendido tradicionalmente, como una utopía comprensiva, totalizadora, que atiende a todos los aspectos de una sociedad, de una comunidad, de una comunidad ideal.

Yo descreo de ese tipo de utopías porque empiezo por decirles qué entiendo por utopía. La utopía es lo contrario de la topía. “Topos” en griego significa lugar. “Topía” es lo que tiene lugar y “utopía” lo que no tiene lugar. No tiene lugar a mi juicio, pero podría tenerlo, en caso de que encamináramos el esfuerzo humano decidido a lograrlo. Utopías comprensivas, de esas totalizadoras, inalcanzables y por tanto, a mi juicio, perjudiciales para hallar la acción humana, son por ejemplo las sociedades sin clases o la república aristocrática de Platón, que por fortuna únicamente existe en el *Topos Uranos*, es decir, en el cielo de las ideas platónicas.

* Presidente del Polo Democrático Alternativo de Colombia.

Sin embargo, la utopía de la que voy a hablarles es una utopía que nadie, o generalmente nadie, la asume como tal. Y es la democracia. Y ustedes dirán ¿la democracia es una utopía? Mi respuesta, contundente, es: sí, lo es, especialmente entre nosotros. Y me atengo a lo que les he dicho: es una sociedad pensada, soñada, pero con bases razonables de que puede ser alcanzada si todos sumamos los esfuerzos a lograrlo. Pero esa utopía se nos presenta como si fuera irrealizable. Se nos dice: “Es que ésta es la democracia”. Yo digo: “¿Ésta es la democracia? ¿Valdrá tanto la pena hacer tantos esfuerzos para obtener lo que tenemos?”

Y hago una aclaración. Me refiero fundamentalmente a las sociedades latinoamericanas, a los países latinoamericanos, pero mucho más específicamente a Colombia. No quiero formular juicios irresponsables y, por tanto, hacer extensivas a otras sociedades las que en Colombia me parece que tienen vigencia como características de la sociedad.

¿Por qué digo que la democracia es una utopía? Preguntaba ahora justamente por la composición del grupo, y me decían que hay abogados, pero también economistas y también ingenieros. Creo que cuando uno tiene muy a mano un tema, ordinariamente no se detiene a meditar en él y por tanto la reflexión sobre la democracia no es una reflexión muy habitual, especialmente en las personas que no tienen como objeto de reflexión la política o incluso el derecho.

Voy a partir de esta afirmación, una pregunta que tiene su respuesta adecuada y que se encuentra en *El contrato social* de Rousseau. Y es ésta: ¿Cómo es posible, o debe ser posible, la democracia sin perder la dignidad? Lo que caracteriza a la persona es justamente su dignidad. Y podemos hablar sobre la dignidad pero espero no demorarme mucho en estos temas, y quiero decirles esto.

La experiencia que aquí todos tenemos es que cuando tenemos que obedecer, sentimos un poco rebajada, un poco recortada, nuestra dignidad y resulta que, si vivimos en comunidad, debemos obedecer. Entonces *El contrato social*, que es una obra clásica y como toda obra clásica está sometida a muchas interpretaciones, ha dado lugar a que se diga que Rousseau es el pensador moderno de la democracia, pero también a que se dijese que es el que ha dado lugar,

fundamento, a los regímenes autoritarios. Yo creo que Rousseau es un demócrata y además de estirpe liberal, y que justamente el sistema que llamamos demoliberal deriva de su pensamiento. Voy a tratar de decirles por qué.

A esa pregunta tan importante, y tan acuciante, de cómo es posible mantener la dignidad cuando tenemos que obedecer, Rousseau responde de manera magistral. Solamente cuando obedecemos a las reglas que nosotros mismos hemos creado, mantenemos nuestra dignidad obedeciendo. Eso significa que lo que busca la democracia es la autonomía en el gobierno de la comunidad. La autonomía significa que la comunidad no debe ser gobernada desde afuera, sino que debe gobernarse ella misma.

Hay dos pensadores que se encuentran unidos, vinculados inevitablemente, que son Rousseau y Kant. Rousseau, porque propone la autonomía como el único gobierno digno de una comunidad. Y Kant porque sostiene que para preservar la autonomía del individuo, es el individuo el que debe elegir las reglas que han de regir su conducta. La una es la autonomía política y la otra la autonomía moral.

Aquí tienen ustedes mi primera afirmación. Y es ésta: la democracia entendida de esa manera es una utopía y especialmente para nosotros. Porque, desde luego, hay comunidades o ciudades más desarrolladas donde las necesidades básicas de la comunidad se encuentran satisfechas, donde se produce una aproximación mayor de la práctica política a la utopía. En realidad, creo que no habría ninguna comunidad que resistiera un test duro, un análisis fuerte acerca de si satisface todas las condiciones de una comunidad democrática.

Cuando John Rawls, en *La seguridad de la justicia*, formula lo que para él es una sociedad justa, está repitiendo en una buena parte y afinando las afirmaciones de Rousseau y de Kant. La teoría de Rawls se llama el *contractualismo constructivista* y lo que se imagina es, cómo es una sociedad donde las personas son libres e iguales. Ese es el ideal democrático, que las personas sean libres e iguales. Y Rawls formula su teoría desde una sociedad desarrollada, su *Teoría de la justicia*, que fue publicada en 1972 desde la Universidad de Harvard. Pero luego, veinte o veinticinco años después, recibió las

críticas de las que había sido objeto su obra y pensó algunas correcciones. ¿En qué sentido? Me parece muy importante tomarlo en cuenta, porque Rawls considera que, en una sociedad de personas libres, la libertad y la igualdad son principios lindantes, pero él considera que la prioridad ha de tenerla la libertad.

Ése fue uno de los puntos de la teoría de Rawls que más ataques recibió, y Rawls concedió luego en la obra posterior, que en sociedades subdesarrolladas como las nuestras, del tercer mundo, es posible que deba tener prioridad el principio de igualdad. ¿Por qué? Por una consideración elemental, porque quien no tiene sus necesidades básicas satisfechas, no es libre. Y por tanto en nuestras sociedades, la construcción de una comunidad libre parte o pasa por la construcción de una sociedad con igualdad de oportunidades.

Entonces uno se pregunta: ¿Y cómo es que dicen que Colombia es una democracia? ¿Esas condiciones se darán en Colombia?

Quiero hacer una advertencia: soy muy respetuoso con las personas que tienen puntos de vista contrarios a los míos y que tienen buenas razones para sostenerlos. Lo que yo digo, lo que ustedes me van a escuchar, no lo digo porque estoy en la oposición, todo el mundo lo sabe, sino al revés: estoy en la oposición porque veo que Colombia es una sociedad que marcha mal y que el rumbo de esta sociedad se puede corregir. Se puede corregir ¿cómo? Si convencemos, si persuadimos a una gran cantidad de colombianos de que es necesario buscar una sociedad mejor que la que tenemos. Piensen ustedes en esto y vuelvo a Rousseau.

¿Por qué es buena la sociedad democrática? Es buena la sociedad democrática por una razón que me parece indiscutible. ¿Quién no prefiere la autonomía a la heteronomía? Es decir, ¿quién no prefiere gobernarse a sí mismo a ser gobernado por otros? Aun cuando en realidad, hay situaciones preocupantes en las que uno piensa que las personas prefieren ser gobernadas desde afuera a gobernarse ellas mismas.

Este tema ha sido tratado recurrentemente por muchos autores y uno de ellos es Erich Fromm. Fromm, en *El miedo a la libertad*, dice que, a pesar de que en la época moderna nos quejamos mucho de falta de libertad, él consideraría que, más que falta de libertad,

lo que hay es un terror profundo a ejercer la libertad de la que disponemos.

Recuerdo que en un ensayo de Jean Paul Sartre titulado *El existencialismo es un humanismo*, leí esta frase, este pensamiento sartriano, que me pareció inconcebible, paradójico, en un comienzo. Decía: «El hombre (entendiendo por hombre, la persona) es la criatura condenada a ser libre». Y cuando uno dice, ¿Cómo le pueden condenar a uno a algo tan deseable como la libertad? Es como si dijeran que uno está condenado a ser feliz y todos, de algún modo, queremos ser felices. Pero Sartre se explica. Que el hombre es la criatura condenada a ser libre significa que está abocada a tomar decisiones. ¡Y qué carga pesada es ésa, la de decidir! Todos tenemos la experiencia de que a propósito de cualquier situación cotidiana, trivial ¿qué hago el fin de semana, me voy a descansar o sigo trabajando?, ¿qué hacemos esta noche, nos quedamos reposando en la casa o vamos al concierto? hay dificultad de tomar esas pequeñas decisiones. Uno termina tirándole la pelota al otro, ¿por qué no decides tú? No, decides tú. O tirémoslo a la suerte.

¿Y qué tal cuando esa decisión no es si vamos al cine o vamos al concierto, sino qué hago con mi vida? ¿Cuál es el sentido que mi existencia debe tener? Ésta es una decisión que a nadie se le puede endosar. Esa es una decisión que debemos abocar nosotros solos, ratificando nuestra condición humana.

Pues bien, ¿por qué es buena la democracia? Primero, porque busca la autonomía, que me parece que es un valor indiscutible. Y ahora hago una digresión que creo que puede ser útil y especialmente por la situación que vivimos.

En el siglo XVI, Étienne de La Boétie, que era contemporáneo de Montaigne, escribió un bello texto, *El discurso sobre la servidumbre voluntaria*, en el cual dice que hay muchas personas que sólo quieren ejercer su libertad en una ocasión, para hacerse esclavos. Eso es legítimo. Yo quiero ejercer mi libertad una vez en la vida, para endosársela a alguien que me la maneje. Les advierto que eso que parece trágico en una persona, a veces se da en los pueblos. Hay pueblos que no quieren tomar sus propias decisiones. Hay pueblos que quieren que las decisiones sean tomadas por ellos.

Y, por tanto, prefieren a un gobernante democrático, un caudillo, un jefe mesiánico que decida qué es lo que debe hacerse para que la suerte suya y la suerte del país sean mejor.

Voy a leerles una pequeña cita de Ralph Dahrendorf, que es un alemán, fundador de la Universidad de Constanza, aunque luego tomó la nacionalidad británica. Es un liberal clásico —para que no haya sospechas de que se trata de quién sabe qué izquierdista peligroso— que en este texto que se llama *Después de la democracia*, dice lo siguiente y uno cuando lo lee piensa que puede referirse a una sociedad como la colombiana. Dice esto:

De hecho, el término totalitarismo fue inventado por el fascismo italiano, y usado, por lo menos durante un primer período, por el nazismo germánico. De ese modo se garantizaba que el pueblo siguiera al líder porque éste vestía uniforme y estaba encuadrado en columna. Lo que sucede hoy, no tiene nada que ver con esto, es completamente diferente. Se basa más bien en el intento de un líder o de una clase burocrática, de ponerse en condiciones de tomar decisiones sin controles excesivos, en presencia de un pueblo eminentemente desinteresado y apático. El autoritarismo se basa exactamente sobre la ausencia voluntaria de protesta, y en la apatía, en la no participación, en la debilidad de tener instituciones inventadas para protestar, como los parlamentos, los partidos de oposición o los medios independientes.

En muchos países sucede que la popularidad temporaria de un líder se combina con el desinterés colectivo respecto de la política. Apatía no quiere decir necesariamente que la gente no concurre a la votación, significa que no ejerce un control bien informado, cotidiano y permanente sobre el manejo de la cosa pública.

Creo que un fenómeno muy parecido al que describe Dahrendorf está ocurriendo en Colombia. De una manera un tanto deshilvanada, voy a vincular esto con algo que echo de menos en nuestra sociedad actual. Les repito que las cosas que digo, las digo porque creo en ellas fundamentalmente, y por eso incluso he sacrificado mi vida académica que era más placentera, la duda de los libros, la duda de la música, y estoy metido en una batalla política a la que no alcanzo todavía a sacarle gusto, que no alcanzo todavía a disfrutar, pero creo en estas cosas que les estoy diciendo.

Fíjense ustedes. El propósito de la democracia es tener una sociedad consciente, bien educada, desde luego, y que por tanto ejerza permanentemente una crítica y una crítica informada acerca de la acción del Gobierno.

He dicho, y he repetido en muchos escenarios, que en Colombia el problema fundamental, fíjense en lo que voy a decir, es un problema de orden ético y ¿ético en qué sentido? En el sentido de que la gente común y corriente, la gran masa de los colombianos, no se encuentra en posesión de un criterio claro que le permita distinguir lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo.

Cuando el presidente de Colombia a veces incurre en actos que no le importa, cualquier persona decente debería reprochar, no sólo no se le reprochan sino que incluso su fundamento, su apoyo, crece. Puedo citarles casos. Es posible que a la opinión pública no le importe que el presidente seduzca a los congresistas para que voten y de esa manera tener asegurada su reelección. Que luego se presente en el Congreso una ley donde se materializaba ese pacto del representante Teodolindo, asignando una suma grande de dinero a Teixedor Navarro¹ para que se realizaran determinadas obras y todo el mundo decía: “Aquí está la prueba reina”. Además todo el mundo lo sabía. Eso no es decente. Eso no es a tono con un Estado de Derecho que lo que postula o dice es que el Presidente está limitado por una normatividad y que no puede hacer sino aquello para lo cual esté autorizado.

Pero no sólo eso. Que el presidente de la República diga, ante un fenómeno como el que estamos viviendo, de la parapolítica, diga esto: «Sí, infortunadamente hay muchos de los parlamentarios que me han apoyado que en este momento se encuentran en la cárcel. Y parece que otros también van a estar privados de su libertad. Pero mientras estén en el Congreso voy a seguir pidiendo sus votos, para que apoyen mis iniciativas».

Eso no tiene presentación y el presidente no es censurado por un acto de esos, sino que la gente dice: “¡Que es tan hábil, que as-

¹ Teodolindo Avendaño y Teixedor Navarro son diputados colombianos. El primero se ausentó del Congreso para permitir que ganara una votación el presidente Uribe [*Nota de los eds.*].

tuto es el presidente, qué bien!, ¿no?”. ¿Eso qué significa? Eso significa que la gente no dispone de un criterio para saber qué es censurable y qué no ha de censurarse, qué debe aplaudirse.

Cuando, a comienzos del siglo XIX, se hizo por parte de un periódico alemán una pregunta muy bella, que se formuló a filósofos, a teólogos, a moralistas, ¿Qué es la ilustración?, Kant respondió de una manera que muchos de ustedes deben conocer: «La ilustración consiste en salir del estado de ignorancia culpable en que se encuentra la persona, porque no se atreve a pensar por ella misma». Es decir, algo que yo les decía ahora de las personas que desean ser conducidas, ser dirigidas, etc., ¿no les parece? Y cuando se le preguntó a otro ilustrado alemán de fines del XVIII y comienzos del XIX, Erhard², qué era la ilustración, dijo: «Es el primer derecho del pueblo en una sociedad democrática».

Porque para ser sujeto político es necesario disponer de criterios claros. Para saber a quién se vota, a quién se le transfiere la soberanía, como decía ayer alguno de los intervinientes en el coloquio tan bello que tuvimos anoche, no recuerdo bien si Felipe González o Sergio Ramírez: «¿A quién se le trasfiere esa soberanía?». Para eso es necesario tener un poco de ilustración. ¿Y esa ilustración de dónde se deriva? De una educación de excelentes candidatos. Y uno se pregunta: ¿En Colombia todo el mundo tendrá acceso a una educación de excelente calidad? No parece.

La segunda pregunta es: ¿Y acaso la clase dirigente tendrá interés en que todo el mundo tenga acceso a una educación de excelente calidad, para que pueda criticar lo criticable, censurar lo censurable, defender lo defendible? Difícil, ¿no?

Y entonces, uno dice, si en la democracia hay un sujeto político y hay una finalidad que ese sujeto político debe buscar, ¿cuál es la finalidad en la democracia? Hay que actuar en función del interés común. ¿Y cómo se forma el interés común? Rousseau en la primera etapa de su pensamiento tenía una hipótesis que hoy me parece impracticable y, por tanto, no sólo utópica sino quimérica, y era

² Johann Benjamin Erhard (* 1766 en Nürnberg; † 1826) uno de los filósofos alemanes más significativos de la época de la revolución francesa. Contemporáneo de Kant y estudioso de la *Crítica de la razón pura* [Nota de los eds.].

ésta: en una sociedad democrática, no debe haber siquiera partidos políticos ¿Por qué? Porque los partidos políticos son agrupaciones que buscan que triunfe un interés particular, mayoritario, frente al interés general. Porque el interés general debe pulsarlo cada ciudadano. En el momento en que va a votar, piensa ¿qué es lo que a mí me interesa? Y de acuerdo con Rousseau, cuando la persona, sin manipularla, la dejan que realice esa operación, resulta coincidiendo con muchas en una misma dirección.

Por ejemplo, todos nosotros tenemos interés, me parece, en que todo el mundo tenga acceso a una educación excelente en Colombia. Pero los intereses particulares, en cambio... Si yo soy un terrateniente tengo interés en que los trabajadores que necesitan tierra no tengan acceso a la tierra. Entonces hay un interés particular mío y yo quiero manipular a otros que tienen el mismo interés y fundar un partido. Que, desde luego, no lo llamaré el Partido de los Terratenientes, sino que lo llamaré el Partido de la Justicia Agraria y entonces convocaré a la gente a que vote por el Partido de la Justicia Agraria para incrementar mi tierra y que los otros se queden sin tierra para trabajar.

¿Con eso qué les digo? Que siendo utópica la propuesta roussoniana apunta a algo. Y es que debe haber claridad en la manera cómo se integra, cómo se persigue el interés común. Les pregunto por ejemplo: ¿Ustedes piensan que si en Colombia se dice (y se dice con razón parece) que más del 30% o el 35% del Congreso ha sido elegido por los paramilitares, con dinero de los paramilitares, para fines que son del interés particular de los paramilitares, podemos decir que esto es una verdadera democracia, que aquí se está percibiendo el interés general? Cuando hay territorios del país donde no se puede votar libremente, porque la guerrilla no permite que se vote libremente, o porque los paramilitares no permiten que se vote libremente.

Entonces diremos: ¿eso es una democracia? Creo que la respuesta honesta que cada uno tiene que dar es, eso no puede ser una sociedad democrática. Pero nos preguntamos, ¿y entonces por qué la llamamos así? Eso sí es muy importante, porque de ahí se siguen consecuencias valiosas en el sentido de que se investigue este tipo de intereses. ¿Cuáles son? La democracia se ha sacralizado. A mí

no me gusta que se sacralice nada. Pero la democracia se ha sacralizado en el sentido que lo único que legitima el ejercicio del poder es el consentimiento de los ciudadanos, es lo único. Muy bien.

Y entonces, como la propuesta democrática es riesgosa, de la construcción de una sociedad democrática se siguen consecuencias que ordinariamente los sectores que se han beneficiado del ejercicio del poder político, del poder económico, no están dispuestos a sacrificar. Entonces no se tiene el interés de construir una sociedad democrática, sino de sacralizar lo que se tiene, llamándola democracia. Y así se dice: «En Colombia no hay nada que objetar, esto es una verdadera democracia». Y entonces, a partir de esa afirmación, no hay nada que discutir.

Creo que nosotros no podemos dejarnos abocar a ese dilema trágico y que se nos plantea como inexorable, que es: O esta «democracia» precarísima o una propuesta autoritaria, llámese de izquierdas o de derechas, generalmente de izquierdas si es que van contravías de esto. Ayer el maestro Saramago manifestaba su preocupación porque muchos de los movimientos de izquierdas que han triunfado últimamente en Latinoamérica muestran esa vocación autoritaria que es deplorable. Y hoy Sergio Ramírez en un artículo de *El Tiempo* pone de presente lo que ocurre en Nicaragua. Y uno dice, ¿entonces el dilema es eso? ¿Que ocurra lo que ocurre en Venezuela o lo que ocurre en Nicaragua, o continuar con esta precariedad?

Ese dilema no admite un tercer término. El término tercero es la constitución de una sociedad democrática que no tenemos, desde luego. Y lo primero es ser consciente de que no tenemos una sociedad democrática. ¿Y a qué llamo una sociedad democrática? Una sociedad donde, ejerciéndose el poder en beneficio de los sectores excluidos, de los sectores tradicionalmente discriminados, tengan plena vigencia los derechos individuales y las libertades públicas. No creo que haya un ambiente distinto para la creación de una sociedad justa que la vigencia plena de los derechos individuales o el empeño deliberado de que esos derechos tengan vigencia y lo mismo las libertades públicas.

Entonces ustedes dirán: ¿Y eso se puede alcanzar? Claro que se puede alcanzar, pero eso sí, es necesario que, primero, seamos conscientes de en qué estamos y, en segundo lugar, para dónde vamos.

No estamos hablando de esas quimeras, de la sociedad sin clases o de la sociedad donde es el rey filósofo el que determina lo que allí debe hacerse. Esas utopías están excluidas. Todo esto es una utopía alcanzable. Que es alcanzable lo sabemos porque incluso muchos países en mejor situación que la nuestra se encuentran mucho más cerca de este ideal que nosotros. Hay que hacer muchas cosas, desde luego, esto no está a la vuelta de la esquina, pero tenemos que hacer ese esfuerzo los que estamos convencidos de que esa es una sociedad decente y que esa sociedad decente hay que buscarla.

Alguna idea más. Me he referido únicamente a lo que es la organización interna de una sociedad como una comunidad decente, pero en el mundo globalizado podemos hacer una consideración adicional. ¿Qué ocurre en este momento? En este momento la globalización es un hecho que parece incontenible. ¿Y hay que satanizar la globalización? No lo creo. De la globalización se siguen cosas bastante valiosas, muy positivas para la comunidad. Pero lo que sucede es que quienes han censurado la globalización, lo que censuran es el modelo bajo el cual la globalización se está llevando a cabo. Que es el modelo de la economía de mercado sin control, que es lo que llamamos neoliberalismo.

He visto sobremanera utilizar términos que son a menudo muy utilizados, y en un sentido peyorativo, para no crear resistencia. Digo neoliberalismo... y claro... No. La economía de mercado engordada, que es lo que se llama así. Y tenemos que ser conscientes de algo, no únicamente hacia adentro, sino hacia afuera. Nuestro país está siendo absorbido, arrasado —voy a utilizar también una palabra que es complicada de utilizar, pero la voy a utilizar— por el imperio más poderoso que la humanidad haya conocido, que son los Estados Unidos y no les hablo en los términos de la izquierda tradicional del imperialismo... No. Es que estos son hechos absolutamente comprobables.

Recuerdo que hace unos dos o tres años, leí en dos ediciones sucesivas de *The New York Times* dominical un ensayo publicado en dos entregas, de Michael Ignatieff, donde hablaba del nuevo imperio y lo describía de una manera certera, impresionantemente acertada, en la primera parte. Y cuando uno pensaba que la segunda parte iba a ser crítica de ese imperio, él dice en esta segunda parte:

eso es lo que debe ocurrir, y así se debe manejar un imperio, sin necesidad de hacer las guerras que hacían los romanos, aun cuando a veces los presidentes norteamericanos consideran que sí deben hacerse guerras de esa naturaleza, pero dominando a las naciones, a las naciones subalternas al hacer estrategia política a base de poderío económico y a base de tecnología.

Ahora estoy leyendo un bellissimo libro cuya lectura les recomiendo. Se llama *Contra el progreso y otras ilusiones*. Es un libro apasionante de John Gray, que es también un libro de un nuevo liberal, más o menos en el mismo sentido. Pero justamente me encuentro que a propósito de un ensayo que llama *La decadencia del poder del mercado*, dice lo siguiente John Gray:

Yo no celebro el debilitamiento del poder estadounidense, como hacen algunos en Europa. Un mundo multipolar puede parecer bien en teoría, pero en las actuales circunstancias es un entorno que invita a la anarquía internacional. El imperio estadounidense es la única forma de gobierno global disponible y resulta sin duda esta forma más benigna que cualquier otra alternativa realista que podamos imaginar.

Es evidente. Ustedes noten críticas de la oposición o de la izquierda. Eso existe. ¿Y qué ocurre? ¿En qué va a quedar nuestra soberanía? Yo no digo en qué va a quedar, ¿en qué está quedando? ¿en qué ha quedado nuestra soberanía? Nuestro país es uno de los países más dependientes, más dóciles a las exhortaciones, a los consejos o a las órdenes del presidente norteamericano. Y la pregunta es ésta: ¿Y podemos resistir a eso? Y mi respuesta es: sí, podemos resistir. Pero, eso sí, en primer lugar no solos. Solos, no.

Aquí viene la segunda idea que quería apenas proponer, porque estos son meros brochazos, que necesitan ser más elaborados. Y es ésta: la Unión Europea ha dado un gran ejemplo justamente para crear un equilibrio entre ese poderío absoluto de los Estados Unidos y el mundo; ha dado un paso muy importante. Todavía no ha logrado la utopía plena de la Constitución europea, ahí fracasó. Pero están en un Tratado que ha acercado a países que mantenían tradiciones de rivalidades entre sí, mucho mayores que las de los países latinoamericanos.

Ayer también el maestro Saramago proponía el tema de la identidad iberoamericana y se preguntaba si los indígenas serán incluidos dentro de la tradición iberoamericana. El nombre no importa mucho, latinoamericanos, iberoamericanos, o como propuso Haya de la Torre en sus buenos tiempos, la unidad indoamericana. Es evidente que nosotros, los países que tenemos una situación similar y una posición geopolítica también similar, tenemos que hacer esfuerzos grandes, porque cada uno no puede resistir, pero juntos es posible que sí lo hagamos.

Y fíjense como esto, que parece absolutamente aislado de la reflexión anterior, no está tan suelto. La vocación integracionista de Latinoamérica, o de Iberoamérica, o de Indoamérica, como ustedes quieran llamarla, tiene un supuesto. Y ese supuesto es la conformación de gobiernos democráticos en nuestra región.

¿Por qué la conformación de gobiernos democráticos en nuestra región? Por una simple razón. Porque sólo cuando se den gobiernos realmente populares, podemos oponernos a lo que quieren las grandes potencias y específicamente los Estados Unidos. Porque si los gobiernos son elitistas, autoritarios, etc., las elites no tienen nunca nada que perder. Por esta simple razón.

TERCERA PARTE
IBEROAMÉRICA, LOS RETOS DEL DESARROLLO

9. LA BÚSQUEDA DE UNA NUEVA AGENDA DE DESARROLLO PARA AMÉRICA LATINA

JOSÉ ANTONIO OCAMPO*

Quiero comenzar mi intervención agradeciendo a Rosa Conde la invitación para acompañarlos en el día de hoy. Éste es, sin duda, un evento de lujo.

Me encanta, además, estar con todos ustedes. Como ciudadano de este país, permítanme también darles la bienvenida a Colombia y a Cartagena de Indias, que es la joya más preciada de los colombianos. Su carga histórica se refleja no sólo en sus murallas, que nos remontan a su pasado colonial, sino en su historia republicana. Hay que recordar que aquí, el 11 de noviembre de 1811, se hizo el primer grito definitivo de independencia. Aquí fue derrotado Bolívar en la primera campaña libertadora y, en cierto sentido, gestó su segunda campaña. Es una ciudad cargada de historia que para los colombianos es particularmente querida.

En mi presentación quiero plantear algunos interrogantes sobre las reformas económicas en América Latina. Las reformas económicas generaron en su momento una gran esperanza y, de hecho, estuvieron muy asociadas al retorno a la democracia. En distintos países se presentaron como dos propuestas gemelas.

El retorno a la democracia nos trajo sin duda éxitos, aunque también ciertos fracasos, que no es del caso analizar aquí. A su vez, en materia económica se pensó que ésta sería una etapa de rápido crecimiento económico. La verdad es que, hasta muy recientemente esto no ocurrió y, en torno a las frustraciones que se han generado, se ha dado un debate muy profundo en los últimos diez o quince

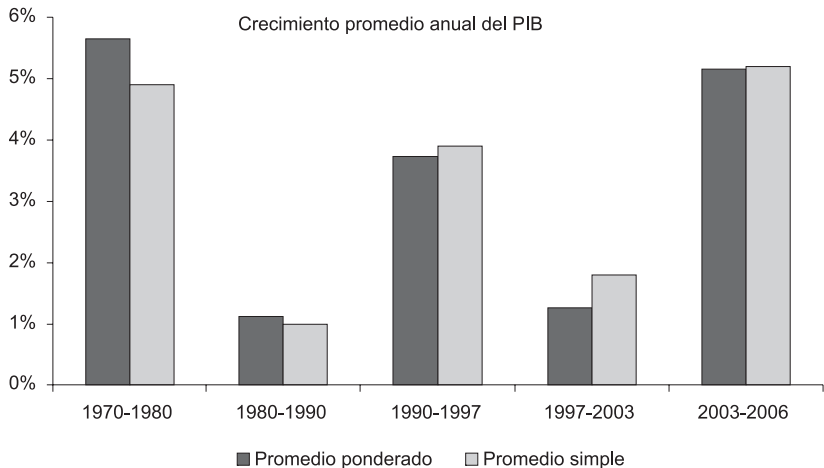
* Profesor de la Universidad de Columbia y ex Secretario General Adjunto de Naciones Unidas para Asuntos Económicos y Sociales.

años. Yo quiero presentarles algunos elementos de ese debate. Por eso, a diferencia del título que en su momento acordé con Rosa, le he dado a mi conferencia el título «La búsqueda de una nueva agenda de desarrollo para América Latina».

EL AUGE RECIENTE Y SUS DETERMINANTES

Comienzo con las noticias positivas. La más importante de ellas es que estamos atravesando desde hace cuatro años el mejor período de crecimiento económico en América Latina desde la década de los setenta. El gráfico 1 nos muestra, en el extremo izquierdo, el rápido crecimiento económico de los años setenta. El período que sigue, de poco más de dos décadas, tuvo dos etapas negativas, en medio de las cuales la región experimentó una fase de crecimiento. La primera etapa negativa fue la década de los ochenta, que la CEPAL denominó en su momento «la década perdida». Después vino un período de crecimiento, entre 1990 y 1997, que sin embargo no llegó a los ritmos de los años setenta y fue sucedido, durante la crisis

GRÁFICO 1. *Crecimiento económico en América Latina*



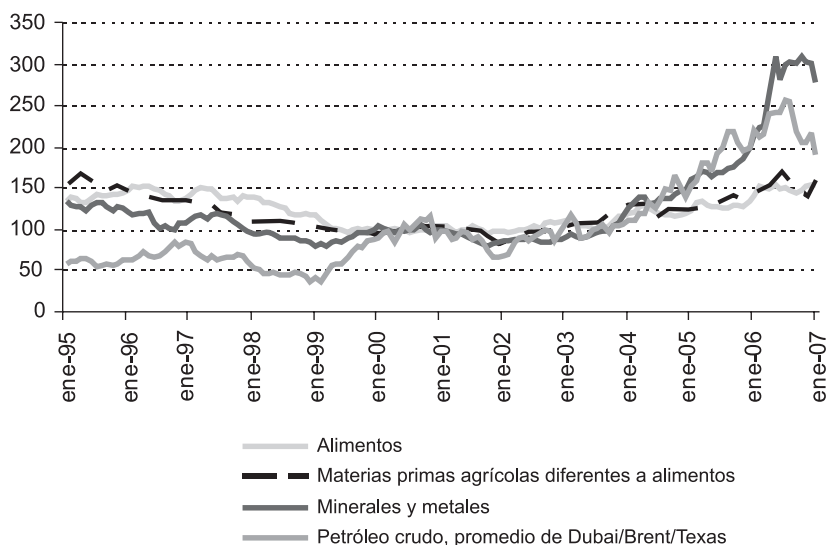
asiática, por lo que cuando fui Secretario Ejecutivo de la CEPAL denominé «la media década perdida», durante la cual los ritmos de crecimiento retornaron a los pésimos registros de los años ochenta.

Esta breve historia nos permite apreciar mejor las virtudes de la coyuntura actual: éste es el período de mayor crecimiento económico de América Latina en un cuarto de siglo. No es cualquier cosa.

Los factores que lo explican son básicamente una serie de circunstancias externas extremadamente favorables. La primera de ellas son los altos precios de nuestras exportaciones de materias primas. Esto es particularmente cierto de los productos mineros —petróleo, cobre, níquel, oro— y, en menor medida, de nuestros productos agropecuarios de exportación. A ello se agregan unas condiciones de financiamiento internacional excepcionales. Y, en tercer lugar, y muy importante para un conjunto amplio de países, sobre todo de la parte norte de América Latina, las grandes cantidades de remesas de los trabajadores migrantes.

El gráfico 2 nos muestra claramente el primero de estos factores favorables. Ahí se observa la evolución de los precios de las mate-

GRÁFICO 2. *Evolución del precio de las materias primas*



rias primas desde mediados de los años noventa y se ve cómo se elevan todos desde 2003 o 2004, aunque ciertamente no en la misma magnitud. En general, los productos agrícolas aumentan menos que el petróleo y los productos mineros. Por eso, podemos decir que éste es más un auge para los países petroleros mineros que para los productores de productos agrícolas, pero también los precios de estos últimos han mejorado mucho.

En una perspectiva de larga duración, la situación no luce, sin embargo, tan excepcional. El gráfico 3 nos muestra la evolución de los precios de las materias primas desde 1900. La tendencia a la baja de largo plazo de dichos precios, que postuló hace medio siglo don Raúl Prebisch desde la CEPAL, es evidente. En realidad, dicho deterioro se produjo a través de dos grandes caídas: una en los años veinte y otra en los ochenta. El auge reciente ni siquiera compensa la fuerte disminución de los precios reales de las materias primas en los años ochenta. Por eso podemos afirmar que los precios de materias primas siguen siendo históricamente bajos. Para ser preciso, esto es cierto de los productos agropecuarios pero no del petróleo y los productos mineros, que sí se encuentran en un nivel histórico elevado.

Las condiciones excepcionales de financiamiento internacional se muestran en el gráfico 4. Hay diferentes formas de medir dichas

GRÁFICO 3. *Precios de productos básicos, excluyendo petróleo, deflactado por los precios de manufacturas, 2.000=1.000*

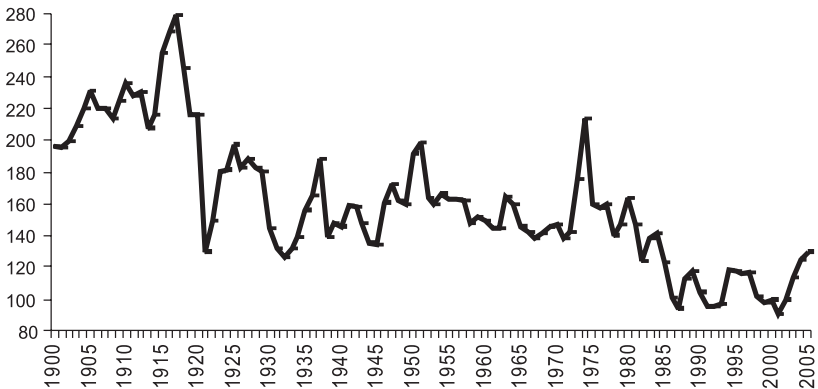
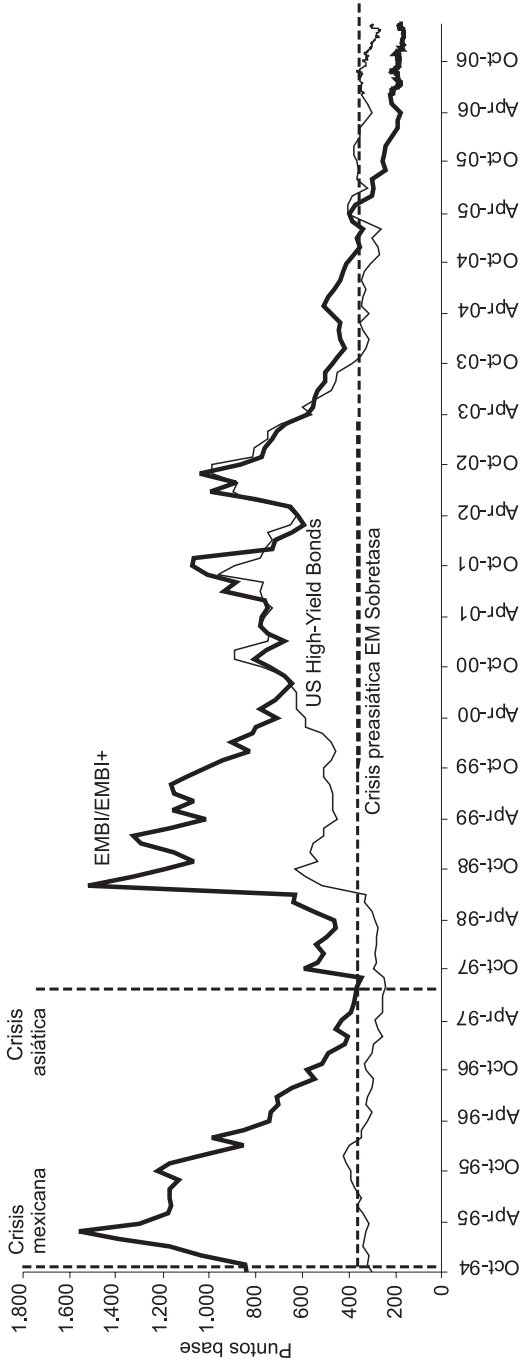


GRÁFICO 4. Sobretasa de JP Morgan EMBI+ y US High-Yield Bonds



condiciones. La que se muestra en el gráfico es la sobretasa (o *spre-ad*) que se paga sobre los intereses de la deuda externa de América Latina, medida en lo que en el mundo financiero se denominan «los puntos base» (cien puntos base equivalen a un punto de tasa de interés). Los puntos más altos de la curva, es decir, de mayor costo del crédito externo, se dan después de las crisis financieras: de la crisis mexicana, de la asiática y, especialmente, de la rusa. Después de esta última, América Latina pagaba 16 puntos de tasas de interés por encima del punto de referencia para estos cálculos, que son los Bonos del Tesoro de los Estados Unidos.

Puede observarse que en los últimos años la sobretasa que paga América Latina por su deuda externa está en los niveles más bajos desde que existe esta serie, es decir, desde mediados de los años noventa. O sea, el financiamiento que consigue hoy en día América Latina es abundante y barato.

Esta mezcla de altos precios de materias primas con financiamiento externo abundante y barato no se veía en América Latina desde los años setenta. No en vano los resultados económicos han sido básicamente los mismos: en ambos períodos hemos experimentado un crecimiento económico muy rápido.

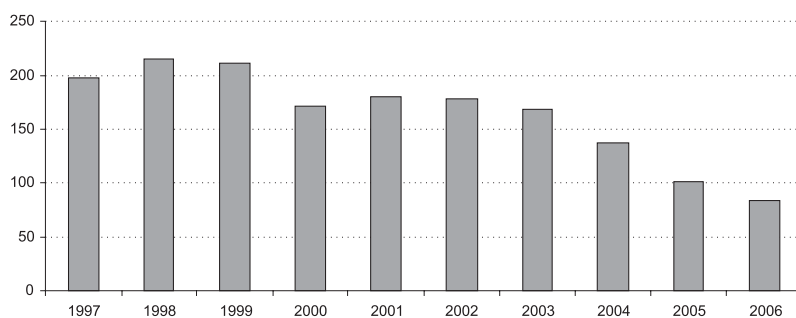
Además, la coyuntura ha sido, en general, bien aprovechada. Uno de los problemas que tiene América Latina en este mundo global es cómo manejar las grandes fluctuaciones del financiamiento externo. Los movimientos de capitales se han convertido en una gran fuerza económica, que generan auges pero también crisis económicas. Durante los años setenta, a comienzos de los noventa y desde 2004, la abundancia de financiamiento ha generado auges económicos pero, cuando los capitales se retraen, se han desencadenado crisis. Y para América Latina ellas han sido grandes crisis: la década perdida y luego, la media década perdida.

El manejo de este problema de volatilidad de los capitales, como se le denomina en el mundo de los economistas, es uno de los grandes retos para las autoridades económicas en el mundo de hoy. Hasta ahora América Latina ha suspendido la asignatura. No hemos sido, en efecto, capaces de manejar la montaña rusa del financiamiento externo, que se nos ha traducido en otra montaña rusa de crecimiento económico: bueno durante los períodos de abun-

dancia de capitales, seguido de recesiones cuando el financiamiento externo se interrumpe bruscamente.

En este contexto, también hay, sin embargo, noticias positivas durante la coyuntura actual en relación con las anteriores: se ha reducido la deuda externa. En otras palabras, la abundancia se ha utilizado en casi todos los países de América Latina para reducir la deuda externa. El gráfico 5 nos muestra que la deuda representaba más de dos años de exportaciones en 1998 y 1999. Hoy representa menos de un año de exportaciones. Esta reducción servirá el día de mañana para poder manejar una crisis, que seguramente vendrá, porque la historia nos demuestra que, en contra de los soñadores que anunciaban hace unos años el fin de los ciclos económicos, las economías modernas están sujetas a fuertes ciclos. Esto es especialmente cierto de las economías de los países en vía de desarrollo, cuya vulnerabilidad se deriva de los fuertes ciclos de los precios de las materias primas y de la volatilidad del financiamiento externo.

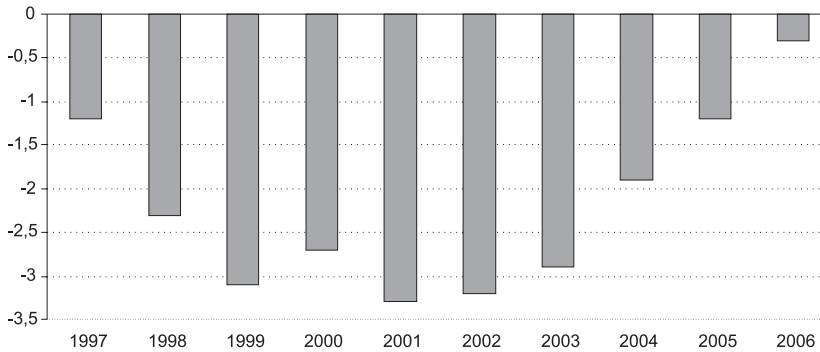
GRÁFICO 5. *Relación entre la deuda externa y las exportaciones de bienes y servicios*



Por otra parte, el gráfico 6 nos muestra el esfuerzo que se ha hecho también durante la coyuntura actual por mejorar las cuentas públicas. Hasta hace poco, América Latina tenía en promedio déficit fiscales superiores al 3% del Producto Interno Bruto. Hoy en día estamos en promedio casi en equilibrio. Esto indica que hemos

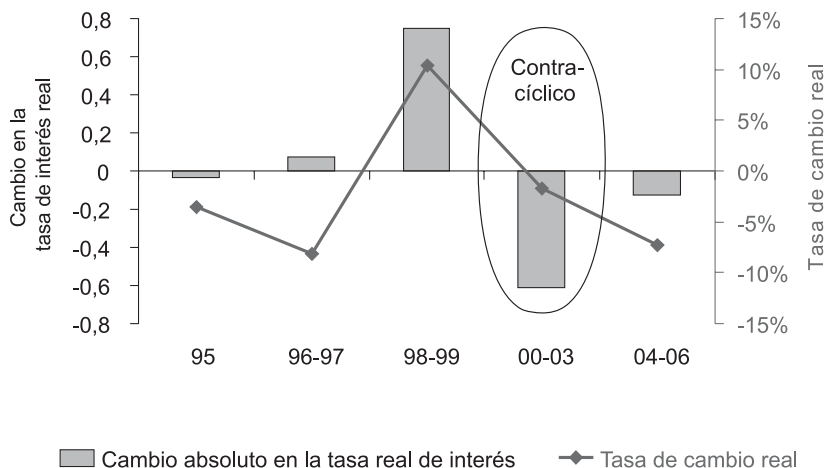
hecho también un gran esfuerzo por utilizar la bonanza para reducir los desequilibrios de las finanzas públicas.

GRÁFICO 6. *Déficit fiscal como % del PIB*



El problema fundamental se muestra en el siguiente gráfico, el séptimo, que refleja una esfera en la cual no hemos todavía aprendido a manejar las fluctuaciones provenientes del exterior. Me refiero al manejo de las tasas de interés y las tasas de cambio. Lo que normalmente hacemos cuando llega el financiamiento externo abundante es dejar que se revalúen las monedas, un fenómeno que ha sido también generalizado durante la coyuntura actual. Al mismo tiempo, no se pueden elevar las tasas de interés para ayudar a moderar el ritmo de crecimiento de las economías, porque ello atrae más capitales. Pero esa combinación de tipo de cambio revaluado, con tasa de interés baja, como la que hemos vivido en los últimos años, contribuye al auge económico. Es lo que los economistas llamamos una política pro-cíclica, o sea, una política que nos obliga a seguir los movimientos de capitales. Durante las crisis, como la de 1989-1999, acontece exactamente lo contrario: devaluamos y elevamos la tasa de interés, transmitiendo internamente la crisis.

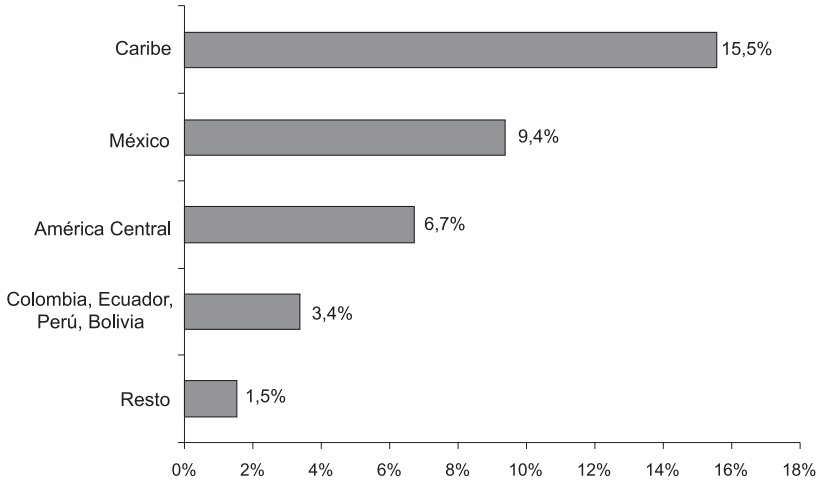
GRÁFICO 7. Promedio simple de ocho economías más grandes



Ese manejo pro-cíclico de las políticas monetaria y cambiaria sigue siendo uno de los grandes problemas de la política económica latinoamericana. En esta materia —a diferencia de la fiscal, donde, como he señalado, hemos tenido avances—, seguimos teniendo una política que tiende a acentuar los ciclos económicos provenientes del exterior, en vez de suavizarlos. La única excepción, como lo muestra el gráfico, es el período postcrisis, 2000-2003, cuando la reducción de las tasas de interés y la competitividad cambiaria contribuyeron a generar las condiciones para la recuperación económica.

El tercer fenómeno de origen externo es la migración internacional y los flujos de remesas que la acompañan. La migración tiene un impacto muy diferente en los distintos países de la región. Vista en términos de grandes subregiones, la proporción de la población que vive en el extranjero varía desde más del 15% para el Caribe, cerca del 10% para México, 7% en Centroamérica y poco más del 3% en Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, o sea, la Comunidad Andina sin Venezuela. Para el resto de Sudamérica la migración es un fenómeno mucho menos importante (véase gráfico 8).

GRÁFICO 8. *Porcentaje de la población que vive en el exterior*



Para las economías, sobre todo las más pequeñas, el financiamiento proveniente de las remesas es hoy trascendental. Para la mayor parte de las economías centroamericanas y para República Dominicana, por ejemplo, las remesas representan el 7% del PIB o más, y en Ecuador las cifras correspondientes no son muy diferentes. Pero las remesas también son importantes en países más grandes, como México y Colombia, donde representan el 3 o 4% del PIB. Es mucho dinero, que equivale a lo mismo o a más que el principal producto de exportación. Aquí en Colombia, por ejemplo, las remesas son más del doble del valor de las exportaciones de café y equivalen más o menos a las ventas externas de petróleo.

EL PESO DE DOS DÉCADAS DE LENTO CRECIMIENTO ECONÓMICO

Ésas son las circunstancias positivas que han rodeado la coyuntura actual. Pero no debemos olvidar cuáles son los problemas que hemos heredado de un período de más de dos décadas que, como

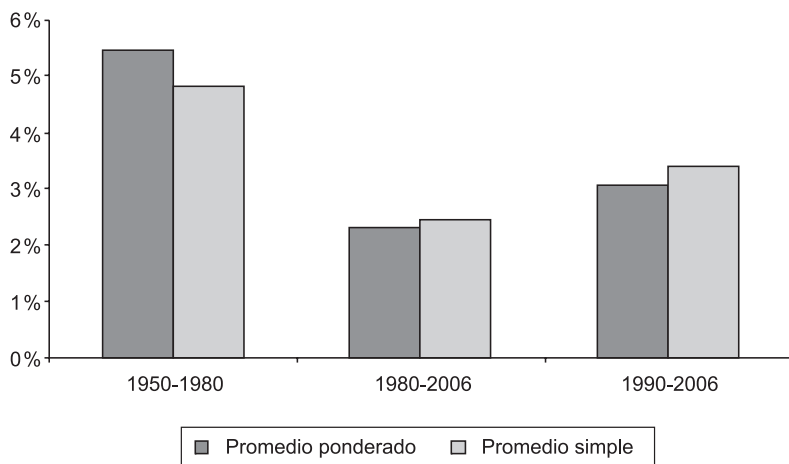
señalé al comienzo de mi exposición, fue en general de grandes frustraciones. La expectativa de que las reformas iban a dinamizar las economías latinoamericanas fue una promesa que no se cumplió.

¿Cuáles son las dimensiones que mejor reflejan las debilidades de la economía latinoamericana? Diría que son básicamente tres. La primera es un crecimiento económico lento e inestable, sujeto en particular a los vaivenes del financiamiento internacional. La segunda es un cierto retroceso en las estructuras productivas, que se refleja especialmente en un proceso bastante generalizado de desindustrialización. La tercera es la insuficiente sinergia entre los desarrollos en materia económica y social: avances en materia de política social que han sido contrarrestados con los efectos sociales adversos de los patrones de transformación económica.

Déjenme explicar un poco más esto último. La relación entre el progreso económico y social es de doble vía. La primera va de lo social a lo económico. En ese sentido, la política social permite que se acumule capital humano, especialmente mejores niveles educativos y condiciones de salud. El capital humano tiene, a su vez, un efecto positivo sobre el crecimiento económico. La otra vía va de lo económico a lo social. Se refiere a las oportunidades de empleo y a los impactos de los procesos económicos sobre la distribución del ingreso. Lo que quisiera mostrar es que, pese a las dificultades que experimentó la región en las décadas pasadas, la primera de estas vías, la que va de lo social a lo económico, ha funcionado relativamente bien. Los problemas fundamentales están relacionados con los efectos sociales de las transformaciones económicas.

Comienzo aquí comparando grandes períodos, en particular el período que va desde 1980 a 2006 con la fase anterior de desarrollo, que cubre entre 1950 y 1980, a la que me referiré como de industrialización dirigida por el Estado. Hay que recordar que las reformas se llevaron a cabo afirmando que ese período había sido un gran fracaso histórico en América Latina, debido a la estrategia fallida de sustitución de importaciones. Bueno, ese fracaso histórico produjo el doble de crecimiento del que hemos tenido en los últimos 25 años bajo el nuevo patrón de desarrollo. Más aun, la historia sólo cambia levemente si excluimos del análisis la década perdida de los años ochenta. Aun así, como lo muestra el gráfico 9, el

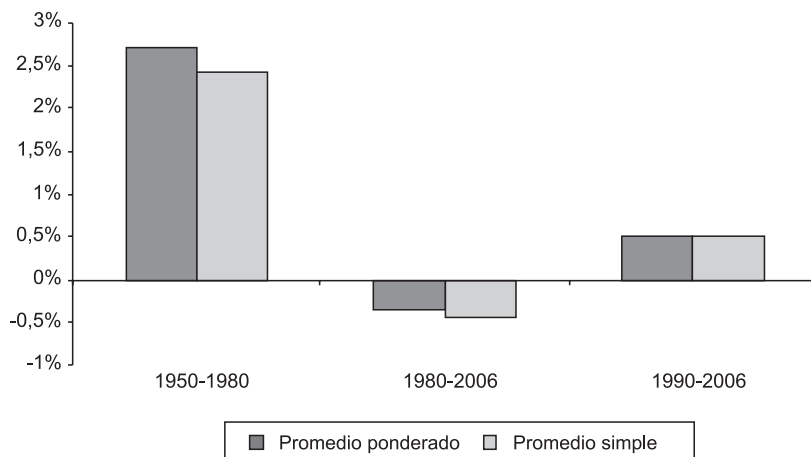
GRÁFICO 9. *Tasa de crecimiento del PIB*



crecimiento económico a partir de 1990 es sólo una fracción del que experimentó América Latina entre 1950 y 1980. No en vano muchos nos hemos preguntado qué fue lo que falló con las reformas.

El contraste es aun mayor si se mira a través de la productividad del trabajo, o sea, la relación entre la producción y el empleo. En ese sentido, como lo muestra el gráfico 10, el crecimiento de la productividad a partir de 1990 es irrisorio, apenas una mínima fracción de lo que fue durante los años de industrialización dirigida por el Estado. Más aún, si el punto de partida es el año 1980 hay un ligero retroceso en la productividad. O sea, la producción promedio de un trabajador en América Latina es hoy día inferior a la que era en 1980. Todo eso contrasta, además, con el crecimiento de la productividad en el período 1950-1980.

Esto no significa, en términos estrictos, que los trabajadores de las empresas latinoamericanas sean más improductivos. Lo que implica en realidad es que una proporción creciente del empleo se genera en sectores de baja productividad, o sea, informales. Ello refleja, a su vez, uno de los problemas esenciales del actual modelo económico, al cual me referiré más adelante: que no genera sufi-

GRÁFICO 10. *Tasa de crecimiento del PIB por trabajador*

ciente empleo y que el empleo que genera es informal, es decir, en sectores de baja productividad. Por eso la productividad promedio es baja, no porque en las empresas líderes no haya aumentado la productividad. En realidad, en este último sentido el período reciente ha sido extraordinario. Por eso, en algunos de los documentos que producíamos durante los años que dirigí la CEPAL, decíamos que hoy en día tenemos más empresas de talla mundial, capaces de competir en los mercados internacionales, pero al mismo tiempo tenemos más informalidad laboral. O sea, el dualismo económico y social que caracteriza a nuestras economías —y a nuestros países— se ha tendido a acentuar durante el período de reformas económicas.

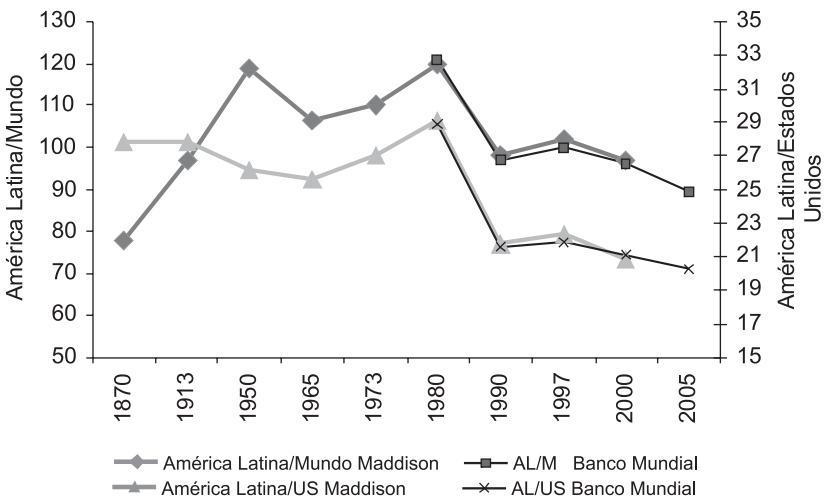
El lento crecimiento económico entre 1990 y 2006 es un fenómeno relativamente generalizado. Si el punto de comparación es, nuevamente, 1950-1980, el único país que crece más rápidamente en la última década y media es Chile. Otros tres países, Argentina, Bolivia y Uruguay, crecen más o menos al mismo ritmo en ambos períodos, pero se trata en todos los casos de ritmos bajos. El resto de países ha tenido un desempeño más pobre en el período reciente. Eso incluye las dos mayores economías de América Latina, Brasil y México, y la mayor parte de las economías de tamaño me-

diano, como Colombia, Perú y Venezuela, así como de las más pequeñas.

¿En qué se traduce esta fase de lento crecimiento económico? Básicamente en que, como lo muestra el gráfico 11, hemos retrocedido un siglo en materia de crecimiento en relación con el mundo. Aquí comparamos el PIB por habitante de América Latina con el del mundo, así como con el de Estados Unidos. El gráfico muestra que América Latina ascendió en el conjunto económico del mundo entre 1870 y 1950; después se mantuvo, con un retroceso temporal entre 1950 y 1965 (que fue en muchas partes del mundo recuperación de lo perdido durante la segunda guerra mundial), pero después experimentó un avance entre dicho año y 1980. El retroceso relativo fuerte sólo se da a partir de entonces, y es severo. En efecto, durante estos 25 años de lento crecimiento económico hemos retrocedido, en relación con el mundo, a los niveles de 1900.

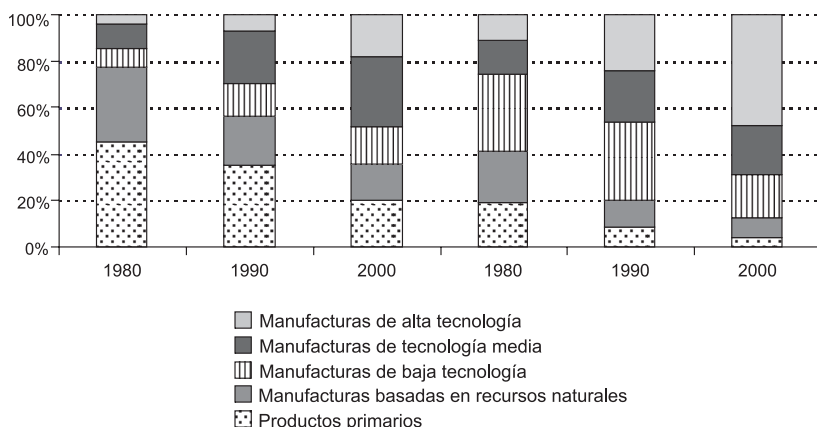
En términos de estructura productiva, hay también elementos preocupantes, particularmente la desindustrialización que ha experimentado una parte significativa de los países de la región y, especialmente, la falta de desarrollo de los sectores con alto contenido

GRÁFICO 11. *Disparidades interregionales*



tecnológico. El gráfico 12 muestra que la transformación de la estructura exportadora de la región ha implicado una disminución de los sectores basados en recursos naturales y un aumento de las ventas externas de productos industriales con contenido tecnológico medio o alto. Sin embargo, esta transformación ha sido mucho más lenta que la de los países más exitosos del Asia Oriental, donde el aumento de exportaciones con alto contenido tecnológico ha sido particularmente acelerado.

GRÁFICO 12. *Diversificación de las exportaciones*

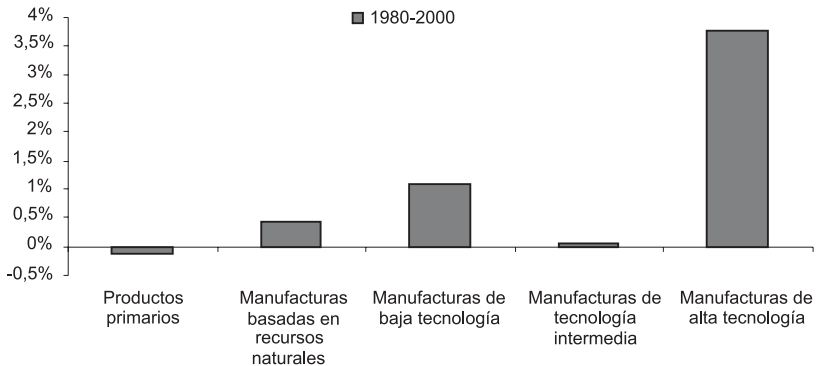


Esto es importante porque existe una relación clara entre crecimiento económico y patrones de especialización. Entre 1960 y 1980 este patrón fue claro: los países en desarrollo que avanzaron en su proceso de industrialización (entre los cuales se encontraban, por cierto, los latinoamericanos) crecieron mucho más que aquellos que se mantuvieron con una especialización basada en recursos naturales.

A partir de 1980 los patrones de crecimiento comenzaron a privilegiar cada vez más a los sectores de alta tecnología. Como muestra el gráfico 13, los únicos países en desarrollo que experimentaron un crecimiento rápido entre 1980 y 2000 fueron los que exportaban manufacturas con alto contenido tecnológico. Apostar por industrias con alto contenido tecnológico ha sido una de las

claves del éxito en Asia Oriental. Al mismo tiempo, durante esos años América Latina abandonó su estrategia de industrialización y desmanteló los aparatos de política industrial.

GRÁFICO 13. *Promedio simple de las tasas de crecimiento geométrico del PIB per cápita para países pertenecientes a cada grupo*



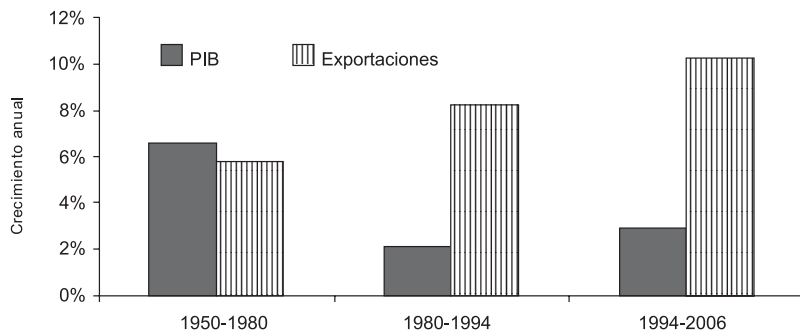
Vale la pena señalar que algunos países en desarrollo están creciendo rápidamente gracias al progreso de sus sectores de servicios. Aquí también podríamos reconstruir una historia muy similar. Muchos países de América Latina producen servicios de turismo, y Panamá es un gran exportador de servicios de transporte. Sin embargo, no participan muy activamente en los ramos de servicios financieros, de alta tecnología y servicios a las empresas, que son los que predominan en las economías más industrializadas. El único país de la región que tiene una estructura de exportación de servicios de este tipo es Brasil.

Por lo tanto, hay un problema importante de estructura productiva, al cual se le ha prestado muy poca atención durante las reformas de mercado, que de hecho pregonaron que «la mejor política industrial es no tener política industrial». El resultado es claro: hay un proceso amplio de desindustrialización, el ritmo de diversificación de exportaciones hacia sectores con contenido tecnológico es más lento de lo deseable y no hay una participación activa en el

desarrollo de los servicios de punta a nivel internacional. Hay sí, por supuesto, el futuro que prometen las materias primas si sus precios se siguen manteniendo altos.

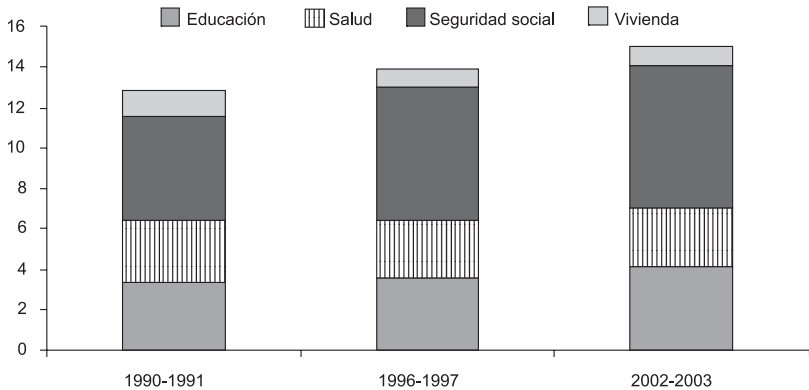
De alguna manera, los acuerdos de libre comercio han sido vistos como un sustituto de una política de desarrollo productivo. Ésta es un área donde han estado muy activos los países de la región, bajo el liderazgo de México y Chile. Sin embargo, sus resultados en términos de crecimiento económico no son notorios. El gráfico 14 es diciente: pese a sus efectos positivos sobre el ritmo de crecimiento de las exportaciones, el crecimiento de México bajo el Tratado de Libre Comercio de América del Norte sólo supera ligeramente el del período 1980-1994 y es apenas una fracción del que tuvo dicho país entre 1950 y 1980. La lección es clara: los tratados de libre comercio son una oportunidad, pero no un sustituto de una política de desarrollo productivo.

GRÁFICO 14. *México antes y después del TLCAN (NAFTA)*



En lo que tiene que ver con la conexión entre desarrollo económico y social, lo primero que se puede observar es que el retorno a la democracia tuvo un dividendo, y ese dividendo fue el compromiso con el gasto público social. Sus resultados son muy positivos. El gasto público social de América Latina muestra, en efecto, una curva ascendente desde 1990, como lo indica el gráfico 15. Más aún, todos los países han participado de esta tendencia favorable y, lo

GRÁFICO 15. *Gasto público social como porcentaje del PIB*



que es más interesante, los países que tenían niveles de gastos más bajos al comienzo de los años noventa son los que más han aumentado el gasto social. Ha habido, en otras palabras, una clara convergencia de la región hacia niveles más altos de gasto público social.

El resultado de ello ha sido una mejoría en los indicadores de desarrollo humano. Tal vez la mejor manera de verlo es a través del progreso en el logro de los Objetivos de Desarrollo del Milenio de Naciones Unidas. La Secretaria de Cooperación, Leire Pajín, mencionaba precisamente el primero de dichos objetivos: el compromiso para reducir la pobreza extrema a la mitad en el año 2015. Se trata, más en general, de un conjunto crítico de objetivos sociales y ambientales con los cuales se ha comprometido la comunidad internacional.

Los informes regulares que producen las Naciones Unidas sobre el logro de estos objetivos, que tuve la oportunidad de coordinar durante los últimos años, muestran que América Latina se compara relativamente bien con otras regiones del mundo en desarrollo, sobre todo con aquellas que tienen niveles de desarrollo comparables a los nuestros, Asia Oriental y Norte de África. Sin entrar en un análisis detallado de estos indicadores, déjenme hacer un resumen de algunas de las tendencias más destacadas.

En materia de educación primaria, estamos alcanzando la universalización en casi todos los países y sólo estamos ligeramente por

detrás de Asia Oriental. En educación secundaria, la cobertura ha avanzado rápidamente desde 1990 y hoy se acerca al 70%, un nivel comparable al de las otras regiones del mundo en desarrollo de similar ingreso por habitante.

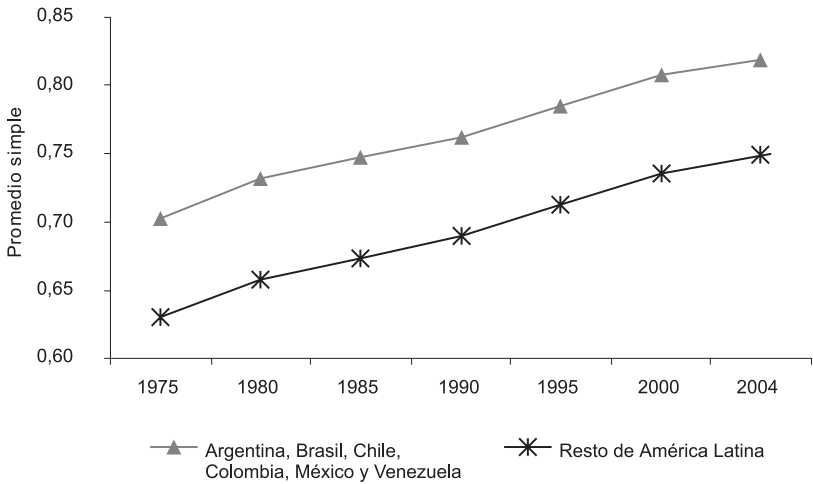
La mortalidad infantil ha experimentado un ritmo rápido de reducción, comparable al de Asia Oriental. Por su parte, en términos del porcentaje de nacimientos asistidos por personal médico calificado, América Latina está acercándose al 90%, el nivel más alto del mundo en desarrollo. De hecho, sólo hay un indicador en que el desempeño latinoamericano es pobre, el de mortalidad materna. Ello refleja los niveles muy altos de este indicador en algunos países (Bolivia, Perú, Brasil, Guatemala). Hay, sin embargo, otros, como Uruguay, Costa Rica, Chile, Cuba y Argentina, que en este indicador tienen niveles comparables al de países industrializados.

En las dimensiones de género que se cuantifican en los indicadores de Naciones Unidas, América Latina está nuevamente al frente del mundo en desarrollo. En materia de logros educativos, las niñas ya superan a los niños, en tanto que, en empleo asalariado femenino, América Latina tiene el mejor indicador del mundo en desarrollo. Y en materia de participación de las mujeres en los parlamentos, ha pasado del 10 al 20% en los últimos quince años. Es todavía un porcentaje muy bajo, pero nuevamente, con Asia Oriental, es el más alto del mundo en desarrollo.

El progreso resultante se mide con el indicador agregado de desarrollo humano del PNUD, que se muestra en el gráfico 16. Este indicador muestra un progreso continuo durante las últimas décadas, incluso una ligera aceleración en los años noventa. Todo esto refleja que los esfuerzos que vienen desde la política social han sido, en general, positivos.

Los problemas fundamentales provienen, por lo tanto, de los pobres resultados sociales del funcionamiento del sistema económico. Un primer indicador en este campo es la relación que existe entre la pobreza y el ingreso promedio de la población. Como indica el gráfico 17, sólo en 2005 regresamos a los niveles de pobreza de 1980, pero eso aconteció a un ingreso por habitante que es superior al de entonces. En otras palabras, en 2005 éramos ligeramente más ricos que en 1980 pero teníamos los mismos niveles de pobreza.

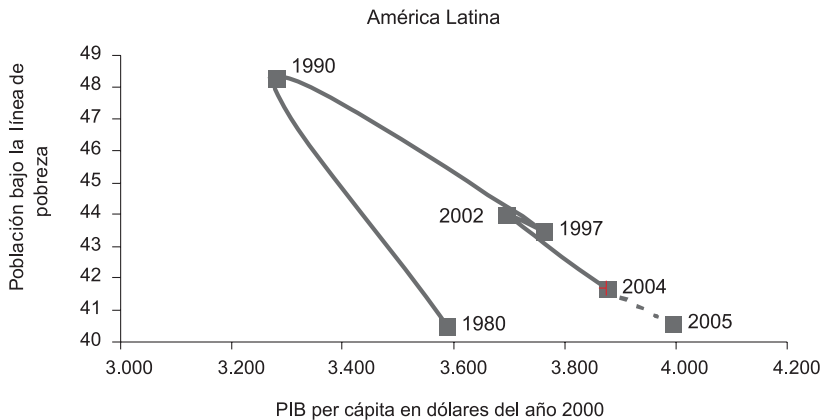
GRÁFICO 16. *Índice de desarrollo humano del PNUD*



Esto es una manera muy sencilla de decir que la distribución del ingreso se deterioró a lo largo del cuarto de siglo comprendido entre ambos años.

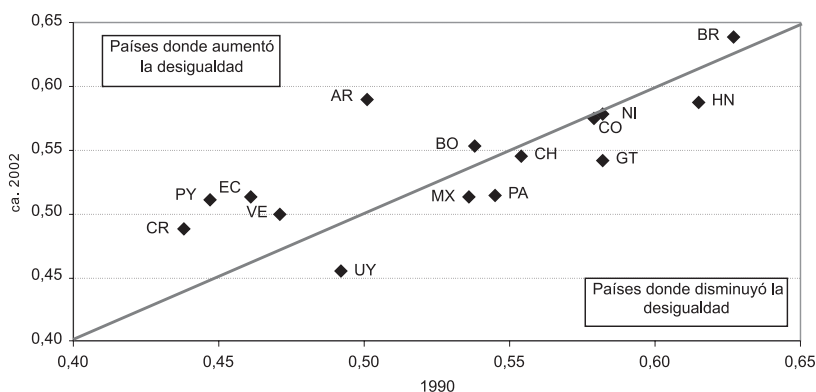
Cuando uno analiza país por país, se encuentra que la distribución del ingreso es, en general, mala y se ha deteriorado en un im-

GRÁFICO 17. *Relación pobreza-ingreso per cápita*



portante grupo de países. Es mala por una conjunción de factores: porque es muy alta la proporción del decil o quintil más ricos, porque es muy baja la proporción de los quintiles más pobres, o porque se combinan ambos fenómenos, como ocurre en los países que tienen la peor distribución del ingreso en la región. Además, el gráfico 18 muestra el deterioro distributivo que afectó a un conjunto importante de países hasta 2002, cuando parece haberse iniciado una fase de ligera mejoría en la distribución del ingreso. El deterioro fue fuerte en Costa Rica, Perú, Paraguay y Venezuela, y dramático en Argentina. Como se trataba en general de países con una mejor distribución del ingreso, la CEPAL caracterizó dicho período como de “convergencia hacia una mayor inequidad”.

GRÁFICO 18. *Cambios en el coeficiente Gini de distribución del ingreso, 1990-2002*



El otro problema que genera el sistema económico es la insuficiente generación de empleo. Los dos últimos gráficos, 19 y 20, muestran las dos dimensiones más notorias de este fenómeno. La primera es el aumento del desempleo abierto. Aunque esta variable ha venido bajando en América Latina durante los años recientes de dinamismo económico, se encuentra todavía por encima de lo que era característico aun durante la década perdida de los años ochenta. La segunda es el aumento en la informalidad laboral que ha caracterizado a un número amplio de países.

GRÁFICO 19. *Tasa de desempleo urbana*

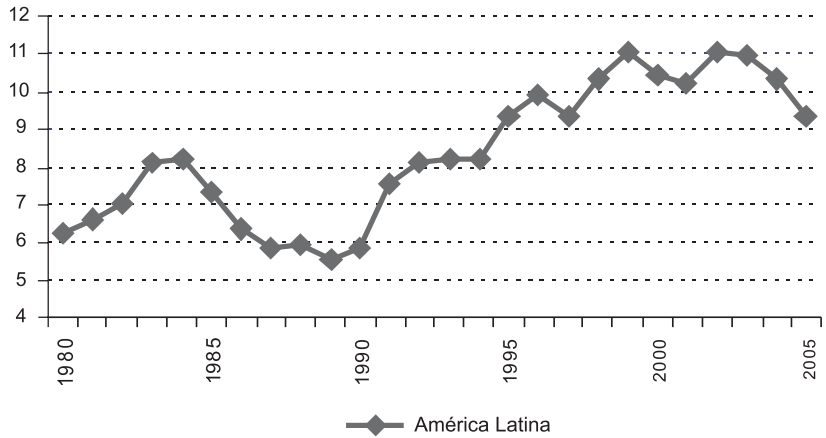
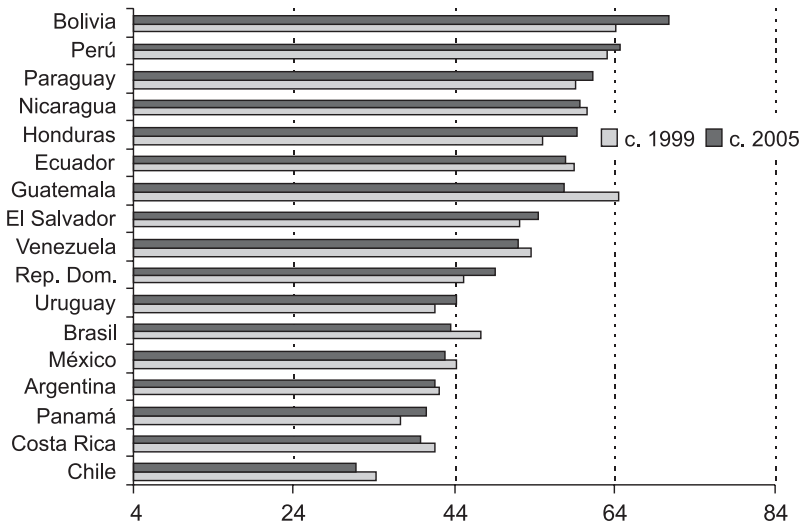


GRÁFICO 20. *Peso de la economía informal*



CUATRO MENSAJES PARA REPENSAR LA AGENDA

Esto me lleva a cuatro mensajes claves que se han venido desarrollando a través de debate crítico a las reformas económicas.

El primer mensaje es que necesitamos introducirle objetivos reales al manejo macroeconómico. La macroeconomía ha enfocado correctamente su atención en la inflación y en los desequilibrios fiscales, es decir, en las variables nominales de la economía. Pero se ha olvidado al mismo tiempo de apuntarle a las variables reales, o sea, al crecimiento económico y a la generación de empleo. Por tanto, el primer mensaje es que para superar el período de frustraciones con las reformas económicas, tenemos que pensar en una macroeconomía que se preocupe también de los efectos reales de las políticas correspondientes.

Nada ilustra mejor los dilemas que se enfrentan en este campo que el debate sobre los objetivos de los bancos centrales, que hoy en día son incluso más importantes que los gobiernos en el manejo de la macroeconomía. La visión ortodoxa contemporánea es que el único objetivo de los bancos debe ser la inflación. Esta visión contrasta, sin embargo, con otras visiones, en las cuales tales objetivos son mucho más amplios. El principal banco central del mundo, la Reserva Federal de los Estados Unidos, tiene por ley tres objetivos: baja inflación, generación de empleo y tasas de interés de largo plazo moderadas. Los dos últimos objetivos apuntan a las variables reales de la economía, en el segundo caso porque las tasas de largo plazo son uno de los determinantes fundamentales de la inversión y el crecimiento económico. En línea con este punto de vista, la Corte Constitucional de Colombia determinó en 1999 que, aunque el Banco Central debe propender por una inflación baja, no puede dejar de lado otros objetivos, entre los cuales se cuenta la generación de empleo.

Ahora bien, si no se quieren aumentar los objetivos del Banco Central, podría hacerse al menos un proceso tendiente a «visibilizar» los efectos reales de sus acciones, para utilizar un término que ha popularizado el movimiento feminista. Le diríamos entonces a los bancos centrales: evalúen e informen regularmente al parlamen-

to y al público cuál es el efecto de la política monetaria sobre el empleo. Igual cosa podría exigirse al Gobierno en relación con los instrumentos de política que manejan, en particular el presupuesto. Al presentar la ley de presupuesto, el Gobierno tendría que hacer una evaluación de los efectos de su política sobre el crecimiento económico y la generación de empleo. Eso es lo que yo llamo una macroeconomía con objetivos reales. Que el objetivo no sea sólo la inflación o los equilibrios fiscales, sino también el crecimiento económico y la generación de empleo.

El segundo mensaje que surge de los debates sobre las reformas económicas es que es esencial superar la visión según la cual la mejor política industrial es no tener una política industrial. No se trata aquí solamente de tener política para el sector manufacturero, sino política industrial en un sentido genérico, que abarca también los sectores agropecuarios, minero, turismo y otros servicios. En otras palabras, una política dirigida a los sectores productivos.

El punto esencial es que la economía no se hace sólo con macroeconomía: se hace con desarrollo de los sectores productivos. Por lo tanto, hay que pensar en cómo se hace desarrollo productivo en las condiciones de hoy: es decir, para economías abiertas y con predominio del sector privado. El núcleo central de dichos objetivos debe ser el diseño de una estrategia de diversificación de los sectores productivos, que apunte en particular a insertar las economías en los sectores tecnológicamente más dinámicos, y a introducir la dimensión tecnológica en todos los sectores. Ésa es para mí la lección del rezago productivo latinoamericano de los últimos 25 años, un periodo durante el cual las economías de Asia Oriental no dudaron en profundizar sus estrategias productivas y tecnológicas, con gran éxito, al tiempo que el tema desapareció de la agenda de las autoridades económicas latinoamericanas.

El tercer mensaje es que es necesario seguir reforzando la conexión entre lo económico y social que ha funcionado bien: seguir aumentando el gasto público social, dándole la base tributaria para financiarse adecuadamente. Sin duda, hay que seguir explotando las grandes innovaciones en política social, entre las que se cuentan los subsidios en dinero focalizados hacia los más pobres, como en los programas Oportunidades de México, Bolsa Familia de Brasil o Fa-

milias en Acción en Colombia. Todos esos programas han encontrado una forma de mejorar significativamente la situación de los pobres con recursos que son, en general, modestos. Pero ellos no sustituyen la política social fundamental que, en último caso, tiene que ser una política universal de educación, salud y seguridad social. Estas políticas, de larga duración, basadas sobre principios fundamentales de universalidad y solidaridad, son los principales cimientos de la política social.

Pero, al mismo tiempo, hay que pensar en lo que no ha funcionado bien en la conexión entre lo económico y lo social: en cómo mejorar los resultados sociales del funcionamiento del sistema económico. En este campo, lo esencial es pensar a fondo en el problema de generación de empleo y, sobre todo, de distribución del ingreso. Cabe recordar que los problemas distributivos han sido el punto más débil de todos los modelos de desarrollo de América Latina: no solamente del actual sino del que lo precedió y del que precedió al que lo precedió. América Latina tiene una historia de modelos de desarrollo donde la desigualdad ha reinado. Por tanto, la forma de atacar la desigualdad tiene que ser uno de los propósitos esenciales de cualquier reforma económica.

Mi último mensaje es que hay que olvidarse de las soluciones únicas. Las soluciones van a ser diferentes en los distintos países, porque eso es lo que produce la democracia. La democracia es, ante todo, una forma de acuerdos sociales que varían de contexto en contexto y, por tanto, produce diversidad. Esto hay que resaltarlo porque venimos de un período en que se nos enseñaba que había soluciones universales: había que abrir las economías, reducir el déficit del sector público, privatizar, en fin, recetas universales que no respetaban los distintos contextos nacionales.

Lo que esto implica, además, es que tenemos que aprender que las grandes decisiones económicas no son competencia de los tecnócratas ni de las instituciones internacionales, los dos actores centrales de la fase de reformas económicas de las últimas décadas. Le corresponde a la gente. La gente, directamente y a través de sus representantes, es la que tiene que decidir cuál es el tamaño de los sectores públicos que desean, de la carga y estructura tributaria necesarias para financiar el gasto público social, de cuál es el peso que

tendrán los distintos objetivos de la política económica. Es necesario, por lo tanto, devolverle a la democracia el papel que debe desempeñar en la elección de los sistemas económicos y sociales. Esto hay que repetirlo una y otra vez, porque venimos de una fase en que nos enseñaron que las reformas de mercado eran fórmulas universales que nos traerían un gran progreso; un progreso que, como vimos, no llegó sino en parches y con grandes dificultades.

Muchas gracias.

* * *

COLOQUIO

Primera pregunta

Buenas tardes profesor. Mi nombre es Raúl y vengo de Chile. Sobre el tema de la inflación, quería saber su opinión respecto a la vía que han tomado países como Venezuela y Argentina, que utilizan el control de precios e incluso, como el presidente Kischner, la negociación directa con las empresas de los precios de los productos básicos.

Segunda pregunta

Mi pregunta se refiere a ¿cómo evitar la tendencia a la revaluación que vienen experimentando tantos países latinoamericanos? Por otra parte, ¿que pasaría con América Latina cuando el ciclo favorable que usted describió, tanto de materias primas como de flujos de capitales no sea ya tan favorable y no lo hayamos aprovechado? Las economías asiáticas, la economía irlandesa y otras economías de Europa del Este parecen estar aprovechando mejor la coyuntura, haciendo fuertes inversiones. Además, aunque los números en materia de inversión social parecen muy positivos, es preocupante la calidad de esta inversión. ¿Qué pasará con América Latina? ¿Qué nicho de mercado podrá encontrar?

Tercera pregunta

Me llamo Carmen Rosa y soy de Colombia. Usted propone repensar la agenda y uno de los puntos es reconocer la diversidad de so-

luciones que proporciona la democracia. Con el perdón de los compañeros que están, quiero hacer un énfasis específicamente en Colombia, teniendo en cuenta que usted también es colombiano. ¿Cómo se recupera la confianza en las instituciones, desde la democracia, cuando la salud y la educación en Colombia no son vistas tanto como un derecho sino como un servicio que se está ofreciendo, como un negocio en manos de los mismos que siempre han mantenido la riqueza?

JOSÉ ANTONIO OCAMPO

Para comenzar, en el caso de los gobiernos latinoamericanos con manejo económico heterodoxo, no hay una sola ruta. En el caso argentino, la heterodoxia ha estado más en la macroeconomía y de pronto en la regulación de los precios de los servicios públicos. Pero no hay un impulso para ampliar la participación del Estado en la producción, que sí es una característica que ha mostrado claramente Venezuela en los últimos meses y Bolivia, aunque en este último caso circunscrita al área de recursos naturales, del gas en particular, y a la creación de un banco público de desarrollo.

Por tanto, no hay un modelo uniforme que pueda identificarse en estas experiencias. Lo que yo sí señalaría, basado en la historia latinoamericana, es que hay que evitar los populismos económicos. Tomemos, por ejemplo, el caso de Argentina. El rápido crecimiento económico y la forma como este país ha evitado la tendencia a la revaluación de la moneda, en contra de la tendencia regional, son elementos destacables. Al mismo tiempo, se han beneficiado de los altos precios de sus productos de exportación. Pero la decisión de controlar a niveles excesivamente bajos los precios de energía ha sido desfavorable, ya que ha generado escasas inversiones en dicho sector que amenazan con bloquear el crecimiento económico. Uno no puede tener variables económicas totalmente desalineadas de la realidad, porque lo termina pagando, en este caso a través de la escasez de energía.

El populismo económico es siempre atrayente, pero pertenece a lo que el presidente Cardoso llama las «utopías negativas». Ahora bien, es importante reconocer y resaltar que el populismo económico no es un patrimonio de la izquierda latinoamericana. Hemos teni-

do muchos gobiernos de derecha populistas en materia económica, o sea, políticas macroeconómicas expansivas que han generado una prosperidad temporal que no se ha podido mantener y han terminado en todos los casos fracasando. Y hay muchos gobiernos de izquierda que han sido responsables en su manejo macroeconómico.

Sobre la segunda pregunta, yo soy de aquellos que sostengo que uno de los grandes problemas de la política económica en América Latina es la tendencia a revaluar la moneda durante los períodos de abundancia. En algunas conferencias digo que esta es la amnesia recurrente de los latinoamericanos. Durante las crisis nos damos cuenta que tener una tasa de cambio competitiva es absolutamente esencial y lo es más en economías abiertas como las que tenemos hoy en día, en donde la competitividad exportadora debe ser uno de los objetivos esenciales de cualquier política económica. Pero la amnesia nos afecta durante los auges, y la tendencia a revaluar las monedas durante estos períodos nos debilita para hacer frente a la crisis posterior.

Argentina es, como lo señalé, un buen ejemplo de cómo evitar la revaluación. Brasil es, por el contrario, un caso de fuerte revaluación, como Colombia. Chile es un caso intermedio. Mi punto es aquí claro: la tendencia a la revaluación se paga caro, porque se paga en términos de competitividad de los sectores que van a ser críticos para manejar posteriormente el período de escasez. ¿Va a llegar una crisis? No sé. La situación actual de las materias primas sigue siendo extremadamente favorable y los mercados financieros están en una euforia absurda.

En términos del impacto sobre los precios de las materias primas, el papel de China es muy diferente al de otros países. En efecto, una parte importante del crecimiento de la demanda mundial de productos básicos proviene de dicho país. Por lo tanto, si el crecimiento chino se sostiene en torno al 9 o 10% anual, los precios de las materias primas se van a mantener altos. Si hubiera una crisis económica en China, que es un escenario posible, los precios de las materias primas se resentirían fuertemente.

Vale la pena señalar, al respecto, que la economía china tiene muchas fortalezas, pero también vulnerabilidades. Un punto muy importante es la presión de Estados Unidos para forzar a revaluar

bruscamente el yuan. Ello generaría, a mi juicio, una situación catastrófica, no muy diferente a la que experimentó Japón cuando le obligaron a revaluar el yen en los años ochenta para reducir su superávit en cuenta corriente, dando origen a la crisis financiera japonesa de los años noventa. Curiosamente, en términos de resultados para Estados Unidos, la fuerte revaluación del yen sirvió para poco, porque el superávit comercial de Japón siguió siendo espectacularmente alto.

Al mismo tiempo, China compite directamente, sobre todo en manufacturas de todo tipo, incluidas las de alta tecnología, porque si algo ha hecho China es invertir en ciencia y tecnología. Por lo tanto, el desafío de casi cualquier exportador de manufacturas es competir hoy con el gigante asiático. Por ese motivo China es al mismo tiempo una oportunidad y un desafío para América Latina. Para exportadores de manufacturas, como México, es un desafío. Para países exportadores de materias primas, como Argentina, Brasil o Chile, es una oportunidad. El balance varía mucho de acuerdo con el país.

Ahora, sobre el tema de la salud y la educación en Colombia, quiero resaltar que la Constitución de 1991 las consagra como derechos. El gran desafío que tenemos como sociedad es cómo garantizamos que sean efectivamente derechos. En esta materia, hay avances que he resaltado en varios trabajos que he escrito sobre el tema. En materia de educación secundaria y universitaria hemos avanzado mucho en las últimas décadas, aunque subsisten serios problemas de calidad, sobre todo en el sistema público.

En materia de salud, tenemos un sistema que, en cierto sentido, replica el chileno. Sin embargo, una gran diferencia es la introducción de claros principios de solidaridad. Allí se concentró la batalla política que dimos muchas personas en el año 1993, cuando se estaba elaborando la Ley 100 de reforma de la seguridad social. Así, mientras en la estructura institucional hay similitudes con el sistema de Chile, tenemos exactamente lo contrario en lo que tiene que ver con los beneficios que otorga la seguridad social en materia de salud. En el caso de Chile —o, para ser precisos, en la versión original de dicho sistema, que ya fue reformado durante la Administración Lagos—, cada persona tiene que comprar con el 10% de su

salario un plan de salud obligatorio. Pero, obviamente, el que gana 10 millones de pesos compra un plan de salud diferente al que compra la persona que gana 500.000 pesos. Lo que se hizo en el debate político de la Ley 100 fue garantizar que el plan de salud fuera universal, es decir, el mismo para todos los usuarios, independientemente de la cotización.

Esta es una característica que ha resaltado la Organización Mundial de la Salud al poner el sistema de salud colombiano como ejemplo para el resto del mundo. De alguna manera, como a veces digo, obedece al principio del Manifiesto Comunista: «de cada cual de acuerdo con su capacidad, a cada cual de acuerdo con su necesidad».

En términos de ampliación de cobertura de la salud, el sistema de seguridad social ha tenido mucho éxito a lo largo del tiempo. Se discuten todavía mucho las cifras, pero todo indica que estamos progresando hacia la universalización, descansando especialmente sobre el pilar puente solidario del sistema. Más aún, de acuerdo con las encuestas de usuarios que he visto, los usuarios del sistema lo valoran positivamente. Alrededor de un 80% considera que proporciona buenos servicios.

Hay muchísimo que hacer, por supuesto, pero en materia social Colombia ha tenido avances importantes. Aunque no lo resalté en mi presentación, Colombia es, de hecho, el país latinoamericano que más aumentó el gasto público social en los años noventa. Eso se refleja en diversos indicadores: hoy tenemos más salud y más educación, aunque no hemos logrado garantizar el derecho a todos.

Es importante, en cualquier caso, no perder de perspectiva que ése es el objetivo. En otras palabras, que lo que dice nuestra Constitución es que la educación, la salud y la protección social son derechos de los ciudadanos, no mercancías. Y la obligación del Estado es garantizar que estos derechos económicos y sociales se hagan efectivos.

10. LA INTEGRACIÓN REGIONAL: UN PROYECTO POLÍTICO ESTRATÉGICO

FRANCISCO ROJAS ARAVENA *

Me es muy grato estar esta mañana en Cartagena de Indias, y quiero agradecer a la Fundación Carolina el privilegio de estar en este convento. No es la primera vez que visito este edificio, pero hace unos cinco años estaba aún en ruinas y verlo hoy día, gracias a este esfuerzo de la cooperación española, es muy importante.

Quiero dar las gracias de manera muy especial a Rosa Conde, directora de la Fundación Carolina y al Banco Santander por el apoyo que da a estas importantes actividades. Y felicitar públicamente a la Fundación y a todos ustedes por esta idea: formar líderes iberoamericanos para un mundo global. La tarea que a ustedes les toca es armar esa red. No es una tarea fácil.

Yo trabajo en un organismo internacional que este año está de cumpleaños, cumplimos ya 50 años de existencia e iniciamos la celebración de estos 50 años con la presidenta Bachelet en Santiago de Chile. No ha sido fácil establecer en este tiempo una red unificada, capaz de impulsar de una manera muy importante a un grupo humano conformado por alrededor de mil personas, de las cuales quinientos son académicos.

Como han apuntado tanto Rosa Conde como Felipe González en el debate sobre el liderazgo que hemos tenido en estos dos días, la principal necesidad y la gran responsabilidad que tienen ustedes en sus manos es constituir esa red.

Por último, quiero agradecer de manera muy especial el apoyo de la Fundación Carolina a FLACSO. La extraordinaria relación

* Secretario General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

entre FLACSO y la Fundación Carolina nos ha permitido trabajar de manera sistemática el tema de integración y otros aspectos como cohesión social, pobreza y equidad en América Latina. Algunos de los resultados de esta tarea se expresarán en el Congreso Latinoamericano de Ciencias Sociales que tendrá lugar a final del mes de octubre, del 29 al 31, en Quito, Ecuador, en la sede de FLACSO.

Como se ha mencionado anteriormente, los números, la economía, no ayudan a la integración latinoamericana. Creo que parte de lo que hemos discutido estos dos días es que nos falta un proyecto político estratégico o, mirado desde el otro lado, tenemos una sobreoferta de proyectos políticos estratégicos. Para poder comprender esto, lo más interesante sería mirar algunas tendencias clave de América Latina. Vamos a tratar de trabajar cada una de ellas.

- América Latina hoy día es una región eminentemente democrática.
- Las tremendas desigualdades son una cuestión primordial.
- Somos un área marginal en los temas globales.
- Padecemos un alto nivel de heterogeneidad como región.
- En el último quinquenio hemos tenido un importante desarrollo económico.
- Los modelos de desarrollo son diversos.
- Carecemos de mecanismos efectivos de resolución de conflictos.
- Carecemos asimismo de liderazgos.
- Padecemos altos grados de desconfianza recíproca, y
- Nuestra región no tiene sentido estratégico.

Veamos estas cuestiones una a una.

DEMOCRACIA

Hoy en día la democracia caracteriza a América Latina. Puedo ponerle un apellido, quizá «democracia electoral» para diferenciarla de lo que algunos han señalado como la falta de una «democracia de los ciudadanos», donde éstos fueran capaces de enfrentar los grandes problemas.

Sin embargo, cuando miramos los datos, vemos que el apoyo a la democracia en la región ha sido constante prácticamente en una década. Hay períodos de fluctuaciones —por ejemplo, el año 2001, muy probablemente asociado al impacto que desde el año 1999-2000 tuvo la crisis asiática en muchos países de la región—, pero el apoyo ha sido más o menos constante, en torno al 58%. Quienes no están interesados o preferirían otro tipo de gobierno se mantienen constantes alrededor del 17%. Hoy día, por lo tanto, la democracia es una de las características de América Latina.

Tuvimos doce elecciones presidenciales entre noviembre del año 1995, con la elección del presidente de Honduras, a la reelección del presidente Chávez en diciembre del año pasado. Todas las elecciones —quizás con la única salvedad de México—, tuvieron lugar sin cuestionamiento de los resultados, aunque en algunos casos hubo demoras en su entrega debido a lo ajustado del escrutinio. En el caso de Honduras se demoraron más de veinte días en ser proclamados los resultados finales. En Costa Rica se precisó revisar voto por voto para poder proclamar que Óscar Arias había sido elegido. Y hubo sorpresas: Lula no ganó en primera vuelta, pero sí ganó la elección. Por el contrario, no hubo ninguna sorpresa en los casos de Bachelet o de Chávez. Ambos aparecían como ganadores sin demasiadas dudas.

DESIGUALDADES

Otro tema importante en la región es la inequidad, la pobreza. En 1980 el porcentaje de personas caracterizadas como pobres era del 48% frente al 38,5% actual. Es un esfuerzo importante en una década. Sin embargo, cuando se analizan los datos en términos absolutos, en el año 1990 había doscientos millones de pobres y en el año 2006 teníamos doscientos cinco millones. No obstante, hay que decir que se ha logrado reducir la indigencia y esto es una tarea permanente. La pobreza y las desigualdades, como se ha apuntado en estos dos días, son señas de identidad de nuestra región, la principal vulnerabilidad y el principal elemento que nos obstruye la posibilidad de avanzar.

ESCASA RELEVANCIA EN LA ESFERA INTERNACIONAL

En anteriores intervenciones se ha explicado con cifras: somos marginales en el mundo. Representamos el 8% del total de la población mundial, pero en las exportaciones de servicios somos solamente el 3%. Nuestras reservas de petróleo son poco menos del 10%. En cuanto a las importaciones de bienes estamos en el 4,8%. Como se ve, no hemos tenido un despegue importante en la presencia en el mundo.

HETEROGENEIDAD REGIONAL

En el ámbito político, América Latina no tiene una sola voz. Somos un área altamente heterogénea. Hay países, como Brasil, que es un continente en sí mismo, y hay microestados, como pueden ser algunos de los del Caribe, cuya población equivale a la que toma el tren o el metro en Ciudad de México en una hora.

Tenemos una alta heterogeneidad en distintos aspectos, uno de ellos es el étnico. Como se ha venido comentando, la marginalidad se vincula con las poblaciones originarias que, siendo mayoría, nunca han sido reconocidas como tales, sino que han sido tratadas como minoría desde hace 500 años. No es responsabilidad de quienes están hoy día ni de los conquistadores, es parte del desarrollo histórico. En Bolivia, Guatemala, Perú y Ecuador, más del 40% de la población tiene raíces originarias, o se reconoce como población indígena. Sin embargo, la representación política casi nunca alcanza este porcentaje. De ahí la importancia de la elección de Evo Morales.

En el resto de América Latina es menos del 10% y no genera, tensiones importantes como sí las tienen en los ejemplos comentados.

CRECIMIENTO ECONÓMICO

Desde el punto de vista del crecimiento económico, América Latina, en el último quinquenio, presenta las mejores cifras de los últi-

mos 25 años. En el año 2007 se proyecta un crecimiento del 4,7%, el año pasado fue de un 5,3% y esto rompe con la tendencia que venía desde el año 2002, desde las crisis asiáticas, que arrastraron a las economías latinoamericanas. Claramente, este crecimiento está muy vinculado al aumento del precio de algunas materias primas, particularmente el petróleo o a las grandes compras que está realizando Asia en algunos de los países latinoamericanos.

DIVERSOS MODELOS DE DESARROLLO

Los programas políticos y económicos en el último tiempo comienzan a diferenciar a los distintos países de la región. Un debate permanente ha sido si el desarrollo debe centrarse en un modelo «hacia fuera», o en un modelo «hacia dentro». Pero, más allá de este debate constante, en la actualidad aparecen tres visiones que soporan modelos de desarrollo distintos. Ellas son un modelo más ligado al desarrollo del mercado; un segundo modelo que busca un mayor equilibrio entre Estado y mercado y que pone énfasis en la protección social; y un tercer modelo más centrado en el Estado y en la reafirmación de sus capacidades.

FALTA DE MECANISMOS EFECTIVOS DE RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS

No sabemos resolver conflictos. En América Latina los conflictos han sido importantes. Cuando ustedes nacían, probablemente se producía alguno de los últimos conflictos en la región —entre Perú y Ecuador— o, un poco antes, los que llevaron incluso a la guerra de las Malvinas u otros.

Es interesante que hoy día, con la globalización, muchos problemas y litigios son llevados a la justicia internacional y esto ocurre en el caso de Nicaragua y Colombia, Salvador y Honduras, Costa Rica y Nicaragua, Uruguay y Argentina, y podemos agregar en el presente año el litigio por la limitación fronteriza entre Perú y Chile, que también irá a la Corte Internacional de Justicia, según ha anunciado el presidente García. Nos saltamos pues la instancia latinoamericana-

na, nos saltamos la instancia hemisférica y nos vamos directamente a la Corte Internacional de Justicia. En mi opinión, esto es bueno desde la perspectiva de la justicia global, pero es malo respecto a los costos que tiene para los distintos países y respecto a la incapacidad regional de encontrar forma de solución a estos problemas.

CARENCIA DE LIDERAZGOS

Quizás la mayor demanda de liderazgo se le ha exigido a Brasil y, como parece que Brasil no quiere asumir esa tarea, hay otros países que buscan ostentarla. Probablemente el presidente Chávez es quien mejor lo expresa. Hay otros países, como el Chile de Michelle Bachelet, pero Chile no tiene la dimensión y el peso para tener liderazgo regional. Por su parte, los grandes países —México, Argentina, Brasil— serían quizá los más capaces o más adecuados para sentar unas bases sólidas de liderazgo, pero no parece que esto esté ocurriendo.

ALTOS GRADOS DE DESCONFIANZA RECÍPROCA Y CARENCIA DE SENTIDO ESTRATÉGICO REGIONAL

No tenemos ni perspectiva ni sentido estratégico y hay una alta desconfianza recíproca que se expresa cuando los presidentes hablan con los otros presidentes respecto a cómo va a avanzar el desarrollo, cómo va a avanzar el cumplimiento de los acuerdos. Y esto ha sido expresado con bastante claridad en algunas de las últimas cumbres entre los jefes de Estado y Gobierno. Más adelante, si su paciencia me lo permite, ahondaremos en algunas de estas cuestiones y veremos otros elementos que dificultan los procesos de integración

SOBREOFERTA DE PROPUESTAS

Padecemos una sobreoferta de propuestas. Veamos algunas: el ALBA (Alternativa Bolivariana para América Latina y el Caribe),

el PPP (Plan Puebla Panamá), la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR) y el Grupo de Río. Sobre estas organizaciones se puede ampliar la información en la página de FLACSO o en un librito, *Todo lo que usted quería saber sobre el ALBA*, de unas cien páginas que ha sido posible gracias al apoyo de la Fundación Carolina. Lo mismo para el Plan Puebla Panamá, UNASUR y el Grupo de Río.

El ALBA es una instancia, una perspectiva, que involucra a países centroamericanos, sudamericanos y caribeños. El Plan Puebla-Panamá, que tenía como objeto aliar a México con Centroamérica, hoy día ha integrado a Colombia y tiene observadores de Ecuador. UNASUR involucra a los países del Caribe sudamericano. Y el Grupo de Río, a pesar de ser la instancia política más significativa, no ha logrado transformarse en un gran ámbito capaz de orientar los desarrollos políticos de la región.

Frente a ese escenario, se plantean varias incompatibilidades que es necesario resolver para avanzar en los procesos de integración.

Para que las cosas avancen es necesario tener un camino, una meta y evitar la sobreoferta. Si hay sobreoferta, cualquier propuesta terminará por diluirse. Conseguir el consenso no es fácil y hay que construirlo con un gran esfuerzo y tenacidad.

El primer problema es la sobrecarga en las agendas presidenciales. Hoy día, con las cumbres presidenciales, los presidentes de América Latina tienen reuniones internacionales por lo menos cada dos meses. Y eso provoca que en los países se diga: «¿Qué tiene que estar haciendo el presidente o la presidenta allá? Se lo pasa viajando». Cuando eso ocurre, los presidentes dejan de ir a las reuniones y se dice «Pero estas reuniones, ¿para qué sirven? que ya ni los presidentes vienen». ¿Cómo se resuelve esto? Probablemente con más coordinación entre las cumbres. No es fácil decirle a Su Majestad el Rey: «Mire no nos reunamos todos los años, reunámonos cada dos años», «No, pero si yo fui el que inventé esta cosa y quiero reunirme con los presidentes latinoamericanos todos los años».

El Grupo de Río por lo menos ya logró pasar a reuniones bienales y es importante para empezar. Pero si ustedes piensan que MERCOSUR se reúne cada seis meses, la Comunidad Andina se reúne cada seis meses, y casi todos los países de la Comunidad Andina son observadores o asociados al MERCOSUR, significa que se

reúnen todos cada seis meses. A esto hay que agregar, en el caso de los países del Pacífico, las reuniones anuales de la PPS; la sobrecarga de las agendas presidenciales dificulta muchas veces dejar un tiempo para el desarrollo de los proyectos.

Veamos un ejemplo de lo que hablo: tuvo lugar una cumbre energética sudamericana. Pocos días después fue la cumbre Puebla-Panamá para discutir el tema energético y ver un asunto relacionado con una refinería en Centroamérica; paralelamente, Venezuela organiza otra reunión sobre Petrocaribe. ¿Qué relación había entre los tres eventos que trataban los temas de energía? Ninguna. Se pierde tiempo, se pierden esfuerzos, y hay competencia por los recursos. ¿Dónde van a solicitarse los recursos? Salvo en el caso de Venezuela, que puede beneficiar al ALBA, de los mismos sitios: el Banco Interamericano, el Banco Mundial o de los grandes fondos internacionales de inversiones, pero todos los proyectos de infraestructura tienden a salir de las mismas fuentes.

Y hay grandes asimetrías institucionales. Hablando de esto, probablemente Estados Unidos no favorece la integración latinoamericana. Se señala que Europa sí, pero con un pequeño problema: Europa quiere tener un espejo en América Latina. Por lo tanto, desea tener un parlamento en cada uno de los grupos subregionales, corte de justicia en cada uno de los grupos subregionales... y esto no es realista en América Latina, que no tiene capacidad para hacer funcionar esa institucionalidad y eso genera grandes problemas.

Si analizamos la complejidad institucional (si es que se logra ver algo desde el fondo) en todos los casos hay cumbres presidenciales y hay un montón de grupos de trabajo que van desde el Consejo de Ministros, el Parlamento Centroamericano, la Corte de Justicia, la Secretaría General, la Dirección de Medio Ambiente, la Dirección Social, etc. Y esto ocurre en el TANCON, en el FICA, en el MERCOSUR, en UNASUR, en la Comunidad Andina..., en fin, en cada uno de ellos hay una gran complejidad institucional, pero como se señalaba anteriormente, sin fusibles. Si hay un problema, llegan los presidentes; si los presidentes no se entienden, el problema se agrava.

Es el caso de las papeleras sobre el río Uruguay, donde los presidentes no se pudieron poner de acuerdo, hubo malas interpretaciones y está en marcha un proceso de mediación de la diplomacia

española que será muy, muy largo, aunque probablemente terminará siendo resuelto por la Corte Internacional de Justicia. Nuestros propios mecanismos no nos han ayudado.

PRINCIPALES DESAFÍOS DE LA INTEGRACIÓN REGIONAL

¿Cuáles son los principales desafíos que enfrenta América Latina? El crecimiento económico, la pobreza, la desigualdad, la violencia, la falta de cohesión social, enfrentar los nuevos conflictos, la doble proyección internacional y la transnacionalización negativa. Veamos algunos de estos aspectos.

CRECIMIENTO ECONÓMICO

Desde el punto de vista económico, señalaba más arriba que América Latina tiene una proyección importante de crecimiento para el próximo año, casi el 5%, pero sin embargo este crecimiento no es homogéneo. Lo más grave es que la peor economía en América Latina, con excepción de Haití, es la novena o la octava economía del mundo, que es Brasil. Brasil, en 2006, tuvo un bajo nivel de desarrollo, comparado con América Latina. Asimismo, en 2007, poco más del 3%. Y la segunda economía más importante de América Latina que es México, también crece muy por debajo del promedio latinoamericano. Es decir, dos grandes motores de la economía latinoamericana no logran avanzar al ritmo que requiere el conjunto de la región.

POBREZA, DESIGUALDAD E IMPLICACIONES EN LA DEMOCRACIA

La distribución de las rentas probablemente es uno de los principales problemas en América Latina. Hay países como Chile que han sido señalados como ejemplo, aunque a los chilenos probablemente no nos gusta ser modelos porque... fuimos modelo de la revolución

en libertad, con el presidente Eduardo Frei, padre; fuimos modelo de revolución socialista, con sabor a empanadas y vino tinto, con el presidente Allende; fuimos modelo de contrarrevolución capitalista con Pinochet, y probablemente un modelo muy represivo de seguridad del Estado, aunque los muertos fueron menos que en Argentina; fuimos modelo de transición democrática... los de nuestra generación estamos cansados de ser modelo. No queremos ser modelo; queremos tratar de seguir abriendo espacio y las experiencias chilenas que puedan ser útiles que sean tomadas, pero probablemente los chilenos necesitamos decir: «¿Qué cosas no nos han funcionado más que las que han funcionado?». Porque probablemente lo que no nos ha funcionado es más importante para otros países. Y Chile ha logrado reducir la pobreza que hoy día en mi país está alrededor del 13%. Por primera vez, el año pasado, aparece que el *gap* entre ricos y pobres no creció. Durante todo el período anterior la diferencia entre ricos y pobres había crecido. Los ricos eran más ricos, los pobres eran menos pobres, pero la diferencia se incrementaba.

El país más equitativo de América Latina es Uruguay, donde los pobres alcanzan poco menos del 5% del PIB y el quintil más rico apenas el 51%. En el resto tenemos situaciones atroces sobre el 66%..., y esto, cuando se expresa en términos políticos, significa que la democracia de la calle, las formas más violentas de protesta social, tienen mayor peso.

El Latinobarómetro realizó una encuesta sobre cuál era la mejor forma de alcanzar los cambios y si la protesta era un instrumento efectivo. En Guatemala el 26% de la gente dice que sí, que es preferible salir a la calle para resolver los problemas. En Brasil, en Perú, en Bolivia, en Paraguay y República Dominicana son prácticamente el 20% quienes piensan que se puede promover la acción directa para resolver los problemas. Y esta acción directa ha tenido algunos resultados en América Latina.

Nueve presidentes han debido renunciar antes de tiempo y hubo un intento de golpe de Estado en Venezuela. Esto ha significado que se han buscado formas democráticas para resolver las cuestiones y no se transformaron en un problema más grave, normalmente los vicepresidentes asumieron el poder. Pero eso significa

que la democracia de la calle ha tenido una gran importancia en los cambios con la salvedad del año 92, con el *impeachment* a Fernando Collor de Melo.

VIOLENCIA

Otro aspecto esencial que debe resolver América Latina es el de la violencia. América Latina es la región más violenta del mundo. Tenemos casi el 8% de la población del mundo, pero somos responsables del 78% de los secuestros en el planeta. El 78% de los secuestros ocurren en América Latina. Colombia probablemente, no es el país que más secuestros padece, pero esta práctica adquiere matices mucho más complejos que la delincuencia común de otros países y eso se expresó, de manera muy violenta, en el asesinato de once parlamentarios, no hace demasiado tiempo.

Y eso es una marca en América Latina. Cuando se pregunta por las ciudades más violentas en el mundo, el *top 15*, 13 de ellas están en América Latina. Las tasas de homicidios por armas ligeras es un tema esencial. Quizás a esto deberíamos agregar otro aspecto, que probablemente al Banco Santander y a otros que manejan seguros les debe interesar, y es que hoy día estamos perdiendo una segunda guerra civil, que son los accidentes de automóviles, en particular con los jóvenes. Son jóvenes menores de 25 años los que más mueren en accidentes de tráfico, y quienes están presos, y quienes matan también son, por lo general, jóvenes menores de 25 años.

DESAFÍOS A LA INTEGRACIÓN

¿Cuáles son, pues, los principales desafíos de la integración? Nos enfrentamos a seis desafíos de carácter político. El primero es *la consolidación democrática*. ¿Cómo podemos consolidar la democracia en América Latina? Con un trabajo permanente. Alguien decía, «la democracia es como una plantita que puede ser muy débil y que varía de país en país». Esto lo recuerdo cuando vengo a Cartagena de Indias, y veo los árboles gomeros que hay en esta ciudad, y uno

piensa en Chile, donde estamos acostumbrados a tener una plantita y mimarla para que no se nos muera porque no se pueden tener gomeros... ¿Cómo le damos fuerza a esta planta de la democracia? En Latinoamérica, la confianza en los partidos políticos es de menos de un cuarto de la población, en el Parlamento no alcanza al 30%, y la confianza en los tribunales es menos del 33%.

¿Cómo podemos reforzar la política generando confianza? Esa es una tarea esencial y probablemente es uno de los temas que nos llevará a reflexionar y a buscar esto que Felipe González llamaba «nuevas formas de vincular la ciudadanía con la política». No hay democracia sin partidos políticos. No hay democracia sin Parlamento. No hay Estado eficiente sin tribunales de justicia transparentes y que generen confianza. Tenemos un nuevo mapa político en América Latina. Quizás el debate sobre izquierda y derecha no nos ayude a comprender el mapa político, aunque pueda brindar algunas claves históricas, y es necesario visualizar otros aspectos.

¿Cómo percibe cada uno de los países su inserción global? ¿Qué proyecto estratégico global posee? Por ejemplo, en el caso de Brasil, el presidente Cardoso hablaba del BRIC: Brasil, Rusia, India, China. Y Venezuela piensa en el VIC: Venezuela, Irán, Corea. Son proyectos estratégicos distintos de inserción global, dependen de la forma en que se piensa el mundo. Brasil también tiene un BIS, que es Brasil, India, Sudáfrica. Y probablemente pocos proyectos estratégicos piensen en América Latina. Estamos fraccionados, la América Latina del norte parece separarse de la América Latina del sur, y en cada una de las subregiones parecen tener más fuerza los proyectos subregionales.

Por otro lado, la forma de relacionarnos con Estados Unidos también marca el mapa político. El antiamericanismo crece en América Latina como crece en el mundo. FLACSO realizó una encuesta hará dos o tres años en las principales ciudades del MERCOSUR y había más antiamericanismo que el que existía en las épocas previas. Esto parece producto del unilateralismo radical de la Administración Bush, en particular con relación al tema de Irak. Pero la forma de relacionarse con los Estados Unidos y cómo eso se expresa varía mucho de región en región, de país en país.

Pero hay otras preguntas. ¿Cuál es la forma de relacionarse con la oposición? Es un tema esencial en la democracia. ¿Cómo se pueden o no construir acuerdos? ¿Cuál es el impacto que la globalización tiene en cada uno de nuestros países o cómo pensamos temas de la construcción de una identidad compartida? ¿A través de qué podemos construir esa identidad que es un aspecto esencial de los aspectos culturales? Los acuerdos que se adoptan no son vinculantes. Hoy día aparece la noticia de que habrá nueva Constitución en Venezuela, más allá de la reelección si no permanente, consecutiva. Otra noticia que dice que los acuerdos internacionales van a dejar de tener primacía sobre la ley nacional, eso significa que la posibilidad de adoptar acuerdos vinculantes que involucren y obliguen al Estado venezolano va a ser cada vez más difícil. De igual forma, hay grandes dificultades de operacionalización de los acuerdos, de qué manera se llevan a la práctica, cuál es la forma en que éstos se expresan. Y quizás tenemos un problema inicial, el vocabulario de la integración.

Cuando hablamos de integración muchas veces se entiende interlocución política, eso es básicamente el Grupo de Río. Cuando hablamos de integración también estamos hablando de convergencia, de complementación, coordinación, que eso tiene que ver con organizaciones como quizás pudiera ser el ALBA. Otros buscan, cuando se habla de integración, asociación política. En este sentido se puede hablar de los acuerdos bilaterales, de socios estratégicos, como el que México ha suscrito con Chile, o Chile con Argentina o Brasil con Argentina. O la integración como la capacidad de vincularse mucho más permanentemente entre los países.

Pero tenemos pocas perspectivas de integración desde la sociedad civil, pocas perspectivas de integración desde otros actores, seguimos pensando en la integración desde una perspectiva estrictamente gubernamental. Mientras la integración no supere lo gubernamental y al menos pase a lo estatal, involucrando a las sociedades, va a ser muy difícil que esto ocurra. Esta misma conjunción tiene que ver con las diferencias en el plano económico, entre zonas de libre comercio, uniones aduaneras, mercado común, una unión completa.

Como ya se ha comentado, las cifras no ayudan a la integración, ¿por qué? Porque Estados Unidos es el principal socio comercial

en el caso de México, en el caso del CARICOM, o de la Comunidad Andina.

En el caso del MERCOSUR, Estados Unidos solamente tiene el 17%, América Latina es el socio más importante, pero si miramos las cifras, América Latina es realmente importante para tres países, para los tres países más pequeños de Sudamérica: Paraguay, Uruguay y Bolivia. Para el resto de los estados de América Latina no es el principal mercado. En el caso de Chile, por ejemplo, se da un equilibrio importante en el comercio exterior.

Pues bien, este desajuste es lo que causa que hoy día muchos piensen que América Latina se encuentra dividida entre la América del norte, donde están México, el Caribe y Centroamérica y por lo tanto la frontera llega hasta el Canal de Panamá, y los países del sur.

Para terminar, muy rápidamente, abordaré lo que creo que es lo esencial: cómo generar un sentido político estratégico. Y en esto quizás el tiempo y la política no nos ayudan.

La coincidencia y superposición en el tiempo de los distintos jefes de Estado no es más de dos años, por lo tanto, si no se logran acuerdos vinculantes en el primer año, para ser empezados a ejecutar en el segundo año, los presidentes pierden interés porque ya anida el proceso electoral en cada uno de los países. Y la dimensión internacional no va a tener una importancia significativa.

¿Qué es lo que significa tener un proyecto político estratégico? No entraré en la discusión de si necesitamos una utopía, o por lo menos tener un sueño y ese sueño expresado en una visión. De alguna manera, cuando uno tiene una visión, significa que construye en la cabeza, en la mente, en el pensamiento, un futuro que lo va a realizar posteriormente en la práctica. Esa visión es la que tenemos que ser capaces de entregar, proyectar, desarrollar en los demás. Es esto que señalaba Felipe González y que Rosa Conde destacaba: el compromiso con los demás.

¿De qué manera esta visión se transforma en un compromiso que es capaz de ir aglutinando gente para establecer cursos de acción que nos lleven en esa línea, a los cuales se les asignen los recursos humanos y los recursos materiales para ser desarrollados? El tener una visión de largo plazo que vaya más allá de cada gobierno, que vaya más allá de una acción esporádica. En ese sentido, el pen-

samiento estratégico facilitará las decisiones. Va a priorizar la gran política. Es decir, priorizará los elementos de carácter político sobre los económicos y priorizará las acciones de cooperación en esta perspectiva.

Por lo tanto, para pensar en esto es necesario pensar en una agenda latinoamericana. Y esa agenda latinoamericana tiene un primer componente, los problemas globales son problemas de América Latina y del Caribe. Construir la cooperación y el multilateralismo es esencial para enfrentar la fragmentación latinoamericana y el unilateralismo del sistema internacional. Reconstruir las capacidades del Estado, para tener capacidad reguladora en los distintos ámbitos, y tener como objetivo principal el bienestar del mayor número de personas. El desarrollo del intercambio de buenas prácticas es algo esencial y, en ese sentido, la diplomacia, las redes como las que ustedes crean, las redes académicas, el poder sentar en una misma mesa, como en este caso, a un banquero y a un académico junto con los políticos que estuvieron los dos días anteriores, es esencial, permite intercambiar puntos de vista para mejorar la perspectiva de cada uno de nosotros y ser capaces de mejorar la política pública y su administración.

Por lo tanto, el construir una agenda de integración posibilita mirar cómo vamos a satisfacer los intereses a través de la asociación, genera un sentido estratégico que priorizará esos intereses; la voluntad política lo efectivizará e integrados superaremos las vulnerabilidades. Sin integración regional no habrá capacidad de tener incidencia en el mundo global. Ésa es la tarea que tienen ustedes por delante.

* * *

COLOQUIO

Primera pregunta

¿Qué podemos hacer para que las políticas de hoy sean transparentes? ¿Nos puede hacer alguna sugerencia respecto a las políticas educativas en valores desde la primaria?

Segunda pregunta

Quería hacer dos consultas. La primera sobre la influencia de Asia, principalmente de China, en la integración regional. China ha sido un factor fundamental en los últimos años en el crecimiento de muchos de los países de América Latina y quería saber ¿en qué medida el objetivo político estratégico de la región asiática puede diluir el proceso de integración regional en América Latina?

Y como segunda pregunta, el tema de los movimientos sociales que se están dando en América Latina, ¿de qué manera puede influir esta integración de movimientos sociales, esta emergencia de movimientos sociales en un proceso de integración social que se dé en la región? ¿Puede llegar en algún punto a tener alguna influencia política esta emergencia que han tenido los movimientos sociales en nuestros países?

Tercera pregunta

Yo quería preguntarle su opinión acerca del desarrollo energético que se podría dar en América Latina por la abundancia de recursos que tenemos, por los nuevos descubrimientos de gas, y si estos grandes proyectos que se están dando en Perú, en Bolivia, en Brasil pueden ser un motivo de integración en la región.

FRANCISCO ROJAS

Las cifras que les he dado sobre pobreza no son de FLACSO, son probablemente las cifras que tienen mayor legitimidad en el desarrollo de análisis económico de América Latina y son las de CEPAL. Después, José Antonio Campo, quien tuvo a cargo la CEPAL, se referirá a algunos de estos temas. Pero, básicamente, yo creo que los indicadores de pobreza tienen que ver con las cifras más macro que se señalan: un dólar diario, dos dólares diarios. Pero a su vez son importantes, puesto que la gran mayoría de los casos están basados en encuestas de hogares realizadas en cada uno de nuestros países, con lo que se mide, de alguna manera, sobre la base del contexto social y cultural de cada país.

Probablemente la pobreza es muy distinta en el Cono Sur, respecto a la centroamericana o la caribeña. A muchos pobres centroamericanos les parecería que la pobreza en los países del Cono Sur puede ser más parecida a una clase media. Creo que los contextos

siempre hay que mirarlos. Felipe González decía cuando se le preguntaba por la mujer: «Bueno, ¿comparada con quién?», o el marido «¿comparado con quién?», para colocarlo en una perspectiva correcta de género. Ése es un aspecto esencial.

Lo segundo es que la pobreza debe ser mirada en una perspectiva histórica, ¿desde qué situación se está moviendo, desde dónde partimos y hacia dónde vamos? Las cifras internacionales señalan que una persona que vive con menos de un dólar diario está en indigencia que, superados los dos dólares, está en una situación un poco mejor. Lo que ha hecho posible en el caso chileno avanzar en este campo ha sido que se han tomado un conjunto de medidas y en particular el poder establecer, de manera muy clara, políticas específicas que han ayudado, a través de la focalización, a resolver los temas más graves, pero en una perspectiva de que el crecimiento económico, posiblemente, es lo que genera mayores oportunidades.

El tema de los valores es una cuestión esencial y la dificultad es cómo se pueden enseñar valores y quizá la mejor forma es a través del ejemplo, no hay otra forma más evidente de enseñar valores. Probablemente en Colombia es donde mejores formas se han desarrollado de enseñar una cultura de la no violencia, una cultura de resolución no violenta de conflictos. Y se ha desarrollado en Colombia precisamente por el contexto de violencia del país, y se pueden llevar a la escuela como juegos para niños, como formas de enfrentar estos temas. Yo no conozco experiencias en América Latina, en el campo educativo, pero supongo que pueden existir, se podrán sistematizar, recoger cuáles han sido las mejores prácticas en este campo.

El tema de la corrupción probablemente se evita si decisiones muy importantes no quedan en una sola mano. Normalmente, la corrupción en el ámbito estatal tiene que ver porque hay alguien que corrompe desde el ámbito privado. Pero, si hay más de una ventanilla a la cual recurrir, probablemente disminuyen las oportunidades para la corrupción. Esto es mucho más fácil señalarlo que establecerlo en términos de norma.

Y la transparencia que generan los nuevos métodos de comunicación, los presupuestos participativos o al menos que los presupuestos puedan ser visualizados por la ciudadanía, cuando los gobiernos los presentan cada año, es una cuestión esencial. Lo que no

asegura esta transparencia es que no exista una corrupción: «hecha la ley, hecha la trampa», pero cuanto más transparencia exista será más fácil poder ver dónde aparecen los principales problemas.

En el caso de China, tengo la impresión de que puede incentivar negocios comunes en América Latina, entre países latinoamericanos, pero todavía de manera muy débil y lo que sí es claro es que China no es un reemplazo equivalente a lo que en algún momento se pensaba en la política de bloques, competitivo con los Estados Unidos.

Si durante la guerra fría, la Unión Soviética no fue competencia en esta región del mundo para los Estados Unidos y no buscó la interferencia en América Latina, mucho menos lo fue al final de la guerra fría, y China no tiene la voluntad de enfrentar a Estados Unidos en términos políticos en esta región.

Ustedes recordarán lo que decía un gran actor de televisión, Ronald Reagan, que hablaba de «la mano negra del imperialismo soviético, que viene a través de Cuba y se inmiscuye en Centroamérica». Probablemente eso no fue cierto en ese momento.

China tiene una política de largo plazo, tiene una política cuyos tiempos nos cuesta entender. Mi hijo estuvo hace poco en ese país. Después de haber terminado la universidad, dijo que quería darse un año sabático, y se fue a Asia y estuvo algo más de un mes en China. Visitó Xi'an, donde están las figuras de terracota, y hablando con un guía que estaba allí, le preguntó: «Bueno, ¿ustedes qué perspectiva tienen de terminar esto?», a lo que se le respondió: «Bueno, yo espero que mis nietos en unos cien o ciento cincuenta años más ya hayan terminado de despejar este nivel». Eso sería inconcebible desde nuestra perspectiva. ¿Cómo ciento cincuenta años por delante y estamos trabajando...? Bueno, es una dimensión del tiempo distinta. Y en esa dimensión del tiempo distinta, obviamente no avanza con las perspectivas y las premuras que tenemos en el mundo occidental.

El tema del desarrollo energético es quizá uno de los incentivos mayores para la integración, pero también puede ser una gran fuente de conflictos. Tengo la impresión de que muchos países que poseen recursos energéticos, como pueden ser los latinoamericanos, piensan que están sentados en un barril de petróleo, o de gas —si

no de diamantes, o de oro, o de la bomba atómica— y que con eso van a tener un resorte para cambiar el mundo. Probablemente no es así. La única forma de cambiar, al menos en esta región, es la capacidad que tengan los distintos países de pensar un proyecto integrado, un proyecto holístico. Resolver los problemas de electricidad en Argentina, en la parte sur de Argentina, pasa quizá por desarrollar los grandes proyectos hidroeléctricos en Chile y que, a cambio de eso, Argentina pueda traspasar más gas a Chile en la zona central; llegar a acuerdos con Bolivia para que la electricidad que requiere Chile, el norte de Chile, venga del gas boliviano y a cambio de eso, Chile pueda facilitar más acceso a Bolivia al mar, al desarrollo que pueda tener en esa región. Lo mismo cabe decir para el proyecto de Camisea y cómo esto se vincula con los anillos energéticos en toda la región.

Lo que vamos a tener van a ser más tensiones como las que hoy en día padecemos, donde desde la perspectiva de acuerdos que son vistos como vinculantes no se terminan de cumplir respecto a las cuotas de entrega de gas, porque aumentó el frío o porque no logramos ponernos de acuerdo en los precios, cuando los precios que se deberían aplicar, tal como señalaban ayer tanto Cardoso como González, son los precios del mercado. Y entonces se llega a situaciones paradójicas... que Chile está construyendo una planta de gasificación para traer gas de Malasia, de Argelia o de otras partes cuando el gas está en el vecindario y no tenemos una capacidad política para alcanzar los consensos esenciales en torno a esto.

Es decir, creo que el gas, el petróleo o el dilema energético muestran lo que muchos diplomáticos han señalado de América Latina, que tenemos un gran discurso integracionista pero estamos desintegrados desde el alma, no tenemos una infraestructura que nos una para avanzar en este campo, y la infraestructura que nos podría unir es, básicamente, la infraestructura energética, la infraestructura física, los corredores biooceánicos para aprovechar las oportunidades de ser el puente entre Asia y Europa, entre Asia y la costa este de los Estados Unidos.

JOSÉ JUAN RUIZ [BANCO SANTANDER]

Yo quería hacer dos comentarios, uno sobre pobreza y otro sobre energía, complementándolos.

Entiéndaseme bien, yo creo que la pobreza es terrible, es dolorosa. Tener doscientos millones de personas pobres en el continente es terrible. Un quinto de terrible de los mil millones que tiene India y de los mil millones que tiene China y, sin embargo, cuando uno oye hablar de India, de China, la primera palabra que viene no es la pobreza, es el desarrollo, es el crecimiento, es la estabilidad. Y ésta es una reflexión que me gustaría que dejáramos encima de la mesa. Mientras sigamos insistiendo en que América Latina se identifica por su pobreza, por su vulnerabilidad macro, por su populismo, su caudillismo, estaremos dañando la marca en la competencia internacional. Y esto es algo que tiene mucho que ver con el enorme prestigio que el fracaso tiene en esta región. Y hay que acabar con el prestigio del fracaso.

Francisco Rojas decía algo importante: 10 puntos de reducción de la pobreza en una década. Es mucho. Es mucho porque la pobreza no es algo que haya nacido ahora. La pobreza viene desde hace 500 años, 800 años, 1.000 años. El hecho de que haya disminuido en 10 puntos se puede expresar como lo ha dicho él, o se puede decir de otra manera: se puede decir que todo el crecimiento de la población de América Latina de la última generación no ha caído en la pobreza. Se puede expresar así, que es bastante más optimista.

Pero hay otra cuestión. De esos 10 puntos, la mitad, 5, se han conseguido en los últimos cuatro años. Y quizás deberíamos preguntarnos por qué, por qué la pobreza en los últimos cuatro años ha caído en 5 puntos, lo mismo que en toda la década anterior. Y la respuesta es muy clara: porque por primera vez el continente se ha tomado en serio la macroeconomía, ha tenido tasas de inflación bajas, crecimientos estables, ha hecho políticas sociales, como la Bolsa Escola, o Solidaridad, o México Oportunidades, en las que realmente a los que se intenta ayudar es a los pobres, a los que lo necesitan, no a algo muy difuso como... ¡vaya usted a saber!, como subsidio para todos, café para todos, porque a nadie le llega. Yo creo que es un tema muy importante.

Como consecuencia de esto, el tener buena macroeconomía, el tener inflaciones bajas, tener crecimientos estables, es algo que ya deja de ser la obsesión de un economista, la perversión de los economistas, y comienza a ser la obsesión de una sociedad. Cuando la sociedad entienda que con inflaciones bajas es más fácil acabar con la pobreza, probablemente estaremos empezando a solucionar un problema que hemos tenido muchísimo tiempo sobre las espaldas.

Y finalmente, sobre el tema de la pobreza, una última reflexión. Imaginemos que de verdad la pobreza es el 40% de la población. ¿Por qué concentramos todos nuestros comentarios sobre el 40%? Las políticas deberían estar asentadas para, por supuesto, reducir ese 40% de la población, pero las políticas en América Latina sólo serán cada vez más eficaces para acabar con la pobreza si en lugar de estar —al menos en el discurso, después en la realidad no lo están— concentradas en ese 40%, nos concentramos en las clases medias. Francisco Luzón, Vicepresidente del Banco Santander, mañana hablará de ello, no quiero entrar más en el tema pero pensad esto: América Latina puede por primera vez estar a punto de llegar a una situación en la que el número de hogares que se podrían considerar de clase media es superior al número de hogares de pobres. Y esto no es un tema macroeconómico, no es un tema de estadísticas, es una auténtica revolución que va a cambiar este continente y por la que hay que apostar con mucho optimismo.

Algunas reflexiones sobre la energía. A mí el tema de la energía siempre me recuerda un poco la idea de que la CECA, de que la Unión Europea, se creó con la unión del carbón y que eso ejerce un gran atractivo sobre aquellas personas como vosotros que estáis siguiendo y que os interesáis por los procesos de integración. Y es verdad, puede haber un proceso de integración de economías muy dispares, basándose en un mercado único, de un *commoditie*, de un *input* que está utilizado por todos los países. Pero Europa tenía algo muy importante. La integración energética no es un tema de gaseoductos, no es un tema de túneles, no es un tema de pozos. Es un tema fundamentalmente de infraestructura legal e institucional. Yo no creo que Chile vaya a confiar en una integración energética, sabiendo las arbitrariedades en el suministro y las rupturas de contratos de Argentina, de contratos a Chile, le ha puesto en riesgo su

economía. ¿Cómo puedes confiar en un proceso de integración que te puede poner al pie de los caballos porque los contratos se rompen? Hace falta tener un proceso de infraestructura legal, infraestructura institucional que en mi opinión es mucho más importante que tener el gaseoducto que una un lugar con otro.

Y sobre la última cuestión, la percepción de los chinos del tiempo y de la gran vocación que América Latina tiene por buscar atajos, permítanme contar una anécdota. A Den Xiao Ping —el arquitecto de la revolución China, de la nueva China— le preguntaron una vez qué pensaba de la revolución francesa y éste respondió: «Todavía no ha pasado suficiente tiempo para tener una perspectiva histórica».

Cuarta pregunta

Me gustaría hacer algunos comentarios. El primero sobre lo que decía José Juan Ruiz, sobre si hay un espacio en Iberoamérica para la integración, con el ejemplo de Chile. Creo que Chile es la excepción, no lo común en América Latina; Chile está pensando ahora en insertarse en la Comunidad Andina, no continuar con el unilateralismo. Por otro lado, Asia es un ejemplo de cómo con ese *espagueti bol* de tratados, sí se puede lograr compatibilizar tratados de libre comercio con lo regional.

Sobre la segunda cuestión, los desafíos para la integración, completamente de acuerdo y no nos amilanemos contra eso, sino todo lo contrario. No nos olvidemos que en Europa fue la guerra y la sangre las que dividieron una integración y no nos olvidemos que son 25 idiomas los que separan a la Unión Europea, y no nos olvidemos que hoy día Asia se trata de unir entre sistemas democráticos y no democráticos, en sistemas capitalistas y no capitalistas.

Y finalmente, creo yo que estos actuales presidentes de nuestras naciones, los siguientes y ojalá no los siguientes, van a ser incapaces de tener una integración como la que quisiéramos y somos nosotros los que tenemos que empezar a pensar desde hoy en día, cuáles son los elementos comunes que nos pueden unir. Pienso que tenemos que empezar a pensar que lo poco que nos une tiene que sobrepasar a lo mucho que nos puede dividir. Gracias.

Quinta pregunta

Buenos días, soy de Colombia. Dos preguntas. El pasado 7 de julio se cumplió la mitad del plazo para cumplir con las metas definidas en los Objetivos de Desarrollo del Milenio. ¿Qué implicará para los países el cumplir o no con las metas, especialmente las referidas a la pobreza, contempladas en esta declaración?

Y la otra es: nosotros hablamos de una integración fundamentalmente pensada alrededor del liderazgo que pueda tener la institucionalidad, la institucionalidad fundamentalmente pública. ¿Qué opina usted de los procesos de integración de los movimientos sociales en nuestros países y de la institucionalidad que tiene la sociedad civil para ir avanzando desde lo local, desde las regiones, en procesos de integración mucho más profundos y reales?

Sexta pregunta

Hola buenas tardes. Yo tengo dos preguntas. ¿Podrían hablar sobre el impacto de la emigración y el desplazamiento de personas? Como saben, en México tenemos un grave problema de emigración hacia los Estados Unidos y Centroamérica va por el mismo camino.

Y otra pregunta: ¿Cómo poder hablar de integración? Aquí en la experiencia de las Becas Líder, me he encontrado retazos históricos de odios o problemas entre países: que si Chile no quiere a los peruanos, los paraguayos no quieren a los brasileños... Entonces, ¿cómo consolidar o lograr un método para que, a través de la integración, se pueda superar todo este tipo de rencillas entre los países de América o con los que tienen América Latina en general? Gracias.

Séptima pregunta

Buenos días, mi nombre es Carmen y soy también de Colombia. Teniendo en cuenta la actual permeabilidad de las fronteras: ¿cómo imagina usted, entonces, este proyecto de región? No me refiero a lo estrictamente económico, sino un poco más... uniendo la propuesta de los dos anteriores, de los movimientos sociales, pero teniendo en cuenta que las fronteras ya están un poco porosas y que hay mucha más movilidad ahora que antes.

FRANCISCO ROJAS

Respecto al tema que señalaba el compañero de Perú, yo estoy de acuerdo en que Chile y Costa Rica son excepciones en distintos campos, que lo comercial no es integración, pero lo fundamental, mirado el desafío de Asia, pero mirado también el desafío de la integración latinoamericana, es repensar, afirmar aquellos elementos que han sido de gran utilidad del concepto de regionalismo abierto, que lo que nos propuso CEPAL, abiertos al mundo, pero con preferencia en la región. ¿Por qué? Por lo mismo que se ha señalado, si ustedes se juntan, aunque sea en Madrid, probablemente van a tener más afinidad entre ustedes que con muchos de los madrileños y si ya están, como decía Cardoso, en París, ahí va a ser mucho más afín lo iberoamericano que lo francés. Y ni qué hablar si están en China o en Japón. Entonces ¿de qué manera podemos mirar el regionalismo abierto como un instrumento importante en este campo?

Sobre la integración de la sociedad civil, yo creo que muchas veces hoy día el problema está en que la sociedad civil, o muchos de los movimientos sociales, se ven en competencia con los partidos políticos y se piensan como competitivos de los partidos políticos, pero no asumen la responsabilidad que tienen los partidos políticos. Y esto genera tensiones y problemas, respecto tanto al sistema político, a los procesos electorales y otros que están allí.

Con la perspectiva de jóvenes líderes como ustedes, ¿qué desarrollar, respecto a movimientos sociales internacionales? La capacidad de profesionalización en los temas.

Muchas veces cuando se discuten temas y se requiere la participación de la sociedad civil, no tienen el profesionalismo ni la capacidad para discutir con los funcionarios del gobierno o con economistas jefes de bancos internacionales. Si no se tiene la capacidad de discutir de igual a igual con oficiales, con oficiales de empresas transnacionales, es muy difícil que la sociedad civil pueda señalar puntos de vista distintos. De allí la importancia de profesionalizar y hacer cada vez más efectiva la perspectiva en el ámbito en el cual se está trabajando, es decir, tener imagen global, pero alto grado de profesionalización en los temas específicos.

El tema de migración es clave en el mundo, es clave e importante para América Latina. Hoy día las remesas son más importantes que el principal producto de exportación en México, ni que hablar en los países centroamericanos, y se constituye en una masa de dinero muy importante en manos privadas, que pudiera contribuir de mejor manera al desarrollo de los distintos países.

Frente al tema de historia e integración y volviendo a la educación, creo que una tarea esencial es reescribir los libros de historia. Si nosotros miramos los libros con los que hemos estudiado la historia de América Latina, en general se habla de los conflictos, cómo se han ganado, de los líderes de nuestros países, pero no aparecen las contrapartes. Es necesario escribir una historia conjunta. Significa un gran trabajo. Chile y Argentina lograron avanzar de manera muy importante a partir de los años noventa, y eso se expresa en cómo se avanzó en un acuerdo gubernamental, primero para resolver los 24 puntos limítrofes que estaban en cuestión, que fueron resueltos, 23 de ellos directamente, uno con un arbitraje. Se creó un comité permanente de seguridad, en ese comité permanente de seguridad participaban diplomáticos, fuerzas armadas y académicos. Y tuvimos la oportunidad de discutirlo, y esto cambió las hipótesis de guerra, y fue necesario reconstruir la historia.

La confianza... ¿cuál es la mejor y la más fácil definición de la confianza? Es un juicio que hacemos hoy día, mirando al pasado, para decidir nuestras acciones futuras. Por ejemplo, cuando uno va a un banco, lo que va a mirar es el récord de crédito. Si tiene un límite de crédito malo, la mirada al futuro es que no le van a dar el préstamo. La única alternativa es cambiar eso. ¿Y de qué manera se puede cambiar y generar confianza cuando uno ha tenido una trayectoria de conflictividad o de no pago, o de llegadas tarde o de lo que sea? Generando compromisos hacia el futuro y que se cumpla lo que señalan las abuelitas: «obras son amores y no buenas razones», es decir, que haya verificación y a cada paso se pueda demostrar que las promesas son cumplidas. Eso nos va a permitir tener promesas cumplidas que cambien el récord y para eso el escribir la historia de manera conjunta es una cuestión importante.

Y en la mirada, ¿qué es lo que yo quisiera?, ¿qué es lo que yo me imaginaría?, ¿cuál sería mi deseo? Que América Latina pueda

tener una sola voz para ser parte de quienes hacen las reglas en el sistema internacional y en el sistema regional. Fragmentados, tendremos muchas voces, algunas más fuertes, algunas más democráticas, otras más autoritarias, pero nadie nos escuchará.

Necesitamos tener una sola voz y eso se construye con perseverancia, con liderazgo, con discusión, construyendo consensos en términos de políticas de Estado, es decir, políticas que vayan más allá de un gobierno, que tengan permanencia, es decir, independientemente de si en el gobierno está la oposición o la coalición gobernante, y que tengan consistencia en áreas sustanciales. Probablemente el cómo se construye eso es parte de los temas más complejos en la región y en donde no hemos aprendido las lecciones de un país para ser aplicadas en otro. El drama de Haití es que los haitianos no saben conversar entre ellos, no saben construir consensos entre ellos, y la violencia aparece como un instrumento para resolver los problemas. Cuando eso ocurre, es necesario, primero, detener la violencia, generar amistad cívica, para poder, a partir de eso, construir consensos que sean importantes.

Ojalá que ese sueño ustedes lo puedan realizar.

Octava pregunta

Buenos días, mi nombre es Ellen, soy de Costa Rica. Me gustaría conocer qué programas de integración estratégicos recomendaría usted, específicamente como planes de acción para Centroamérica. Sobre todo en vista de la situación tan difícil, al menos en mi país, puesto que lo que se supone que debería ser un instrumento de integración —un tratado de libre comercio— más bien se convierte en un obstáculo con nuestro país más vecino.

Por último, aunque sea una pregunta demasiado global: ¿Qué mensaje podría darnos a nosotros que aspiramos a poder hacer algo? Quizás no a cambiar la historia, pero han pasado doscientos años y todavía sentimos que no se han conseguido los deseos de paz, libertad y prosperidad para toda la América Latina.

FRANCISCO ROJAS

Costa Rica es la excepción en Centroamérica en todos los aspectos y hoy día vuelve a ser la excepción; y es que Costa Rica está deci-

diendo, como si les fuera en ello la vida, si vota en un plebiscito para aprobar un tratado de libre comercio o no, que requiere más del 40% de los votos para ser vinculante. Y el que ya tenga que haber un 40% de los votos del padrón electoral es una complicación dadas las cifras de abstención expresadas. Probablemente la firma del tratado de libre comercio no le va a cambiar la vida a Costa Rica en el futuro de los próximos cien años, pero sí es una señal respecto a cómo el país se ha dividido frente a cómo entender la relación comercial con los Estados Unidos, el comercio u otro tipo de vínculos son importantes y los debates que esto ha producido.

Y esto ha dividido a la familia costarricense. Hay padres que piensan que el tratado de libre comercio es lo peor que puede ocurrir, que trastoca los valores esenciales; los hijos están absolutamente en contra, señalan que esto es precisamente la violación de lo que fue la herencia de José Figueres, que buscaba el bienestar del mayor número como un elemento esencial. Pero, a diferencia de otras partes, se tomó la decisión de traspasarle a la sociedad costarricense la decisión y probablemente lo que va a ocurrir, con la sabiduría que todos los pueblos tienen —y en particular un pueblo pequeño como el costarricense— es devolverles la pelota a los políticos. A lo mejor no se va a alcanzar el 40% o se alcanzará de tal manera que tendrá que volver al Parlamento, obligando a la clase política a llegar a un acuerdo y a asumir la responsabilidad, tal como señalaba Felipe González cuando pensaba que su principal error fue el convocar el referendo de la OTAN.

Es difícil dar consejos. Cada uno tiene que pensar, más que en los consejos, en cuál es la meta que quiere alcanzar, porque si no tenemos una meta, un blanco, vamos a disparar para cualquier lado. En este sentido, quizás el trabajo que hemos logrado hacer en FLACSO desde la Secretaría General, con la colaboración de los colegas del Centro de Estudios para América Latina y la Cooperación Internacional (CeALCI) de la Fundación Carolina, es evidenciar las paradojas de la integración que hemos tratado de sistematizar.

Tenemos más democracia, pero hay más descontento ciudadano. Más crecimiento del comercio, pero menos integración. Más crecimiento económico, pero con igual o mayor desigualdad en muchos casos. Una gran retórica integracionista, todos somos pueblos her-

manos, pero nuestras acciones nos fraccionan, nos fragmentan. Tenemos discursos cooperativos pero también escalan las tensiones y diseños institucionales complejos, pero con debilidades estructurales.

Enfrentar estas contradicciones, enfrentar estas paradojas, es parte de los desafíos que tiene América Latina, y el trabajo intelectual, el trabajo de diálogo político entre académicos, organizaciones no gubernamentales, empresa privada y gobierno es esencial y por eso la red que Rosa Conde nos impulsa a crear, después de cinco generaciones, es un instrumento más para poder pensar cada uno desde su perspectiva profesional, del sitio donde están, cómo queremos vernos después de doscientos años de independencia.

¿Qué podemos hacer con nuestra soberanía? Posiblemente, para poder tener soberanía y para poder tener soberanía en el siglo XXI necesitamos entregar soberanía. Y eso, entregar soberanía para tener más soberanía, lo han entendido muy bien Telefónica y el Banco Santander. Dejaron de tener radicados sus centros de decisión solamente en España, y hoy día, cuando se les pregunta a ambos cómo miran el mundo, lo hacen desde Iberoamérica. América Latina representa probablemente casi el 40% de sus negocios, casi el 40% de las ganancias, una parte importante de su inversión y esta inversión en bancarización es inversión en colectividad, y la inversión cultural que hace la Fundación Carolina en cooperación en la perspectiva iberoamericana no nos resolverá los problemas, pero sí nos dará la oportunidad de mirar de mejor manera lo que tenemos enfrente.

Así que aprovechen esta gran oportunidad que les da la Fundación Carolina, escuchen el liderazgo perseverante de Rosa Conde y probablemente, si tengo la oportunidad de volver a estar con algunas de las redes con las que ustedes trabajen, estoy seguro de que tendremos nuevas ideas y menos errores.

11. LA COOPERACIÓN ESPAÑOLA Y EL DESARROLLO EN AMERICA LATINA

LEIRE PAJÍN *

Después de escuchar las palabras de presentación de Alfons Martinnell, tengo que empezar mi intervención reconociendo que no me importa que me identifiquen como joven, sino todo lo contrario. Creo que el gran éxito del actual Gobierno español es haber incorporado a una nueva generación que nació en la España de hoy, en la España libre, plural y democrática, gracias al esfuerzo de generaciones anteriores, un Gobierno que ha sido capaz de encontrar un espacio para todos y para todas y mirar al presente y al futuro.

Y tengo que deciros, además, que para mí es un privilegio compartir este encuentro con jóvenes de América Latina, con los que me siento profundamente identificada. Hombres y mujeres con los que comparto generación, que han querido formarse para dar lo mejor de sus conocimientos a su país, para contribuir desde el ámbito privado o desde el ámbito público a construir un mundo más justo, una América Latina más equitativa y más equilibrada y, sobre todo, una sociedad donde todos los hombres y mujeres tengamos las mismas oportunidades, sin excepción.

Por tanto, dejadme comenzar diciendo que me siento contagiada del ánimo que existe en esta sala. Contagiada de la ilusión, del trabajo, del esfuerzo, de la convicción, de los sueños de quienes estáis hoy aquí queriendo intercambiar opiniones, experiencias y conocimientos para construir una América Latina mejor. Y quiero deciros que el proyecto de la Fundación Carolina, cuya Junta Rectora tengo el enorme privilegio de presidir junto a Rosa Conde, tiene sentido porque quiere constituirse en un espacio contenedor de

* Secretaria de Estado de Cooperación Internacional.

sueños y de esfuerzos de hombres y mujeres como vosotros y como vosotras. Nuestro proyecto no tendría sentido si no estuviera lleno de jóvenes con ganas de aprender y con ganas de dedicar lo mejor de sí mismos a los demás.

Por eso mis primeras palabras son de agradecimiento. De agradecimiento por estar aquí, por compartir opiniones y reflexiones y, sobre todo, por los proyectos de futuro que sé que ya han empezado a gestarse hoy en Cartagena de Indias.

Esa convicción, esos sueños, esas ganas de cambiar el mundo, fueron las que me llevaron a los dieciséis años a entrar en la vida política, en una organización juvenil, primero en el ámbito estudiantil, después en los movimientos juveniles, en los movimientos de solidaridad y de cooperación y, también, en un partido político.

Porque en los tiempos que corren, en un mundo cada vez más complejo, con más retos, con más complicaciones, con problemas de violencia, de inseguridad, de falta de derechos, en mi opinión no sobra la política, sino todo lo contrario: hace falta mucha más política. Política con mayúsculas, política que se construye no sólo desde las instituciones públicas —que es su primera obligación— sino política que se construye también desde la ciudadanía. Desde esa ciudadanía que quiere cambiar las cosas, que se esfuerza cada día por cambiarlas, que no se queda sentada en su casa, resignada, a ver pasar el mundo, sino que se involucra y pretende cambiar las cosas.

Como digo, fue esa inquietud la que me llevó a participar en movimientos sociales, comprometidos, éticos y ciudadanos, a los dieciséis años. Eso me permitió, a los veintitrés años, tener el honor y el orgullo de ser la diputada más joven de la historia de España y, después, la Secretaria de Estado más joven de España, en el Gobierno que preside José Luis Rodríguez Zapatero. Y esto no es un mérito, porque, como decía antes Francisco Rojas: «la juventud es la única enfermedad que se cura con el tiempo», así que una deja de ser joven y, si no ha contribuido en algo, tampoco tiene mucho más mérito. Pero sí lo tiene comprometerse con el mundo que a uno le ha tocado vivir, desde la formación, desde el intercambio de reflexiones y expresiones y desde la convicción de que nadie tiene la verdad absoluta, que las respuestas son complejas, como los proble-

mas, y que sólo somos útiles si somos capaces de compartirlas con mucha gente.

Por eso soy una firme defensora de este Programa de Becas Líder, porque da la oportunidad a muchos hombres y mujeres jóvenes de América Latina a poder formarse mejor, pero sobre todo a conocer a otras personas de otros países y poder compartir reflexiones, caminar juntos y crear espacios de futuro. Y esto es para mí la más importante. Porque seguramente sabéis que las mejores lecciones uno no las aprende en la universidad, por más que la formación universitaria es muy importante, sino que las aprende en la vida, en las experiencias que le toca vivir, en los lugares a los que viaja, en la gente a la que conoce y, seguramente, al menos en mi caso, las lecciones más grandes, las magistrales, las de verdad, vienen de la escuela de la vida y muchas veces de la gente más humilde o más cercana, esa gente a la que a veces una no se da cuenta que la acompaña.

Por eso para mí es un enorme privilegio y un enorme orgullo poder contribuir hoy desde una España distinta, una España moderna, desarrollada, democrática, plural y equitativa, a intentar construir un mundo más justo. Precisamente ahora que la democracia española está consolidada, precisamente ahora que crecemos económicamente más que otros países europeos, que lideramos muchas políticas, es cuando más nos debemos al mundo que nos ha tocado vivir. Y es ahora cuando tenemos la obligación política, ética, de dedicar nuestro esfuerzo, nuestro presupuesto y nuestra política, nuestra convicción, a construir el mundo que queremos.

Un mundo que hoy compartimos y que no nos gusta, porque sigue dejando en la cuneta a millones de personas única y exclusivamente por nacer en un país o en otro, por nacer a un lado de un océano o al otro. Y como no nos gusta, queremos contribuir modestamente, pero con nuestro impulso y nuestra convicción, a cambiar las cosas. Y eso ha sido lo que nos llevó a que el Gobierno que preside José Luis Rodríguez Zapatero, y al que tengo el enorme privilegio de pertenecer, quisiera colocar, por primera vez en mucho tiempo, la lucha contra la pobreza y las políticas de desarrollo en el corazón de nuestra agenda política. Un cambio profundo que buscaba, en primer lugar, contribuir con políticas, con esfuerzo y con

presupuesto, a construir un mundo distinto y, sobre todo y ante todo, a construir y compartir modelos de desarrollo con hombres y mujeres que viven en otros países y no a imponerlos desde España.

Mi experiencia en estos tres años al frente de la Secretaría de Estado de Cooperación y de algunos años más desde otros ámbitos de la cooperación me ha enseñado que sólo se cambian las cosas si hay voluntad política para hacerlo, si se deja que los ciudadanos y ciudadanas de cada uno de los países, de cada uno de los lugares, sean protagonistas de su propio desarrollo y si hay una convicción real para hacerlo posible.

Decía Kofi Annan, en uno de los discursos que tuve la ocasión de escucharle en Naciones Unidas hace tres años, que somos la primera generación que tiene recursos, conocimiento e instrumentos para acabar con la pobreza, y eso es algo que es cierto, no es una ilusión, no es retórica; es un dato objetivo y, si es así, no nos podemos permitir no hacer nada.

Esa convicción es la que nos ha llevado a que, en los presupuestos generales del Estado español, la partida dedicada a cooperación al desarrollo, a la lucha contra la pobreza, sea la que ha tenido un incremento mayor. Y, creedme, no siempre es fácil. Hace falta tener convicción y coraje, porque hay mucha gente que piensa que ese dinero se podría dedicar a otras cosas, a otras políticas, que quizá darían más votos.

Este aumento sustancial de la ayuda oficial al desarrollo (AOD) nos ha llevado en tan sólo tres años a pasar de dos mil millones de euros a más de cuatro mil millones de euros o, dicho de otro modo, a pasar del 0,23% del producto interior bruto para cooperación al desarrollo al 0,42% en el año 2007, con la pretensión de llegar al 0,5% el próximo año y poder cumplir con una exigencia ética, que nuestros ciudadanos y ciudadanas nos pidieron ya hace demasiados años y que se viene incumpliendo sistemáticamente en los últimos años: alcanzar el 0,7% del PIB para la lucha contra la pobreza. El 0,7%, amigos y amigas. El 0,7% del presupuesto de un país. Creo honradamente que, aunque son muchos miles de millones, no supone mucho en el esfuerzo solidario de todo el presupuesto de un país.

Esta convicción de la construcción de este mundo y de la lucha contra la pobreza nos ha llevado y nos ha permitido seguir mante-

niendo nuestra mirada, nuestra vocación y nuestro reconocimiento a la región más cercana para los españoles y las españolas, América Latina. Cercana por convicción, cercana por historia, por cultura, por hermandad, pero también —y esto es lo más importante que quiero subrayar— cercana porque tiene un reto fundamental ante sí: conseguir que el crecimiento que hoy tienen muchos países como Colombia, país en el que nos encontramos y que es nuestro anfitrión en este encuentro, se pueda repartir entre todos y todas. Un reto que significa que los Estados sean más fuertes, que las políticas públicas garanticen derechos y que no haya bolsas de pobreza, incluso extrema, en países clasificados como de renta media, que crecen económicamente pero que siguen teniendo a millones de hombres y mujeres desprovistos de cualquier tipo de derechos.

Por tanto, América Latina es nuestra área prioritaria, sí. Como lo es ahora también África Subsahariana, porque ese aumento de recursos nos ha permitido atender no sólo a América Latina sino también a más regiones.

Pero, como les decía, la lucha contra la pobreza nos ha llevado a concentrar la mayor parte de nuestra cooperación en los Países Menos Avanzados de América Latina, pero también en Países de Renta Media, que, bajo sus cifras macroeconómicas, ocultan grandes bolsas de pobreza. Entre nuestros principales socios están países como Bolivia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Paraguay, Perú y República Dominicana. Pero también estamos trabajando junto con Colombia, Cuba, Costa Rica, Brasil, México, Chile, Venezuela, Panamá, Argentina y Uruguay. Creo que esta enumeración refleja bastante explícitamente la prioridad latinoamericana.

La lucha contra la pobreza también ha sido un criterio para reorganizar nuestro modelo de cooperación en función de cuatro tendencias esenciales:

En primer lugar, el compromiso explícito con los Objetivos de Desarrollo del Milenio, que son la hoja de ruta para todos nosotros. Como ya sabéis, América Latina ha avanzado en la consecución de algunos objetivos, por ejemplo en materia de educación, pero todavía queda mucho por hacer en otros objetivos, especialmente el Objetivo 1: erradicar la pobreza a la mitad para el año 2015.

Hace tan sólo unos días celebrábamos una fecha simbólica, el 07/07/07, el siete de julio del año 2007, justo la mitad del camino para el logro de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, y en esa fecha tuvimos la oportunidad de hacer balance. Hacer balance de qué hemos hecho, cuánto hemos alcanzado hasta aquí y, sobre todo, qué nos queda por hacer. Un balance tremendamente desigual, un balance con algunos resultados positivos y otros muy negativos. Un balance que en esta región tiene una cara positiva y pone de manifiesto que hemos mejorado mucho, por ejemplo en el acceso a la educación, también a la educación universitaria y a la de postgrado —y creo que este Programa es un buen ejemplo de ello— pero también un balance que evidencia que, sin embargo, no hemos conseguido erradicar la pobreza a la mitad. En una región como América Latina, con países que crecen al 8%, con países considerados de renta media y en los que todavía hay gente que está inmersa en la pobreza e incluso en la pobreza extrema.

Parece increíble pensar que esta región, donde la mayoría de los países, como digo, son clasificados de renta media, albergue en su seno este tipo de exclusión. Pero es cierto. Parece mentira si uno se queda dentro de las murallas de esta maravillosa ciudad —que hemos recuperado en su patrimonio para todos los ciudadanos y ciudadanas con el esfuerzo, también, de la cooperación española—, pero hay muy cerca de aquí barrios donde hombres y mujeres pasan serias dificultades para salir adelante todos los días, barrios en los que también trabaja la cooperación española.

Por eso nuestro segundo objetivo, que señalo en segundo lugar pero que es el más importante, el más fundamental, es contribuir a construir Estados fuertes que sean capaces de dirigir políticas públicas en materia de educación, salud, lucha contra el hambre y seguridad alimentaria, acceso al agua potable, igualdad de género, promoción del tejido económico y empresarial o medioambiente. La apuesta por las políticas públicas es un giro fundamental de nuestra cooperación, un giro que implica reconocer el liderazgo de nuestros socios latinoamericanos para promover el desarrollo económico y social. Se trata de apoyar un Estado con liderazgo, en los términos que os he descrito antes. Liderazgo para crear consensos sociales en torno a las políticas públicas que promueven el desarro-

llo humano y mejoran la vida de las personas; liderazgo para dialogar y sumar los esfuerzos del sector privado y la sociedad civil al desarrollo del país; liderazgo, al fin, para representar los intereses plurales y variados de nuestras sociedades multiculturales.

En tercer lugar, el respaldo a las iniciativas latinoamericanas para profundizar en la democracia y en la garantía de los derechos humanos, en especial allí donde creemos que España tiene un valor añadido por su valiosa y reciente experiencia de cambio político. Estoy hablando del diálogo social y la creación de pactos y consensos para impulsar cambios estructurales; estoy hablando de la descentralización territorial, el desarrollo de gobiernos regionales y el fortalecimiento de las entidades locales, y estoy hablando de políticas de igualdad de género, de derechos de salud sexual y reproductiva y de lucha contra la violencia de género.

Finalmente, creo que hay otro eje de nuestra política de cooperación y desarrollo que es muy importante para nosotros y que está muy vinculado con el anterior. Es el apoyo al desarrollo e integración de las poblaciones indígenas y afrodescendientes de América Latina. Con ellas España tiene una deuda histórica especial pero, además, el desarrollo económico y social latinoamericano y la democracia pasan forzosamente por respetar los derechos de estas poblaciones y reconocer su papel fundamental.

El compromiso de aumentar la ayuda ha ido acompañado de una apuesta seria por mejorar la calidad de la cooperación española. Por supuesto ésta es una tarea compleja, que nos llevará tiempo pero en la que ya podemos mostrar algunos avances.

Por una parte, nuestro compromiso con un multilateralismo activo, selectivo y estratégico, que se ha traducido en un aumento de nuestras contribuciones a Naciones Unidas en un 400%. Nuestras contribuciones voluntarias han crecido en organismos que consideramos fundamentales para el cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, como por ejemplo el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, el Fondo de Población, el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente, la Organización para la Agricultura y la Alimentación y la Organización Internacional del Trabajo.

Además, hemos aumentado las aportaciones a fondos fiduciarios, algunos con una traducción directa en América Latina, como

el Fondo PNUD para el logro de los ODM. Este Fondo de 528 millones de euros, que constituimos el pasado diciembre, se centrará en las áreas de gobernanza democrática; igualdad de género; necesidades sociales básicas, incluido el empleo juvenil; desarrollo económico y del sector privado; medio ambiente y cambio climático; prevención de conflictos y consolidación de la paz, y diversidad cultural y desarrollo. Esta contribución no sólo confirma nuestro liderazgo en la cooperación internacional sino que refleja también nuestra confianza en Naciones Unidas, siempre conscientes de su necesidad de reforma. Por ello el Fondo, administrado por el PNUD, tendrá un fuerte componente de impulso y apoyo a la reforma de Naciones Unidas a nivel de las oficinas de país.

Asimismo creo que merece la pena mencionarnos el apoyo decisivo de España a la Iniciativa América Latina y Caribe sin Hambre de la FAO y al Fondo Fiduciario con UNIFEM para acabar con la violencia de género donde hemos hecho la mayor contribución en su historia.

Por otra parte, hemos llevado a cabo importantes esfuerzos por asumir los compromisos de la Declaración de París en nuestra forma de hacer cooperación. En este sentido, quiero destacar que España se está sumando a los esfuerzos de Armonización y Alineamiento (o alineación como decís aquí) liderados por nuestros socios en Honduras, Bolivia, El Salvador o República Dominicana, por mencionar algunos casos.

No quiero alargarme más. Espero que, de forma breve pero clara, haya quedado patente el compromiso de España con el futuro de América Latina, que es un compromiso que también implica el apoyo a vosotras y a vosotros en el liderazgo de los cambios que requiere ese mundo más libre, más solidario y más plural que todos queremos.

12. DEBATE

JOSÉ ANTONIO OCAMPO, LEIRE PAJÍN Y FRANCISCO ROJAS

PRESENTA Y MODERA EL DEBATE JAIME ABELLO*

El debate de hoy va a girar en torno al tema de la integración, el desarrollo e Iberoamérica. A lo largo del día, tuvimos la oportunidad de escuchar tres exposiciones magistrales: Francisco Rojas nos habló primero de la integración y, también, de las paradojas de la integración. Leire Pajín nos trasladó el compromiso de la cooperación española con un desarrollo inclusivo y con la democracia en América Latina. Y por último, José Antonio Ocampo en su intervención de la tarde nos habló acerca de las relaciones entre crecimiento, desarrollo y desarrollo humano, recordándonos que tenemos que tener mucho cuidado en estos momentos, con estas etapas de crecimiento fuerte, que no necesariamente son sostenibles, y que hay que pensar en crear bases firmes para asegurar que este desarrollo se mantenga en el largo plazo.

Para el coloquio de esta noche, más que plantear un tema definido, se nos ha ocurrido que vale la pena escucharlos a ustedes, que hagan preguntas o comentarios y que nuestros invitados de hoy, Leire Pajín, Secretaria de Estado de Cooperación Internacional; Francisco Rojas, Secretario General de FLACSO, y Jose Antonio Ocampo, que tiene una larga hoja de vida pero que de momento es profesor de la Universidad de Columbia, dialoguen a partir de lo que ustedes quieran proponer, de los temas que se hayan quedado pendientes, de aquello que no se haya dicho hasta el momento, básicamente alrededor de lo de hoy, pero también de lo de ayer y lo

* Director ejecutivo de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano.

de antes de ayer. Así que, los invitamos a que sean ustedes los que abran el coloquio con sus preguntas y comentarios.

Pregunta

Yo me quedé hoy con ganas de hacer una pregunta referente a la cooperación internacional. Se nos habló de la cooperación española, fundamentalmente en educación, pero me preguntaba si usted nos puede comentar algo sobre el papel que tiene la cooperación española en fortalecer las organizaciones de la sociedad civil, más allá de las universidades. Yo trabajo en una ONG y me dedico a cooperación internacional y, desde Argentina, mi sensación es que es bastante engorroso todo el proceso de comunicación y de establecimiento de relaciones. Claro que no sé si afecta que Argentina no sea un país prioritario para la cooperación.

LEIRE PAJÍN

Creo que la intervención de este mediodía tiene que ver con lo que ahora mismo describías, ¿no? Intenté describir —no sé si tuve éxito— un modelo basado en el protagonismo de los propios ciudadanos. Ése fue el eje de mi discurso. Y por eso dije que el objetivo de la cooperación española era fortalecer los estados y crear entre todos un modelo de desarrollo inclusivo en el que la ciudadanía tuviera sentido de pertenencia. Cuando alguno de tus compañeros me preguntaba acerca de si había una ciudadanía iberoamericana, yo respondí que existiría o no en función del sentido de pertenencia de la propia ciudadanía. Y ese sentido de pertenencia, además de garantizar sus derechos, además de que sientan que las políticas tienen que ver con sus problemas, que resuelven su forma de vivir la vida y sus necesidades, tiene que ver con su participación. Y recuerdo también que, cuando hablaba de mi convicción política y de cómo creía que había que gestionar la política, hablé precisamente de la concertación ciudadana.

Creo firmemente que la democracia es un sistema que tiene que consolidarse cada día, que no sirve con votar cada cuatro años, Creo también en un modelo de gestión de los poderes públicos con la ciudadanía en el que haya un debate continuo y permanente, pero cada uno desde su responsabilidad, cada uno desde su papel.

El papel de los poderes públicos es tomar decisiones, gobernar; el papel de la ciudadanía es contribuir a ello. Y creo que se están dando pasos muy sugestivos. Por ejemplo, en la cooperación española estamos viviendo en estos tres últimos años un debate bien interesante sobre cómo dar un paso más allá para que las instituciones de cooperación no seamos meras financiadoras y las ONG financiadas para ejecutar proyectos. Compartimos objetivos, porque llevamos tres años planificando un proceso de desarrollo compartido entre todos los agentes y, precisamente porque lo compartimos, lo que pretendemos es trabajar juntos, en el terreno, y no solamente unas como instituciones que financian y otras como organizaciones no gubernamentales que son financiadas.

Matizaré lo que has dicho señalando que Argentina sí es una prioridad para España, aunque es cierto que no es un país prioritario y te voy a explicar por qué. La clasificación de los países del Plan Director de la Cooperación Española tiene un requisito fundamental, la renta, y es obvio que, por niveles de renta, hay otros países por delante. Pero Argentina está clasificada como un país de atención especial, como Colombia, lo que no le resta prioridad, sino que lo que hace es focalizar que ha tenido consecuencias económicas especiales que llevaron a situaciones de inequidad y de exclusiones sociales evidentes en los últimos años, concretamente desde el año 2001. Por tanto, necesita políticas concretas centradas en una situación concreta, la crisis económica; como lo es en Colombia por otras razones, u otros países de América Latina.

Por tanto, estamos hablando no de menor prioridad sino de focalización de su problema. En Argentina trabajan multitud de organizaciones españolas, de la mano de organizaciones argentinas, porque nuestra forma de trabajar se dirige a fortalecer las redes ciudadanas, la sociedad civil de los países donde trabajamos. Esto significa que cada ONG que ejecuta un proyecto tiene que tener una contraparte, un socio de la sociedad civil, en el país. Eso es tejer sociedad, eso es fortalecer sociedad civil. Y nuestro modelo de gobernabilidad es un modelo que pasa por el fortalecimiento de la ciudadanía y de la sociedad civil. Por eso, este encuentro es mucho más que un evento universitario, esto es, formar parte de y crear un espacio más, entre otros muchos que tenemos, de tejer redes entre

gente joven comprometida, que quiere formarse y, sobre todo, que quiere volcar a su país lo mejor de sí misma. Tejer redes, intercambiar opiniones y fortalecer la sociedad civil es, en mi opinión, una de las mejores formas para lograr el desarrollo de la región.

Pregunta

Mi pregunta también está relacionada con lo que usted mencionó. México también es un país prioritario para España. Pero, ¿qué pasa con estados como los de Oaxaca y Chiapas, que todavía permanecen en un estadio de pobreza en la educación, también en el sector cultural, en artesanías y todo eso? Porque México no es sólo el norte o el centro, también hay una parte en el sur que es la más relegada y necesitada de ayuda.

LEIRE PAJÍN

De nuevo estoy de acuerdo, porque una de las defensas más claras que hicimos hoy al mediodía es cómo el reto de América Latina tiene que ver con la equidad social. Hay países, como el tuyo, considerados de renta media, países con un crecimiento económico alto y que, sin embargo, esconden bolsas de pobreza tremendamente importantes. Por eso hablamos de que la cooperación española en América Latina —a diferencia de África, con otros indicadores y otra realidad— tiene mucho que ver con fortalecer los estados, con garantizar derechos y, sobre todo, con redistribuir la riqueza, que es uno de los desafíos más importantes de la región.

Y dentro de los países denominados de renta media, expliqué que, con José Antonio Ocampo y algunas personas más, hemos iniciado una ruta política para intentar que las políticas de desarrollo acierten en su forma de afrontar los países en función de sus necesidades.

Por eso pensamos y defendemos que las políticas de desarrollo no deben abandonar los países de renta media, fundamentalmente los latinoamericanos, pero también los mediterráneos, porque entendemos que, aunque son países que crecen y tienen buenos resultados macroeconómicos, tienen todavía tremendas bolsas de exclusión social. Y por eso siguen siendo países prioritarios para la cooperación española, por eso están en nuestro Plan Director, y por eso seguimos trabajando en ellos.

Dentro de cada uno de los países, hemos hecho un gran esfuerzo, compartido con todos los actores en el terreno, con las instituciones locales, con las instituciones regionales, con las instituciones centrales, con la sociedad civil, con las empresas, con los sindicatos, para tener una estrategia —lo que denominamos una estrategia país— para cada uno de los países, que tiene que ver con elegir dentro de cada uno de ellos las regiones más necesitadas y concentrar nuestra ayuda y nuestras políticas allí donde los sectores son más vulnerables. Ésa es la política que hace la cooperación española: dentro de cada país se eligen las regiones más desfavorecidas y se trabaja con los colectivos más vulnerables entre los vulnerables.

Nuestra apuesta es, además, concentrar la ayuda, porque así seremos más efectivos. Por eso concentramos el 70% de la ayuda en los países prioritarios y por eso concentramos, dentro de cada uno de los países, la mayoría de la ayuda en las regiones más pobres como tú muy bien decías. Porque entendemos que eso es lo más acertado, porque entendemos que nuestra prioridad deben ser los colectivos más vulnerables, mientras construimos un Estado fuerte que garantice las oportunidades para todos y todas, con independencia de sus recursos económicos.

Pregunta

Me llamo Alfonso, y soy de España. Quería formularles una pregunta un poco más genérica sobre los dos temas más interesantes que se han tratado a lo largo del encuentro y es el concepto actual de izquierda-derecha. Hará cuestión de un mes, *El País* publicaba una encuesta en la que se mostraba que los jóvenes de entre 18 y 29 años mostraban una tendencia hacia las posiciones de izquierda. Este dato, por afinidad, por mi ideología, me parecía un dato positivo, pero, cuando uno miraba en detalle cuáles eran los parámetros sobre los que versaba el estudio, eran cuestiones como el aborto, la homosexualidad, la preocupación por el cambio climático. Sin embargo, si se tomaban en cuenta los parámetros económicos las respuestas eran idénticas. Es decir, parece que la juventud de izquierdas asume una base neoliberal. La pregunta es: ¿tiene que replantearse la izquierda esta base económica? ¿La asume ya como algo impuesto y le da una nueva estructura?

FRANCISCO ROJAS

La reflexión que quería hacerles se vincula con esta cuestión y con algo que señaló Felipe González. Él planteó una idea muy importante el día de ayer, que tiene que ver con cuál es el rol del Estado y, en ese sentido, cómo, para mejorar el bienestar de las mayorías, se requiere un Estado más fuerte, pero también un Estado que no tenga «grasa». Lo que él llamaba el modelo Ipanema de Estado.

Cuando hablamos de crear consenso en el marco de la globalización, pensar otro mundo posible en ciertos ámbitos económicos es algo restringido, porque quizás todas las imágenes que tenemos son lo que llamaba Cardoso «imágenes regresivas». Necesitamos que los jóvenes economistas que están entre ustedes piensen nuevas teorías económicas. No tenemos nuevas teorías capaces de entender cómo resolver el tema de la pobreza, cómo resolver la inequidad generada por la riqueza. Y ésta es una tarea pendiente. Es una tarea pendiente que dejó de estar en las universidades, porque las universidades se han quedado viejas, los profesores se han anquilosado y, por lo tanto, tenemos una grave responsabilidad en la educación superior y en la educación de postgrado. De ahí la importancia de las becas que otorga la Fundación Carolina.

Entonces, ¿cómo generamos nueva teoría? Esa teoría surgirá si ustedes piensan un mundo distinto, ustedes que ya no tienen un compromiso con pensamientos viejos, aunque queramos traspasarles muchas veces ciertos conceptos a través de una educación bancaria como decía Paulo Freire. Ustedes tienen hoy día en sus manos los instrumentos para avanzar en ese camino. Y el pensar en ciertas normas básicas del sistema internacional, como la protección del derecho internacional, no implica ser de derechas o estar apegado a una vieja teoría, sino generar reglas para que los más débiles tengan más fuerza y puedan tener voz.

Eso es lo que nos falta en América Latina y eso es lo que queremos agradecerle a la Fundación Carolina: la oportunidad de propiciar este encuentro o la oportunidad que generan alianzas estratégicas como la que tenemos entre FLACSO, un organismo internacional de carácter latinoamericano, académico, con esta institución espa-

ñola ligada a la cooperación más general que España otorga al conocimiento científico en América Latina.

LEIRE PAJÍN

Después de las palabras de Francisco Rojas, francamente, yo no añadiría nada más. Pero, de las inquietudes de tu pregunta, me quedo con dos cosas.

La primera: yo niego la mayor. Tú haces una simplificación de los resultados de esa encuesta que yo no comparto, que es aceptar determinados patrones. En este momento, como bien decía Francisco, estamos revisando viejas recetas que no han funcionado o que han tenido consecuencias negativas, y precisamente eso supone mover los cimientos de la estructura de un mundo que no nos gusta y, por tanto, no comparto esa reflexión. Pero hay una parte en esa encuesta que sí me parece interesante e importante, que es la exigencia y la inquietud de la gente joven, de la ciudadanía en general por los derechos. Y ésa sí es mi agenda.

Cuando tú hablas de que los jóvenes tienen inquietudes por los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, de las mujeres adolescentes; cuando tú hablas de que los hombres y mujeres tienen inquietudes por sus derechos; de cómo quieren sentir su sexualidad, de cómo quieren vivir, ser libres; de cómo quieren tener los mismos derechos que los demás, con independencia de cómo vivan, de con quién vivan y con quién compartan su vida; cuando los ciudadanos y ciudadanas tienen inquietudes sobre el cambio climático y sus consecuencias están hablando de derechos y, permíteme que te diga, la agenda de los derechos, la agenda que garantiza la igualdad con mayúsculas, la agenda que cambia de verdad las estructuras porque da oportunidades en igualdad a todos y a todas, para mí es la agenda de la izquierda, es la agenda que estamos intentando hacer en España y a la que espero se sumen muchos países.

JOSÉ ANTONIO OCAMPO

A mí me queda poco por agregar, pero yo creo que en todas las etapas de la historia preocupan a la juventud temas que son de transformación social. Muchos de los temas que inquietan a los jóvenes de hoy son propios de esta era, pero hubo otros en el pasado, los

temas de liberación de la mujer, por ejemplo, han estado muy presentes en mi época de juventud.

Pero, dicho sea de paso, el tema de que no existen derechas e izquierdas en el mundo contemporáneo responde, a mi modo de ver, a una ideología de derechas. O sea, la derecha es la que quiere decir que no hay derechas e izquierdas. La izquierda siempre ha tenido una agenda. Yo recuerdo aquel libro de Norberto Bobbio, el filósofo-político italiano, que se titula *Derecha e izquierda*, que argumenta, basándose en los debates históricos políticos de Italia, que la agenda de la izquierda es ante todo la agenda de la igualdad. Y la agenda de la igualdad es la agenda que se ha debatido a lo largo de mucho tiempo, de distintas formas, desde el nacimiento de los derechos laborales, porque esa agenda, como decía Leire Pajín, es una agenda de derechos. Cuando se examina la historia, se comprueba que la lucha es, primero, por el derecho laboral, que después se vino a llamar derechos económicos y sociales. Y después fue la agenda de la igualdad de la mujer que comenzó con el derecho al voto, y después ha tenido otras encarnaciones, pero todas son en torno a la igualdad. Por ejemplo, en el mundo contemporáneo el tema del derecho a la diversidad, el derecho de los pueblos indígenas a mantener su identidad, son distintas encarnaciones de un principio por el cual se ha luchado de distintas maneras en distintas generaciones, pero que debo decir continúa siendo la agenda pendiente.

Yo pertenezco a la generación del 68 que ahora quiere enterrar el presidente de Francia, ¿no es cierto? La generación del 68 es la generación para la que la utopía era la igualdad. Hemos fracasado, hasta ahora, en hacerla realidad. Yo seguiré mi lucha personal como muchos otros de mi generación que siguen en esta lucha, pero yo creo que es sobre todo a los jóvenes, a ustedes, a los que les corresponde volver a tomar esa bandera de la igualdad, que es la bandera más preciosa que ha tenido siempre la izquierda en sus distintas etapas históricas.

Pregunta

Mi nombre es Juan Carlos, soy de Colombia. A lo largo de todos estos días hemos hablado, como decía Ricardo, sobre cómo nos llamamos, sobre cuáles son los puntos de consenso que deberíamos

tener en común, sobre cómo integrarnos como Latinoamérica. Y básicamente, el modelo europeo es un modelo muy interesante que uno podía copiar. Pero yo les quiero preguntar si ustedes lo ven posible o en qué medida esa integración es algo utópico, por citar al Dr. Gaviria, si nos comparamos con la Unión Europea en cuanto a esquemas, en cuanto a apoyos, en cuanto a sinergias. Si ven viable esa integración en Latinoamérica y cuál sería el primer paso para ponernos de acuerdo, cuál es el primer punto de consenso que deberíamos tener los países latinoamericanos para empezar a desarrollar esa idea, si es que de alguna manera se ve factible.

Pregunta

Buenas noches. Creo que la realidad política de varios de nuestros países es conocida por todos. En Ecuador, gran parte del gabinete presidencial está ahora integrado por representantes o ex profesores de la FLACSO, y creo que, hasta el momento, no han demostrado toda la formación académica y todo lo que en excelentes libros yo he podido revisar. Se han encontrado con que la realidad de la academia es muy diferente de la realidad del país.

Coincido con lo que nos dijo el presidente Cardoso de que definirse como derecha o definirse como izquierda ya no es tan real. La gente que necesita el pan, la gente que necesita agua y que necesita alcantarillado no está alineada a una ideología; lastimosamente, ahora se alinea con el que le dé el agua, el pan o la energía. Yo sí tengo una ideología y creo que todos aquí la tenemos, porque hemos tenido la suerte de tener otra formación, pero a la gente que vive pendiente de satisfacer sus necesidades diarias le da un poco lo mismo.

Mi pregunta es: ¿no creen que la universidad también debe cuestionarse el rol que ustedes han tenido a lo largo de los años y no sólo descargar en nosotros toda la responsabilidad de los próximos 20 años? Nosotros hoy día, mañana y hasta dentro de 20 años no vamos a poder hacer mucho. Podremos hacer algo desde las pequeñas esferas de poder que tengamos, pero ustedes todavía tendrán responsabilidades durante un tiempo más y al menos deberían dejarnos un poco preparado el territorio. Gracias.

Pregunta

Buenas noches, mi nombre es Diana y soy española. Yo quería hacer una pregunta sobre otro tema que no tiene nada que ver con las cuestiones que se han planteado hasta ahora. Hoy se ha hablado del tema de las remesas, pero sólo como un comentario. Para mí este tema es muy importante, es una cosa que se tiene que estudiar muy a fondo, porque considero que es un arma de doble filo. A corto plazo, puede ser muy importante para el desarrollo de ciertos países, y es cierto que supone un porcentaje muy importante del producto interior bruto de algunos como Ecuador, Bolivia, Perú. Pero, a largo plazo, lo veo como un sistema insostenible, muy peligroso y que, además, puede dificultar el desarrollo en el futuro, porque supone la emigración de gente, de mucha gente, es decir, supone la pérdida de un capital humano importantísimo. Quería saber cuál es su opinión al respecto y qué acciones se llevan a cabo. Muchas gracias.

LEIRE PAJÍN

Bueno, pues yo empiezo por lo concreto, por la última pregunta, porque me parece muy interesante. Hoy no hemos tenido tiempo de abordarlo en profundidad, pero es precisamente uno de los fenómenos que vivimos en la actualidad. En dos sentidos: uno, porque, aunque es evidente que las migraciones y los movimientos de personas han existido siempre, creo que hoy existen con unas consecuencias evidentes, más conocidas y que tienen mucho que ver con la desigualdad, aunque no es la única causa, que quede claro, y con la pobreza. Hoy miles de personas se ven forzadas a emigrar no por voluntad, sino por las circunstancias económicas, políticas y sociales que viven muchos países. Y eso ha producido que el envío de recursos a sus países se convierta hoy en el principal capital de inversión, por encima del principal producto exportador del país y por encima de la ayuda oficial al desarrollo de los países. En países como Ecuador, del que se ha hablado aquí, o en países centroamericanos, las remesas suponen hoy un tanto por ciento del producto interior bruto mayor que las inversiones, que las exportaciones y que la ayuda oficial al desarrollo, por tanto, tienen una dimensión muy importante.

Hace tres años, cuando España se unió a la Alianza contra el Hambre y la Pobreza, junto al presidente Lula y a Naciones Uni-

das, decidió que, de alguna manera, por su propia experiencia, podía liderar el estudio y la iniciativa de proyectos piloto, porque España vivió un momento de emigración evidente hace no tanto tiempo, en la generación de nuestros abuelos, y el impacto de las divisas y de las remesas tuvo un impacto económico brutal.

Por eso, desde esa experiencia de país emisor de emigración en su día, podíamos de alguna manera contribuir a ver qué oportunidades daban las remesas. Ese estudio nos permitió generar proyectos piloto que hoy la cooperación española ha puesto en marcha en países como Senegal, en países como Ecuador, o en países como Marruecos, con el firme convencimiento de que es importante generar oportunidades y espacios para que aquel que quiera voluntariamente que sus recursos y sus ahorros vayan a generar tejido productivo pueda hacerlo, tenga asesoramiento económico, asesoramiento técnico e incluso microfinanzas que le permitan abrir una tienda, un negocio y, por tanto, que permitan que su capital repercuta en el desarrollo de su país. También generar espacios para que los inmigrantes sean agentes del desarrollo de sus propios países de origen, porque conocen muy bien la realidad de los mismos. Y, en tercer lugar, para poner de manifiesto que uno de los problemas, muy serios, que se ha tenido durante mucho tiempo en muchos países es la falta de democratización del acceso al capital financiero, porque hoy mucha gente que ha querido generar un mini negocio, un negocio pequeño, pero su principal problema es que no tiene un aval y, en consecuencia, nadie le concede un préstamo financiero.

Por lo tanto, éstas son las tres líneas en las que la cooperación española está trabajando. Y ello nos hizo firmar un convenio con las cajas de ahorro y los bancos españoles para abaratar los costes del envío de las remesas y para generar oportunidades que permitieran a aquellos emprendedores tener mejores condiciones para hacerlo.

Ahora bien, yo quiero aquí poner dos límites. Uno, el ahorro de los trabajadores es un ahorro personal de los trabajadores y de las trabajadoras que pueden hacer con ello lo que consideren oportuno, gastarlo en ocio, en bienes de todo tipo. Sólo faltaría. Y en segundo lugar, ojo a una cuestión: es evidente que las remesas tienen un impacto claro, que las ha convertido en muchas ocasiones en un colchón social para muchas familias en situación de extrema pobre-

za. Ahora bien, a quienes tuvieron que emigrar forzosamente no los hagamos responsables de resolver los problemas de su país. Los problemas de los países los tenemos que resolver entre todos. En primer lugar, entre los gobiernos que tenemos la obligación ética de responder ante nuestra propia ciudadanía.

Por tanto, oportunidades, sí. Proyectos productivos con las remesas y proyectos que busquen multiplicar el impacto de las mismas voluntariamente, por supuesto. Pero ojo a querer condicionar y ojo a querer responsabilizar a aquellos que salieron huyendo del problema económico de su país.

Una segunda reflexión y el resto lo dejo a mis compañeros de mesa.

Más allá de los debates, y aunque sí soy una firme convencida de que existen diferencias y que las diferencias están en las prioridades políticas que cada uno establece en su agenda, hay una cuestión que es evidente: cuando hay voluntad política, hay conclusiones positivas. Y esta mañana hablábamos de una agenda, por ejemplo, que firmamos todos los gobiernos del mundo, con independencia de la ideología: las metas del milenio. Y hoy, a mitad de camino, exactamente en el año 2007, de esas metas sabemos que no hemos conseguido ni mucho menos los resultados que nos habíamos planteado. Y aquí hay algo que está por encima de las discusiones que podamos tener esta noche, y es si hay o no voluntad política de cumplir con esos compromisos. Y voy a decir algo: ojalá todos los gobiernos, con independencia de las ideologías, tuvieran en su agenda política las políticas sociales, las políticas públicas, las políticas de igualdad y generaran recursos y gastaran la mitad o la mayoría de sus recursos en estas políticas y no en otro tipo de políticas. Desgraciadamente, eso no es así. Esto no lo dice la Secretaría de Estado de Cooperación española, sino los resultados del mundo en que vivimos.

JOSÉ ANTONIO OCAMPO

Yo quiero complementar esta respuesta relativa a remesas, reconociendo que, así como las remesas son una oportunidad para los países en desarrollo, sin duda alguna detrás de ellas hay también capital humano que ha salido de los países en desarrollo.

Ahora se discuten mucho todas estas iniciativas sobre cómo utilizar mejor las remesas, como las que comparte la cooperación española, que son un avance. La visión que existe hoy en día en muchos países en desarrollo es mirar la migración también como una oportunidad, como una oportunidad que se relacione con el mejor uso de las remesas, pero también cómo se relaciona con su comunidad afuera del país. Yo mencionaba que ya hay partes de América Latina que tienen el 10% o más de su población fuera. Por lo tanto, la forma en que los países se relacionen con esa comunidad va a ser esencial. Sobre todo en los países latinoamericanos, porque la situación de África es realmente grave, a veces en término de la pérdida de sus pocos recursos humanos, a través de la fuga de cerebros.

En América Latina la situación es un poco diferente y es evidente que es posible compensar cualquier fuga de cerebros a través de una mayor formación en recursos humanos. Por lo tanto, los programas de codesarrollo entre los países receptores y emisores de emigrantes, que es uno de los conceptos que se utilizan ampliamente hoy en día, hay que mirarlos como una oportunidad de desarrollo conjunto, y deben tener como uno de sus objetivos precisamente la garantía de que el país en desarrollo no se ve descapitalizado en términos de recursos humanos debido al proceso emigratorio.

Refiriéndome a las dos primeras preguntas, yo quiero, en primer lugar, señalar que la visión de que Europa es Europa no es mi percepción, más bien lo contrario. Porque lo que es muy impresionante del proceso europeo es que se trata de un proceso profundo de integración, en el marco de identidades que también son muy profundas, más aún, son crecientemente profundas, porque, como ocurre en este mundo contemporáneo, al tiempo que los procesos supranacionales se desarrollan y toman profundidad, los procesos subnacionales han cogido igual fuerza. La visión de las distintas nacionalidades, incluso las distintas nacionalidades dentro de los países, es un fenómeno también muy característico de Europa. Al mismo tiempo que se vive la Europa, también se viven las autonomías, de distinta manera, no solamente la autonomía de España. En Gran Bretaña acabamos de ver no hace mucho la consolidación de la autonomía escocesa. En fin, que muchos otros procesos están en curso.

En ese sentido, la identidad no es mala. Yo creo que la identidad de los procesos de integración es parte fundamental. En este proceso, hay que tener, obviamente, la conciencia de ser parte de la comunidad más amplia, pero, al mismo tiempo, no perder la identidad propia. Yo creo que eso es lo que produce un proceso de integración más profundo.

¿Es posible crear en América Latina algo como la Unión Europea? Yo diría que estamos bastante lejos de ello. La tragedia de los procesos de integración latinoamericanos es que son procesos que dan un paso hacia adelante y, a veces, dos hacia atrás. Son procesos que han tenido un poco de espasmódicos. Por ejemplo, después del gran impulso integrador de los años sesenta, tuvimos dos décadas, sobre todo la de los ochenta en que prácticamente se desbarató todo. Para poner un ejemplo que tiene que ver con Colombia: la Comunidad Andina, lo que se llama la Comunidad Andina y que entonces se llamaba el Grupo Andino, estuvo a punto de desaparecer en los años ochenta y, en algún momento, era un hilo lo que mantenía unido al Grupo Andino. Aquí nos pusimos barreras comerciales unos contra otros, cada cual se protegió para tratar de manejar la crisis, de manera que casi se desintegra todo. El Mercado Común Centroamericano, que de alguna manera estaba más desarrollado, se desintegró prácticamente en algún momento.

Después vino el gran impulso que se inició a fines de los años ochenta, con la creación de MERCOSUR, con la revitalización de Centroamérica y la Comunidad Andina. Pero eso también entró en crisis a fines de los años noventa y todavía no hay una nueva oleada clara.

De alguna manera, nuestra gran tragedia es que, teniendo una gran identidad —porque lo que nos diferencia a nosotros, los colombianos, de nuestros vecinos de Venezuela o de Ecuador es bastante menos de lo que diferencia a un país europeo de otro—, no somos capaces de integrarnos, entre otras cosas, por una tragedia latinoamericana que hace que expresemos nuestro nacionalismo con los vecinos más que con cualquier otro. O sea, ese nacionalismo se expresa casi atacando al vecino, en lugar de utilizarlo de forma más constructiva. Ésa es quizás parte de las utopías negativas del presidente Cardoso, el nacionalismo tal como lo vivimos en

América Latina, como un nacionalismo negativo que nos impide unirnos. En un buen proceso de integración, los nacionalismos no impiden unirse y deben ser mucho mejor manejados.

Pero creo que Francisco es mucho más sabio para responder a estas preguntas y a las de FLACSO.

FRANCISCO ROJAS

Me gustaría seguir con la reflexión que hacía José Antonio y quizás valorar, pese a todo, lo que tenemos en América Latina. No hace mucho tiempo atrás, un Estado europeo, Yugoslavia, se desintegró, después de una guerra tremenda, porque pequeñas comunidades quisieron marcar su propio interés, defender la parcela más pequeña. Hoy día el debate en España es cómo hacer frente a un grupo muy minoritario, extremadamente minoritario, pero que es capaz de poner en jaque el debate español de cómo enfrentar el terrorismo, porque quiere independizar una parte del país. Entonces, si uno mira las diferencias que hay en un Estado como el español, donde hay vascos, hay gallegos, hay extremeños, en fin, diecisiete comunidades formales, con lenguas distintas, se ve que hay una idea superior, que es la idea de España, que ha sabido construir un Estado que es español, que es de cada una de las nacionalidades y que es europeo, pero que, además, es iberoamericano. Las identidades hoy día son múltiples.

Y, por lo tanto, lo que tenemos que preguntarnos es cuál es la identidad que queremos marcar en América Latina. Y en América Latina nos cuesta pensarnos como Occidente. Pensarnos como Occidente significa que somos parte de una parte importante del mundo que tiene ciertas reglas del juego. Y que no es un fenómeno geográfico, no es estar ubicados en esta parte del mundo, porque Australia, que está en otra parte del mundo, también es parte de Occidente, de igual forma que los países europeos.

Ésa es la perspectiva desde la que podemos construir y contribuir a un orden. Generando integración ayudamos a generar un orden local, pero también un orden internacional. Y eso se alcanza delegando soberanía, sobre la base de lo que señalaba Leire: la voluntad política. Pensar primero en la cooperación y no en afincar los intereses nacionalistas, más que nacionales, como primera cues-

tión. Es impensable que las papeleras tengan prácticamente destruido una parte importante del MERCOSUR y paralizados sus mecanismos de acción. Eso es impensable y es la falta de institucionalidad, como señalaban ayer tanto Cardoso como González, lo que hace que no haya fusibles en estos procesos de integración.

En un determinado momento, en Europa se dio un salto cualitativo, pensando cuáles eran los costos de la no Europa. Nosotros no nos atrevemos a pensar en los costos de la no América Latina, no tenemos un texto que nos muestre los costos de la falta de América Latina. Pero esos costos se incrementan en la medida en que los temas globales nos tocan a cada instante. Esos costos son a los que se refería el presidente Pastrana, al señalar que la globalización negativa consigue en Colombia que la coca dé dos cosechas y que las lanchas rápidas vuelen sobre el Caribe para llegar a las costas de Centroamérica, corroan el Estado y vulneren las pequeñas sociedades para llegar al mercado de Estados Unidos. El presidente Pastrana decía: «Ojo, Europa hoy día es el segundo consumidor». Pero nos estamos olvidando del consumo latinoamericano. Hoy día el crack se consigue en cualquier ciudad latinoamericana por menos de lo que vale un cigarrillo comprado suelto.

Y eso es parte de los problemas que tenemos que enfrentar. Y una de las formas de enfrentarlos es con la integración. No hay alternativa: ningún país latinoamericano puede enfrentar en solitario las crisis financieras, los problemas de las pandemias o el crimen organizado. La única alternativa es la cooperación entre los latinoamericanos, y con la ayuda internacional.

Unas palabras respecto al rol de FLACSO en Ecuador. Algunos colegas dicen que el partido más importante del presidente Correa es el partido de la FLACSO, porque hay alrededor de cinco o seis profesores que han pasado por la FLACSO y que hoy ocupan cargos en el gobierno.

Pero en esto lo que quisiera señalar es que si hay malos políticos de FLACSO en Ecuador, sería bueno saber cuáles, para reclamarle al director y que a lo mejor puedan cambiarlos. Pero podría colocar otras dos fichas que han dado muy buenos resultados, lo que muestra que FLACSO también forma muy buenos políticos. Ricardo Lagos fue profesor y secretario general de FLACSO; Cardoso fue pro-

fesor de FLACSO y yo tuve el privilegio de tenerlos a ambos cuando inauguramos el edificio de FLACSO en Chile; el presidente Leonel Fernández, en República Dominicana, también fue profesor de relaciones internacionales en FLACSO. Entonces, tenemos algunas cartas positivas en esto.

Pero creo que el tema principal está, como también lo señaló ayer no recuerdo si Cardoso o Felipe González, cuando se decía que era malo que un analista hubiera escrito y después ejerciera el poder porque le iban a decir, «Mire usted en el libro *Dependencia y Desarrollo* dice que el imperialismo...». «No, pero es que ahora me tengo que entender con el imperialismo...». Y ahí llega la complicación.

Las instituciones académicas tenemos la responsabilidad de formar analistas y la universidad en general, pero básicamente en América Latina tiene un gran paradigma: el pensamiento crítico. Y por lo tanto se forman analistas para quienes es básico criticar lo que está ocurriendo. Pero cuando vienen jóvenes científicos políticos, que asumen cargos de poder y le preguntan a estos analistas: «¿Qué hago?», les responden: «No, ésa es su responsabilidad, no me pregunte a mí. Yo estoy para escribir el libro, criticándola». ¿Por qué? Porque los políticos actúan sobre la base de ejercer el poder, donde los análisis les pueden ayudar —y ojalá los análisis les ayuden a definir mejores políticas públicas—, pero tienen que estar centrados en otra lógica, en la lógica de la responsabilidad y, para eso, tienen que tener algo que ningún analista tiene: sentirse tocado por Dios, sentirse tocado por algo que les dé una trascendencia distinta. En el liderazgo hay algo que es básico: sentir que hay una misión esencial que cumplir, cosa que un analista no necesariamente tiene. Y ésa es la diferencia. El analista a lo mejor el fin de semana dirá: «Me voy a la isla que está aquí tan cerquita, la del Rosario, a bucear». Pero un político no lo puede hacer porque tiene una responsabilidad que le trasciende respecto a quienes quiera representar o a quienes quiere guiar.

Y, por tanto, en ese sentido creo que la labor de FLACSO es buena si cumple con la tarea de formar buenos profesionales en el campo de las ciencias sociales, si les da un sentido respecto al desarrollo y la integración. La capacidad de ser buenos políticos esta-

rá dada por la intuición del poder y en esto hoy día, cambiaron las reglas del juego. El que tiene cien fichas de analista, a lo mejor las cambia por una ficha de poder.

¿Cómo se ejerce el poder en la era de internet? Es algo que ustedes a lo mejor todavía no saben, pero que Leire Pajín conoce muy bien. Mientras yo estoy hablando, ella está moviendo muy rápidamente su dedo izquierdo dando instrucciones sobre lo que tiene que hacer la gente que trabaja con ella en Madrid, porque, desde aquí, está pensando en la responsabilidad que tiene, está pensando en lo que hacen en Madrid. Y eso significa usar las nuevas tecnologías de manera productiva, cosa que me causa una envidia tremenda.

Pregunta

Buenas noches. Soy de la primera generación, del año 2002, en donde nos encontramos con un proyecto, un programa de estas Becas Líder que, en mi opinión, ya sea por los contenidos, los expositores, las actividades, las charlas, las visitas, etc. que hicimos fue un programa neutral, bastante neutral. Me pareció que se trataba de un encuentro de jóvenes con bastante proyección y relevancia en sus respectivos países, en sus respectivos quehaceres. Volviendo después de cinco años a este encuentro he notado —insisto, es mi opinión personal— una cierta línea editorial más bien de sensibilidad de izquierdas.

La duda que tengo, y relacionado con la Red Carolina que de alguna manera nos pretende aglutinar a todos, es si se trataría más bien, producto de este cambio que yo en lo personal he percibido y he notado, de un proyecto de una fundación más bien del Estado español, o de si se trataría de un instrumento del Gobierno español.

Me he enterado también que la Fundación depende también un poco, por así decirlo, del gobierno de turno. En mi opinión también creo que la Fundación, y esto va para todas las personas jurídicas sin fines de lucro, deberían mantener siempre una línea neutral. Por lo tanto, mi pregunta a ustedes, con ánimo amistoso y sin, por favor, verlo como una postura crítica, es que me den su opinión al respecto y, como posible miembro de esa Red Carolina, ¿cómo se manejaría ese tema a futuro?

LEIRE PAJÍN

Bueno, no es así. El presidente de honor del Alto Patronato de la Fundación Carolina es Su Majestad el Rey; el presidente ejecutivo es el presidente democráticamente elegido por los ciudadanos españoles, y también forman parte del Patronato representantes de la Administración General del Estado y empresas privadas. Y la Administración General del Estado y el Estado español son mucho más que un gobierno. Forma parte de los cimientos de una democracia que, afortunadamente, funciona en nuestro país y que cambia cada cuatro años en función de lo que los ciudadanos quieren. Por eso esta institución de ámbito público-privado responde a esa democracia, como no podía ser de otra manera.

Quiero empezar mi intervención hablando de los nuevos instrumentos que me preguntaban, porque me parece que es un debate muy interesante, queriendo en primer lugar poner encima de la mesa la duda que me asaltaba cuando hablabas de los instrumentos financieros *versus* los instrumentos de cooperación. Y digo *versus* porque en las políticas de desarrollo nosotros no diferenciamos.

Las políticas de desarrollo, como les he intentado trasladar este mediodía, van más allá de las políticas de ayuda; tienen que ver con políticas comerciales, con políticas agrícolas, con política de ayuda, y tienen diversos instrumentos, unos bilaterales, otros multilaterales, unos financieros, otros no financieros. Por tanto, el Banco Mundial y los bancos regionales también son instrumentos que utiliza la cooperación española para su actuación. Ahora bien, yo no comparto la idea de que son más eficaces que otro tipo de instrumentos y mucho menos comparto la idea de que sean más o menos burocráticos que otros instrumentos de la cooperación. Creo que tienen un alto grado de burocracia, como otros instrumentos, y en ese debate estamos todos, en intentar simplificar la burocracia tanto en los organismos financieros como en los no financieros.

Más allá de ello, quiero decirte que el debate de la burocracia también es un debate muy relativo y que depende de cómo se enfoque. Me explico. Cuando apostamos por que los proyectos de cooperación tengan una componente que financie la formulación del proyecto o que financie la ejecución del proyecto, algunos pueden

pensar que esto es financiar la burocracia. Mi opinión es que es financiar la profesionalidad. Porque la cooperación al desarrollo —como tú muy bien has dicho— responde a convicciones éticas profundas, de actitud ante el mundo, pero también responde a mucha profesionalidad. Nadie puede construir un puente si no sabe hacerlo y, evidentemente, no podríamos generar políticas de salud si no supiéramos de políticas de salud.

Y ese debate es un debate tremendamente interesante, porque a veces tenemos esa idea romántica de que quienes nos dedicamos a la cooperación somos *hippies* con mochilas —que no digo que no los seamos, cuando tengamos que serlo— cuando, de hecho, somos profesionales que creemos en un mundo distinto, y por eso nos formamos mucho para estar a la altura de los retos, y por eso el debate de la burocracia es un debate interesante que requiere de mucha discusión. Pero insisto, en el ámbito de la cooperación no son menos burocráticos determinados instrumentos simplemente porque sean financieros.

Cuando este mediodía yo aludía a los nuevos instrumentos, me refería a que, por ejemplo, la política de canje de deuda por educación, por inversiones sociales, es hoy un nuevo instrumento de la cooperación española. O cuando me refería al apoyo presupuestario en el que España está inyectando directamente al presupuesto de muchos países, entre ellos latinoamericanos, para que se puedan fomentar políticas públicas en educación o en salud. Porque entendemos que la mejor forma de garantizar los derechos es fomentar las políticas públicas de un Estado.

A esos nuevos instrumentos me refería y, por cierto, son nuevos instrumentos que otros países ya venían desarrollando y que España no puso en marcha hasta el año 2004.

La segunda parte del debate tengo que confesaros que me ha sorprendido un poco. Yo llevo en Cartagena unas horas, he llegado esta mañana, he compartido con vosotros un mediodía estupendo en el que hemos intercambiado muchos puntos de opinión, y en ningún momento he visto un debate sobre la izquierda y la derecha. Quizás lo habéis tenido antes, pero mi experiencia de hoy es que ese debate lo he visto por primera vez aquí por una pregunta concreta que me han hecho sobre cuál era, en mi opinión, la agenda de

la izquierda del siglo XXI, y he contestado concretamente a esa pregunta. Mi exposición de hoy, de la que la mayoría de ustedes, incluso los que han preguntado, me han felicitado, ha tenido que ver con cuál es el modelo de cooperación al desarrollo al que yo represento. Y represento a los ciudadanos de España, no se equivoquen, no a una ideología. El Gobierno de España representa hoy a todos los ciudadanos, a los que nos votaron y a los que no. Por cierto, un modelo de cooperación tremendamente consensuado, un modelo de cooperación que ha obtenido un respaldo unánime en el Parlamento, y respaldo de todos los agentes, porque quienes dirigimos hoy la cooperación española nos hemos empeñado especialmente en que la política de cooperación al desarrollo tuviera consenso. Y que tuviera consenso porque entendemos que es un tema de Estado que va más allá del ideario partidario, y porque entendemos que tiene resultados a medio y largo plazo, y por eso es importante tener hoy cimientos que no cambien mañana cuando cambia el partido político. Un consenso que nos ha costado mucho a todos y a todas, y un consenso que no existía hace cuatro años ni tampoco en 2002. Por lo tanto, me alegro de que hoy tengamos ese modelo de cooperación hecho entre todos y todas y en el que yo creo.

Y digo que me he sorprendido porque en mi exposición les he hablado de mi experiencia, les he dicho que estábamos celebrando el 30 aniversario de la democracia en España y he compartido con ustedes que la lección más importante que aprendimos los españoles y las españolas fue la importancia de los consensos. Consenso entre partidos —les he dicho—, consenso entre empresas y sindicatos —les he añadido— y consensos con la ciudadanía y la sociedad civil, he acabado. Y he dicho que en política, y para que un país tenga el desarrollo que ha tenido España, ha sido muy importante que nos puséramos de acuerdo unánimemente en leyes de mínimos y en consensos básicos, y les he citado los Pactos de la Moncloa, el Pacto de Toledo, y les he hablado de la universalización de las políticas. Ése ha sido mi discurso de hoy, por tanto entiendan que me sorprenda algún debate que he escuchado esta noche. No obstante, les diré que la Fundación Carolina tiene una vocación de encuentro plural, que yo conocí a muchos de ustedes en la sede del Partido Socialista, cuando no formaba parte del Gobierno y era una diputa-

da de un partido, porque ustedes vinieron a la sede del Partido Socialista, y allí les hablé de mis convicciones y de mis valores, exactamente igual que les hablo ahora.

Y la Red Carolina está en sus manos. Lo he dicho hoy: la Red está en las manos de quienes hoy han querido encontrarse en este maravilloso marco de la cooperación española, que es la de todos los latinoamericanos y las latinoamericanas. Y depende de ustedes, porque si ustedes quieren seguir teniendo una red permanente que siga encontrándose, que siga aprovechándose de los conocimientos de los unos y de los otros, será un instrumento valioso. Lo que la Fundación Carolina pone a su disposición, como les he dicho también hoy, es el continente, es el contenedor, es el espacio para que ustedes se sigan viendo y tengan la oportunidad de encontrarse en noches como las de hoy. Y eso les seguiremos ofreciendo desde la pluralidad, el respeto y las ganas de hacer bien las cosas, como siempre ha perseguido esta Fundación. Muchas gracias.

CUARTA PARTE
IBEROAMÉRICA, EL PAPEL DEL SECTOR PRIVADO

13. ESTADO, SECTOR PRIVADO Y CLASES MEDIAS

FRANCISCO LUZÓN *

LA MEJOR SITUACIÓN EN TRES DÉCADAS

Es para mí un gran placer poder dirigirme a todos ustedes para, en los próximos minutos, tratar de averiguar juntos en qué consiste el desarrollo económico de Latinoamérica y qué podemos cada uno de nosotros aportar a ese proceso por el que llevamos soñando generaciones y generaciones de ciudadanos, empresarios y políticos de la región.

Y voy a comenzar por el principio: mostrándome optimista por el momento que nos está tocando vivir, por las grandes oportunidades que hoy —en julio de 2007— se le abren a toda la región; a nuestro continente.

Hace cuatro años, en la ciudad de Santander, en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, acuñé una frase que hizo fortuna entre quienes siguen el acontecer de Latinoamérica. Dije entonces —tras los *anni horribili* que para la región supuso el periodo 1999-2002— que «en Latinoamérica lo mejor estaba por venir».

Era el verano del año 2003. Pues bien, afortunadamente acerté. Hoy hay una amplia mayoría de ciudadanos y analistas que abiertamente conceden que la región está viviendo la situación económica más favorable por la que haya atravesado Latinoamérica en las últimas tres décadas.

Tres décadas es mucho tiempo. Casi toda una vida. De hecho, literalmente de eso es de lo que estamos hablando: de que hay que

* Consejero del Banco Santander, Vicepresidente Ejecutivo para América Latina, Vicepresidente Mundial de Universia.

remontarse toda una generación —más o menos 25 años— para encontrar una Latinoamérica que, como la de hoy, creciese cuatro años seguidos por encima del 4% y con baja inflación.

No sólo la macro de hoy es mejor. También han mejorado, y mucho, las condiciones de vida y bienestar del continente.

Según la CEPAL, la expectativa de vida promedio de la región ha aumentado desde los 65,4 años que se registraba en 1980-1985 a 73,1 años el año pasado. En el mismo periodo, la tasa de mortalidad infantil se ha reducido a la mitad —hasta el 2,4%— y, salvo en Haití y Centroamérica, la tasa de analfabetismo está muy por debajo del 10% de la población mayor de 15 años.

Y si hablamos de otros indicadores —por ejemplo, los recogidos en los Objetivos de Desarrollo del Milenio¹, y referidos a los avances en la igualdad de género o a la sostenibilidad medioambiental del continente— la conclusión siempre es la misma: Latinoamérica ha avanzado.

También hay avances en la evolución de la pobreza y de la desigualdad. Entiéndaseme bien lo que voy a decir. Sin duda, en Latinoamérica la miseria y la pobreza alcanzan a un porcentaje intolerablemente alto de la población. Y la desigualdad muy a menudo resulta profundamente turbadora. Los datos son contundentes: según la CEPAL, en 2005 la pobreza afectaba al 39,8% de la población y de ellos un 15% vivía en la miseria. Y por lo que respecta a la desigualdad, los índices de Gini del continente se situaban sólo por debajo de los que se registraban en África Subsahariana.

Pero hay que recordar que hace 15 años, en 1990, el 22,5% de la población era indigente y el 48,3% pobre. Es decir, que a lo largo de la última década y media, en promedio, cada año alrededor de tres millones de personas han conseguido escapar de la pobreza y sus consecuencias.

Y los avances en estos cuatro últimos años de bonanza económica han sido muy importantes. Según la CEPAL, entre el año 2002 y

¹ Véanse los avances en el cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio tal y como lo recoge el último informe de CEPAL: http://www.eclac.cl/mdg/docs/MDBOOK_SP_new.pdf.

el 2006, el número absoluto de personas viviendo por debajo del umbral de la pobreza —que incluye también a los que viven en la miseria— cayó en términos absolutos en 16 millones de personas, lo que viene a equivaler a toda la población de Chile. O una vez y media Bolivia.

Si combatir la pobreza en Latinoamérica realmente nos importa, este dato no debería ser un número a sepultar en un informe de gestión más. Debería ser la mejor prueba de lo que nosotros llevamos manteniendo desde hace mucho tiempo: *Que realmente se puede ganar la batalla contra la pobreza y que, de hecho, se está empezando a ganar.*

Tenemos menos datos —y menos actualizados— sobre cómo ha podido cambiar el patrón de distribución del ingreso en el continente. Con todo, los análisis de los economistas del Banco Santander y algunos datos de la CEPAL apuntan a que entre 2002 y 2006, en las siete mayores economías de la región² se está produciendo un achatamiento de la pirámide del ingreso:

- cae el número de hogares pobres,
- cae el número de hogares de clase alta,
- aumenta ligeramente el número de hogares con nivel de renta baja pero por encima del umbral de pobreza,
- y son sobre todo los hogares con rentas que van de 1,25 veces a 3 veces la renta de la línea nacional de pobreza los que aumentan su protagonismo: frente a 2002, hoy son 15 millones de hogares más, lo que equivale a que 60 millones de personas se han integrado en este segmento de ingresos.

Dejemos el diagnóstico aquí. Me comprometo a no darles más números a cambio de que ustedes, en justa reciprocidad, retengan las cuatro principales ideas que hasta ahora les he expuesto.

En concreto:

— Primero, que la situación macro del continente es la mejor de las últimas tres décadas.

² Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México, Perú y Venezuela.

- Segundo, que la mejora económica se ha traducido también en progreso de los indicadores sociales y de bienestar.
- Tercero, que entre los avances más esperanzadores producidos se encuentra la reducción del porcentaje de población que vive en la pobreza y la miseria.
- Finalmente que, de forma gradual pero perceptible, en la región se están echando los cimientos para la consolidación de una cierta clase media como lo prueba que 60 millones de ciudadanos —equivalente a 15 millones de hogares— se han incorporado al segmento de la población que disfruta de un nivel de renta que claramente los diferencia de aquellos que viven por debajo del umbral de pobreza.

SECTOR PRIVADO Y DESARROLLO: EL PORQUÉ DE UNA PREOCUPACIÓN

Casi siempre y casi todos hemos creído que era una responsabilidad primaria del Estado ajustar y estabilizar la economía, y asegurar el suministro de aquellos bienes y servicios públicos que, como la educación, la sanidad o las infraestructuras, mejoran el bienestar y la calidad de vida de los ciudadanos.

Algunos —muchos, pero menos que los anteriores— también hemos pensado siempre que el Estado tiene también una gran responsabilidad en la reducción de la pobreza y de la desigualdad.

Pues bien, una parte de los avances de la región que les acabo de contar se deben a la generosidad y eficacia con la que muchos gobiernos del continente han cumplido con su parte de ese contrato social.

La política ha sido importante. Muy importante. El reciente éxito de Latinoamérica se ha debido al capital político que muchos gobiernos han invertido en hacer reformas y adoptar políticas no siempre populares. Hay que reconocérselo a todos ellos, porque muchas veces tenían a su disposición opciones más fáciles, aunque menos sostenibles.

Otra parte del éxito colectivo se debe a lo que podríamos llamar en sentido muy amplio la mayoría ciudadana de Latinoamérica. A los ciudadanos que durante una generación han sobrellevado crisis, ajustes y cambios en las reglas de juego; a las empresas que han sobrevivido a las incertidumbres y al pesimismo y han seguido invirtiendo y creando empleo; a los votantes que, pese a todo, han seguido confiando en las elecciones y la democracia.

La existencia de esta mayoría ciudadana —de la nueva sociedad civil latinoamericana— supone un cambio con profundas y muy positivas repercusiones sobre el futuro de la región. Y si no me creen, pregúntense si en la Latinoamérica de los años sesenta o la de los años setenta hubiera sido posible que, en un Encuentro como éste, el máximo responsable de un banco presentase una ponencia como la que están escuchando. Sinceramente creo que no.

Y una parte no despreciable del avance de la región precisamente reside en que a los empresarios de hoy estos temas nos ocupan y preocupan, no porque quienes hablan tengan una «especial» sensibilidad social. No. Hablar de estos temas ya no es patrimonio de empresarios singulares o de empresas con un desarrollado sentido de lo que es su responsabilidad social con el país. Hoy los empresarios y las empresas estudiamos y seguimos estos temas por dos razones:

- a) La primera, porque todos hemos aprendido en carne propia que son temas importantes para la estabilidad de la economía y, por tanto, para la gobernabilidad de los países de la región.
- b) La segunda, porque muchos de nosotros sentimos que al debatir estos temas, de lo que realmente estamos hablando es de nuestros clientes. De la riqueza y bienestar de los clientes que ya lo son y, sobre todo, de los que pueden llegar a serlo en un futuro más o menos inmediato.

En el Santander sabemos desde hace mucho tiempo —recuerden que este año estamos celebrando nuestro 150 aniversario— que siempre hemos crecido por y para nuestros clientes.

Por eso siempre hemos estado muy atentos a lo que ocurría a nuestro alrededor. Por eso seguimos atentos. Y es por eso que hoy

tengo que decirles que lo que vemos en Latinoamérica nos gusta. Nos gusta mucho.

Estamos en medio de una revolución: la revolución de las clases medias emergentes. Y estamos convencidos que esa revolución va a ser muy buena para los ciudadanos, algunos de los cuales ya son o van a ser nuestros clientes. Y va a ser positiva para los ciudadanos sencillamente por una razón: porque son ellos quienes la están protagonizando y dirigiendo.

Déjenme que en los próximos minutos desarrolle más esta tesis.

LA REVOLUCIÓN DE LAS CLASES MEDIAS EMERGENTES

Si alguno de ustedes decide invertir algunos minutos de su tiempo en el capítulo económico del último Latinobarómetro³ es más que probable que tenga que pasar el resto del día luchando contra sus preconcepciones sobre el pesimismo latinoamericano.

Tan sólo tres datos.

- a) El primero, que el 54% de los latinoamericanos cree que sus hijos van a vivir mejor que ellos, un porcentaje que en Brasil llega al 67% y en México al 59%.
- b) El segundo dato a subrayar es que este optimismo intergeneracional corre en paralelo con la percepción de que las economías de la región están mejorando sostenidamente: en 2005 un tercio de los latinoamericanos así lo manifestaba frente al 23% que lo hacía hace apenas dos años.
- c) El tercer dato es que los latinoamericanos sistemáticamente perciben que su situación y sus perspectivas familiares son mejores que las del país: mientras que el 30% confía que al país le irá mejor en los próximos 12 meses, el 43% está persuadido de que a ellos les irá todavía mucho mejor.

³ <http://www.latinobarometro.org/uploads/media/2005.pdf>.

Un añadido para aquellos que sospechen que la información que acabo de darles tiene el sesgo reconocible de quien se siente seguro ante el futuro porque pertenece a las «clases acomodadas». No es en absoluto el caso: los encuestados cuyas respuestas se computaron se autoconsideran «clase media-baja» en el promedio de la región y «clase media-media» en México (4,4), Argentina (4,3) o Chile (4,1).

No hay truco. La gente quiere progresar. Y los que más quieren progresar precisamente son los que más tienen que ganar.

Hay muchas formas de interpretar estos resultados, pero yo me quedo con una: *algo más de la mitad de los latinoamericanos creen hoy que en la región existen las condiciones para que se haga realidad el «sueño universal» del progreso.*

¿Está justificado el optimismo de ese 50% de los latinoamericanos? Mi respuesta es un categórico SÍ.

En primer lugar, porque Latinoamérica hoy es una región en la que la democracia funciona. Con sus problemas, con sus imperfecciones, pero funciona. Y cuando eso ocurre, más pronto que tarde, se desemboca en una sociedad en la que prima la meritocracia sobre todo lo demás.

Muy poca gente hubiera pensado hace 5, 10 ó 15 años que la región podía celebrar, en veinticinco meses y sin sobresaltos graves, 11 elecciones presidenciales y otras tantas elecciones legislativas, estatales y municipales. Pero exactamente eso es lo que ha pasado entre noviembre de 2005 y diciembre de 2006: que más del 90% de los ciudadanos de la región han podido libremente elegir a sus representantes y que el resultado de ese proceso no ha sido la «respuesta enrabiada» que algunos temían o soñaban.

La región no ha hecho ningún giro ideológico brusco. Más bien todo lo contrario. Cuando se mira a Chile, Brasil, México, Colombia, Perú, etc., la sensación que se tiene es que la mayoría de los ciudadanos han optado por el pragmatismo, la buena gestión y la introducción de una sana competencia entre las grandes opciones políticas alternativas. Es decir, la mayoría ha apostado por la democracia como forma de convivencia.

Si alguno de ustedes necesita un número para validar esta hipótesis no tiene nada más que acudir al recientemente publicado

Anuario Iberoamericano 2007 del Real Instituto Elcano y la agencia EFE. Allí encontrarán un interesante artículo de Daniel Zovatto, de IDEA, que sugiere que un 57% de los latinoamericanos están firmemente convencidos de que *para cambiar las cosas lo más eficaz es votar*.

La segunda razón que justifica la autoestima es que Latinoamérica —en sintonía con sus valores democráticos y occidentales— ha invertido en capital humano, en educación y en sanidad. Para el conjunto de la región, y según la CEPAL, ni siquiera en los años noventa —la denostada década neoliberal— cayó el gasto social.

Todo lo contrario: entre el año 1990 y el 2003 el gasto social per cápita aumentó un 31% en dólares constantes y su peso en el PIB pasó del 13% al 15,5%. El gasto per cápita en asistencia y seguridad social creció en ese periodo un 54%, el dedicado a educación un 42% y el gasto per cápita en salud un 5%.

El gasto social sólo ha caído durante las recesiones económicas. Las crisis —y no la ideología— han sido las auténticas causantes de que no se hayan cerrado más las brechas sociales del continente y de que en algunos países incluso se hayan abierto más.

Por ello, si ahora la región consigue encadenar unos cuantos años de estabilidad y prosperidad yo no tengo dudas de que Latinoamérica dedicará una parte del dividendo del crecimiento a seguir invirtiendo en su gente y en su futuro.

De hecho, Latinoamérica ya ha comenzado a volver a gastar más en educación, en salud, en pensiones, en vivienda. Se puede debatir sobre la eficiencia de ese gasto y sobre cuánto hay que seguir invirtiendo para sostener el desarrollo —y exactamente eso es lo que hacen los ciudadanos con sus votos— pero el mensaje de fondo es simple: *la región ha creado la infraestructura mínima de políticas públicas y privadas necesaria para abordar el despegue económico y social con garantías de éxito*.

Y la mejor prueba de ello es el puesto que ocupan las principales economías de la región en los Indicadores de Desarrollo Humano que regularmente publica Naciones Unidas. En el correspondiente a 2006, y sobre un total de 177 países, *Argentina se sitúa en el lugar 36, Chile el 38, Uruguay el 43, México el 53* —todos ellos entre los países con Desarrollo Humano alto— mientras que ya

dentro del Grupo de Desarrollo Humano intermedio *Brasil aparece en el puesto 69*. Tan sólo para fijar criterio añadiré que el indicador de Desarrollo Humano de Brasil y México están claramente por delante de China e India.

Por todo ello, yo no tengo duda de que Latinoamérica —o al menos, sus países determinantes: Brasil, México, Chile...— está a punto de dar su «gran salto adelante».

Alguno de ustedes puede pensar que este «optimismo» ya lo hemos vivido antes. En concreto, que algo parecido a lo que hoy percibimos ya pasó cuando reconquistamos la democracia y cuando en los albores de la década de los años noventa, todo, incluidas las reformas del Consenso de Washington, parecía posible.

Y sin embargo... el «despegue» no acabó de producirse. ¿Por qué ahora habría de ser distinto?

Mi explicación es relativamente simple: en el intento de «salto adelante» de los años noventa no contamos con las clases medias, sino todo lo contrario: muchos de los ajustes y reformas que entonces hubo que introducir para modernizar las economías de la región se tradujeron en *un enorme "stress distributivo"* que afectó fundamentalmente a unas clases medias que no eran lo suficientemente pobres como para percibir la mejora de bienestar que traía consigo la menor y más predecible inflación, ni tampoco lo suficientemente ricas para aprovechar el incremento de posibilidades de elección de bienes de consumo que supuso la apertura comercial al exterior y por tanto las mayores importaciones.

Lo que sintieron esas clases medias es que el adelgazamiento del Estado y la reestructuración del sector público empresarial provocada por las privatizaciones para ellos era sinónimo de pérdida de empleo. Nuestras clases medias aprendieron que la «modernidad» también era convivir con la incertidumbre sobre el futuro, la inseguridad en el trabajo y la amenaza de una movilidad social descendente.

Los datos de distribución de los años ochenta ilustran con contundencia que muchos de los ciudadanos que tenían ingresos en la franja que iba del 75% al 125% de la mediana del ingreso corrieron el riesgo de volver a ser «pobres». Y cuando la distribución de la renta es tan desigual como lo es en Latinoamérica, la probabili-

dad de que en ese intervalo de renta se concentre un porcentaje desmesurado de la población es muy alto. En concreto, Nancy Birdall, ex Vicepresidenta del BID, y Carol Graham, investigadora principal de la Carnegie Mellon, llegan a cifrarlo en hasta un 50% de los ciudadanos de la región.

No hay duda que los diseñadores de las reformas tomaron un camino que conllevaba muchos riesgos: en una democracia alienar al 50% de los votantes no suele ser aconsejable. Más bien es la ruta propicia para que las reformas se empantanen y queden varadas a mitad de camino. Pese a la infinita altanería de nuestra tecnocracia es poco probable que errores de ese tipo se repitan. Nuestra democracia es hoy mucho más fuerte. Hay más *checks and balances*, más equilibrio entre los distintos de poderes. Hay más sociedad civil. Más prensa libre. Más pensamiento crítico y menos pensamiento mágico.

Y, sobre todo, hay nuevos protagonistas y nuevos políticos. Y ambos se conocen entre sí mucho mejor.

Estoy convencido de que el apoyo de las clases medias a la globalización dependerá crecientemente de temas económicos de tanta trascendencia como la «formalización» de la economía en negro, de la restauración de la movilidad social ascendente y, sobre todo, del perfeccionamiento de las redes de seguridad social del Estado.

Y simétricamente, la existencia de elecciones periódicas hará que los líderes entiendan que su éxito político está inexorablemente ligado a que la existencia de mecanismos de protección pública no ponga en peligro la estabilidad económica, el crecimiento y el dinamismo empresarial del sector privado.

O dicho de otra forma: para que haya solidaridad tendrá que haber crecimiento sostenible, y para ello habrá que construir un sector privado productivo que cree la riqueza con la que pagar la solidaridad.

Hay un tema que ante un auditorio como éste, formado por estudiantes universitarios, no puedo ni quiero dejar de mencionar.

Una segunda característica de las nuevas clases medias de las que estamos hablando es que han hecho un *aprendizaje forzado del valor de la educación superior*.

En un mundo globalizado —tanto como consecuencia del cambio de patrón productivo de los emergentes, como por la exten-

sión del *outsourcing* industrial y de servicios— la demanda de ciertos tipos de profesionales especializados ha crecido más rápidamente que la oferta nacional de titulados, y esta tensión se ha traducido de forma inmediata en salarios y retribuciones que han tendido a crecer y llegará a niveles muy por encima del promedio histórico de esas profesiones. Los universitarios de algunas profesiones han sido los beneficiarios más claros de este *premium por escasez*. Junto a él, la clase media de siempre ha descubierto que a diferencia de lo que ocurría hace 20 o 25 años, un título de secundaria ya no es el camino seguro hacia un trabajo estable con salarios de clase media.

El abanico se ha abierto. Los incentivos han cambiado. Lo que no lo ha hecho es la falta de igualdad de oportunidades para el acceso a las universidades.

En Brasil, por poner un ejemplo extremo, los jóvenes de 25 años o más que están en el decil más rico de la población tienen un promedio de 11 años de educación, frente a los 8 años de los jóvenes del decil siguiente y los apenas 4,5 años de los deciles 5 y 6.

A medio plazo no se pueden compatibilizar tanta desigualdad con una sociedad de clases medias amplias y con poder de voto. Más bien, lo que sale es que la «demanda de educación universitaria» será un rasgo definitorio de los que, perteneciendo a las nuevas clases medianas, tienen más aspiraciones y más ambiciones. De los que quieren «llegar». Y eso cambiará la sociedad, como ya lo hizo en Europa y en la España de los años ochenta y noventa.

Todavía un último rasgo de la revolución. Las «clases medias» saben mejor que nadie lo que es la inseguridad. Conviven con ella en sus empleos, en los medios de transporte que usan para llegar a sus trabajos, en los barrios y calles en los que viven. La demanda de «seguridad física» hoy —desde México a Argentina, de Río a Bogotá— es un clamor. Latinoamérica sabe que hay que recuperar para el Estado el monopolio de la violencia.

Pero también sabe que sólo a un Estado predecible, transparente y no corrupto se le puede hacer entrega de ese inmenso poder.

Y quizás aquí sea donde esté la auténtica demanda de las tantas veces enunciada «Reforma del Estado». Sin duda éste es uno de los incentivos más claros que la democracia tiene para —por egoís-

mo— impulsar la aparición de nuevos y entusiasmantes liderazgos en la región.

El resumen de todo lo anterior es que no avanzaremos en la democracia y la inserción de Latinoamérica en la economía global si no conseguimos atraer al proyecto y a las urnas a las «clases medias» emergentes.

Felizmente, tampoco las «clases medias» emergentes podrán asegurarse su movilidad social ascendente o su protección ante los múltiples riesgos que les acosan sin comprometer su apoyo a la democracia, a un Estado transparente y consciente de sus funciones de aseguramiento del orden constitucional y de sus funciones distributivas, y sin preservar una economía de mercado en la que se respeten la propiedad privada y se honren los contratos.

En definitiva, esta vez existen intereses compartidos. Y sobre todo existe la sensación de que no se puede dejar de escapar una nueva oportunidad. No se puede esperar otra generación para intentarlo. ¡Ahora es el momento!

Y esto frente a la resignación que nos ha atenazado desde la década perdida es una revolución. La revolución de las «clases medias».

EL DESAFÍO DEL DESARROLLO: LA RESPUESTA DESDE EL SECTOR PRIVADO

Por todo lo que les llevo dicho, ustedes ya saben que en el Santander creemos que hay que apostarle al reencuentro de los Estados fuertes y democráticos con las funciones tradicionales del Estado socioliberal.

Y que para ello hace falta mucha voluntad política y mucha inversión en desarrollo. Y ¿qué significa invertir en desarrollo?

Pues en mi opinión, en la situación actual de la región, asumir el reto del desarrollo conlleva:

- Mantener políticas macroeconómicas de estabilidad, y muy especialmente comprometerse con políticas monetarias, cam-

biarias y presupuestarias que sean sostenibles en el medio y en largo plazo. Es decir, hay que mantener el rumbo y no cansarse.

- Hay que llevar a cabo con firmeza las llamadas *reformas de segunda generación*, tales como las reformas fiscales, la reforma de las pensiones o la del mercado de trabajo, así como, en el ámbito político, las reformas del Estado o la judicial, reforzando las garantías jurídicas y la institucionalidad de la democracia y del Estado.
- Profundizar en las políticas que incrementen el potencial de crecimiento a largo plazo de los países. Y para ello, se hace urgente:
 - invertir más en seguridad física y en sanidad,
 - invertir, más y mejor, en educación y en I+D+i o, lo que es lo mismo, en capital humano y tecnológico.
 - invertir fuertemente en infraestructuras, especialmente de interconexión de mercados —carreteras, puertos, aeropuertos—, energía y telecomunicaciones.
- Apoyar la expansión y la internacionalización de las grandes empresas de la región, tanto en el ámbito latinoamericano, como en la escena mundial: en Estados Unidos, en Europa, en Asia y China.
- Prestar mayor atención al tejido empresarial constituido por los pequeños y medianos empresarios, los autónomos, el comercio, los microempresarios...
- Impulsar la consolidación de un sistema bancario sano, sólido y rentable, con alta capacidad de intermediación del ahorro de los ciudadanos, y con vocación de llevar adelante la bancarización de la población y de —ahora sí— desarrollar los mercados de capitales.

Y todo ello en un entorno en el que mejore el clima de los negocios, se impulse la iniciativa privada, se intensifique la competencia, y mejore el gobierno corporativo y la transparencia, a la vez que se protegen los derechos de los consumidores y ciudadanos.

Aunque la dimensión del reto es titánica hay muchas cosas que mueven al optimismo. Entre ellas que, tras muchos años en los que como decía Julio María Sanguinetti, lo único que se podía pedir a los bancos latinoamericanos era que no te mandasen al infierno en una tarde tonta de crisis sistémica, la región tiene hoy sistemas financieros sólidos y eficientes, con jugadores de primera línea tanto en el ámbito local y regional como en la liga mundial —Santander, Citibank, HSBC, BBVA, etc...—. Bancos que pueden financiar el desarrollo y bancarizar a la mayoría de la ciudadanía de Latinoamérica.

Desde luego así es cómo lo vemos en el Santander. Nos sentimos con ánimo y fuerza como para proponer a los colegas que nos sigan y acompañen en la tarea de impulsar el despegue del desarrollo económico y social de Latinoamérica. Por eso, hace unos meses —en concreto, a finales del año pasado— hemos lanzado en toda la región el «Plan América 20.10» con tres ejes claros.

- Empujar la bancarización de las clases medias de América.
- Acompañar los proyectos en marcha en prácticamente todos los grandes países de la región en las áreas de infraestructuras y sectores estratégicos, desarrollo de mercados de capitales y expansión internacional de las grandes empresas.
- Seguir invirtiendo en apoyo a la educación superior y a las universidades, particularmente en proyectos docentes y de investigación y de fomento de la cultura emprendedora. Es decir, en proyectos de I+D+i.

APOYO AL CAPITAL HUMANO Y TECNOLÓGICO

No tocaré en este foro los dos primeros ejes de nuestro programa, pero sí que dedicaré unos minutos al eje que se concentra en el apoyo al capital humano y tecnológico de Latinoamérica.

Dentro de su política de Responsabilidad Social Corporativa (RSC) el Santander decidió hace diez años convertir su apoyo a la educación superior en uno de sus programas básicos. El compromiso del Santander con las universidades, como dice el presidente

Botín, se ha convertido en una seña de identidad del Grupo, en el profundo convencimiento de que la educación superior es un motor de progreso y, por tanto, nuestro apoyo a la universidad es la mejor contribución al desarrollo económico y social de los países en los que operamos.

En los últimos diez años hemos creado una Alianza Universidad-Empresa única en el mundo. Hoy el Programa Santander Universidades tiene convenios con 549 universidades en España, Portugal y 8 países de Latinoamérica —con 442 universidades adheridas al Programa— a través de los que se han puesto en marcha más de 2.000 proyectos.

Estos proyectos se estructuran en torno al:

- Apoyo a *líneas docentes y de investigación*. En Iberoamérica, en los últimos cuatro años, se han desarrollado más de 1.000 proyectos encaminados a que las universidades intercambien experiencias y creen redes de relaciones entre ellas.
- Patrocinio de *becas de estudios e investigación*. Tan sólo el año pasado se concedieron 10.161 becas tanto para estudiantes de grado como de post-grado (6.600 en América).
- Impulso a *programas de movilidad* para estudiantes y profesores que fomenten el intercambio de conocimientos entre los alumnos y las universidades tanto del propio país, como del espacio iberoamericano.
- Fomento de las *relaciones universidad-empresa*, muy enfocado al desarrollo de una cultura emprendedora, la transferencia de tecnología al sector productivo y la creación de parques científicos y tecnológicos. Dentro de este ámbito, los proyectos más interesantes y exitosos están relacionados con las incubadoras de empresas universitarias, el involucramiento de fondos de capital riesgo para I+D, y el desarrollo de parques tecnológicos y científicos...
- Promoción del *uso de nuevas tecnologías* entre los universitarios con proyectos con tanto impacto como la emisión de 3,7 millones de tarjetas universitarias inteligentes, la creación y mantenimiento de 175 salas de navegación y la extensión de campus inalámbricos.

Nuestro compromiso con la universidad es claro: el Santander colabora con 985 universidades en Iberoamérica, de las que 893 son latinoamericanas. En ellas estudian y trabajan 11 millones de universitarios, de los que 9 millones son latinoamericanos. Esta comunidad universitaria ha ido poco a poco conectándose entre ella a lo largo de los últimos siete años gracias al desarrollo del Portal Universia, otro de los proyectos emblemáticos de la colaboración del Santander con la universidad.

En los últimos cinco años hemos invertido en el Proyecto Universitario 265 millones de euros, lo que equivale a algo más de 350 millones de US \$. En 2006, la inversión fue de 105 millones de US \$ (77 millones de euros) y de ellos, 33 millones se invirtieron en Latinoamérica.

Nuestro compromiso para el futuro es continuar en esta línea. Hoy más que nunca confirmamos el compromiso del Santander de apoyar el desarrollo del capital humano en la región y de contribuir al progreso tecnológico del continente, sin duda alguna, dos de las condiciones imprescindibles para lograr que Latinoamérica haga sustentable su plena inserción en la economía global.

A MODO DE DESPEDIDA

Hoy el principal mensaje que he querido transmitirles es que en la Latinoamérica del verano boreal de 2007 hay un buen porcentaje de ciudadanos que están pensando que ahora nos toca a nosotros —a los latinoamericanos— emprender el camino hacia la prosperidad con igualdad. Que tras una generación completa, tras 25 años de ajuste y pesimismo, de esfuerzos y reestructuraciones, de vaivenes, aciertos y errores, ha llegado el momento para que la mayoría de la sociedad dé un gigantesco salto hacia adelante.

Ni más ni menos que un salto a la normalidad. Un salto hacia la prosperidad construida con sentido común, esfuerzo personal y reglas de convivencia estables y equilibradas.

Que ahora sí. Que el Estado se ha recompuesto y que ahora, también aquí, cada uno puede jugar sus fichas y aprovecharse de la

restauración de la movilidad social ascendente que en el pasado caracterizó a esta región. En definitiva, que el sueño vuelve a ser posible.

También les he dicho que en el Santander estamos comprometidos con este sueño. Que queremos acompañarlo, que queremos compartirlo. Que queremos ser útiles y sentirnos líderes de este cambio. Nosotros no tenemos ninguna duda ni del potencial del continente, ni de nuestras capacidades como grupo financiero.

Con gente como ustedes se puede tratar de hacer esto y mucho más. Y a eso es a lo que les invitamos. A que lo hagan. A que se vengán con nosotros, al Santander, a efectivamente ejercer sus capacidades de liderazgo. A que se vengán a ayudarnos a ser el referente de la banca latinoamericana y, con ello, de la banca mundial. A que devuelvan a este continente el protagonismo que siempre debió tener en la escena mundial. A que contribuyan a mejorar los niveles de bienestar y felicidad de la mayoría de la población de esta región del mundo.

Hace ahora un año, en Montevideo, ante los Jefes de Estado y de Gobierno de Iberoamérica señalé que, por primera vez en una generación, se estaban dando las condiciones para acabar con el prestigio intelectual del fracaso en Latinoamérica.

Ustedes son la generación de los Bicentenarios de la Independencia. Son muy distintos de las elites que surgieron en el Primer Centenario y que, a la vista está, no consiguieron llevar Latinoamérica al Primer Mundo.

Como ellos, tampoco ustedes podrán escapar del compromiso ético que con la mayoría de la sociedad tienen por el mero hecho de nacer y ser de aquí. Ustedes también tienen que intentarlo. Pero esta vez, tienen que tener éxito.

Donde las élites de principios del siglo pasado fracasaron, ustedes, los representantes de las nuevas clases medias emergentes pueden triunfar. Deben triunfar. Y nosotros, el Santander, siempre estaremos a su lado. Apoyando.

Se puede hacer. Lo vamos a hacer.

14. VALORES, EMPRESA Y CRECIMIENTO

AMADEO PETITBÒ *

Quiero empezar manifestando mi satisfacción por este reencuentro de becarios de cinco promociones. Especialmente por tratarse de un reencuentro entre personas que, con todo convencimiento, jugarán un papel importante en el futuro de sus respectivos países.

A la satisfacción debe sumarse la felicitación a todos los organizadores de este acto. Desde Rosa Conde hasta Íñigo Sainz de Miera, pasando por Alfredo, Leonor..., en definitiva, a todos aquellos que han intervenido en la organización de algo tan complejo como un encuentro de estas características. Les aseguro que los que nos dedicamos a organizar eventos sabemos lo que cuesta organizar un acto como el que hoy nos convoca. Conocemos los sinsabores que conlleva su organización y sabemos también que los buenos resultados sólo se alcanzan con un esfuerzo continuado e ideas claras debidamente articuladas.

Como soy mayor, intuí el tono y el contenido de la intervención de Francisco Luzón y además, como le he escuchado reiteradas veces, también sabía cuál sería el argumento. Tampoco me han parecido extrañas las preocupaciones del presidente Felipe González.

Y les tengo que decir que comparto su optimismo. Si no somos optimistas caeremos en la melancolía. Con tales intervenciones como preludio, creo que merece la pena hacer un esfuerzo para fijar el objetivo y complementar las intervenciones anteriores con una aproximación que tenga como elementos de referencia, por una parte, el ciudadano y, por otra, el mundo empresarial. Como no soy

* Director de la Fundación Rafael del Pino, España.

político no voy a hablar de política, como no soy empresario no voy a hablar de empresa. Pero como soy ciudadano, voy a hablar como un ciudadano. Pero no de mí mismo, sino del ciudadano en general.

Mi intervención tendrá, como telón de fondo, el proceso de crecimiento económico. Y, si se quiere, el proceso de desarrollo. Pido excusas porque, necesariamente, la economía sobrevolará el espacio de mi argumentación.

En todo proceso de crecimiento económico y de desarrollo, el conocimiento es importante. Conocer es averiguar y saber describir. Pero conocer es, sobre todo, de acuerdo con el diccionario de la Real Academia Española, relacionar elementos distintos. Describir es difícil. Relacionar es más complejo. Además, hay que acertar. No es lo mismo hablar de pobreza que hablar de la relación entre inversión y pobreza, entre educación y pobreza, o de la relación entre política y pobreza. El asunto es complejo, la econometría ayuda; pero, con frecuencia, es mucho mejor utilizar el sentido común.

Pero si conocer es importante, todavía lo es más saber transmitir el conocimiento.

Con el fin de resolver los problemas que nos aquejan, la transmisión del conocimiento ha sido el medio que ha permitido a los hombres poder avanzar hasta llegar a la sociedad del conocimiento. Y nos ha permitido dominar la tierra y la naturaleza; nos ha permitido extirpar todos aquellos elementos negativos y potenciar los elementos positivos. Y entre los elementos negativos, por supuesto, está la pobreza.

Para que la transmisión del conocimiento se pudiera llevar a cabo óptimamente, es necesario, por una parte, que unos tengan ganas de aprender y, por otra, que otros tengan capacidad de enseñar. De la misma forma, para superar la pobreza es necesario que unos sepan cómo superarla y otros estén dispuestos a esforzarse. No es cuestión de unos *u* otros, sino cuestión de unos y otros. Tan injusto es no ayudar al que está en una situación de pobreza como que el que está en una situación de pobreza no se esfuerce suficientemente por salir de su situación. Se trata de cuestiones de naturaleza distinta, pero ambas son necesarias simultáneamente.

Hay que aprender y enseñar. Conversaba esta mañana con María del Pino acerca de un libro del profesor Felipe Fernández Armesto. El libro se refiere a la historia de los descubrimientos geográficos entendidos como instrumento de difusión del conocimiento. Al principio se aprendía viendo lo que hacía el vecino. Ahora se aprende mediante el uso de las comunicaciones. En otras épocas se aprendía a través de documentos y libros.

Hay que tener afán de aprender y la voluntad de enseñar. Como ha señalado Rafael del Pino, ambos afanes han impulsado al hombre desde el amanecer de los tiempos hasta universos desconocidos. El conocimiento se acelera. El tiempo se acelera. El cambio tiene lugar en períodos cada vez más cortos y tenemos que ser capaces de adaptarnos a este cambio acelerado.

Para que el proceso funcione alguien debe transmitir el conocimiento. Empezando por los padres, continuando por los maestros, siguiendo con la universidad y, después de la universidad, con encuentros como éste. Nuestro encuentro es un instrumento para transmitir conocimientos.

Casi nada es nuevo en la tierra. Como ustedes tienen una especial responsabilidad, dada su capacidad de liderazgo, no olviden las palabras de Jovellanos, un intelectual español excepcional que abordó el asunto de la educación con singular clarividencia: «La principal fuente de prosperidad pública, lo que llamamos ahora el interés general, debe buscarse en la instrucción, debe buscarse en la enseñanza, debe buscarse en el conocimiento y en la transmisión del conocimiento».

Pero el conocimiento no basta. Es necesario aplicarlo. Cicerón decía que no era suficiente adquirir sabiduría. De lo que se trata es de aplicar esta sabiduría para mejorar el contexto en el que tiene lugar la acción humana.

Pero ¿para qué? Einstein ha dicho: «para servirnos unos a otros». Einstein decía lo mismo que dijo Adam Smith muchos años antes. Si rastreamos la historia del pensamiento económico encontraremos la misma idea en la pluma de otros pensadores. Casi nada es nuevo.

No olvidemos que, de acuerdo con Adam Smith, la sociedad es gobernada por una *mano invisible*. Lo que es bueno para uno pue-

de que sea bueno para los demás. Cuando uno busca su propio interés, contribuye a satisfacer las necesidades de otros.

Todo esto exige esfuerzo. Si no hay esfuerzo, no hay logros; no hay éxitos ni resultados. De nuevo —como ha señalado Rafael del Pino—, sin esfuerzo, las grandes ideas se diluyen en el mar de los deseos inconclusos. Las metas no se alcanzan sin esfuerzo. Hay que esforzarse para lograr aquello que queremos conseguir: cuanto más relevante sea la meta más intenso debe ser el esfuerzo. Esta idea es válida en relación con la educación, con la erradicación de la pobreza, en relación con el crecimiento económico.

Enumerar los objetivos no es difícil. Tampoco es difícil describir las metas y los caminos para llegar a una meta. Lo que realmente cuesta es pasar de la potencia al acto. Y transformar los principios en estrategias que puedan conducir al resultado que se persigue.

En definitiva, no hay liderazgo sin esfuerzo.

Todo lo anterior exige libertad. La historia demuestra que con libertad las cosas se hacen mejor y los resultados son mejores. Pien- sen en países como Polonia, Chequia, Corea del Sur, China, Viet- nam, Colombia, Chile, Perú, México o Brasil. Fíjense cómo cambia la situación cuando se pasa de un contexto de libertad atenuada o ausencia de libertad a un contexto de mayor libertad. Los polacos jamás hubieran pensado en crecer a las tasas actuales. Ha sido neces- sario un cambio en las condiciones en que se lleva a cabo la activi- dad económica y en las condiciones en que se puede aplicar la inte- ligencia humana para mejorar la situación económica. En definitiva, era necesario cambiar las condiciones en que se pueden definir ob- jetivos y elaborar las estrategias.

El Estado omnipotente no impide, pero reduce, los resultados que se obtendrían con libertad. Con libertad se dan los saltos cuali- tativos que complementan los saltos cuantitativos. Es en libertad cuando se agudiza la imaginación y cuando los hombres son capa- ces de transformar sus ideas en proyectos y sus proyectos en reali- dades. Se prospera más en libertad que en ausencia de libertad. No lo olviden.

Fuimos creados para ser libres. No solamente en el campo eco- nómico, sino, como subrayaba Rafael del Pino, libres para tomar decisiones, para elegir nuestro camino, para actuar, para crecer,

para amar, para emprender, para crear, para trabajar, para pensar... Fuimos creados libres para poder potenciar todo aquello de lo que somos capaces; para desarrollar nuestra imaginación. Y es justamente el ejercicio de la libertad uno de los prerequisites que permiten alcanzar nuestras metas y el crecimiento óptimo. La libertad, en consecuencia, se convierte en el instrumento fundamental para erradicar la pobreza.

Por tanto, hay que decir que la libertad es una sola pieza. Es única, global; lo abarca todo. No se puede ser libre para votar pero no para emprender. Cualquier limitación de esta libertad supone una limitación de los resultados que podemos alcanzar. No se puede limitar la capacidad de decidir por uno mismo. Y uno tiene derecho a acertar y a equivocarse.

La democracia estaría incompleta sin un sistema de libertad de mercado. Es decir, sin un sistema en el que las personas tuviéramos la libertad para emprender, para invertir nuestros recursos, para crear unidades de negocio que, a la vez, sirvieran para ocupar a personas que no tienen trabajo y para mejorar sus condiciones de vida.

Para que se den las condiciones del crecimiento económico son necesarios: la libertad, el mercado e instituciones políticas y sociales que funcionen eficientemente. También es necesaria la seguridad jurídica. Pero, sobre todo, es necesaria la libertad para poder llevar a cabo aquellos proyectos que cada uno cree que forman parte de sus obligaciones.

Churchill lo dijo con toda claridad: «Si aceptamos que la democracia es el menos malo de los sistemas políticos, también debemos aceptar que la economía de mercado es el menos malo de los sistemas económicos». En relación con esta cuestión, fíjense en algo elemental: los países con renta baja tienen una característica común: la ausencia de instituciones de mercado. Otra cuestión: se empieza a crecer cuando el mercado sustituye a la ausencia de mercado. Fíjense en lo que ha ocurrido en los países de su entorno y en los países asiáticos: cuando han tenido oportunidad de sustituir el dirigismo económico por el ejercicio de la libertad aplicado a la actividad económica han crecido y se han desarrollado. El bienestar de los hombres ha mejorado.

Pero la libertad es, a veces, incómoda. La libertad exige responsabilidad. Lo dice nuestro diccionario de la Real Academia Española: la libertad es la facultad natural que tiene el hombre de obrar de una forma o de otra y también de no obrar, de hacer o de no hacer, pero al final tiene que ser responsable de sus actos. De los buenos y de los malos.

En consecuencia, puede sostenerse que la libertad exige responsabilidad y si no aceptamos los resultados de nuestros actos, aunque no nos demos cuenta, limitamos nuestra propia libertad. Estamos siendo menos libres.

Si tomamos como referencia, por ejemplo, el problema de la erradicación de la pobreza —algo que es distinto a la reducción de las desigualdades, que debe resolverse por caminos distintos— hemos de contar con el concurso de los dirigentes políticos, empresarios, trabajadores, profesionales y ciudadanos. Es decir, de todos. De personas sin capacidad de liderazgo y de personas con capacidad de liderazgo. Los políticos deben aunar todas las voluntades.

Todo esto, que parece sencillo, se complica cuando tenemos en cuenta el contexto general. El contexto actual es particularmente interesante porque es efervescente. Cambia y vibra por la progresiva y rápida incorporación del progreso tecnológico a todas nuestras actividades. ¿Cuántos de ustedes tenían un teléfono móvil hace cinco años? ¿O una computadora? ¿Cuántos tienen teléfono y computadora en estos momentos? En un período de cinco años su situación personal ha cambiado de forma significativa. También ha cambiado la sociedad.

Volvamos a finales del siglo XIX. El cambio tecnológico fue importante: telecomunicaciones, electricidad, ferrocarril, automóvil. Las aplicaciones de los nuevos descubrimientos cambió la situación del mundo. Ahora estamos en condiciones de sostener que internet, junto con el desarrollo de las comunicaciones y las telecomunicaciones, tiene más potencia que aquellos inventos de finales del siglo XIX. Sobre todo porque internet tiene la gran función de difundir a bajo coste.

Los cambios recientes han sucedido en un período de tiempo muy breve. Lo que ocurrirá a partir de ahora será tan importante como internet y sucederá en un período de tiempo aún más breve.

¿Por qué tales cambios han ocurrido en tan poco tiempo? La respuesta es sencilla: porque los costes se han reducido y el comercio se ha liberalizado. ¿Tiene sentido que un automóvil cueste mucho más caro en Colombia que en Panamá? ¿Y que el único elemento que explica la diferencia de precios sean los impuestos? Piénsenlo y verán como, en muchas ocasiones, decisiones equivocadas por parte de los administradores públicos tienen un impacto negativo sobre el desarrollo económico, con independencia de que entre los objetivos de los programas políticos se incluya la eliminación de la pobreza y el fomento del desarrollo económico. Hay que acertar con el objetivo y, también, con la estrategia. En consecuencia, las regulaciones tienen que ser eficientes.

Gracias a la liberalización del comercio ha tenido lugar un intercambio sin precedentes en la historia del hombre. Si, por ejemplo, deseo tener un producto producido en Colombia ahora no tengo dificultades. Y si ustedes tienen interés en disponer de algún producto fabricado en Europa, las únicas dificultades que van a tener serán las impuestas por las regulaciones ineficientes. Pero si entre unos y otros somos capaces de terminar con estas regulaciones ineficientes, todo será mucho más fácil y ustedes tendrán mayores facilidades para poder obtener un producto fabricado en Europa.

La globalización se ha convertido en un elemento de referencia y ante la globalización caben dos actitudes: o se aprovecha o no se aprovecha. El que se aprovecha gana ventajas competitivas. Y el que no se aprovecha pierde puestos en esta carrera hacia el progreso económico y hacia la erradicación de la pobreza.

Les voy a poner el ejemplo de España. En poco tiempo, en España se llevó a cabo un proceso de saneamiento de las empresas, de reconversión industrial, de reindustrialización, de eliminación de regulación ineficiente; es decir, de desregulación y de introducción de competencia. No fue fácil, hubo mucha resistencia, hubo que convencer a los sindicatos y a los operadores económicos. Rosa Conde lo sabe muy bien. Se sembró y poco tiempo después se han recogido los frutos. Si las cosas se hacen bien, en un período muy breve de tiempo las condiciones económicas de un país se pueden modificar de forma significativa.

Entre los años 1995 y 2007 —un período muy corto— el número de ocupados en España ha pasado de 12 millones a 20 millones de personas ¡8 millones más de personas! La tasa de paro se ha reducido de un 23% a poco más de un 8%. La tasa de crecimiento del PIB se ha multiplicado por dos. Somos uno de los países de la Europa ampliada que más crece. Y, además, crece más durante más años seguidos.

Para alcanzar estos resultados hubo que hacer algo incómodo: reducir el déficit público, pasándolo del 6,6% negativo, al 1,8% positivo. Y reducir la deuda pública, que pasó del 63% del PIB a menos del 40% del PIB. Nada de esto es sencillo. Todo esto exige esfuerzo. Y exige, sobre todo, tener una idea muy clara de cómo operan los mecanismos económicos.

¿Y al final quién se beneficia de todo el esfuerzo realizado?: la sociedad. Dicho esfuerzo, además de mejorar las cuentas públicas, ha contribuido a reducir los niveles de pobreza o, si quieren, a incrementar los niveles de riqueza. El resultado ha sido la consecuencia del esfuerzo de todos: políticos, operadores económicos, trabajadores, sindicatos. Toda la sociedad ha participado en este proceso. Y de este proceso no solamente se han beneficiado los ciudadanos españoles. También se han beneficiado ciudadanos de otros países; europeos, incorporados recientemente a la Unión Europea o de países del área iberoamericana que han encontrado en España un lugar donde poder ejercer su capacidad laboral.

Veamos más ejemplos. Pensemos en un trabajador asiático o iberoamericano. Hace años no tenía trabajo. Si las cosas se hacen bien, puede tener trabajo al cabo de un tiempo. Antes un trabajador asiático iba a trabajar andando, después en bicicleta. Ahora va en motocicleta pero dentro de poco irá en automóvil. Si las cosas se hacen bien, tendrá una computadora en su casa, que le permitirá obtener más ventajas competitivas.

Todo esto está perfectamente estudiado: el entorno tiene que ser favorable a la iniciativa individual. Pero, además, hay que adecuar el capital humano (la formación juega un papel fundamental), hay que estar atento al cambio cultural y la gestión tiene que ser eficaz.

Pero, sobre todo, en el momento de iniciar el proceso de crecimiento económico, hay que prestar una atención especial a las me-

dianas y pequeñas empresas. Además, en el contexto actual, hay que tener en cuenta lo que hemos convenido en denominar responsabilidad social.

Voy a reflexionar sobre esta cuestión, aunque en términos poco usuales porque entiendo que la responsabilidad no solamente debe ser empresarial; debe ser, sobre todo, individual.

La responsabilidad denominada corporativa tiene que ser resultado de una decisión voluntaria de las empresas para dar respuesta a determinadas necesidades. Por una parte, a la de aquellos que directa o indirectamente están en relación con la empresa. Pero, por otra parte, y no menos importante, para atender a las necesidades del conjunto de los ciudadanos. A mi juicio, la responsabilidad corporativa sólo tiene sentido cuando es voluntaria. En ocasiones se ha caído en la tentación de proponer una ley que obligue a las empresas a llevar a cabo actividades de responsabilidad corporativa. Esto es un error. Los empresarios deben comprender que la responsabilidad corporativa —directa o indirectamente— puede convertirse en un instrumento de competitividad. Cuando estén convencidos de este principio, la responsabilidad corporativa se transformará en algo que crea valor para las propias empresas.

De lo que se trata es de aunar las dos cosas. Milton Friedman, hace ya bastantes años, lo dijo con toda claridad: si una empresa no adapta todo su quehacer a lo que son sus objetivos, entre los cuales se incluye el beneficio y, por lo tanto, la capacidad de decidir sobre su beneficio, todo lo que se haga tiene un fin limitado en el tiempo.

En consecuencia, las empresas deben tomar en consideración, al menos, tres factores importantes: qué ocurre en su sector, qué están haciendo sus competidores y, además, tienen que definir cuál es su sensibilidad ante los problemas sociales. De esta forma, la responsabilidad empresarial y la responsabilidad corporativa se convierten en una pieza que complementa y valoriza el quehacer de las empresas. La responsabilidad corporativa, en consecuencia, debe integrarse en el conjunto de las estrategias empresariales.

Nadie debe imponer a las empresas conductas de responsabilidad corporativa. Ésta tiene que ser voluntaria y proactiva. Es decir, las ideas tienen que surgir de la propia empresa. Y se ha de diseñar con criterios estratégicos; es decir, considerando resultados. Inten-

tando obtener los resultados con el menor coste posible. Y, además, ha de ser visible. De la misma forma que una empresa decide voluntariamente cotizar en bolsa y tiene que ofrecer información a sus accionistas, en materia de responsabilidad corporativa lo que haga la empresa debe ir acompañado de la suficiente publicidad para que sea conocido por todos.

Lo normal hasta ahora ha sido que la empresa cooperara con terceros para conseguir determinados objetivos; entre ellos, erradicar la pobreza. Pero en estos momentos algunas empresas se están planteando la pertinencia de aprovechar su conocimiento para optimizar los resultados de esta responsabilidad corporativa. En consecuencia, se están planteando acciones por las cuales las empresas pasan de ser donantes a ser donantes y ejecutoras o solamente ejecutoras, con independencia de que puedan ser también donantes en algunas actividades. Si una empresa tiene capacidad probada en materia de gestión de infraestructuras —de agua, de edificios, de escuelas o de hospitales, por ejemplo— ¿por qué no puede llevar a cabo actividades de responsabilidad corporativa directamente, aprovechando toda la experiencia acumulada durante mucho tiempo? Posiblemente esta experiencia permita obtener resultados positivos con el mínimo coste.

En la Fundación Rafael del Pino, por ejemplo, decidimos, desde el principio, implicarnos en todos los proyectos a los cuales damos apoyo. Y ello por dos razones: en primer lugar, porque aprendemos y, en segundo lugar, porque el aprendizaje acumulado nos sirve para mejorar los conocimientos de aquellos que colaboran con nosotros.

En este punto podemos alcanzar una primera conclusión: no todo puede ser resuelto por los gobiernos ni por las ONG. Es necesario el concurso de los agentes sociales, las empresas y las fundaciones.

Un buen ejemplo es el Pacto Mundial de Naciones Unidas. El Pacto fue una buena idea; una magnífica idea promovida por quien fue Secretario General de Naciones Unidas, Kofi Annan. Nosotros introdujimos en España el Pacto Mundial. La Fundación, junto con Naciones Unidas, conseguimos que cerca de 200 empresarios, la mayoría de ellos grandes empresarios, se adhirieran a los nueve principios impulsados por Naciones Unidas.

La idea es positiva aunque se extiende demasiado despacio. Éste es un ejemplo que merece reflexión. ¿Por qué una buena idea no enraíza? La respuesta sólo se encuentra en la falta de liderazgo. Naciones Unidas no tiene liderazgo suficiente para extender con rapidez algo tan positivo que merece todo tipo de apoyo. No tiene ninguna explicación racional que algo que, con seguridad, todos apoyamos, no se transforme en algo que suscite adhesiones numerosas para contribuir a modificar nuestras vidas en al menos, cinco cuestiones fundamentales: pobreza, derechos humanos, normas laborales, medio ambiente y corrupción. Cinco grandes principios sobre los que todos estamos de acuerdo.

Lo mismo podríamos decir de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. ¿Quién no está de acuerdo con los Objetivos de Desarrollo del Milenio? ¿Quién no está de acuerdo con la erradicación de la pobreza, la extensión de la enseñanza primaria a todos los ciudadanos, la promoción de la igualdad de género, la reducción de la mortalidad, la mejora de la salud materna, la lucha contra el sida, el apoyo a la sostenibilidad del medio ambiente o el fomento de una alianza mundial para el desarrollo? ¿Quién no está de acuerdo con todos esos principios? Esta pregunta suscita otra: ¿por qué si tantos de nosotros estamos de acuerdo sobre estos principios, el proceso avanza tan despacio? La respuesta es sencilla: falta liderazgo (y sobran burócratas).

Pero tan importante, o más, que la responsabilidad corporativa es la responsabilidad individual. Las sociedades tienen necesidades múltiples, que, además, cambian con rapidez. Las administraciones públicas, por regla general, son rígidas. En consecuencia, los ciudadanos pueden complementar perfectamente las acciones de las administraciones públicas. De la misma forma que las administraciones públicas pueden complementar lo que hacemos los ciudadanos. Los ciudadanos tenemos capacidad de organización. Las redes facilitan el intercambio de información. El conocimiento contribuye a saber qué es lo que hay que resolver y también cómo se puede resolver. Estas consideraciones permiten abrir la puerta a la responsabilidad individual como complemento a la responsabilidad de las empresas. Y las fundaciones privadas son un instrumento mediante el cual los ciudadanos y las empresas contribuyen a la satisfacción de estas necesidades.

Ahora ha aparecido en escena la cooperación entre lo público y lo privado. Y está dando buenos resultados. Es un nuevo camino prometedor. Se trata tan sólo de saber captar qué hay que resolver y de pensar para encontrar el camino para resolver el problema y luego pasar de las ideas a la acción.

En la Fundación Rafael del Pino hemos seguido este argumento. Un fundador, con una idea conectada con el interés general, decide dedicar una parte de los recursos de su patrimonio a resolver un problema que le había preocupado durante muchos años: mejorar los conocimientos de aquellos que tienen como misión liderar procesos de cambio. El que dirige y el que lidera es aquel capaz de generar efectos multiplicadores a su alrededor. Enseñar a un enseñante es la mejor inversión que puede hacer un país.

Rafael del Pino desarrolló esta idea durante muchos años. Cuando decidió cambiar de trabajo y pasar de dirigir una empresa a presidir una fundación, decidió poner en práctica aquella idea. La idea era muy sencilla y luego la hemos desarrollado. A mí también me dijo: «Quiero crear una fundación». Y yo le contesté: «¿Con qué objetivo?». Y me respondió: «Formar a personas que tengan responsabilidad». Tras lo cual pregunté: «¿Esto cómo se hace?». La respuesta fue el silencio y una sonrisa. Ahora creo que hemos sido capaces de ir llenando el hueco abierto por Rafael del Pino. Primero tuvimos que aceptar el reto; luego tuvimos que aprender y pensar. Y, por fin, tuvimos que ejecutar.

En definitiva, lo que quiero decir es que con el apoyo de la iniciativa individual se contribuye también a la defensa de los intereses generales. La misión de las administraciones públicas es justamente contribuir a la defensa de los intereses generales. Uno de los objetivos y una de las misiones del sector privado es, asimismo, contribuir a, la defensa de los mismos intereses generales.

Llegados a este punto no voy a extenderme más explicándoles qué es la Fundación. Les hemos distribuido una Memoria de la Fundación en formato reducido y en ella pueden ver qué estamos haciendo y comprobarán que una de las cosas que más nos satisface es justamente participar en este programa. Es decir, colaborar con ustedes y, sobre todo, aprender de todos ustedes.

Creo que lo mejor que podemos hacer, como homenaje al Presidente-fundador de nuestra Fundación, es terminar con sus propias palabras, que tienen, en mi opinión, una característica: enlazar el pasado con el futuro. Este enlace entre el pasado y el futuro, con el presente como realidad y con personas como ustedes como referencia, no es otro que la misión de nuestra Fundación.

Estas palabras, que a él le hubiera gustado pronunciar aquí, fueron las de conclusión de su discurso de agradecimiento cuando le nombraron Doctor Honoris Causa por la Universidad de Castilla-La Mancha. En aquella ocasión dijo:

Todos tenemos una gran tarea que cumplir: la de contribuir a que el conocimiento heredado, junto con nuestro particular valor añadido, siga transmitiéndose a las siguientes generaciones en libertad. Todo ello desde el servicio a los demás y mediante nuestra entrega, nuestro esfuerzo, y nuestro sacrificio. Y si aplicamos así nuestro conocimiento a mejorar el bienestar de más gente, habremos cumplido con nuestro deber y habremos contribuido un poco a facilitar la convivencia de los habitantes de la Tierra. Es nuestra responsabilidad ante los que nos precedieron y nos enseñaron y también ante los que nos seguirán. Es la historia de la gran familia del hombre.

Nada más, muchas gracias.

* * *

COLOQUIO

Pregunta

La primera cuestión tiene un carácter general, porque me gustaría que ampliara algo más la relación entre política, economía, desarrollo y lucha contra la pobreza. La segunda pregunta tiene que ver con la experiencia de los microcréditos. ¿Qué opinión le merece este instrumento?

AMADEO PETITBÒ

Estoy convencido de que una de las tareas más relevantes y con mayores efectos positivos que deben llevar a cabo los políticos es con-

vencer a los ciudadanos de que tienen que esforzarse para conseguir determinados objetivos. Sin el esfuerzo individual es muy difícil alcanzar determinadas metas.

La política no lo puede todo. En muchas circunstancias, la política sólo puede sentar las bases o dibujar el terreno de juego en el que debe llevarse a cabo el ejercicio de las libertades individuales y de la iniciativa individual.

Quien más puede contribuir a salir de la pobreza es el que está en la pobreza. Pero debe estar convencido de que su papel es importante. Y como es muy difícil, por razones obvias, que el pobre esté convencido de su papel, alguien debe convencerle. Ésta es una de las misiones más nobles de los políticos: convencer a los individuos de que con su propio esfuerzo y su propia responsabilidad puede superar o contribuir a superar situaciones difíciles.

Me pregunta usted por los microcréditos. El gran mérito del señor Yunus ha sido haber convencido a millones de conciudadanos de que, con un pequeño esfuerzo por su parte, podían salir de la situación de miseria en la que se encontraban. Ésa es su gran aportación. Luego hablaré más sobre este tema. El ciudadano pasó de pensar que la Administración es la que tiene que resolver sus problemas a estar convencido de que él puede contribuir con su esfuerzo a resolver sus propios problemas. Ésta para mí es la gran aportación, la gran idea del señor Yunus: «Usted puede hacer eso. Usted puede empezar una unidad de negocio. Usted que creía que no podía porque su formación era muy baja, resulta que sí puede porque tiene inteligencia, voluntad y un objetivo, aunque este objetivo sea solamente sacar a su familia adelante. Aunque sea un objetivo tan elemental, tan natural como éste». Pero convenció a muchos ciudadanos de que tenían esta capacidad e hizo que personas sin ningún tipo de experiencia iniciaran actividades mercantiles elementales, sencillas.

En relación con el cambio tecnológico, imaginemos dos situaciones caracterizadas por valores del PIB de 10 y 100. Una tasa de crecimiento del 10% se traduce en valores de 1 y 10, respectivamente. El que tenía 10 tiene más. También el que tenía 100 tiene más. Pero el que tenía 100 tiene bastante más que el que tenía 10. Pero no olvidemos que el que tenía 10 también tiene más. Pasar

de 10 a 11 es distinto a pasar de 100 a 110. La pobreza solamente se erradica cuando se genera más actividad económica y esta actividad económica se dispersa por el conjunto de la sociedad. Esto exige algo tan elemental como la inversión: en capital humano y en capital físico. Esto, técnicamente, no plantea demasiadas dificultades. Estoy seguro de que todos estaremos de acuerdo con esa cuestión.

No debemos dejar de considerar otra cuestión: la desigualdad. En un caso se tiene uno más y en el otro diez más. Estaremos de acuerdo en que el que tiene diez más tiene que ceder algo de estos diez al que sólo tiene uno más. En este punto se plantean multitud de cuestiones. ¿Cuánto?, ¿diez, nueve, ocho,...? El problema sólo se puede plantear en estos términos si el que tiene cien tiene diez más. A partir de aquí, el debate es totalmente distinto. El asunto tiene una naturaleza política y también está relacionado con el altruismo.

Si no se crece más no se ataja la pobreza. Por lo tanto, la solución de la primera cuestión desde el punto de vista técnico es muy sencilla: hay que invertir. Los empresarios tienen que invertir y los políticos tienen que crear las condiciones para facilitar la inversión. Cuando se aborda el asunto de la distribución de la renta, el debate es mucho más complejo. Pero, al menos sobre la primera cuestión el debate es sencillo y está perfectamente estudiado.

Quiero hacer alguna referencia adicional al asunto de los microcréditos. He sabido de los microcréditos gracias a la Fundación. Un día María del Pino dijo: «¿Por qué no invitamos al señor Yunus para que nos explique y ayude a difundir su idea de los microcréditos?».

No sabía nada acerca de los microcréditos. Acaso por ello elaboré una teoría: la gran virtud del microcrédito es que convierte a las personas en ciudadanos responsables. Tienen que devolver lo que han recibido, y tienen la misión de resolver las necesidades de su familia y de su entorno más inmediato. Como creo en el mercado, en mi opinión los microcréditos tienen otra misión: convierten a los ciudadanos en empresarios y les introducen en la institución del mercado incrementando su nivel de responsabilidad. Por lo tanto, todo esto es positivo. Se lo comenté al señor Yunus y me dijo: «Estoy absolutamente de acuerdo».

Pero él, en su intervención, dijo algo que puede parecer cruel pero que es revelador: ayudar a una persona, sin más, es como dar de comer a un animal en un parque zoológico. Al cabo de diez años, el único cambio que se ha producido es que es diez años más viejo. Pero todo lo demás sigue igual. En cambio, si sustituimos la ayuda por una colaboración que debe ser devuelta para poder ayudar a terceros, le convertimos en un ser libre capaz de tomar decisiones. El cambio cuantitativo va acompañado de un cambio cualitativo. Al cabo de diez años, aquella persona es una persona distinta; una persona responsable que ha hecho responsables a las personas de su entorno. Ésta es la gran virtud, en mi opinión, del microcrédito.

Desde entonces he respaldado los microcréditos en cualquiera de sus formas: iberoamericana o hindú. ¡Qué más da! Al final, la cuestión es exactamente la misma: convertir a un ciudadano que jamás ha pensado que puede tener un papel decisivo en la actividad económica, en un ciudadano responsable ante sí mismo, ante su familia y ante terceros.

Pregunta

Buenas tardes. Usted ha hablado de economía, de mercado, de libertad y tengo entendido que también ha sido el presidente del Tribunal de Defensa de la Libre Competencia, en España. Todo ordenamiento jurídico debe de alguna manera resolver el tema ineludible que se plantea en relación con recursos escasos frente a necesidades múltiples y alternativas, creando para ello un sistema económico que dependerá de la filosofía que lo inspira. En el caso chileno, a partir de 1973, se estableció una economía de mercado, inspirada en la filosofía liberal y, al mismo tiempo, se estableció un sistema de empresa de libre competencia robusto, de manera de poder garantizar el buen funcionamiento de los mercados, institucionalidad que se modernizó el año 2003.

Por otra parte, se critica que el funcionamiento de los mercados por sí solo no logra solucionar todos los problemas, por lo tanto es necesario la intervención del Estado a través de la regulación.

Mi pregunta iría en el siguiente sentido. De ser necesaria la intervención del Estado a través de la regulación, que desde luego lo

es, ¿cuánto es necesario? Y en consonancia, un fuerte sistema de defensa de la libre competencia ¿podría de alguna manera aplacar estas críticas respecto al funcionamiento de los mercados, siendo que con una buena observación de cómo funcionan y se comportan los mercados a través de estos entes se permite de alguna manera un mayor bienestar y beneficios para un consumidor final? Gracias.

AMADEO PETITBÒ

Desde hace más de quince años me he dedicado a defender la competencia en los mercados de bienes y servicios. De mi experiencia he alcanzado una conclusión: no se puede demostrar que el sector público tiene siempre mejor conocimiento de los problemas que el sector privado. Ni se puede demostrar que siempre resuelve eficazmente los problemas. Voy a poner solamente dos ejemplos. En la Fundación damos becas para la ampliación de estudios de postgrado, dirigidas a personas que tengan vocación de dirigentes. Exclusivamente. ¿Por qué? Porque había un hueco en los programas de becas. Y como estamos convencidos de que un país necesita personas con capacidad de liderazgo, decidimos concentrar nuestros esfuerzos, forzosamente limitados, a este pequeño colectivo.

En este punto la pregunta es: si dar becas es tan necesario ¿por qué la Administración no atiende a las necesidades de la población en materia de estudios de postgrado en el extranjero? La Administración da becas de naturaleza más general. Y el sector privado, con percepciones a veces distintas, intenta cubrir aquello que cree que debe ser resuelto. Podríamos entrar en el campo de la sanidad y encontraríamos multitud de ejemplos en los cuales los ciudadanos organizados intentan dar respuestas a problemas que se plantean para un colectivo determinado y para los cuales es muy difícil que la Administración pueda dar respuesta. Es verdad que en unos casos el Estado o las administraciones tienen más conocimiento de los problemas. Pero hay multitud de ejemplos que ponen de manifiesto que hay muchos casos donde esto no ocurre.

En relación con el tema del mercado no me cabe ninguna duda de que las tasas de crecimiento sostenido de la economía chilena están relacionadas con la decisión de incorporar mecanismos de mercado en el quehacer económico.

Gracias a haber liberalizado la economía e introducir competencia los resultados de nuestra economía han sido excelentes. En relación con estas cuestiones tuve un buen maestro: Miguel Ángel Fernández Ordóñez. Con él aprendí la práctica. La teoría la había aprendido en los libros.

Es verdad que el mercado no lo resuelve todo. Pero tampoco está hecho para resolverlo todo. Está hecho para resolver un determinado tipo de cuestiones. Le voy a poner un ejemplo y verá que si tiene claro cómo funciona el mercado podrá razonar con sentido común sobre muchas cuestiones.

Si le pregunto «¿qué piensa del hecho de que, en un momento determinado, alguien tuvo la brillante idea de sostener que para favorecer la cultura debe limitarse el descuento sobre los precios de los libros a un miserable 5%?», usted me dirá que no lo entiende. Todos nos pondremos de acuerdo rápidamente en que cuanto más bajo sea el precio de los libros, más probable será que un ciudadano compre un libro. Pero ante esto, que es de sentido común, alguien pensó que para favorecer la cultura y, de pasada, la supervivencia de los librerías, no debe aplicarse ningún descuento a los precios de los libros que supere dicho umbral. ¿Qué pasaría si el mercado pudiera establecer el precio libremente? No contestaré con teorías. Entren en las páginas web. Entren en Amazon y verán, por ejemplo, que el libro de Felipe Fernández Armesto que antes les he comentado se vende con un 25% de descuento. ¿A qué contribuye esto? A que el libro se venda mucho más. Menos precio se traduce en más cultura. Algo que algunos no entienden.

¿Qué debe hacerse? Hay que saber distinguir entre la regulación eficiente y la regulación ineficiente. Lo que hay que atajar es la regulación ineficiente.

Piense solamente en dos ejemplos y verá cómo la introducción de competencia da resultados positivos, sobre todo para el consumidor. La liberalización de las telecomunicaciones y la liberalización de transporte aéreo. ¿Qué ha pasado? Lo que dicen todos los libros: la oferta ha aumentado y el precio ha bajado. Y, ahora, mucho más que nunca, los ciudadanos viajan y, mucho más que nunca, llaman por teléfono. Cuando estas actividades estaban en manos de un monopolio, público o privado, los precios eran más altos y la

oferta era menor. Estaremos todos de acuerdo en que la situación actual es mucho mejor: menos precio y más cantidad. ¿Cómo se consigue esto?: sustituyendo una situación de mercado sin competencia por otra situación de mercado con competencia. Tan sencillo y tan complejo a la vez.

REFLEXIONES FINALES

15. UNA MIRADA AL FUTURO DE IBEROAMÉRICA*

LEIRE PAJÍN Y FERNANDO ARAÚJO

LEIRE PAJÍN

Muy buenas tardes a todos y a todas.

Orgullo y privilegio son dos palabras que pueden sonar de forma manida si no se dicen desde el corazón, y desde lo más profundo de los sentimientos, pero son al mismo tiempo dos palabras que yo no sé conjugar si no las siento. Y permitanme que empiece con estas dos palabras que significan un sentimiento real y una convicción profunda. Orgullo de formar parte de un equipo de personas, de hombres y mujeres, que han hecho posible, día a día, construir un espacio como la Fundación Carolina, para que hombres y mujeres jóvenes —como los que estáis aquí— tengáis la oportunidad de dar lo mejor de vosotros y vosotras mismas. Orgullo de pertenecer a un país como España, que tiene un pasado complicado y sin embargo, un futuro prometedor, porque ha sido capaz de mirar al futuro desde la convicción de sus gentes y de su ciudadanía. Orgullo de poder formar parte de un Gobierno al que le preocupa y le ocupa la formación de los jóvenes latinoamericanos, que le preocupa y le ocupa el futuro de los ciudadanos de otros países, además de los ciudadanos españoles.

Y privilegio. Privilegio por estar hoy sentada en torno a esta mesa, con hombres y mujeres a los que admiro, de los que aprendo cada día y de los que creo que debemos de estar muy atentos a sus lecciones vitales. De esa mesa plural, ideológicamente, plural desde

* Palabras en el acto de clausura del I Encuentro Internacional de Becas Líder (Cartagena de Indias).

el punto de vista de las instituciones, sobre el papel que ocupan en la vida y en la sociedad, y plural en su compromiso, pero con un objetivo común: crear puentes que unan, generar oportunidades a todos y todas sin excepción, y contribuir desde nuestro modesto granito de arena a construir un mundo más justo y mejor.

Por eso para mí es un privilegio encontrarme hoy en Cartagena, rodeada de un ambiente de compromiso ético ciudadano.

En estas horas que llevamos aquí, he aprendido muchas cosas, pero la más importante quizás, es que he tenido la responsabilidad de trabajar, en los últimos tres años, junto a un equipo brillante, excepcional, que dirige Rosa Conde y que no voy a enumerar, porque me olvidaría siempre de la gente más primordial. Esa gente anónima que siempre está en los bastidores, que se encarga de que todo salga bien, desde que ustedes estén atendidos, a que todo el mundo tenga su obsequio, que todo el mundo esté sentado a la hora, que lo que aquí se diga salga en los medios de comunicación. Todo ese equipo que se ocupa de los ponentes, de que los becarios y las becarias tengan todas las atenciones que se merecen, en definitiva, un grupo de hombres y mujeres que sueñan como vosotros y vosotras cada día, y que ponen lo mejor de sí mismos para que esto salga adelante.

Pero también he aprendido algo fundamental, y es que en este recorrido hemos hecho que estas Becas Líder sean la expresión del compromiso público-privado de sumar juntos, de buscar aliados, de vincular a instituciones que quieran sumar en la misma línea y remar en la misma dirección. Lo hemos hecho entre todos y entre todas. Un programa que es mucho más que un programa de becas —lo explicaba muy bien Rosa Conde—, es un programa que busca dar oportunidades a hombres y mujeres que se lo merecen, que tienen talento y que por tanto merecen esta oportunidad, pero además de eso, busca encontrar un espacio común, en esa Mancha —en el sentido literario quijotiano, que describía Carlos Fuentes cuando hablaba del espacio iberoamericano—, esa alma común, desde la diversidad cultural e histórica que compartimos los españoles y los latinoamericanos, y que queremos caminar juntos, sumando esfuerzos, sumando sueños, sumando realidades.

Y por eso me siento orgullosa de que hoy, años más tarde de que empezara este programa, esta sala esté llena de mujeres y hom-

bres que cada vez representan a más países, a todos los países de América Latina sin excepción, con independencia de su tamaño y su desarrollo económico. Estáis representando a la pluralidad de la sociedad, porque hoy sois, curiosamente, más mujeres que hombres, porque hay más mujeres que hombres en la mayoría de las sociedades y por tanto sois más representativos, porque representáis a las ciudades urbanas, a las capitales, pero también a las zonas rurales, porque representáis a la pluralidad étnica y cultural de esta inmensa Mancha Iberoamericana que tenemos que seguir fortaleciendo, para que todos y todas estén representados.

En definitiva, hace algunos años establecimos juntos un camino que hoy es más perfecto, porque es más plural y más representativo. Y así seguiremos, porque somos hombres y mujeres ambiciosos que queremos seguir trabajando y mejorando cada día nuestro trabajo. No nos conformamos con que este Encuentro haya sido un éxito —que lo ha sido— sino que trabajamos ya para que el próximo sea mucho mejor.

Y mirad, yo he visto en vuestros ojos, en vuestras palabras, con quien he tenido la oportunidad de platicar —que se diría aquí— en forma más privada, el resultado de esa ambición. Hoy sois muchos y muchas los que creéis que este Encuentro que ha servido para conoceros más, para intercambiar vuestras experiencias, tenga un espacio más permanente en el tiempo y si somos capaces de conseguir esa elección, si somos capaces de conseguir poner en marcha ese sueño, pues seguramente habremos contribuido a dar un paso más en esa pluralidad de la que hablaba. Por eso creo que si de aquí sale una verdadera red permanente, en la que intercambiéis opiniones personales, opiniones profesionales, información, realidades, en la que la Fundación Carolina se ofrece a tener el espacio, los instrumentos adecuados para hacérselo posible, seremos todavía más grandes, porque tendremos un instrumento fuerte de capital humano capaz de soñar de forma conjunta desde la pluralidad de ideas, desde la pluralidad geográfica, desde la pluralidad de profesiones, desde la pluralidad de conocimientos.

Siempre he creído que el mundo en el que vivimos es interesante precisamente porque es diverso. Y como creo en la diversidad cultural y en la diversidad ciudadana, creo que ésta es la mejor expre-

sión. Por eso, Rosa Conde y yo seguiremos apostando por este espacio. Porque creemos en los jóvenes y las jóvenes latinoamericanos, porque creemos en el presente y en el futuro de Iberoamérica. Que nadie os engañe. No sois el futuro, sois ya el presente. Hombres y mujeres que ya están construyendo su país; y, que deben contribuir mucho más a hacer posible el mundo que habéis soñado.

Cuando alguien elige por vosotros, ya sabemos lo que ocurre. Mi modesto consejo es que no permitáis que nadie elija por vosotros y por vosotras, que elijáis por vuestro futuro y por el de los demás. Que os comprometáis, que sigáis formándoos y que sigáis luchando porque esa pelea, la lucha por un mundo mejor, merece profundamente la pena.

Acabo diciendo que para mí es un honor ser la antecesora en el uso de la palabra de Fernando Araújo, un hombre, un canciller de Colombia, al que admiramos profundamente desde muchos rincones del planeta. Porque quienes desgraciadamente hemos vivido y sufrido la sinrazón, la barbarie de la violencia, sabemos bien que esa cicatriz de la violencia tenemos que convertirla en cimientos sólidos de la democracia, la libertad y la paz. Y en esa lucha por la democracia, la libertad y la paz, en Colombia, y en todo el mundo siempre encontrarán a España, porque nuestra seña de identidad, nuestra razón de ser es precisamente contribuir, desde nuestra experiencia y nuestra vivencia, precisamente a que este mundo tenga esa seña de identidad.

No quiero acabar mis palabras sin olvidarme de otra colombiana que ha hecho posible también este evento. Son muchas y no me gustaría dejarme a nadie, pero Claudia, Claudia Parias ha hecho mucho por este Encuentro y yo se lo quiero reconocer. Porque, como empecé, hay hombres y mujeres en la trastienda que nunca aparecen en los papeles, ni tienen la oportunidad de hablar desde este atril, pero son sencillamente imprescindibles para salir adelante. Como lo son los hombres y mujeres del Centro de Formación de la Cooperación Española, que dirige Pepe Piqueras, o como son los hombres y mujeres de la OTC, de España en Colombia que dirige Rosa Alcarte. A ellos y ellas, que sueñan como ustedes y que sólo buscan volver a encontrarse una vez más, en Cartagena, o donde sea, para seguir soñando juntos, muchas gracias.

FERNANDO ARAÚJO PERDOMO *

Quisiera inicialmente agradecer desde el fondo de mi alma las palabras elogiosas sobre mi ciclo vital, sobre las condiciones que me han tocado vivir y, especialmente, el cariño y la solidaridad que encuentro en sus palabras. Mil gracias de todo corazón. Y quiero pedirles que me autoricen a iniciar esta charla con algunas anécdotas personales.

Como ustedes saben yo fui secuestrado por la guerrilla de las FARC el 4 de diciembre del año 2000 y permanecí secuestrado —entre secuestrado y escapando— 2.222 días, un poco más de seis años; seis años, un mes y un día. Regresé a la vida de la sociedad, al seno de la sociedad civil y de mi familia, el día 5 de enero del año en curso. A los pocos días recibí la visita de mi gran amigo el ex presidente Andrés Pastrana. Había pasado una semana desde la fecha de mi regreso. Pastrana estaba en España, me había llamado y me había dicho: «Voy a Cartagena y te voy a visitar». Al día siguiente de su llegada a Cartagena, el día 13 de enero, me invitó a comer y, por esas cosas de la vida, me presentó a un amigo, que, entre otras cosas, recuerdo, tenía un aparato celular y mi hermano que estaba en la mesa se lo pidió prestado y me mostró cómo desde la mesa de un restaurante era posible, a través de un teléfono celular, entrar a internet y revisar qué estaba pasando en el mundo. Y ese amigo me contó que estaba en Cartagena preparando una reunión de becarios de la Fundación Carolina que se iba a celebrar en Colombia, en Cartagena, a mediados de año. Me pareció una idea maravillosa, me enteré del tema, pero jamás me imaginé que yo estaría aquí, acompañándolos hoy en la clausura de este evento. Ese día conocí a Íñigo Sáenz de Miera, quien se encontraba en Colombia en la organización de este evento. Y luego, cuando la vida me dio la oportunidad de ser canciller, y de conocer que la Cancillería de Colombia tenía a su cargo apoyar la celebración de este evento, me sentí plenamente comprometido y

* Ministro de Asuntos Exteriores de Colombia.

plenamente agradecido con tener esta oportunidad de estar aquí hoy con ustedes.

Una segunda anécdota que debo referirles me remonta al 24 de septiembre del año 2004. Estaba yo secuestrado todavía y tenía una pequeña radio que me permitían para escuchar las noticias. La encendía todos los días a las 5 de la mañana y la apagaba a las 8 de la mañana, siempre con la ilusión de escuchar algún mensaje de algún familiar. Ese día 24 de septiembre del año 2004, escuché un mensaje de mi hijo Luis Ernesto. Me dijo: «Papá, me voy, te cuento que me voy a estudiar a España por aproximadamente un año. Me dieron una beca. Me voy porque sé que tú estarías de acuerdo en que yo me fuera». Hice una nota en mi diario y le dije: «Adelante, campeón, vete que cuentas con todo mi apoyo». No sabía realmente de qué se trataba. A mi regreso me enteré. Era una beca de la Fundación Carolina, para hacer una maestría en acción política y participación ciudadana. Me contó que fue una experiencia extraordinaria, como sé que fue la de ustedes. Eso quería que ustedes lo supieran.

Hay dos aspectos que quiero resaltar sobre la importancia de este Primer Encuentro Internacional de Becas Líder. El primero tiene que ver con la excelente oportunidad que ofrece la Fundación Carolina a líderes emergentes de Iberoamérica de formarse integralmente en los temas más importantes para el mundo contemporáneo. Y el segundo es el aporte de la Fundación en la consolidación de la red de becarios que sin duda constituye un espacio novedoso de integración y de fortalecimiento de los lazos que unen a nuestros pueblos. El impulso que la Fundación Carolina ha querido darle al programa de Becas Líder es especialmente valioso por cuanto busca potenciar el desarrollo y la capacidad de liderazgo humano y profesional de muchos becarios líderes que han participado en este programa a lo largo de sus cinco primeras ediciones.

Para nuestro país en particular, ser el primer receptor de becas de la Fundación Carolina y de Becas Líder de Latinoamérica es un gran privilegio. La importancia que los jóvenes colombianos conceden a esta iniciativa, se evidencia también en el número de solicitudes que provienen de nuestro país. De las 160.000 peticiones reci-

bidas en la convocatoria 2007-2008, más de 48.000 fueron de colombianos. Es así como existe un extraordinario consenso entre países con distintos sistemas económicos, diferentes etapas de desarrollo y diversas visiones o construcciones culturales sobre la necesidad imperante de educar profesionales que, además de contar con capacidades específicas, posean habilidades en términos de socialización y comunicación con el mundo que los rodea.

Desde mi punto de vista éste es uno de los grandes aportes del Programa de Becas Líder, de la Fundación Carolina, iniciativa que los ha convocado a ustedes, los mejores graduados de las universidades de Latinoamérica, Portugal y España, para conocer la realidad española desde la mirada de los grandes líderes de ese país en materia política, económica y social.

Los becarios han podido compartir sus inquietudes, sus propias visiones sobre el futuro de nuestra Comunidad de Naciones, y sus conceptos sobre cómo alcanzar la integración, en términos de la consolidación de un espacio iberoamericano común. Ustedes conforman la red de jóvenes líderes americanos que este Encuentro ayudó a consolidar y que, estoy seguro, ha potenciado la capacidad del liderazgo humano y profesional que los caracteriza.

Estoy convencido de que los aportes de los expertos que los acompañaron en estos cuatro días de intenso trabajo les han ampliado su visión de Iberoamérica y del mundo. Comparto muchos de los conceptos que se han presentado en este interesante espacio de reflexión, y destaco la importancia de contar con escenarios en los cuales se debate a fondo sobre el sentido del liderazgo y la integración, sobre la política y el ejercicio del poder, sobre la integración de nuestros pueblos, sobre la democracia y la democracia y la justicia y sobre la responsabilidad que les compete a ustedes en cuanto jóvenes que podrían coadyuvar en la construcción de una sociedad más igualitaria, equitativa y participativa. Creo igualmente que este enfoque de aprendizaje interdisciplinario, marcado por aspectos tales como la capacidad de contribuir a la innovación, de hacer frente a incertidumbres, de poder interactuar en contextos multiculturales, permite que ustedes se expresen con un mayor conocimiento de la realidad, en torno a sus deseos y expectativas sobre el desarrollo de nuestros países.

Me han solicitado que hable sobre mi visión del liderazgo, y quiero, desde esa visión, presentarles algunos conceptos.

Lo primero, hablarles de la libertad. Todos creemos que ser libres es tener la posibilidad de elegir entre diferentes alternativas, creemos que ser libres es escoger lo que queremos. Muchas veces esa elección no es más que la expresión de un sentimiento egoísta, algo como decir: «Que nadie se meta en mi vida y que me dejen hacer las cosas que yo quiero». Pensamos que de esta manera vamos a ser felices. Creemos que la libertad es la expresión de una felicidad sin límites. Creemos que ser libres es no tener ataduras, no estar sometidos a ninguna autoridad, cuando la verdadera libertad requiere de principios, requiere de orden, requiere de respeto. Pensamos que la libertad depende de las condiciones exteriores, cuando la verdadera libertad, muchachos, reside en nuestro interior. Tenemos la impresión de que lo que limita nuestra libertad son las circunstancias que nos rodean, las normas y las obligaciones que nos impone la sociedad, las limitaciones físicas. Nos sentimos agobiados muchas veces por nuestras responsabilidades familiares, por tener que hacer algunas cosas, por tener que trabajar, por tener que estudiar, por cumplir los compromisos...

Pero quiero decirles que he aprendido que somos más libres si reconocemos que los derechos que tenemos son menos importantes que nuestras obligaciones. Si nuestro corazón es egoísta y queremos todo para nosotros, en lugar de ser libres lo que hacemos es construir ataduras. La verdadera libertad consiste en la posibilidad de crecer, de esperar, de amar, en cualquier circunstancia. Esas circunstancias, inclusive, significan en muchos casos, aceptar lo que nosotros no hemos elegido, es decir, aceptar las circunstancias que la vida nos impone y sólo cuando las aceptamos, comenzamos a ser libres.

Quien desea acceder a una verdadera libertad debe entrenarse en la aceptación gustosa y serena de multitud de cosas que parecen ir en contra de su libertad. Aceptar las limitaciones personales, aceptar nuestra fragilidad, nuestra impotencia ante muchos eventos.

La verdad es ésta: las circunstancias que realmente nos hacen crecer son, precisamente, aquellas que no dominamos. No seremos

capaces de transformar eficazmente nuestras vidas, si no comenzamos por acoger la vida en su integridad y, en consecuencia, por aceptar cualquier acontecimiento exterior al que nos enfrentemos. Pensamos que es muy difícil aceptar las cosas que nos causan dolor, pero de mi experiencia personal les puedo dar fe de que sólo cuando aceptamos la realidad de nuestras vidas, comenzamos a ser felices.

Un día me levanté de la hamaca en la que dormía e hice esta reflexión: «Estoy secuestrado, tengo que aceptar mi realidad de secuestrado y zafarme de mis recuerdos, de mis expectativas, de la imagen de la vida que yo había construido para mí, de mis deseos, de mis ansiedades y aceptar que la realidad que me toca vivir es diferente». Cuando acepté esa realidad comencé a superar el inmenso dolor que me producía el secuestro y eso, a pesar de haber sido una decisión que tomé estando secuestrado, fue un acto de libertad. Por eso llegué a la conclusión de que todos podemos ser libres a pesar de las circunstancias que nos rodean.

He sido un atento seguidor de Stephen Kobin, un autor norteamericano. En uno de sus libros encontré el ejemplo de Víctor Frank, que estuvo preso en los campos de concentración durante la segunda guerra mundial y que estuvo sometido a condiciones infrahumanas, en medio de las cuales tomó la decisión de que bajo ninguna circunstancia iba a perder su capacidad interior de elegir su propia respuesta ante los hechos que padecía y que aunque fuera maltratado por sus captores, él no perdería la calma, no perdería la fe, no perdería la esperanza. Ese ejemplo fue mi norte, fue mi guía durante los años de mi secuestro. Allí encontré una gran fortaleza, allí radica la verdadera libertad humana.

Hay un instante entre el momento en que percibimos un hecho y el momento en que respondemos a ese hecho. En ese instante radica la libertad del ser humano. En poder escoger nuestras respuestas ante los hechos que nos rodean. Por eso sostengo que la verdadera libertad está dentro de nosotros, de nuestros corazones.

Recuerdo también que estando secuestrado, en una oportunidad, me llegó un ejemplar del periódico *El Tiempo*. En la parte superior de la columna en donde aparecen las cartas de los lectores, había una frase como todos los días que decía: «El dolor, cuando no se convierte en verdugo, es un gran maestro».

La frase me impactó, la escribí en uno de mis cuadernos de estudio y la convertí en una frase propia. Y aprendí que a través del dolor se puede crecer y, a través del sufrimiento que padecí, aprendí a ser una mejor persona, a ser más humano, a entender mejor el dolor de mis semejantes y hoy, cuando veo que alguien está sufriendo, entiendo mucho mejor ese dolor. Por eso hoy me siento una persona mejor que aquella que fue secuestrada.

Como hablamos de liderazgo, quiero hacer ahora una reflexión sobre el liderazgo personal. Para mí, el verdadero liderazgo comienza cuando asumimos la responsabilidad de nuestras propias vidas, cuando nos alejamos de la tendencia natural de responsabilizar a las demás personas y a las circunstancias que nos rodean, de todo lo que nos sucede. Cuando responsabilizamos a los demás somos reactivos, y pensamos que el mundo tiene que cambiar para hacernos felices a nosotros. Ponemos la responsabilidad en manos de los demás. Pero creo que el verdadero liderazgo comienza cuando asumimos la posición contraria, cuando decimos: «Yo soy el responsable de mis actos, yo soy el responsable de lo que me pasa. Así esté secuestrado, soy responsable de mí». Sobre esa base, me preparé para vivir cada día de mi secuestro de la mejor manera posible, y asumí la responsabilidad de mis actos y me dije: «Si pierdo mi tiempo por estar secuestrado, después no lo voy a poder recuperar. Tengo que aprovechar cada instante de mi vida, sin importar las circunstancias en las que me encuentre».

Asumí el liderazgo de mi vida y me propuse enriquecerme de la mejor manera. Me propuse, por ejemplo, practicar la generosidad, compartiendo lo poco que tenía o lo más valioso que tenía, que era mi tiempo. También decidí ser paciente. Ser paciente quiere decir vivir el momento presente. Ser paciente significa tener la capacidad de posponer mis deseos y permanecer tranquilo.

También decidí ser valiente. Ser valiente significa enfrentar el miedo. Ser valiente no es no sentir miedo. Alguien definió que el valor es la capacidad de actuar con miedo. Resulta relativamente fácil pensar en ser valiente con respecto a circunstancias especiales y extraordinarias, como por ejemplo estar secuestrado. Pero hace falta mucha valentía para actuar íntegramente, cada día, para ser sinceros cada día, para librarnos de las excusas que nos impiden ser

leales con nosotros mismos, para actuar con base en principios, a pesar de que muchas veces estos principios no sean populares o no sean comprensibles para los demás. El mejor modo de lograr calidad de vida es escuchar a nuestra conciencia y seguir sus dictados sin permitir que ninguna voz suene más fuerte en nuestros oídos que la voz propia de la conciencia. Y sean cuales sean las circunstancias de la vida, guiarnos por ella.

Estando secuestrado aprendí también a no desfallecer. Aprendí que por muy duras que sean las circunstancias hay que seguir adelante. Por eso, desde que salí, desde que me fugué, siempre he querido llevar a todos los auditorios el mensaje del esfuerzo adicional. Tenemos siempre que hacer un esfuerzo adicional para superar las dificultades de la vida y salir adelante. Cada uno de nosotros, cada uno de ustedes, de una u otra manera, enfrenta retos, unos más definitivos, unos más duros; por eso los invito a desarrollar una actitud personal proactiva, constructiva, optimista y responsable para poder superar las dificultades. La observación de nuestras actitudes e intereses y el reconocimiento de nuestros gustos y pasiones nos ayudan a encontrar la paz y el sosiego que tanto buscamos y, por supuesto, la felicidad que anhelamos.

Quiero agregar que el verdadero secuestro es el secuestro que nos infligimos nosotros mismos cuando, en lugar de cultivarnos, de tratar de ser mejores cada día, de esforzarnos, nos dejamos llevar por las cosas mundanas, por los vicios, por el rencor y el odio. Sólo, queridos amigos, queridos becarios, el que vive a través del amor se libera plenamente.

Quiero compartir con ustedes unas anotaciones que hice en mi diario el primero de enero del año 2006. Escribí lo siguiente: «Feliz año nuevo. Me levanto con la ilusión de regresar este año a mi hogar, a mi libertad, a mi vida. Y mientras tanto, repito mis propósitos para este año, similares a los que me he hecho cada año y en todos los momentos de mi cautiverio: ser siempre positivo, vivir día por día, aprender todo lo que pueda, acrecentar mi fe, practicar el amor, la bondad, la gratitud, la humildad, la paciencia, el valor, la fortaleza, la tranquilidad, aumentar mis esperanzas, mi serenidad, mi alegría y buscar la sabiduría que me permita aceptar y vivir siempre el presente».

Lo que nos hiera o daña no es lo que nos sucede, sino nuestra respuesta a lo que nos sucede. Desde luego las cosas pueden dañarnos físicamente o perjudicarnos económicamente y producirnos dolor por ello. Pero nuestro carácter, nuestra identidad básica, en modo alguno tiene que quedar herida. De hecho nuestras experiencias más difíciles se convierten en los crisoles en donde se moldea nuestro carácter y se desarrollan las fuerzas internas, la libertad para abordar las circunstancias difíciles en el futuro, y para inspirar a otros la misma conducta.

No somos, queridos muchachos y muchachas, el producto de nuestro pasado, sino de nuestras elecciones. Nuestra condición humana nos permite vivir conforme a nuestra imaginación y no a nuestra memoria. Como dijo Mahatma Gandhi: «No me cabe ninguna duda de que cualquier hombre o mujer es capaz de obtener lo que yo logré si hiciera los mismos esfuerzos y cultivara la misma esperanza y la misma fe».

Para terminar, hago mías las palabras de George Bernard Shaw: «Éste es el verdadero goce de la vida, ese ser utilizado con un propósito que uno reconoce como importante, ese ser una fuerza de la naturaleza y no un montoncito febril y egoísta de malestares y molestias que se queja de que el mundo no lo consagra a hacerlo feliz. Soy de la opinión de que mi vida pertenece a toda la comunidad y que, mientras viva, es un privilegio hacer por ésta todo lo que pueda. Cuando muera quiero estar completamente agotado, pues cuanto más duramente trabajo, más vivo. Gozo de la vida por la vida misma. Para mí la vida no es una pequeña vela, es una especie de antorcha espléndida que por el momento sostengo con fuerza y quiero que arda con el mayor brillo posible, antes de entregarla a las futuras generaciones».

Muchas gracias.